



La Catedrática

MARÍA LÓPEZ VILLARQUIDE


ESPASA

Índice

Portada

Sinopsis

La catedrática

Dedicatoria

Cita

Almarza, Soria (Reino de Castilla) 1527

Almarza, Soria (Reino de Castilla) 1487

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Almarza, Soria (Reino de Castilla) 1527

Barcelona (Corona de Aragón) 1492

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Almarza, Soria (Reino de Castilla) 1527

Burgos (Reino de Castilla) 1500

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Almarza, Soria (Reino de Castilla) 1527

Salamanca (Reino de Castilla) 1502

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Almarza, Soria (Reino de Castilla) 1527

Salamanca (Reino de Castilla) 1506

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Almarza, Soria (Reino de Castilla) 1527

Salamanca (Reino de Castilla) 1508

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Almarza, Soria (Reino de Castilla) 1527

Salamanca (Reino de Castilla) 1511

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Almarza, Soria (Reino de Castilla) 1527

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Esta es la apasionante e ignorada historia de Luisa de Medrano, la primera mujer que fue catedrática, nada menos que en el siglo XVI y en la Universidad de Salamanca, el centro del saber más prestigioso del mundo hispano. Todo en la vida de Luisa fue extraordinario: hija de aristócratas, enseguida llamó la atención de la reina Isabel la Católica, quien la reclamó a su lado para que se educara en la corte con sus hijas Juana y Catalina y quien, a la vista de sus dotes, favoreció que fuera la primera mujer admitida en Salamanca. En estos tiempos en los que tanto se habla de empoderamiento femenino, el ejemplo de la tenaz Luisa Medrano merece el reconocimiento que se le ha negado durante cinco siglos.

MARÍA LÓPEZ VILLARQUIDE

LA CATEDRÁTICA



A mi padre, a mi madre, a mi hermano.

*Eso es, eso es. Despertada en plena noche escucho.
Eso es, eso es, el golpeteo del silencio en el silencio.*

WISLAWA SZYMBORSKA

Almarza, Soria
(Reino de Castilla)
1527

Esta tarde es posible escuchar el silencio.

Los muros de la fortaleza de San Gregorio, a poca distancia de la Laguna Negra, en Soria, se encogen de dolor. Luisa Medrano descansa sobre su cama.

El siglo que se ha llevado para siempre a la reina Isabel y en el que la voz de las brujas habla tan alto como la de Dios y los gobernantes despide a quien ha sido la primera mujer catedrática de la historia de España.

Su madre está allí, ahora, junto a ella. La toma de la mano. Luisa tiene entrecerrados los ojos, pero atisba algo. Recuerda.

Sabe qué la ha llevado hasta esta encrucijada vital: muere con cuarenta y tres años y está sola. Su madre la acompaña en esa soledad.

Luisa vuelve su rostro perlado de sudor.

—Siento sed, madre, mucha sed.

La anciana se pone de pie, toma la jarra del suelo y vierte agua fresca en el búcaro que descansa sobre la mesita de noche. No soporta ver cómo a su pequeña se le agota la vida.

—Tomad, bebed despacio, sin atragantaros.

Habla a Luisa como si fuera una niña a la que todavía debe cuidar. Con un pañuelo de lino le seca el sudor de la frente: diminutas gotas que dotan a su rostro de un brillo envejecido. El calor invade la habitación y, aun así, arropa a Luisa un poco más.

Luisa respira entrecortadamente. Le cuesta seleccionar los recuerdos, dominar una marea de memorias que no la dejan tranquila. No quiere caer presa de las más dañinas, pero son demasiadas. Un profundo dolor la envuelve como una manta muy negra y muy pesada. La ahoga el peso de la culpa y, al abrir los ojos, ve de nuevo a su anciana madre. Siempre sola.

Matarla así, hacerla desaparecer.

—¿Ya es de noche? Desde esta cama no alcanzo a distinguir si todavía hay luz fuera. Quizás debáis acostaros, madre. No os preocupéis por mí.

Pero Magdalena se desvive sin descanso, ¿cómo no hacerlo? La ve apagarse igual que el cabo de una vela que ya no encuentra cera con la que alimentar su llama. Tan joven.

—Yo puedo descansar en esta silla, Luisa. No voy a dejaros. No lo haré.

La anciana se reclina sobre el asiento en el que ya había dejado transcurrir la noche y parte de la madrugada, para sumirse en un sueño ligero.

—¿Seguís ahí, madre?

—Sí, hija, aquí estoy. Sabéis que nunca me iré de vuestro lado.

Lo sabe, pero, al oírlo, algo se le quiebra por dentro. No puede llorar al no quedarle fuerzas para verter ni siquiera una lágrima. Se encoge aún más sobre sí y se dispone a hablar, puede que por última vez en esta vida:

—Madre, debo contaros algo.

ALMARZA, SORIA
(REINO DE CASTILLA)
1487

1

El sendero que conduce hasta la puerta de entrada al castillo cruje a cada paso. Me produce la misma sensación que la del cereal cuando se tritura en las eras: un gratificante entrechocarse de tierra, pequeños cantos rodados y barro húmedo contra los pies. Siento el contacto con el suelo grumoso, que se adhiere a las suelas de mis zapatos viejos y raídos. Moler el suelo. Desmenuzar la vereda.

Me encontraba de camino hacia la casa de los Hurtado. La familia vive al otro lado del río y, para alcanzar su palacete, debo recorrer un sendero cuajado de arbustos y dar un rodeo a la finca de los Medrano. Siempre me llama la atención ese castillo por su gran tamaño. Sus muros se extienden alrededor de un montículo que deja fortificada a la vivienda; nada ni nadie ajeno a la familia puede acceder sin permiso.

Esta mañana, mientras avanzaba entre zarzas y peñascos, iba yo pensando en que, con dos sesiones más de clases a esta jovencita, ya tendría para un par de zapatos con los que desafiar el crudo invierno. Así combatía yo la pereza profunda e insondable que me despertaba la rutina de impartir docencia a jovencitas consentidas. Sólo dos clases más y podría pasar por fin los meses de frío con los pies calientes.

Habitualmente, camino sin detenerme porque voy con el tiempo justo, siempre me entretengo con cualquier estupidez para retrasar lo máximo posible la salida de casa. Sí, me gano la vida impartiendo clases, pero no es algo que me entusiasme ni que disfrute, preferiría hacer otras cosas. Sin embargo, esa mañana había abandonado mi hogar sin prisa. No vivo lejos del caserón de los Hurtado, pero en estos valles, ya se sabe, toda distancia parece que se alargue si se recorre sin compañía.

El caso es que llevaba un paso distraído y tuve ocasión de adivinar a lo lejos el rebaño de Anselmo. Se acercaba como una mancha blanca que se dilataba y se encogía según el movimiento de sus ovejas. Él caminaba tras ellas, las seguía, animaba la marcha con gritos y golpes en el suelo propinados con su vara. Supe que iba a entretenerme y por eso me detuve a descansar. El loco de su perro

ladraba desesperado por reconducir a los animales; sus gruñidos se oían incluso por encima de los alaridos del pastor. Vi cómo se acercaban y me senté a recomponer el desguisado de mis pies.

Se me había enganchado en el tobillo derecho un jirón de tela de la calza. El cuero roto del zapato me había desgarrado la prenda. Pensé que no podía seguir así y que una vez más tendría que darle a mi madre las calzas para que las zurciese. Soy la deshonra del gremio de maestros.

Aunque propiamente no soy un maestro, lo cierto es que a los nobles les convence mi elocuencia y me pagan por formar a su prole. Poco les importa lo joven que soy. Más o menos debo de tener unos diecisiete años, si es cierto lo que mi madre me cuenta sobre las fechas en las que recuerda que nací, aunque es bastante despistada y no puedo fiarme mucho de los caprichos de su memoria: unas veces porque olvida y otras porque calla con intención, el asunto es que de mi padre sé más bien poco y lo que conozco no me agrada demasiado. En cualquier caso, soy un mancebo, bastante más joven que otros maestros de la comarca, y mis clases están muy bien consideradas.

A la sombra de una encina, luchaba yo por remeter el borde de la tela o hacer un nudo alrededor del tobillo con aquella que me sobraba. Anselmo se acercaba. Intercalaba los gritos dirigidos a su rebaño con afables saludos hacia mí. Esperé que la conversación no me entretuviera demasiado.

—Buenos días, Pedro, ¿ya camino de tus clases?

Nunca entenderé por qué vociferan tanto al hablar los viejos pastores. Anselmo sabe que, desde la distancia a la que se encuentra y con la corriente del río reverberando en mis oídos, es imposible acertar a distinguir qué dice. Poco importa el tono de su voz: no le entiendo.

Aun así, me grita hasta que lo tengo casi pegado a mí. A su atronador saludo, le contesto:

—Buenas mañanas tengamos mientras el día nos lo permita, Anselmo. Sí, hoy le daré clases a la menor de los Hurtado.

—Los Hurtado son una familia de abolengo y con muchos hijos. Ahí no os va a faltar trabajo, Pedro. —Se acercó a mí con la barbilla apoyada en el cayado que era casi extensión de su brazo derecho—. ¿Andáis a remiendos o es que os habéis encontrado un tesoro en esa zapatilla?

El pastor reía dejándome ver su escasa y renegrida dentadura, mientras señalaba mis pies con sorna. Yo examinaba con cuidado las suelas de mis zapatos. Efectivamente, podía decirse que estaban destrozadas, aunque no tenían un aspecto peor que el de su sonrisa oscura como el lodo.

—Pues gracias a los Hurtado podré contar pronto con un par nuevo. Ya no resisten mucha caminata estos guiñapos de cuero agujereado.

Conversamos contemplando el horizonte. Allí, el castillo de San Gregorio recortaba el cielo, que, aunque nublado, dejaba filtrarse las primeras luces del día.

—Es un recinto enorme. Propio para que vivan dentro esos nueve chiquillos y el resto de la familia —afirmé pensativo. Trataba de figurarme una jornada de aquel «rebaño» de nobles. Diego y Magdalena convivían con los padres de ella, don Garci y doña María, y a ellos se sumaba la chiquillería y algún que otro maestro para su instrucción.

No conocía a ninguno de los Medrano. No se mezclaban con las gentes llanas de la ciudad; había rumores sobre el origen de su linaje. Formaban parte de «los Doce», las doce familias de mayor prestigio de Soria. Para mí eran algo parecido a una leyenda en la que tampoco había querido profundizar; no eran como yo y eso era todo cuanto precisaba conocer. Fue entonces cuando Anselmo dijo algo que me sacó de mi reflexión.

—¿Habéis tenido noticias? La familia está abatida por la tragedia. Cuentan que Magdalena Bravo no abandona su cámara, que llora sin consuelo, no se alimenta e incluso que ha dejado de dormir por las noches.

Aquello me tomó por sorpresa, ¿una tragedia en el castillo?

—¿A qué os referís, Anselmo? Sé poco de lo que pasa más allá de los muros de esa fortaleza. Apenas paso por allí camino de mis clases. ¿Qué ha sucedido?

El pastor frunció el ceño y se acomodó en una roca cercana a mí. Sin mirarme, dirigía su vista más allá de sus ovejas y de su perro, que por entonces ya se habían dispersado hacia el fondo del valle. El viejo me puso al corriente y me permití el lujo de ceder al chismorreo. Parecía un relato interesante, y aunque temí no contar con tiempo suficiente para llegar hasta el final, lo animé a que siguiera.

—Don Diego López de Medrano y don Garci Bravo de Lagunas, Pedro. Imaginaos al cabeza de familia y a su suegro, quienes juntos se entregan a la conquista de las tierras del sur. Ambos han perdido la vida en la misma batalla. No hace ni diez días que la muerte ha vaciado de alegría y regocijo a los habitantes de este castillo. ¡Ni un mes! ¿Os dais cuenta?

Al oír aquello, bien es cierto que no sufrí una impresión mayor que si me hubieran contado que un vecino de mi calle había muerto al batirse en duelo. Yo no conocía a los Medrano, no había cruzado ni media palabra con ninguno de ellos. No soy de su mismo estamento. Sin embargo, las nuevas de Anselmo me

contagiaron el ansia de saber más sobre aquella familia caída en desgracia.

—¿Una batalla en el sur, decís? ¿En Granada?

—En Gibralfaro. Varios días de asedio y los dos hombres han muerto allí. Un destino aciago.

Aquello que decía el pastor me llenó de confusión: el castillo de San Gregorio estaba allí, en mitad de mi recorrido diario, y yo jamás me había parado a imaginar que tales desgracias pudieran suceder al otro lado de sus muros.

—Cualquiera diría que a los nobles no les salpican los dolores de este mundo, ¿verdad, Anselmo? Qué terrible circunstancia... Pobre familia.

Mi informador ladeó la cabeza, me dio la razón y se animó a seguir con la narración de los hechos que tan bien parecía conocer. Yo me habría quedado más tiempo a escuchar aquel relato, pero se me hacía tarde y debía partir. Recogí mi bolsa y me despedí del pastor, que comenzaba a intranquilizarse al ver que sus ovejas y su fiel perro alborotador se habían alejado demasiado.

—Anselmo, he de dejaros. Si me disculpáis, otro día continuáis con vuestra historia.

—No os disculpéis, muchacho. Si os veo en otra, tal vez pueda contaros si ya hay quien ocupe el sitio de don Diego. He oído todo tipo de alabanzas sobre la belleza de doña Magdalena. No estará sola mucho tiempo siendo viuda...

Sin ser yo el peor de los enemigos de las mujeres, su débil condición me provoca desconfianza: tan volubles sus ánimos, tan prestas a saltar de la tristeza al llanto sin motivo que lo justifique; nunca entenderé esa forma de ser, pero no hago el menor esfuerzo por profundizar en ella, me limito a cortejarlas, amarlas y olvidarlas, si es que entre medias no me convocan para que las instruya. No me interesa complicarme con la futilidad femenina. No obstante, aquel comentario sobre la inconsistencia de una viuda como Magdalena Bravo me dejó un regusto extraño y, echando a volar la imaginación, seguí mi camino hacia la casa de los Hurtado, donde me aguardaban.

Me alejé por el sendero que bordea el río. Pronto los gritos de Anselmo se volvieron casi imperceptibles.

A poco de atravesar las puertas del palacete de los Hurtado, una joven distinguida me esperaba a unos pasos de distancia para recibir su lección.

2

—No creo que seáis capaz de recitar ningún poema de los que habláis, Pedro. Esta vez ya no me voy a dejar engañar.

—¿Pero cómo que dejaros engañar, jovencita? Soy un maestro con un toque de genio al cual debéis respetar. Os educo en el conocimiento y en el buen uso de nuestra lengua mediante los versos de los clásicos.

Ya es habitual que los infantes caigan rendidos ante la capacidad de mi memoria, sin asomo de sospecha, pero la hija pequeña de los Hurtado se comenzaba a rebelar. Estaba en esa edad adusta en la que las muchachas se vuelven conscientes de su atractivo, pero no atinan a manejarlo ante los hombres, ésa en la cual nos impelen a mirarlas y nos enloquece el no ser capaces de llegar a poseerlas. Esa edad tan difícil para un maestro o simplemente para alguien como yo.

—Venís porque os pagan por ello. No creo que mi educación os importe en demasía. No pretendáis conmoverme: puede que en los comienzos me sedujera vuestro intelecto, pero, hoy que ya estoy comprometida —la menor de los Hurtado se había apartado el cabello hacia un lado de su escote mientras parpadeaba pizpireta y orgullosa por lo que acababa de decir—, os aconsejo que os limitéis a darme la lección y que luego sigáis por el camino que os ha traído hasta aquí. No deberíais atribuiros tanto mérito, Pedro.

Esta nueva actitud de la joven no me permitía ningún tipo de recreo. No en aquella ocasión. Hacía apenas un par de semanas que me habían anunciado su enlace con un noble de Soria. Indiferente a la noticia, no quise darle más importancia, pero sí era cierto que me preocupaba quedarme sin clases, dejar de percibir los maravedíes que me correspondían y tener que decir adiós a mi calzado.

—Me congratulo de ello, no tengáis duda. Un matrimonio siempre es una buena noticia —afirmé, cuando en verdad me compadecía de la joven Hurtado. Cada vez se desposaban más niñas y más inexpertas. Si al menos me pagaran a mí para educarlas en artes amatorias y no en lengua castellana, sentiría menos

lástima de verlas casar con señorones untados en oro y heredades.

Con otras pupilas era cierto que había disfrutado de algún escaqueo. Tampoco era difícil convencerlas. Dicen que tengo un atractivo natural y yo supongo que mi papel de maestro llamaba su atención, como la luz a las polillas. Nunca me he considerado especialmente apuesto, mi madre y su frágil memoria aseguran que soy la viva estampa de ese padre al que nunca conoceré para comprobarlo, pero, sea como fuere, está claro que he heredado su don de gentes.

Al acabar la clase, me despedí de la futura señora de un buen pedazo de Soria, besándole la mano con diligencia.

Ella dio unos pasos hacia atrás e, indolente, me señaló la puerta y se dio la vuelta. La hija menor de los Hurtado ya creía que sabía dar órdenes, ya jugaba a ser señora.

—Mi padre quiere veros. Os espera en la antesala, al otro lado de la escalera principal, ¿sabéis llegar o queréis que os acompañe alguien del servicio?

Me sorprendieron sus palabras porque hacía meses que acudía allí a impartir mis clases. Por supuesto que conocía el camino... ¿Qué pasará por la cabeza de una muchacha que se sabe prometida a un noble más noble que ella?

—Agradezco vuestra atención, pero sabré atinar. Os deseo la mejor fortuna y os ruego que no olvidéis todo lo que habéis aprendido. Leed mucho y sed feliz.

Allí quedó la joven, flotando en su ensimismamiento de desposada con parabienes. Abandoné la sala y fui en busca de su padre. Tal como me imaginaba, me esperaba para pagarme las clases que remataban ese mismo día. Ni una más.

Llamé a la puerta con sigilo. En las residencias de alta alcurnia conviene ser prudente. Aunque sabía que me estaba esperando, preferí aguardar hasta que me invitó a pasar:

—Me ha dicho vuestra hija que queríais reuniros conmigo, señor.

Hurtado se hallaba de pie y estaba sacándole brillo a una suerte de vasija de estaño ligeramente abollada en sus extremos. En cuanto me sintió llegar, enseguida la devolvió al estante donde competía con otros adornos en aquella cámara. Había decenas de platos similares y a mí me costaba creer que él mismo se encargase de frotar cada uno para mantener su brillo original.

—Muy buenas tardes, Pedro. Por favor, sentaos —me invitó al tiempo que señalaba un modesto escabel frente a su silla.

—¿Sois acumulador de objetos por placer, señor? —No pude evitar el comentario. La sala resplandecía en reflejos dorados y ocres. El caballero parecía disfrutar de su riqueza y quién sabe si era en aquella cámara de maravillas donde

Hurtado encontraba la felicidad que el mundo, más allá de los portones de su palacete, no podía proporcionarle.

—¡Oh! ¿Os referís a mis platos? Hermosos, ¿verdad? Cada uno devuelve una imagen diferente del mismo rostro y, cuanto más los froto, con mayor claridad se percibe el reflejo. Hace años que los traigo de mis viajes. Algunos están algo dañados, pero los encuentro igualmente valiosos, ¿sabéis? Las más de las veces son piezas que únicamente se exponen para mi solaz y contemplación privada. Reconozco que es la actividad que mejor me consuela en los días malos. —Algo desencajado, Hurtado se cruzó de brazos y comenzó a acariciar su mentón mientras admiraba su alacena de arriba abajo. Yo no sabía cómo proceder y continué en silencio, dejé que se expresase como mejor quisiera y, afortunadamente, lo siguiente que me dijo no tuvo nada que ver con sus aficiones particulares, sino con el pago de mi trabajo—: Bueno, Pedro, iré al grano. Quería hablar con vos, quedamos muy agradecidos por tu labor, pero debéis saber que ésta ha sido la última clase.

Me atreví a interrumpirlo porque lo último que esperaba era una disculpa. La moza se iba a casar: fin de su formación.

—Lo sé, señor. He sabido que vuestra hija se desposará en breve y que ya no serán necesarias mis lecciones.

—Así es. Mi hija se va de casa y yo me regocijo al saber que no va a ser entregada a su marido en la ignorancia y la estupidez tan comunes a su género, sino con una considerable educación y cultura que vos habéis sido capaz de transmitirle. En cualquier caso, no dudéis en pedírnosla si llegáis a necesitar una buena referencia para otras casas nobles.

Este pazguato no tenía ni la menor idea de lo estúpida que podía llegar a ser su hija, pero había amañado un casamiento oportuno y, sin duda, estaba entusiasmado por su logro.

—Gracias, señor.

Preferí no demorar la despedida. Me limité a tomar la bolsa con la suma que se me adeudaba y abandoné la estancia. A los señores de cuna procuro tratarlos lo estrictamente necesario; jamás tomo yo excesiva confianza, por miedo a verlos ofendidos y reacios a soltar las monedas que justamente yo gano con mis clases. Completada la ceremonia del desembolso, lo mejor era marchar en pos de un buen par de zapatos.

Pero era menos de lo que había calculado en un principio, por culpa de la interrupción repentina de las clases. Esta vez tendría que conformarme con unos más rústicos, un estilo de calzado ligeramente más humilde que aquel que me

prometía en mis mejores sueños. Tendría que buscar educandos nuevos y habría de hacerlo cuanto antes.

Por el camino de regreso, hacía tintinear los maravedíes en la bolsa: pensaba en cuán satisfactorio es recibir monedas a cambio de un trabajo y también en lo pronto que se puede echar a perder ese esfuerzo si se gastan sin seso ni cordura. En mi cabeza pugnaban las ganas de calzado y las de acudir a la mancebía.

Hacía por lo menos quince días que no pasaba por allí a visitar a un par de amigas que siempre me proporcionan buenos ratos. Días en los que había pensado más en los agujeros de mis suelas que en el calor de un cuerpo de mujer que poder abrazar y poseer sin comedimiento.

La luz sobre la hierba del sendero indicaba que la tarde había pellizcado su buena parte del día mientras yo estaba trabajando; el cielo recortaba de nuevo la silueta del castillo de San Gregorio con colores anaranjados que anunciaban ya la puesta de sol.

Pensé que aún faltaban unas semanas para que el invierno se nos echase encima y viré mis pasos hacia la casa de «mis amigas».

Mis pies bien podían seguir esperando.

3

Al cerrarse la puerta, las bisagras mal engrasadas sonaron igual que una bestia de matanza. No era muy tarde, la hora de la cena, quizás. Lo supe porque mis tripas se atrevían a canturrear clamando por algo de alimento. Las ignoré: no era por un plato de viandas por lo que iba a cambiar yo un par de monedas esa noche.

El farolillo rojo se tambaleó en cuanto atravesé el umbral de la mancebía. Al ritmo de sus movimientos oscilaban también las sombras de los objetos y las personas que había allí dentro. Enseguida reconocí a la dueña, que vino hacia mí envuelta en su mantón desflecado y muy sonriente.

—¡Por los clavos de Cristo! Nuestro hijo pródigo ha regresado al hogar en donde tan bien le queremos... —La mujer se cruzó de brazos, sosteniendo la tela entre sus pechos, que asomaban voluptuosos casi hasta su barbilla. Me miró entornando los ojos, con sarcasmo. Según se acercaba, comencé a percibir el intenso aroma de su perfume barato, mezclado con el sudor condensado en el ambiente—. Venid y dadme un abrazo, Pedro, no seáis tan despegado.

—A vos debieran lavaros la boca con jabón, señora. Referiros al Santo Padre en semejante templo de concupiscencia os hará arder en las llamas del infierno. —La estreché entre mis brazos y su pringoso canalillo me dejó un cerco en la camisa.

—Y allí estaréis también vos, querido: a mi lado para avivar el fuego, ¿o qué os pensáis? No es la frecuencia de vuestras visitas, sino la intención lo que cuenta a ojos del que todo lo sabe. —Señaló hacia arriba con su dedo índice y no pude evitar reírme ante tal irreverencia.

Era la dueña de todo aquello. Pocos reconocerían el duro esfuerzo que había hecho posible levantar tamaño negocio, pero lo cierto era que la mancebía funcionaba a las mil maravillas y nunca le faltaban clientes. Todo gracias al tesón y la codicia de su dueña.

Por mi parte, he de decir que no he despreciado jamás el trabajo de estas mujeres y no hablo sólo de mis actividades como cliente: conozco de cerca el oficio por cuestiones de índole familiar y, hasta donde alcancen mis modestos

bienes y escaso oro, lo apoyaré siempre.

Mi madre lo había pasado muy mal antes de que yo creciera y me convirtiera en el apuesto mozo que educaba a los hijos de algunos nobles. Abandonada por mi padre, había salido adelante ejerciendo los más deshonrosos trabajos que una mujer puede desempeñar en las calles de Soria.

Conoció a don Lope la mañana en que yo cumplía cuatro años. Eso me cuenta siempre y yo no sé hasta qué punto se trata de otra de sus «verdades atenuadas», pero es la que conozco. Ella se había acercado hasta el mercado para ofrecerme una chuchería distinta en una fecha especial. De vez en cuando, se permitía algún capricho y ver cumplir cuatro años a su hijo era una excusa más que suficiente.

En el puesto de pan, vio acercarse a don Lope. Le había llamado la atención que un hombre de aspecto tan distinguido se dirigiera él mismo a comprar, sin criados.

—¿Me permitís que invite a este pequeño hombrecito a una torrija? Dicen que las de este puesto son exquisitas.

Me tendió el dulce y, según me cuenta, yo agarré su mano y, de un bocado, me tragué media torrija.

—¡Pedro! Disculpadme, caballero. No sabe contenerse. Hoy cumple cuatro años. Quería complacerle con una golosina. Los niños siempre quieren melindres y hay que reservarlos para las fechas señaladas.

—Para mí es un placer. Adoro a los niños y, sin duda, adoro las chucherías de este puesto. Permitidme que me presente: Lope de Velasco. Para servirlos.

Don Lope besó la mano temblorosa de mi madre con tanta ternura que ésta notó que se iba derritiendo su indiferencia ante el desconocido.

Cuenta que formaron una pareja que durante una temporada dio que hablar en el barrio. La relación encendía rumores: un noble se había enamorado de una madre soltera de dudosa reputación. Además, el noble pagaba los estudios del niño. Se sospechaba de algún turbio favor a cambio.

Y lo cierto era que no había nada que no fuera claro y transparente: Lope, que disfrutaba con los niños, había descubierto que el hijo de su compañera sentimental tenía unas dotes extraordinarias para el aprendizaje, que memorizaba sin dificultad poemas larguísimos y que todo le despertaba curiosidad y dudas. Sí, así era yo y así continuó siendo.

Él me puso en contacto con los mejores maestros de la ciudad y pronto las habladurías dejaron de ser sobre el vínculo sentimental de mi madre, para centrarse en la extraordinaria inteligencia de su hijo.

Para cuando don Lope murió, yo ya me había convertido en el más erudito orador de Soria y comenzaba a plantearme el poder ganarme la vida como mentor.

Había sido sencillo abrirme paso entre las casas pudientes con las lecciones privadas a niñas nobles. Algunas se rendían a mis encantos, antes que a las interminables horas de estudio que yo les planteaba. Yo las seducía con versos y las abandonaba cuando el curso llegaba a su fin. Siempre con la misma excusa:

—Sois muy joven: me marchó para que podáis seguir disfrutando mientras os quede juventud, *collige, virgo, rosas*, querida.

Y me desvanecía.

Las muchachas, en su mayoría, acababan como la menor de los Hurtado: casadas con algún hombre de noble apellido, y entonces ellas sí que desaparecían por completo y jamás se volvían a acercarse a un libro.

Pero a mí tampoco me importaba. El trabajo lo dejaba bien hecho de cara a la familia que me contrataba y, simplemente, trasladaba las responsabilidades a otro.

Por todo ello, prefería a las chicas de la mancebía, a las que no tenía que dar lecciones de literatura clásica. Unas monedas y, a cambio, me garantizaba varias noches de sexo satisfactorio.

Además, me gustaba el humor ácido que compartían conmigo. Sin compromiso ni expectativas. Era un acuerdo tácito. Un intercambio justo.

—Callaos, Pedro, a mí no me tenéis que enseñar a declinar. Me pagáis y me tenéis.

Y las tenía, siempre. A todas.

Tras el abrazo, la dueña me invitó a que bebiera algo mientras esperaba por mis amigas, que en esos momentos se encontraban ocupadas con otro cliente en la estancia del fondo del pasillo. Pensé que, en aquellas dos semanas de ausencia, tal vez se hubieran encaprichado de un hombre más fornido, más atractivo o simplemente más rico que yo, que apenas lograba juntar dos monedas una vez al mes para pasarme a visitarlas. Sin embargo, las zalamerías de la dueña consiguieron sosegarme y accedí a un trago de su licor mientras me contaba.

—Las muchachas os han extrañado, Pedro. No sabéis lo incómodo que se me hace tener que bregar con dos niñas que se resisten a atender a otro hombre que no sea el que a ellas les gusta. Las tengo bien enseñadas, eso es sabido por todos, pero con vos... Con vos pierden el seso y ya no sé cómo enderezarlas. ¡Vais a tener que venir más a menudo! —De nuevo el parpadeo de la mentira en

aquellos ojos de mujer sabia. Aunque entrada en años, la dueña de la mancebía se adivinaba atractiva y hermosa en el pasado. El paso del tiempo y las desgracias en aquel negocio habían ajado sin duda la tersura de su piel y quién sabe si también endurecieron su corazón; de lo que no había dudas era del profundo, inmenso conocimiento de las debilidades de los hombres a cambio de tantas experiencias. Regentar un burdel era lo más parecido a la llave maestra que abría las puertas de la mente masculina—. Decidme, Pedro, ¿nos honraréis con vuestra visita más veces?

Sabía cómo ganarme. Mientras me decía aquello, la dueña extendió una mano hacia mí para pedirme las monedas por el servicio que mis dos amigas estaban a punto de prestarme. Sus dedos estrujados por anillos de baratija se movían impacientes a la espera del dinero. Se lo di y continué bebiendo. Ella me pellizcó la mejilla como a un niño travieso y salió de la estancia con pasos mecidos al compás de su enorme trasero.

Al poco de abandonarme allí con mi licor, entraron las dos muchachas apenas cubiertas por unas gramallas casi transparentes. Iban descalzas, las piernas se embutían en unas calzas bermellón que les llegaban hasta la rodilla y se prendían con complejos enganches, botonaduras y lazos hasta más arriba de la cintura.

Por el resto, sus cuerpos estaban totalmente desnudos.

La excitación subió por mis partes íntimas hasta el pecho, en donde el corazón comenzó a latirme con fuerza. Las dos me miraron entre risas sin atreverse a acercarse demasiado; a veces tenía la sensación de que disfrutaban viéndome ansiar su calor, el olor de sus humedades y la suave fragilidad de cada pedazo de su carne. Eran hermosas y siempre trabajaban juntas, aunque aquello era algo que yo imaginaba, ya que no conocía cómo se comportaban con otros clientes ni tenía la menor intención de hacerlo.

—Sabéis que no soportamos que nos hagáis esperar, Pedro. ¿Otra vez os han entretenido vuestras alumnas?

Aquella dulce mentirosa podía convencerme dijera lo que me dijese. Su corta edad no le impedía hacer gala de un desparpajo que podía desarmar a cualquiera. A mí me tenía encandilado. Se llamaba Leonor, Leo para mí, que ya había ascendido a la categoría de cliente habitual y amigo ocasional. Tenía un cabello negro y espeso que le llegaba hasta el talle y con el que jugaba a tapar parcialmente sus pechos y volverme loco.

Leo era menuda como una niña y su piel era del color del barro cocido. Yo solía mordisquearla y provocarle cosquillas que iniciaban un juego de risas que siempre se prolongaba hasta más allá de la medianoche. Con el aspecto dulce de

la juventud pero sensual como la mujer que realmente era, Leo era mi amiga preferida.

—No finjáis mayor interés del que os merecen mis monedas, Leo. Bien está que hayáis esperado estas dos semanas para volver a verme y disfrutarme fresco y despejado. Mi trabajo me obliga a ver a niñas a diario, jovencitas que cuentan realmente los años que vos aparentáis. En cada una, os evoco y por cada una me retuerzo de frustración por no poder teneros... Y es gracias a ellas que gano los maravedíes que vuestra dueña me reclama, así que no os quejéis. No lo hagáis.

Leo se rio con descaro y su compañera le siguió el juego que tan bien aprendido se tenía.

—Mi hermana tiene razón: han sido dos semanas eternas. Debéis venir más a menudo. ¿Por qué no dejáis ese trabajo vuestro y os buscáis otra ocupación que os dé más dinero? Así nos tendríais más tiempo y, seguro, con más ganas.

Decía que era su hermana, pero yo sabía que sólo se trataba de un papel asignado. Entre las dos muchachas no había más parentesco que el que podría unirme a mí con Anselmo, el pastor, pero me gustaba acceder a sus ardides. Era terriblemente excitante.

—¿En serio os gustaría verme más? ¿Las dos me extrañáis cuando pasa el tiempo y no vengo? Vaya... Veremos si puedo remediar una afrenta así en la próxima hora.

—No sé si una hora os va a llegar para compensarnos, Pedro...La insatisfacción es tan grande... —La «hermana» de Leo dijo aquello mientras dejaba caer su bata al suelo y me tomaba de la mano para que las acompañara a la habitación del fondo del pasillo.

Las seguí, poseído por mis más bajos instintos, mis fieles acompañantes en las visitas a la mancebía.

Pronto, alcanzamos la medianoche. Para entonces había olvidado por completo toda el hambre que tenía.

4

—¡Peeeeeeeeeeeeedro...! Te busca un mensajero. Anda, hijo, baja a ver de qué se trata, que le corre mucha prisa a este joven. ¿Es que no me oyes, Pedro? ¡Baja de una vez!

No estaba por la labor de responder, ni de ir; no en ese momento. Pensaba que si no asomaba a la luz de la mañana ni pronunciaba palabra alguna, tal vez desistiera y me dejase dormir un poco más.

—¡Pedro! No hagas esperar más a este pobre hombre, que viene desde lejos... Si no bajas, subiré yo, ¿me estás oyendo?

—¡Sí, madre! Os he oído... —Desde siempre detesto el griterío y los mandatos a primera hora del día. Especialmente cuando no tengo compromiso alguno y puedo disfrutar de paz bajo las cobijas. Y más hoy, tras retornar tan tarde de la mancebía. Me habían entretenido más de la cuenta y ahora quería recuperar algo de sueño, pero no iba a ser posible.

Las muchachas siempre son un reclamo fácil. Me gusta saber que esperan mi visita, que me desean más que a otros clientes (que acaso sea yo el único al cual aguarden con interés). La madrugada me había sorprendido en uno de los camastros de la mancebía con mis dos amigas y, para cuando logré desprenderme de sus súplicas y cantos de sirena, clareaba la mañana. Recordaba haber regresado a mi casa casi cuando el gallo se desperezaba y que había corrido a arrebujarme entre las sábanas, por evitar que mi madre notase mi llegada.

No podían haber transcurrido ni tres horas desde entonces. Sus gritos se colaron en mi estancia.

En cuanto bajé al comedor, vi a un muchacho rubio y pecoso con la cara marcada de viruela. Era casi un niño. Jadeaba como un galgo en plena cacería. Hacía el amago de apoyarse en el marco de la puerta, pero mi madre lo invitó a pasar y servirse algo de fiambre.

—Disculpadme, pero me mandan con urgencia. He cabalgado toda la noche y necesito transmitir personalmente al susodicho Pedro lo que me encomiendan.

Son instrucciones reales.

—Soy yo mismo, joven, y aquí me tenéis para lo que se precise. Por favor, tomad asiento.

Era temprano y mi estómago daba vueltas todavía por la bebida de la noche anterior. No eran las mejores circunstancias para hacer gala de un talante amable y caballeroso con el desconocido, pero, tras luchar unos momentos con mi mareo, logré con el gesto de mi mano en dirección al interior de la sala que el muchacho pasara y se sentara a la mesa. A continuación, me dirigí a mi madre, que, atónita, me escuchó pronunciar:

—Madre, la próxima vez, vais a mi cuarto, llamáis a mi puerta y me anunciáis que tengo visita sin alaridos. No soporto que me griten así y menos cuando apenas ha despuntado el día.

La pobre me miró con desaprobación, parecía querer trasladar la conversación para otro momento, más tarde y sin testigos, a ser posible. Ella siempre se comporta de ese modo: sigue tratándome como a un chiquillo, a pesar de mi edad y de ser yo quien la mantiene con mis clases. Me regaña y me sermonea, y lo cierto es que yo le dejo que lo haga. Intuyo que la soledad le causa un vacío que se mitiga un poco con mi presencia.

Tomé asiento a mi vez y animé al mensajero a que compartiera el desayuno.

—Decidme entonces, ¿a qué se debe vuestro viaje? Debéis de estar agotado. Han de ser noticias urgentes. —Le serví un poco de vino y partí algunas nueces que encontré desperdigadas por la mesa, para ponérselas en un plato—. Sentíos como en vuestra casa, por favor. Comed y contadme qué es tan importante.

El mensajero apuraba el vaso con timidez. Comprendí que el muchacho debía volver a palacio con la misma celeridad con la que había venido, pero yo me resistía a ser responsable de su desfallecimiento en el camino de regreso si lo dejaba ir con el estómago vacío.

—La reina, su majestad Isabel la Católica, os ha escogido. Vais a ser vos, Pedro de la Rhúa, quien se encargue de la educación de ocho hermanos de la comarca. Ser recomendado por los más reputados maestros de la ciudad de Soria os honra y os dan fama de excelente tutor; es eso mismo lo que la reina quiere que caracterice a quien cumpla con esta encomienda.

—¿Y de quiénes se trata? Si son protegidos de los reyes, no será cualquier familia. ¿Has oído, Pedro? La reina... ¡La reina te busca!

Mi madre se dejó llevar por el entusiasmo sin detenerse a pensar apenas. Yo, en cambio, prefiero ser prudente. Es cierto que la noticia no podía sonar mejor, pero tenía mis reservas ante este tipo de «encomiendas», porque suelen ser

órdenes disfrazadas de estupendas ofertas que uno no puede rechazar, que lo comprometen de por vida y ponen coto a la ansiada libertad.

—Sí, madre, lo he oído igual que vos, pero tengo algunas preguntas... No puedo negar que me sienta halagado por el interés de su majestad y os ruego que le transmitáis mi sincero agradecimiento. ¿Por cuánto tiempo tendré que encargarme de esos niños? ¿De qué edades son?

—Se trata de ocho hermanos, señor. No se me ha dado más información, pero consideran que, al ser vecino de la misma parroquia, sois, por tanto, un aspirante idóneo para el cargo. Asimismo, tendréis que darme una respuesta de inmediato, señor, así me lo exigen. Sintiéndolo mucho, no contamos con más tiempo.

Su afirmación despertó mi alarma: no sólo me estaban «ordenando» que me encargase de educar a ocho niños sin filiación, sino que debía aceptar el cargo inmediatamente. Resultaba muy extraño. Necesitaba más explicaciones.

—¿De qué familia estamos hablando, si se me permite esa información? — lancé la pregunta clavando la mirada en aquel chiquillo, que ninguna culpa tenía del jaleo en el que me estaba metiendo. Sé que cuando miro así, la reacción es infalible.

—Son los hijos de la viuda Magdalena Bravo, señor.

Tomé aire antes de dar una respuesta, que a todas luces iba a cambiar el rumbo de años venideros. Se trataba de una grandísima oportunidad y no podía llegar en mejor momento. También lo intuyó así mi madre, a punto de llorar por la emoción. Vi cómo aplaudía nerviosa y restregaba las manos por su cara, ahogando un grito de júbilo en un rincón del comedor.

—Está bien. Podéis decirle a la reina que acepto las condiciones que ella quiera imponer para dicha labor y que me trasladaré tan pronto como sea posible. Quedo por tanto a la espera de más instrucciones.

Estreché la mano al chico y lo acompañé hasta la puerta para verlo montar en su caballo y partir al galope de regreso a la corte. Mi madre continuaba lloriqueando risueña por la buena fortuna de su hijo. Caminé hacia ella y le di un abrazo.

Entonces, me di cuenta de lo mucho que iban a cambiar las cosas y de lo poco que importaba ya un mísero par de zapatos.

Estaba nervioso. Había pasado la mañana junto a mi madre organizando mis pertenencias y empacando aquellos bártulos que me llevaría conmigo. Verla tan ilusionada me contagió su ánimo entusiasta. ¿Por qué no? Se trataba de una temporada en el mundo de los nobles, casi sería como trabajar para la mismísima corte; iba a convivir con ellos y todo aquello que ganase mejoraría sin duda nuestra situación. Tenía buenos motivos para alegrarme.

—Vas a tener que encargarte de otro par de calzas, Pedro. Éstas ya no puedo remendártelas más veces. ¿Qué impresión les darás a esas damas de alcurnia cuando te vean, especialmente la señora Bravo? —Sostenía en sus sufridas manos los restos deshilachados de mis calzas, que yo había lanzado a algún rincón de mi cuarto.

—No os preocupéis por eso, madre, me darán ropa y comida. Si voy a vivir allí y me quieren con tanta inmediatez, no pueden esperar a que lo tenga todo dispuesto. Me apañaré de momento con el otro par, que todavía conserva los talones.

—No querría que la familia se asustase al verte, hijo. Debes causarles una buena impresión. De todos modos, Pedro, son nobles, pero de una pasta diferente a los que tú acostumbras a tratar. Dicen que Magdalena Bravo es tan bella y delicada porque apenas permite que le dé la luz del sol. Prométeme que estarás a la altura y que no harás tonterías.

—Os lo prometo, madre. Perded cuidado, que no haré nada que pueda mancillar la buena impresión que de momento su majestad alberga hacia nosotros. —Me acerqué a ella para acariciarle la nuca. Quería que estuviese tranquila, que supiera que ya era suficientemente mayor como para tener en cuenta que mis actuaciones la afectaban también a ella, mi única familia—. Sois lo más importante y lo único que tengo, madre, he de cuidar aquello que hago.

Sabía que se refería sin mencionarlos a mis escauceos con las alumnas. En este caso iba a tratar con «niños», podía estar tranquila. No obstante, con respecto a la delicadeza de la madre de los chiquillos, que para colmo era viuda, albergaba

mis propias hipótesis. Recordé las palabras de Anselmo acerca de la acusada «ligereza» de Magdalena Bravo. Qué poco imaginaba mi madre de la verdadera naturaleza de los nobles, igual de mundanos y flacos de voluntad que el más humilde de los campesinos.

—¿Sabéis si es cierto lo que dicen? Hace poco que me encontré con Anselmo, el pastor, y me contó que, desde que ha enviudado, le sobran candidatos a ocupar el lugar del marido.

—¡No seas mal pensado, Pedro! Parece mentira que seas hijo mío... Magdalena Bravo es una dama, una auténtica dama sobre quien ha caído una desgracia que ni tú ni yo podemos alcanzar a medir. Limítate a desempeñar tu papel de educador lo mejor que sepas y, por favor, no te inmiscuyas en los asuntos personales de esta gente, ¿me oyes? Tan repentina buena fortuna podría volverse adversa con la misma rapidez.

Mi madre sabía de lo que hablaba, aunque yo entonces desconocía los porqués de ese miedo al cambio de rumbo de los acontecimientos. Fue en aquel instante, quizás movida por la idea de no volver a verme en mucho tiempo, cuando decidió hablarme como no lo había hecho antes sobre aquel otro hombre ausente en mi vida.

—Hijo mío, sé que a veces soy un poco testaruda en la manera de tratarte, como si fueras todavía un muchacho. El tiempo ha pasado tan rápido que no me he dado cuenta de que crecías y te convertías en un gallardo caballero... O más bien diré que no quise notar lo, por los recuerdos que tu estampa trae a mi memoria. —Se sentó al borde de mi camastro e inició sus explicaciones, sin que yo pudiera atreverme a interrumpirla. Debía dejarla hablar y callé para comprender mi pasado—. Ahora que te vas de casa es cuando más me recuerdas a tu padre, porque al irse, al abandonar este mundo tras la enfermedad, sentí exactamente lo mismo que siento ahora: soledad y tristeza.

Comenzó a llorar y yo me senté a su lado y traté de consolarla; no debía sentirse desgraciada por verme partir en pos de un futuro mejor para ambos.

—¿Mi padre, decís? ¿Pero es que acaso a mi padre se lo llevó una enfermedad? —No podía comprender. Mi padre jamás había reconocido a su hijo como tal, ¿de qué demonios estaba hablando?

—Quien hizo las veces de padre verdadero fue siempre Lope, Pedro; él sufrió más que nadie la injusta crítica de los que no toleraron que se guiara por la pasión, más que por el estamento. Prométeme que jamás harás algo así, que tendrás en cuenta el lugar que te corresponde, siempre.

Hablaba entre lágrimas nerviosas, sus sollozos se me pegaron a la piel y quise

llorar yo también, pero no debía, no podía hacerlo.

Los ojos de mi madre se volvieron vidriosos. Imaginé la frustración de una vida bajo el yugo de la crítica social. Todos aquellos años me hicieron sentir insignificante.

No le faltaba razón. En los pueblos, los chismorreos se extendían con pasmosa celeridad. Era probable que la nueva de mi contrato hubiera llegado a los puestos del mercado y circulara de boca en boca antes incluso de asomarse a las puertas de nuestro hogar.

Un par de horas más tarde, tras despedirme de mi madre y prometerle el más formal de los comportamientos, partí rumbo al castillo de San Gregorio, cargado con mi enorme bolsa y varias decenas de preguntas sin contestar.

Crucé el camino del río sin sorpresas. La mañana olía a hierba fresca y, a pesar de la humedad que trepaba por mis tobillos desde el suelo cubierto aún de rocío, estaba tan emocionado que, para cuando alcancé el portón de la fortaleza, ni siquiera recordaba los agujeros en las suelas de mi calzado.

Llamé dos veces. Sin respuesta. A la tercera, acudió a abrirme una jovencita de cabellos rojos que mecía a un bebé en sus brazos.

—Buenos días, me mandan para c...

No pude acabar de presentarme. El bebé comenzó a llorar desconsoladamente.

—¡Buenos días, maestro! Sí, lo sabemos. Pasad, por favor. Todo el servicio os estábamos esperando para las presentaciones y recibimientos. Mi nombre es Matilda y me encargo de esta criatura, que es la menor de los Medrano Bravo de Lagunas y Cienfuegos... ¿A que sí, mi cielo?

Pero «su cielo» no dejaba de berrear. La muchacha lo acomodó en su regazo; acercó la cabecita de la criatura a su pecho. Con ese sencillo gesto pareció calmar su desasosiego.

—Sed bienvenido. Seguidme, por favor. Tened cuidado con el suelo, que por las mañanas se vuelve resbaladizo. —Los adoquines del patio estaba cubiertos de verdín y me devolvieron a mi precario calzado de inmediato—. La señora desea saludaros cuanto antes. Ha oído muy buenas referencias de vos y quiere que os instaléis ya mismo en San Gregorio. Os hemos preparado una cámara con lo necesario para estos primeros días, pero, naturalmente, tendréis que informar a los lacayos de cualquier cosa que os haga falta.

Me sorprendía la premura de las circunstancias. Aquella muchacha hablaba vertiginosamente y caminaba a un paso igual de rápido. La seguí sin fijarme demasiado en los muros de aquella fortaleza, que por fin iba a conocer por dentro. Matilda y sus pasos ligeros no me daban mucho margen para detenerme

y preferí dejarme conducir hasta el interior del castillo. Ya tendría tiempo de inspeccionar.

Se abrieron las puertas. Un criado apartó los cortinajes para permitirnos el paso. El calor de la estancia era reconfortante. Enormes placas de barro cocido formaban dibujos en el suelo, salpicado de alfombras y enmarcado por robustas columnas forradas de tapices. Me paré en seco en cuanto vi que la joven se acercaba al criado para decirle algo y luego se volvía hacia mí.

—Os voy a pedir que esperéis aquí a la señora. Tomad asiento cerca del fuego si notáis frío. A partir de ahora debéis sentirnos en vuestra casa, señor De la Rhúa.

—Muchas gracias, Matilda.

Noté cómo la joven se sonrojaba ante mi despedida. Suele sucederme con todo tipo de muchachas, que, por algún motivo, se sienten azoradas cuando las llamo por su nombre o notan que me dirijo a ellas directamente en mi discurso. He llegado a acostumbrarme y por eso no di importancia a la vergüenza de Matilda.

Me acerqué con urgencia a la lumbre que crepitaba. El calor me devolvió el bienestar. Noté cómo despertaba el hormigueo de la sangre en mis tobillos y cerré los ojos dejándome llevar.

—Pedro de la Rhúa. —Una voz de mujer desbarató con brusquedad mis ensoñaciones junto a la chimenea—. Bienvenido a San Gregorio. —Aproveché a contemplarla mientras realizaba la consabida reverencia ante una dama de su valía—. Me han dicho que habéis venido a pie desde la ciudad. Qué fatiga... Estaréis exhausto. ¿Podemos ofreceros algo de beber? ¿Habéis almorzado?

Ante mí se había aparecido, semejante a una diosa del Olimpo, Magdalena Bravo. Si una mujer podía recibir el título de señora, desde luego la tenía delante. Avancé hacia la anfitriona para besar su mano con todos mis respetos.

—Señora, es un placer conoceros en persona.

Al inclinar la cabeza, vi las puntas de los chapines de Magdalena que asomaban por debajo de su falda. Iban forrados con la misma tela del vestido: eran de una exquisita seda color verde agua. No recordaba haber visto nunca tan delicado tejido. Resultaba extraño conocer a una viuda que optaba por saltarse el luto con semejante coquetería, pero recordé las palabras de mi madre y procuré cambiar el discurrir de mi pensamiento.

—Espero que no haya sido tediosa vuestra espera. Aquí el ritmo lo marcan mis hijos y parece que el tiempo se detenga, porque nos entretienen en demasía y acaban por entorpecer las tareas de todos. Imagino que ya sabéis a lo que me refiero. Estáis aquí para tratar de poner un remedio a esa situación, además de

darles un saber, ¿no es cierto?

Era hermosa. Mientras la señora Medrano hablaba, yo me fijaba en lo largos que eran sus rizos: se precipitaban como una cascada desde la nuca, donde una red prendida con diminutas perlas recogía un ramillete de trenzas. Tenía los ojos claros y enormes, sus pestañas no podían ser más espesas. Yo apenas escuchaba lo que me contaba, pero atiné a responder con cortesía.

—Ése es mi cometido, señora. Haré lo que esté en mi mano para domeñar a vuestros pequeños y ofrecerles el conocimiento imprescindible en personas de bien.

Ella sonrió en señal de aprobación de mi buena predisposición. Pensé en mi madre y en lo orgullosa que estaría de su hijo. Los reyes no podían haberse equivocado al elegirme.

No obstante, me sorprendió al revelarme los motivos de su urgencia:

—Espero que os adaptéis pronto a vuestra nueva residencia, Pedro. Me alegro sinceramente de que no haya habido obstáculos para vuestro traslado tan inmediato. Ya veréis que mis hijos son encantadores. Aunque me preocupa profundamente tener que dejarlos ahora debido a mis obligaciones con su majestad... Pueden desbaratarse mis afanes para una educación que he proporcionado lo mejor que he podido a lo largo de estos años, especialmente con los mayores, que comienzan a mostrar signos de rebeldía con respecto a los estudios.

Sí, tenía ante mí a una dama hermosa y, cuando ella hablaba, parecía que de su boca se desprendieran rosas y diamantes, pero, entre esas flores y gemas, acababa de escaparse un «me preocupa profundamente tener que dejarlos ahora debido a mis obligaciones» que acababa de golpear duramente mi aturdimiento.

—Perdonad si os interrumpo, señora. ¿Estáis diciendo que os marcháis? ¿Acaso estáis en vísperas de algún viaje que os obliga a separaros de vuestros hijos?

Magdalena, que hasta ese momento se había mantenido erguida con las manos entrelazadas, recogió grácilmente el extremo de su tabardo y se dirigió hacia una de las sillas frente a la chimenea. Me invitó a que me sentara junto a ella.

—Lamento mucho la precipitación, Pedro. Es ahora cuando me detengo a pensar en que no se os ha avisado del motivo principal de tanta premura. Veréis, debido a la terrible pérdida que hemos sufrido en nuestra familia, los reyes nos han ofrecido a Catalina, la mayor de mis hijas, y a mí la oportunidad de sumarnos al servicio de su majestad Isabel como dueñas en la corte. Nos trasladaremos mañana.

Aquella noticia me dejó aturdido. No acertaba a articular palabra. Si la había entendido bien, la señora abandonaba a sus hijos y los dejaba al cuidado de la abuela, con su instrucción bajo mi responsabilidad al trasladarse.

Sin esperar mi beneplácito, se puso de pie para retirarse:

—Ahora, si me disculpáis, avisaré al servicio para que os acomoden en vuestra cámara. Me encantaría que conocierais a los niños ya, pero... ¡Dios sabe dónde se habrán metido! Espero que los podáis ver a todos juntos a la hora de comer. Habéis dicho que teníais hambre, ¿verdad?

—No os preocupéis, señora. Imagino que al llegar tan tarde no me estaríais esperando para el almuerzo, no querría molestar...

—No será molestia ninguna. Sois un nuevo miembro de esta familia, Pedro.

Magdalena se despidió para continuar con tareas, que adiviné relacionadas con los preparativos del equipaje para su nueva residencia en la corte.

Volví a quedarme solo en medio de aquella estancia, inmensa y bajo una bóveda de arcos entrecruzados. Las ventanas filtraban rayos que perfilaban las sombras del enrejado en las baldosas. Me costaba asimilar que ése iba a ser mi nuevo lugar de trabajo, mas no sólo el espacio para desarrollar el ejercicio de la enseñanza, sino también mi hogar.

Un par de jóvenes sirvientes, más o menos de mi edad, que portaban sendas banquetas llegaron a donde yo me encontraba para proceder a iluminar la estancia. Los vi alzarse hasta alcanzar las dos lámparas suspendidas sobre la mesa y encender una a una las velas. Me pareció algo fascinante. Mientras le daba vueltas al cargo en el cual iba yo a desempeñarme en lo sucesivo, llegaba a mis oídos el sonido de unas pisadas ligeras, el trotar de unos pies menudos que avanzaban desde alguna zona oculta del salón.

Al poco, un niño semidesnudo y regordete asomó sus rizos castaños desde el otro lado de una columna. Me fijé en él y quise llamar su atención, aunque desconocía quién era.

—Se llama Luis. Es mi hermano. Y vos, ¿quién sois?

Tuve que girarme hacia el otro lado de la estancia para poder ver quién se dirigía a mí con una voz tan cristalina. Para mi sorpresa, no se trataba de un varón, sino de una niña rubia con ojos verdes muy abiertos que me miraba expectante. No podía tener más de cuatro años. Era realmente joven para expresarse de ese modo.

—Pues yo soy Pedro, Pedro de la Rhúa. —Con una cómica reverencia, me incliné ante la niña—. ¿Es vuestro hermanito? ¿No es muy pequeño para dejarlo gatear solo por aquí? Y vos, ¿cómo os llamáis?

La niña se quedó callada mientras contemplaba cómo me acercaba al pequeño. Al llegar junto a él, le hice una carantoña y lo alcé del suelo. Se ve que con ese gesto tan sencillo me gané su confianza y se atrevió a decir:

—Mi nombre es Luisa. Soy Luisa Medrano y ésta es mi casa. Mi padre ha muerto y mi madre ya no vive aquí.

6

Ha pasado el tiempo y hoy mi situación es muy distinta. El libro parece que gusta y me alegra comprobarlo, pero no puedo negar que nada de lo que en él relato es fruto de la casualidad o la invención: todos los aspectos de mi vida se reflejan en él, incluso la época en la que viví en el castillo de San Gregorio. Aprendí muchísimo de aquellos días, de lo astutos y pícaros que algunos niños pueden ser respecto a otros y su relación con los adultos. Bien es cierto que eran otros los estratos sociales y que nadie a simple vista asociaría la trama de mi libro con ese período de preceptor de nobles, pero es así.

Los niños siempre se comportan como niños, vengan de donde vengan.

Imagino que los cinco años que pasé como tutor de los hijos de Magdalena Bravo fueron tiempo suficiente, no sólo para alimentar mi creatividad literaria, sino también para dar fe de las notables aptitudes académicas de Luisa. Además de la diferencia con el resto de sus hermanos, mediocres estudiantes y niños más bien consentidos, sucedía que yo no había conocido a nadie como esta niña. Ya aquella lejana primera mañana en el castillo de San Gregorio fue evidente que no era como los demás.

Luisa Medrano tenía tres años. Recuerdo que mi mayor desasosiego provenía de no tener una idea clara de lo que iba a enseñarles. Se había establecido por norma (o así me lo habían hecho saber a mí) que los herederos de familias nobles protegidas por los reyes debían tener conocimiento más profundo de las lenguas y la música con respecto al resto de la nobleza castellana. Las futuras damas criadas en ámbitos tan privilegiados conocerían extensamente los principios y las técnicas de retórica, así como otras lenguas de reinos vecinos, y se dedicarían con denuedo al canto y la danza.

No iba a ser yo quien enseñara a las pequeñas a danzar con gracia, pero hice todo lo que estuvo en mi mano porque, al menos, educaran el oído para conocer y disfrutar de las melodías que yo mismo tañía. Así es, aunque pueda sonar sorprendente, entonces era capaz de interpretar armónicas composiciones con instrumentos de cuerda.

Una vez más, se trataba de un rasgo recibido de mi padre.

En no pocas ocasiones, las muchachas de la mancebía solicitaban que las deleitara con el pequeño laúd que de él había heredado para pasar las noches en compañía. Tenía soltura y me había granjeado una merecida fama de «conquistador musical», así que podía sacar provecho de ello y aplicarlo a la docencia.

Por su parte, de los futuros caballeros, se esperaba un intelecto bien cultivado, que mostrasen cierta destreza con la ballesta y buenas técnicas de caza. Era el primer paso que los preparaba para aquellos ineludibles enfrentamientos bélicos que, sin lugar a dudas, les tocaría vivir.

¿Y qué podía hacer yo, que jamás había sostenido un arma entre mis manos? Ésta y otras circunstancias pronto me dejaron claro qué se esperaba de mí. Por lo pronto, ya se había establecido en el castillo una única sesión diaria a la que asistían los cinco niños, sin importar la edad o el talante. Pese a los esfuerzos de la abuela, la tarea de tratar de mantenerlos atentos y quietos se había convertido en una auténtica pesadilla.

Los hermanos mayores, Diego y Garci, apenas se interesaban por lo que yo contaba; a mi llegada a San Gregorio, el primero tenía diez años y el otro, nueve. Eran tan parecidos que prácticamente todo lo que decía Diego (y acostumbraba a decir demasiadas tonterías) lo completaba Garci y a la inversa. Llegaban a desesperarme.

Francisco, María y Leonor eran totalmente distintos a aquéllos y, sin embargo, muy similares entre sí. Los tres profesaban una devoción casi religiosa por la madre ausente y les costaba concentrarse en las clases. Con demasiada frecuencia preguntaban por ella, esperando en vano que yo pudiera darles algún tipo de respuesta. La inesperada ausencia de Magdalena les había trastocado por completo y pienso que no me equivoco si digo que no llegaron a acostumbrarse jamás a mi presencia entre ellos.

No obstante, puede que Luis sintiera cierta simpatía por mí; además, cuando llegué al castillo era aún pequeño como para entender qué ocurría a su alrededor. En general, eran niños poco despiertos que no demostraban inquietud hacia el saber bajo cualquiera de sus formas.

Todos menos Luisa.

La pequeña tenía una sed ávida e inquebrantable de conocimiento. Jamás le bastaban mis explicaciones y parecía sentir curiosidad hacia todo lo que la rodeaba. Todavía recuerdo el día en que su abuela, María de Cienfuegos, acudió a una de mis clases y, sin previo aviso, entró en la cámara y tomó asiento junto a

Luisa.

—Abuela, en clase no os podéis sentar conmigo. Interrumpís mi atención.

Esa respuesta dibujó una media sonrisa en el rostro de la dama, encaminada a disimular la ofensa. Acto seguido, se levantó de su silla y se desplazó al fondo de la sala, donde asistió en silencio, observando a sus nietos.

María de Cienfuegos era una mujer muy delgada y sorprendentemente ágil para su edad (yo le calculaba unos sesenta años). Había entrado sin llamar y nos había sorprendido en mitad de una sesión de declinaciones latinas. Por entonces, llevaba yo por lo menos un año viviendo con ellos y siempre impartía las lecciones de la misma forma: me situaba frente a los niños, sentados a una enorme mesa, y les recitaba la lista de flexiones de cada palabra; a continuación, ellos debían replicar con la misma retahíla, sin titubeos. Canturreaban los vocablos todos a la vez, pero, en realidad, se trataba de un recital de Luisa, a quien el resto de sus hermanos se limitaba a seguir, imitando su postura y entonación.

Aquel día, en cuanto culminó la clase y dejé que los pequeños abandonaran la cámara, la abuela se acercó a mí para interpelarme:

—No sé qué tipo de formación creéis que deba recibir una niña como Luisa, pero, desde luego, esos modales no los consiento. ¿Pensáis acaso que ella vale más que el resto de mis nietos?

Me sorprendió tanto aquello que casi me quedo sin palabras. Lamentablemente, no podía prohibirle que asistiera a las clases o que hiciera lo que le viniera en gana. De ello dependía mi sustento. Tuve que tomar aire y tragarme la ira si quería conservar mi empleo. Opté por contestarle de este modo:

—Señora, yo no he concedido a vuestra nieta mayores cuidados que al resto de sus hermanos. No puedo evitar que se tome sus clases tan a pecho, es una circunstancia que me desconcierta tanto a mí como a vos al tratarse de una niña tan pequeña. A su edad es un prodigio de la memorización y le incomoda ser interrumpida. No hay nada que vos ni yo podamos hacer por remediarlo.

—¡Me ha dicho que me fuera! A mí, que soy su abuela. No tolero que una mocosa de cuatro años dé órdenes, por mucho que atesore una memoria «prodigiosa». Es una falta de respeto.

¡Qué poco le costaba indignarse! Sabía con buen juicio que mi presencia entre ellos la incomodaba; que hubiera preferido tener a cualquier otro mentor a cargo de sus pequeños, alguien más curtido en hábitos y con mejor presencia. Había dejado entrever su desdén desde el momento mismo en que nos presentaron y,

aunque me hice cargo de sus escrúpulos, no permití que afectaran a mi trabajo. Había sido la reina en persona quien se había decantado por mí para aquel puesto y eso era lo único en lo que debía apoyarme a la hora de desempeñarme con suficiencia.

Eso y las ansias de Luisa por deleitarse con cada una de mis lecciones.

Me preguntaba a menudo por la fastuosa vida cortesana que debía de llevar la madre de aquellas criaturas. Su belleza me había subyugado y la evocaba a menudo sin darme cuenta; me sorprendía recordando sus dorados bucles y aquellos pies diminutos que asomaban bajo su vestido. Si los rumores de los que se había hecho eco Anselmo afirmaban que aquella joven viuda se pasaba las noches sumida en la desesperación por la pérdida de su marido y de su padre, ¿cómo podía presentarse ante un desconocido ataviada de forma tan distinguida, incluso con afectación? Me parecía inaudito.

He de decir también que estas divagaciones arrebatadas no interferían en el buen desempeño de mis quehaceres; ciertamente, mis deberes me tenían ocupado casi toda la jornada, porque resultaba casi imposible desprenderse de aquella caterva de niños desobedientes.

Así y todo, durante las comidas aprovechaba para escabullirme y poder conversar con algún integrante de la servidumbre, ajeno a las miradas inquisitivas de la abuela María.

—¿Hoy no habrá recital de cuerda, Pedro? Pronto os escaqueáis de vuestras obligaciones, ¡se lo comentaré a la señora! —Matilda reía con el descaro de una criada y la alegría de una joven desenvuelta. No me molestaba. Al contrario, me agradaba hacerla reír y ganarme poco a poco su confianza porque ella llevaba más tiempo que yo en el castillo. De todos es sabido la utilidad de trabar buenas relaciones con quienes nos precedieron en un ámbito nuevo—. Desde que intuye que sólo tenéis ojitos para Luisa, no para de rondar las estancias de estudio, ¡quiere teneros controlado!

Era cierto que el desplante de la pequeña la había puesto en alerta. Yo no podía dejar de sorprenderme pensando que la anciana se atrevía a impartir cualquier tipo de lecciones a sus nietos, lo que había hecho sin discordia hasta que había llegado yo con mis ideales letrados al castillo.

—A esa vieja bruja sólo le importa la valía de los nietos mayores y jamás en mi vida me había topado con borregos así. No sabéis, Matilda, lo difícil que es

atraer su atención. Tú que has pasado largas estaciones aquí, entre ellos, dime, ¿cómo hacía la abuela para lograr darles alguna lección?

Aquella pregunta no pareció agrandar al ama de cría, pero me picaba la curiosidad. Me miró seria, interrumpió de cuajo sus carcajadas y me dio a entender que la señora De Cienfuegos no debía de haber sido muy buena maestra.

—Era muy distinta la ocasión. Yo nunca asistí a sus clases ni pude observar qué les enseñaba porque, como sabéis, no es mi cometido, pero puedo aseguraros que sólo reunía allí a Diego y a Garci.

La información no podía sorprenderme menos.

—Claro, por entonces Francisco, Luis, María, Luisa y Leonor eran muy pequeños... Isabel ni siquiera habría nacido. Pero ¿qué me decís de Catalina? Si ahora mismo ejerce como dueña junto a su madre en la corte, será porque ha recibido una esmerada educación previamente. —Mi pregunta volvió a incomodarla. Lo noté enseguida, porque soy muy intuitivo para esas cosas. Matilda se mostraba reacia a darme una respuesta.

—Nada sé de esos asuntos, señor. Vos mismo lo acabáis de decir, que Isabelita ni había nacido... Para cuando yo fui contratada al servicio de esta familia, Catalina recibía lecciones de un maestro particular, un hombre mayor con quien coincidí sólo en un par de ocasiones antes de su marcha.

—¿«Antes de su marcha»? —imité su tono falsamente diáfano.

Se sonrojó al caer en que había hablado más de la cuenta. Matilda se frotó las manos en el mandil con nerviosismo. Era evidente que me mentía.

—Bueno, le obligaron a irse. Veréis, Pedro, vos no conocisteis a Diego Medrano.

—No, nada sé del padre de los chicos, pero entiendo que no estaría muy conforme con aquel mentor si, como decís, lo «obligó» a irse. ¿Sabéis el motivo?

—¡No! —Matilda se levantó y se puso a dar vueltas por la sala sin saber qué decir. Se despertó la cría, tal vez sobresaltada por el grito de su aya, y se echó a llorar—. Ya está, ya está, no pasa nada, mi amor... Shhh... —La tomó en brazos y comenzó a acunarla.

—Bueno, supongo que es mejor que os deje dormir a la niña, Matilda. Me gustaría que, en otra ocasión, me contarais por qué aquel maestro dejó de dar sus clases aquí, si es que lo sabéis, claro está.

Vi cómo mecía a la cría, intentando elegir las palabras que pronunciaría a continuación. Permaneció así durante unos segundos, hasta que la criatura pareció calmarse. Luego se detuvo y me miró.

—Fue algo que los hizo sospechar. Detalles en el proceder de Catalina que pusieron sobre aviso al padre; de ninguna manera iba a permitir que mancillaran el honor de esta casa.

Estaba seguro de que Matilda acabaría por sincerarse. Sí, tengo esa capacidad de persuasión con ciertas mujeres: aunque de primeras puedan mostrarse esquivas, terminan confiándose.

—¿Queréis decir entonces que Catalina no ha llegado «doncella» a la corte?

—¡Yo no he afirmado tal cosa, Señor!

—Cierto, pero lo insinuáis.

—No pongáis en mis labios palabras que jamás he pronunciado. Os cuento lo que me hicieron saber. Ni siquiera estuve presente cuando se decidió expulsar a aquel maestro. Sólo sé que, desde entonces, únicamente recibieron clases los dos muchachos mayores, a Catalina la alejaron de todo contacto con el exterior. La pobre no salía del castillo, ni siquiera para acudir a misa diaria.

Aquella historia me había dejado perplejo: me imaginé a un preceptor que desplegara sus encantos ante la mayor de las hijas y a su padre con la férrea voluntad de mantener incólume el nombre de la familia. La intriga me resultaba conocida, podría decir que incluso me jactaba yo de haber protagonizado unas cuantas similares. Además, se correspondía bien con los recelos de la señora De Cienfuegos. No se fiaba en absoluto de mí. Por un momento me dominó el presentimiento de que mi permanencia allí tenía los días contados. Menos mal que de inmediato me volvió el cuerpo al recordar que estaba allí por mandato regio. A la reina nadie le discute nada.

Llevaba un rato de espaldas a la puerta del salón de lectura, sin pensar en la posibilidad de que alguien entrase. En el castillo de San Gregorio apenas se visitaba aquella biblioteca. Era modesta, compuesta de alguna que otra obra de Séneca y Virgilio, probablemente adquiridas por el padre. No eran los Medrano, por lo que había podido comprobar, muy dados a la lectura y por eso gustaba de refugiarme allí cuando los niños se iban a dormir. Confiado en que estuvieran todos recogidos en sus alcobas, me dispuse a escudriñar entre la colección, por ver si encontraba algún texto de mi interés.

Eran días turbulentos. Discutía bastante con los hermanos mayores, Diego y Garcí; acostumbraban a alborotar a los pequeños y, en general, con ellos tenía yo poco predicamento. Sin duda les importunaba verme acaparando su interés y habían decidido rebelarse. Empezaba a ser habitual tras el amanecer que ambos prefirieran quedarse durmiendo en sus alcobas en lugar de asistir a la lección. Poco podía hacer al respecto. Su abuela era la primera que acudía en su defensa en cuanto se lamentaban de lo aburridas que eran las clases. No querían aprender, preferían montar a caballo e incluso cuidar de las caballerizas, mantener avivados los fogones o quitar la maleza del jardín. Cualquier cosa antes que abrir un libro.

Me había rendido ante ellos y me limitaba a permitirles ausentarse siempre que así lo desearan. Ese día, no obstante, vinieron a provocarme y yo había replicado a sus embustes sin disimular mi irritación.

—¡Pedro no sabe pronunciar la «r»! ¡¿Cómo vamos a aprender algo de quien no sabe decir correctamente ni su propio nombre?!

Cierto es que, por una malformación en la boca, la letra «r» se me resiste. No es algo que me importe, pero aquellos mocosuelos endemoniados se estaban burlando sin disimulo y merecían que yo les aplicase un correctivo. Me acerqué a Diego y le pedí que repitiese lo que acababa de afirmar.

—Además de una mala pronunciación, tengo problemas para escucharos, ¿me repetís por favor lo que habéis dicho, si sois tan amable?

Me miró desconcertado y, al notar que ninguno de sus hermanos le respaldaba, volvió a decir a media voz.

—Que pronunciáis mal.

Yo entrecerré los ojos mientras me los frotaba, simulando que no afinaba bien la vista. Me acerqué para pedirle que se expresara con voz alta y firme.

—Más alto, Diego, por favor. Tampoco os veo con nitidez: si no os importa, me sentaré a vuestro lado. Vos podéis manifestaros sin impedimento alguno; además, desde vuestro sitio veis con claridad a quienes os rodean. Jugáis con ventaja, ¿os dais cuenta de lo mordaz que es que me critiquéis?

—Os pido que no os acerquéis a él. Sólo estaba diciendo la verdad, que no podía entender qué decíais. Dejadlo en paz. —Garci se había levantado y me miraba con una suerte de desprecio que me heló la sangre.

Los demás niños permanecían clavados a sus asientos; aunque no comprendían bien lo que sucedía, tenían tanto miedo de salir en defensa de Diego como de contrariarme. No me quedó otra opción que la de expulsar a los dos mayores de clase.

—Si no estáis dispuestos a respetarme ni a dar ejemplo ante vuestros hermanos, será mejor que dejéis de asistir a las lecciones. Hablaré con vuestra abuela más tarde.

Garci y Diego se miraron y, como impulsados por un muelle invisible, se levantaron de sus sillas y abandonaron la habitación. No me interesó indagar sobre qué harían. Comprendí que, llegado el momento, manifestaría mi parecer a su abuela: le diría que la vida de estudio no parecía estarle reservada a ninguno de esos dos nietos suyos, que ninguno de ellos había sido tocado por las musas.

Traté de continuar con mi clase con naturalidad, pero la tensión permanecía en el ambiente y, en mi fuero interno, rumiaba el inevitable encuentro con la señora. Así que, cuando culminó la clase, mientras husmeaba entre los libros, una vocecita clara me sacó de mi ensimismamiento:

—Vos no sois como el maestro anterior.

Me volví al reconocer el fino hilo de voz de Luisa. Me miraba y sus ojos, igual que dos cristales oscuros atravesados por la luz del sol, se quedaron prendidos del libro que tenía en mi mano.

—¡Luisa! ¿Qué hacéis aquí, pequeña? Es muy tarde para que estéis levantada. Vuestra abuela se enfadará si os ve merodeando por el castillo a estas horas.

—No me importa. Quería deciros que no es culpa vuestra si Garci y Diego se enfadan con vos. No les gusta estudiar y menos aún los maestros, pero vos sois distinto. —Dio unos pasos decididos hasta una butaca apoyada junto a la pared y

desde allí continuó—: Piensan que vais a portaros igual que nuestro anterior tutor y que por vuestra culpa nuestra madre se ha ido... Yo les he explicado que no sois así. Yo creo que sois bondadoso y que vuestras lecciones son importantes.

Me quedé atónito. Mis oídos no daban crédito a semejante testimonio de labios de una niña de cinco años.

—Luisa, sentaos aquí y contadme qué hizo el maestro que os daba clases anteriormente a vosotros. —Intuía que quería desahogarse, así que la animé a ello—. ¿Sabéis si le hizo algo malo a Catalina? ¿Tenéis miedo de que yo tampoco sea honrado? —Nunca me hubiera imaginado mantener una conversación así con una niña tan pequeña, pero Luisa era diferente.

—A Catalina no le hizo nada. Mi hermana era buena estudiante y nunca faltaba a las clases.

—Pero, entonces, ¿qué hizo aquel maestro, que malogró su labor? ¿A quién osó molestar? —Empezaba a impacientarme por saber la verdad.

—A mi madre. Yo la vi llorar desconsoladamente. También a mi padre encolerizarse con ella y echar al maestro de casa. Yo sé que si él se ha ido y habéis venido vos, ahora que mi padre y mi abuelo han muerto, no es por ese motivo. Mi madre y Catalina se han marchado junto a la reina y vos estáis aquí para que nosotros podamos cultivarnos. Vos sois bueno.

Las palabras de Luisa me sumieron en la confusión con respecto a su madre. No me quitaba de la cabeza la imagen de Magdalena Bravo ataviada con aquel precioso vestido verde agua, cuando me recibió a mi llegada a San Gregorio. Si había sido seducida por el mentor de su prole, era factible que se tomara con ligereza su nueva condición de viuda.

Y, pese a todo, lo más extraordinario del asunto había sido para mí conocerlo en su totalidad por boca de una chicuela despabilada.

Luisa Medrano intercedió por mí ante sus hermanos mayores para que regresaran a las clases en los días siguientes. Al parecer, de acuerdo con lo que a mí me había contado y que más adelante supe que era cierto, les dijo que yo era mucho mejor maestro que mi antecesor y que la madre nada había tenido que ver en el asunto de mi contratación porque yo había sido escogido por la reina. Aunque quedaron convencidos con el argumento, lo cierto es que unas semanas más tarde, contra todo pronóstico, y casi sin apuros para mí, la abuela consintió en que Garci y Diego no asistieran más a mis clases. Como todo el mundo sabía por allí, ninguno había sido llamado al amor de las letras. Y en cambio, la vida de artesano había logrado seducir al primogénito Diego, en cuanto la abuela María inquirió al respecto. A continuación, Garci, más próximo a él en edad y calcado en carácter, no tardaría mucho en seguir sus pasos.

Por otra parte, poco tiempo después, iba a ser la voz divina la que despertara la vocación de los otros tres hermanos alejándolos de mis lecciones: María, Leonor y Francisco se entregarían a la vida de oración y, tras dos años bajo mi tutela, se trasladaron con la dote correspondiente a los monasterios de Nuestra Señora de la Merced y San Juan de Duero.

Quedaron por tanto Luis y Luisa a mi cuidado, y también la pequeña Isabel, que apenas se desprendía de los pechos de Matilda, incluso frizando los tres años de edad. Esa nueva circunstancia hizo que me sintiera más cómodo en mis labores. Ahora ya sólo debía impartir mis lecciones a los dos hermanos que mejor las iban a aprovechar, a los únicos que tenían verdadero interés por

aprender e instruirse; se habían terminado los días de esforzadas estrategias de persuasión sobre un grupo de chiquillos que, en ningún caso, disfrutaban llenándose de conocimiento. No obstante, aquello no me libró de sufrir momentos complicados. A veces, entre ambos se desplegaba una cortina de celos de la que no podía evitar ser testigo, primero desconcertado pero, con el paso del tiempo, llegándolos a comprender. Sin duda, los dos hermanos tenían personalidades fuertes y cada uno a su manera pugnaba por destacar ante mí.

Una mañana y sin previo aviso, Luis me sorprendió con estas palabras durante una de nuestras clases:

—Mi hermana dice que, cuando sea mayor como Matilda, no consentirá jamás que ninguna mujer se encargue de alimentar a sus hijos por ella.

Trataba de imitar el desparpajo de su hermana. Intentaba hablar como ella y a veces incluso se atrevía a parafrasearla. Sabía con buen juicio lo mucho que me agradaban las preguntas infatigables de Luisa. Y en un intento de transformarse él también en el centro de mi atención, hubo ocasiones en las que inquiría sin ton ni son, sólo por hacerse notar.

—Luis, creo que la labor de Matilda es más que necesaria. Vuestra madre no está aquí para atender a Isabelita. No puede alimentarla. Estoy seguro de que Luisa, cuando tenga edad para decidir si desea o no cuidar de sus propios hijos, deberá tener en cuenta si también va a poder vivir con ellos.

—Eso te lo estás inventando, Luis. Yo no voy a tener hijos. Me repugnan los bebés.

La niña se levantó de la mesa y le dio una patada en la espinilla a su hermano, sentado enfrente de ella. Sus ojos, de natural brillantes y llenos de vida, se ensombrecieron, como anunciando el llanto.

—No lo podéis saber, pequeña. Los hijos llegan cuando uno es mayor. Vos aún no habéis cumplido ni seis años, ¿cómo pretendéis estar tan segura de las decisiones que vais a tomar cuando alcancéis la veintena?

Insólita lección la de aquella mañana para los hermanitos. Yo me había acostumbrado ya a las salidas de tono de Luisa. Gustaba de oírse a sí misma y aprovechaba la menor ocasión que tuviera para tomar la palabra. Que su hermano la imitara parecía no molestarla demasiado y, es más, la hacía sentirse un personaje notable.

A pesar de todo, en aquella ocasión, la niña reaccionó como si la hubieran ofendido. Luis había tenido el atrevimiento de mencionar ante un extraño un comentario íntimo. Por lo demás, lo que una niña como ella pudiera imaginar sobre su futuro resultaba fruto tanto del ensueño como de la quimera para todos,

excepto para ella misma.

—No, jamás seré la madre de ningún niño. Las madres no estudian y tampoco leen. Las madres se casan y cuidan de sus hijos.

Había dominado las ganas de llorar, pero hablaba con las palabras cargadas de resentimiento.

—Eso no es verdad. Madre no cuida de nosotros y tú siempre dices que quieres ser como ella.

—Lo que yo no quiero es *ser madre*, tener hijos. Yo quiero vivir en la corte y recibir lecciones de los mismos maestros que enseñan a los reyes. Tú no sabes lo que dices. ¡Eres un mentecato, Luis!

No pude consentir que insultara así a su hermano. Me levanté y agarré a Luisa por las muñecas. Sostuve su mirada enardecida y con mesura le pedí que volviera a ocupar su asiento. Ella enmudeció. Vi cómo su mentón temblaba nervioso e imparable. Luisa se echó a llorar y ya ningún tipo de pundonor pudo frenarla. Se acercó más a mí, que ya le había soltado las manos, me abrazó y olvidó que seguíamos en mitad de una lección de gramática.

Tenía casi seis años y una capacidad intelectual que rebasaba con creces la del resto de sus hermanos, así como la de mis anteriores discípulos. Me di cuenta de ello casi de inmediato. La admiraba y la apoyaba. Me preocupaba saber si el resto del mundo estaría igual de dispuesto a hacerlo.

De modo que, llegados a este punto de mi relato, considero importante dejar claro que cumplí con los cinco años pactados para formar a aquellos niños y que Luisa vio realizado su sueño de trasladarse a la corte. Viví plazeramente en San Gregorio con cuidado de acomodarme a las manías, antojos y reticencias de la señora De Cienfuegos; me esforzaba casi a diario por hacerle ver la excepcionalidad de su nieta y lo importante que sería para ella reunirse con su madre y su hermana en la corte de los reyes. Lo que no quiere decir que dejara de esforzarme en que Luis siguiera la estela de aprendizaje que dejaba su hermana.

No obstante, según se aproximaba la hora de mi partida, tenía yo más claras las diferencias entre los dos hermanos, las diferencias de Luisa respecto al resto de los niños de su edad.

Había dispuesto las pocas pertenencias que tenía acumuladas en un par de bolsas, era todo mi equipaje. Los bultos aguardaban a la salida del castillo, muy cerca de la puerta. Los observé con tristeza: me había acostumbrado a la vida en San Gregorio y, sobre todo, había descubierto a la que sería, sin lugar a dudas, la mejor de mis alumnas. Azotado por la melancolía, solicité unas palabras con María de Cienfuegos y aguardé su llegada en la biblioteca, la misma en donde su nieta y yo habíamos conversado años atrás.

—No lo digo porque ella me pida que interceda con vos para conseguir su propósito. Soy duro de roer, a mí no se me convence con facilidad. Son muchos años ya impartiendo clases y nunca he conocido a nadie con tal avidez por el saber como Luisa. Debería trasladarse a palacio para que un tutor, con más luces y talento que yo, pueda continuar cultivándola.

Esa mañana hablé con determinación ante María de Cienfuegos. Debía convencerla de la necesidad de que la niña no fuera enviada a un convento y continuara con sus estudios en la corte.

—Pedro, hijo. Bien sé que os habéis encariñado con nuestra pequeña Luisa, pero no debéis hacer caso a sus zalamerías. No negaré que se trata de una

chiquilla perspicaz, con más luces que sus hermanos mayores, desde luego, pero ¿acaso osáis imaginar que pueda yo dirigirme personalmente ante sus majestades y pedirles que acojan a mi nieta entre sus súbditos, y para más inri, para que se dedique a los estudios?

Estaba convencido plenamente del poder que la casa de los Medrano tenía en la comunidad de Soria. Perteneían a uno de los linajes incluidos en la estirpe de «los Doce», respetabilísimos nobles cuya casta podía echar la vista dos siglos atrás. Se rumoreaba que el apellido procedía de las insistentes preguntas que profería un príncipe moro convertido al cristianismo, el cual, intentando sonsacar si su familia «medraba o no», al ver que no lo hacía, y obteniendo siempre la misma réplica, acabó por tomarlo como apodo y a la postre se convirtió en el apellido de toda su descendencia («no medra, no», le decían).

Pero aquello eran leyendas.

Lo que nadie podía negarme a mí era que quien me hablaba y prestaba su voz a los suyos, la abuela de esa niña que tanto anhelaba reunirse con su madre y poder acceder a una educación superior, si suplicaba tal intención, sería escuchada y la casa real acabaría por concedérsela.

Sin duda, merecía el esfuerzo.

—Vos tenéis potestad para ello y para más, señora De Cienfuegos. No voy a ser yo quien insista, al fin y al cabo, mi labor termina aquí, pero escuchad a vuestra nieta. Es una estudiante fuera de lo común, su entendimiento sería desperdiciado al confinarla en un claustro.

—Os ruego que retiréis la irreverencia que acabáis de pronunciar, señor De la Rhúa: tres de mis nietos ya dedican sus afanes a los monasterios de Nuestra Señora de la Merced y San Juan de Duero, por si el frenesí por el talento de Luisa os obnubila el sentido.

—Ni María ni Leonor ni Francisco me demostraron las capacidades que ostenta Luisa. Creedme, señora De Cienfuegos, se trata a todas luces de una discípula sin par.

No me importunaba insistir, no me provocaba fatiga alguna, pero lo cierto es que dejé de verlo pertinente. Hay veces en que uno debe saber cuándo retirarse, en cualquier caso: el devenir natural de los acontecimientos actuaría en mi favor.

Me despedí amablemente de la anciana dama y me dirigí al jardín en busca de mi alumna predilecta; sentía ya añoranza de su curiosidad y de sus consultas sin fin que, todo hay que decirlo, muchas veces me ponían en un aprieto y aguijoneaban mi orgullo. Pocas cosas eran más estimulantes para mi cerebro que las preguntas de la joven Medrano.

La vi de lejos tumbada en la hierba. La luz del atardecer filtraba pequeñas motas de polen que, en suspensión, proporcionaban a la escena una calidez inusitada. Luisa charlaba animadamente con su hermano; los dos niños se entretenían con algún juego en un rincón de la parcela que ocupaba el jardín. Yo me oculté detrás de un arbusto a fin de poder escuchar sin ser descubierto. Eran los principios del mes de mayo y los árboles del huerto prometían una hermosa recogida de frutos para el verano. Cierta vanidad me animaba a indagar sobre qué pensaban aquellos dos de mí. Separados por un año de diferencia, ambos habían aprendido juntos y se habían acostumbrado a mis lecciones. En mi fuero interno creía que me apreciaban sinceramente y ya no iba a tener más ocasiones de husmear en sus sentimientos. Me acompañó la buena fortuna, ya que al poco les oí mencionar mi nombre.

—No estés triste, Luisa. Pedro también necesita regresar a su hogar...

Los dos intuían que un cambio importante se adivinaba en el horizonte para ellos. No tenían muy claro en qué derivaría, pero temían que el destino los separara.

—Claro que lo entiendo, pero me apena pensar que no estaremos juntos. ¿Te das cuenta de que ya no habrá más clases? Por Dios Santo, Luis, ¡yo quiero seguir estudiando!

—Y vas a hacerlo, probablemente, con las religiosas de Nuestra Señora de la Merced, igual que Leonor y María.

Luisa tomó una margarita para entrelazarla con el manojito que tenía en las manos. Estaba armando una coronita de flores que se colocó de forma cómica sobre sus cabellos en señal de beatitud. Su hermano se echó a reír.

—Como te vean así en la casa, ¡te van a mandar a estudiar a la hoguera, por hereje! ¡Luisa, por favor!

—¿Ves que es imposible para mí convertirme en monja, y mucho menos en santa? Yo lo que voy a ser es preceptora, Luis.

—¿Como Pedro?

Y quitándose la corona, que le dejó delicados pétalos en su melena, sonrió convencida y le dio un beso en la mejilla a su hermano.

—No, te equivocas. Yo voy a dar clases en la universidad.

Almarza, Soria
(Reino de Castilla)
1527

—Decidme, hija, ¿qué es lo que tenéis que contarme?

Magdalena se incorpora con dificultad, alarmada por el semblante de Luisa. No es bueno que se altere ni que haga esfuerzo alguno. Su salud quebrada apenas le deja pronunciar palabra con un tono de voz casi inaudible.

—Madre... Ella... Ella tendría que estar aquí, pero yo no la quise a mi lado. En realidad, nunca... Nunca quise... —Alza su mano derecha y la deja caer derrotada. La parálisis le impide incorporarse y mover la parte izquierda de su cuerpo. Luisa gira su cabeza a ambos lados de la cama. Siente dolor, todas las manifestaciones posibles de dolor.

—Pero ¿de quién habláis, hija mía? ¿Quién es ella? No... Por favor, os lo ruego, no digáis más ni hagáis más esfuerzos. Debéis descansar, estar tranquila.

Hablar, ojalá ella pudiera hablar ahora, aunque sea en este instante postrero. Ojalá pudiera verla una vez...

BARCELONA
(CORONA DE ARAGÓN)
1492

1

—No bajéis, alteza. Contened vuestra soberbia y preveníos. No salgáis a las escaleras, ¡puede ser peligroso!

Escuché la recomendación vertida a gritos de un vasallo, procedente de los corredores de la primera planta. Ya me disponía a salir escaleras abajo, dominada por el impulso de siempre, el que no me deja pensar y en pos del cual actúo: no tolero que me den órdenes y menos si tengo miedo. Estábamos mediando la jornada del viernes, que se había alargado porque mi padre tenía juicios pendientes que atender, tratar y, en su caso, aprobar o denegar. Recuerdo la alarma que inundó los pasillos, como si un líquido viscoso impregnara alfombras y cortinajes y nos dejase adheridos al suelo, inmóviles, asustados y ahogados por el pánico.

—¿Qué ha sido eso? ¿Viene desde la calle? ¿Están llamando a madre?

Juan me miró con la interrogación dibujada en el rostro. Yo sabía que su retahíla de preguntas no era más que la confirmación de lo que ambos sospechábamos.

—Aguardad aquí. Si os están señalando que puede ser peligroso es porque probablemente ya se haya lanzado a la calle. Me asomaré a ver qué es lo que sucede.

—¡Juana, no!

No le hice caso. Mi hermano es un año mayor que yo; no obstante, es de mí de quien depende resolver las contrariedades. Él es más débil. No le gusta que lo señalen como frágil, pero su salud es manifiestamente delicada.

Por eso me lanzo a tomar decisiones, como si fuera la primogénita. En aquella ocasión quería protegerlo y no me importaba ser yo quien se expusiera al peligro. Se trataba de mi madre, su majestad.

Bajé las escaleras con la rapidez que mi largo sayo me permitía. Me apoyaba en la barandilla con la mano derecha, mientras que, con la izquierda, recogía el vuelo de mi falda de terciopelo. Los escalones se escurrían bajo mis pies de dos en dos y a punto estuve de tropezarme cuando casi había alcanzado el rellano.

Dos guardias provistos de sendos mandobles me impidieron avanzar hasta más allá de las puertas de salida del palacio.

—He de reunirme con mi madre... ¡Dejadme salir! Sé que se halla ahí fuera. —Alcanzaba a ver el extremo azul de su cofia que se agitaba con el viento. Intuía que había sucedido algo terrible—. ¡Madre! —grité con todas mis fuerzas para llamar su atención. Debían permitirme llegar hasta ella, comprobar qué ocurría.

Mi madre se volvió al oír mis incesantes alaridos y reconocí una sombra de terror en su rostro.

—¿Qué sucede, madre? ¡Ordenadles que me dejen ir junto a vos!

—¡Quedaos ahí, Juana, no salgáis!

Con su mano abierta me indicó su orden perentoria: no debía avanzar. Supe con ello que algo trágico había ocurrido. Mi madre me protegía de lo peor.

Dejé de chillar y retrocedí unos pasos para alejarme de la guardia real, pero no pude controlar el llanto. Tenía miedo. Un miedo nuevo, desconocido, a la pérdida, a la muerte, al sufrimiento. Miedo de ser pasto de una conjura, de la traición... Pronto el revuelo se volvió generalizado y las calles adyacentes al palacio se vieron colmadas por la soldadesca. La algarabía de un tumulto confundido se mezclaba con mi llanto. Sentí cómo se disparaban los latidos de mi corazón. A mis espaldas, varias doncellas se agolpaban en lo alto de la escalinata. Se habían dejado contagiar también por mi llanto nervioso. ¿Qué había sucedido?

Así transcurrió un buen rato que a mí me pareció una década, mientras permanecía apoyada en los escalones en total incertidumbre. Ni me moví, a la espera de noticias, hasta que, por fin, una de las dueñas de mi madre vino a informarme. Se trataba de mi padre: alguien había intentado matarlo con un puñal.

—Alteza, su majestad os ruega que os reunáis con ella. —Se llamaba Magdalena y era una de las damas de confianza de mi madre. Con una reverencia, me tendió la mano para que la acompañara hasta la puerta del palacio—. No os acerquéis al cuerpo. Vienen a llevárselo y es mejor que nadie lo toque, tened cuidado.

En cuanto pronunció aquello, me abalancé en una loca carrera a su encuentro. ¡¿Mi padre había muerto?! La sola idea de imaginármelo se me hacía insoportable.

—¡Alteza, por favor! Tened cuidado, ¡no corráis!

Había visto más de una vez a aquella dama dar órdenes con señorío a alguna

de sus hijas cuando correteaban por palacio. Era una de las favoritas de mi madre y, con harta frecuencia, se tomaba la libertad de comportarse conmigo de igual manera. La ignoré y guie mis pasos veloces al encuentro de mis padres.

—¿Estáis bien? ¿Qué ha sucedido? ¡Padre! ¿Es que no hay nadie aquí para socorreros?

Con las capas de varios alguaciles se había improvisado un lecho; mi padre yacía sobre los adoquines de la plaza y su respiración era entrecortada. Estaba herido en un costado; la sangre había traspasado el blanco tejido de su camisa y marcaba un sinuoso camino rojo oscuro que culminaba gota a gota en el suelo.

—¡Padre! ¿Qué os ha pasado? ¿Cuánto tiempo lleváis así?

Mi madre me tomó de los hombros y se dirigió a mí con una calculada dulzura no exenta de firmeza; acostumbraba a emplear ese tono conmigo cada vez que yo perdía los nervios.

—Juana, hija mía, no os preocupéis. Vuestro padre ha sido víctima de un enajenado, un hombre movido por la falta de juicio, pero no habéis de alarmaros. De inmediato le han aplicado ungüentos y lo han vendado con premura... ¿Acaso no veis que ya está bien? —Observé con cuidado y pude apreciar lo que se asemejaba a unas cuantas vendas que envolvían a mi padre por las costillas—. Calmaos y volved con vuestros hermanos. Él estará bien.

—Pero ¿por qué sigue echado en el suelo? ¿No deberíamos trasladarlo a su cámara? —A duras penas contenía mi enojo y la tensión me dañaba la garganta. Mi madre me agarró de nuevo, esta vez con más fuerza hasta inmovilizarme. Llegaron dos sirvientes y la ayudaron.

—Juana, por favor, tratad de conteneros. No podemos moverlo hasta que traigan una litera, ¿podéis comprenderlo? Voy a tener que insistiros en que regreséis dentro y os comportéis con mesura. La vida de vuestro padre no corre peligro alguno, así que no os alteréis ni asustéis a vuestros hermanos.

Dos hombres me arrastraron al interior del palacio sin que pudiera hacer nada por resistirme; poco a poco amainaron mis ansias y mis recelos. Sólo quería asegurarme de que mi padre no iba a morir, pero nadie parecía estar presto a darme apoyo y comprender mi preocupación.

Noté cómo me miraban cohibidos. Incluso un grupo de niños acalló sus cuchicheos en cuanto vieron que avanzaba por el corredor. Me miraban con ojos enormes y abiertos de curiosidad. Sí, una vez más me distinguía por mi falta de decoro, cual si un espíritu maligno se adueñara de mi seso.

Me abrieron paso y una de las camareras me acompañó hasta mi alcoba para desvestirme antes de meterme en la cama. Sabían que dormir me sosegaría.

Ante la puerta una niña rubia me tendió un papel arrugado.

—Alteza, no os preocupéis. Todo saldrá bien. Leed esta poesía, os calmará.

Abrí el pliego, que estaba doblado en dos y ligeramente humedecido por el sudor de aquellas manos diminutas.

X

*Mas bien acatada tu varia mudança,
por ley te gobiernas, maguer discrepante,
ca tu firmeza es non ser constante,
tu temperamento es distemperança,
tu más cierta orden es desordenança,
es la tu regla seer muy enorme,
tu conformidat es non ser confforme,
tú desesperas a toda sperança.*

—¿Qué me dais, Luisa? —La pequeña de los Medrano, siempre leyendo, siempre sensible a su entorno y con sólo ocho años, había copiado aquel poema que reconocí como de Juan de Mena—. Os lo agradezco.

—Habla de la fortuna, señora. Hoy la fortuna nos ha traído la desdicha y el desconcierto, pero debemos dejar que siga su curso sin alterar nosotros el nuestro. Habrá tiempo para que retorne la serenidad a palacio.

Con una enorme sonrisa, Luisa se alejó de nosotras.

2

El salón del Tinell estaba tan abarrotado que apenas podía distinguir dónde apoyar mis chapines para poder caminar e ir avanzando de alfombra en alfombra. Procuraba no levantar la vista para no permitir que nadie censurara mi comportamiento. Bien sabía que me estaba portando de manera insolente.

Llevábamos allí desde las diez de la mañana y el capitán no había llegado todavía. La gente se impacientaba. A mí, sin embargo, no me molestaba. En Barcelona eran habituales las muchedumbres y me estaba acostumbrando a ese tipo de vida; sabía que hasta transcurridos unos meses era probable que no retornáramos a Medina. Al contrario que mis hermanos, yo me encontraba a gusto con la novedad. El que más se quejaba era Juan. Cualquier asunto irrelevante podía convertirse en motivo para sus quejas y llegaba a ser desesperante: le molestaba la ropa o lo incómodos que eran los tronos. Cualquier cosa, aun a pesar de que a él siempre le ofrecen cojines para que no se dañe con unos asientos «tan duros».

Veía al servicio a nuestro alrededor con indumentarias para la ocasión, sus instrumentos, sus uniformes y sus caras largas de aburrimiento. Sabía que no tendrían más remedio que resignarse a permanecer allí de pie unas cuantas horas. A raíz del ataque sufrido por mi padre, nos vigilaban hasta la extenuación y no podíamos siquiera levantarnos del trono para aliviar necesidades sin que dos lacayos y un guardia como mínimo se nos echasen encima y nos acompañaran allá donde quisiéramos ir.

María y Catalina estaban jugando; tenían once y ocho años, pero habían aprendido bien pronto a comportarse en una recepción.

En cambio Juan se lamentaba de lo baja que estaba la tarima que nos habían instalado para que viéramos al capitán cuando llegara. Yo no podía evitar poner los ojos en blanco.

—Dejadme al lado de madre, ¡desde la tarima no veo bien!

—Juan, por favor, madre tiene que estar en el centro del salón. Vos sentaos aquí a mi lado. Estaréis bien y si hay algún detalle que se os escapa, yo os lo

cuento... no es tan importante.

—Pero llega desde el Nuevo Mundo, ha visto el lado ignoto del orbe. ¡Va a contar mil maravillas y yo no podré escucharlo si estoy lejos!

—¡Juan! —A veces consigue sacarme de quicio y tengo que ponerle en su sitio por sus caprichos y quejas absurdas.

En ésas estábamos cuando nuestra madre se giró para mirarnos en la distancia con reprobación.

—¿Veis lo que lográis? Ahora madre va a enfadarse. Haced el favor de calmaros y dejad de quejaros de una vez. Dentro de una hora estaréis aburridísimo y os darán igual los prodigios del capitán.

El capitán Cristóbal Colón iba a ser investido almirante. Una multitud se agolpaba en los alrededores de la plaza Real. Podía parecer que el reino al completo vivía emocionado el momento mágico de conocer las noticias llegadas de tan lejos, que todos disfrutaban por igual de esa hora sin precedentes, pero yo sabía que, al menos para una persona de las allí presentes, aquello era como si el Nuevo Mundo entrase por el puerto de Barcelona con seis años de demora.

A Luisa Medrano no le importaba si quien iba a contarnos sus aventuras oceánicas era almirante o grumete, amo o cautivo. Ella iba a asistir a la recepción, al igual que lo hacían su madre y su hermana como miembros del séquito real, pero, en el fondo, sumida en sus pensamientos, que muchas veces giraban en torno a la ausencia de su padre y de su abuelo, según me había dejado saber, muertos en batalla unos seis años atrás.

En cuanto mi hermano se calmó y se arrellanó en el trono con ánimo de quedarse dormido, la busqué con la mirada entre el gentío.

Con toda probabilidad se ocultaría tras una columna o bajo uno de los pesados cortinajes. Luisa había llegado a la corte con ocho años y una especial predilección por esconderse del mundo: del viejo y del nuevo. Su madre y su hermana velaban por las doncellas de mi madre, pero pocas veces había tenido ocasión de hablar con ellas. La pequeña, por el contrario, era una de las mejores conversadoras que jamás habían pasado por el séquito real y siempre estaba dispuesta a charlar conmigo.

Las trompetas anunciaron la entrada del almirante con fastos y regocijo. De inmediato se abrieron las altas puertas y una diminuta bestezuela irrumpió en el salón, engalanada con terciopelo e hilo de oro. Tras ella corría un lacayo que no era capaz de alcanzar a tan ágil criatura. Cristóbal Colón acababa de entrar en la estancia, dando gritos de sofoco:

—¡Majestad! Es una especie de las tierras descubiertas. Un regalo con que

obsequiar tan honorable recibimiento.

No pude reprimir una carcajada en cuanto fui testigo de aquel animalillo volviéndose indomable ante Colón y todos los asistentes. Lo vimos saltar y balancearse colgado de las lámparas y dar pequeños traspiés sobre los tocados de algunas de las damas; el revuelo derivó en caos en cuanto lo perdimos de vista, hasta que alguien anunció que ya estaba bajo custodia.

—¡Está conmigo! No os alarméis, majestad. —Luisa miraba con una sonrisa nerviosa a mi madre. Sostenía al animal con las dos manos y lo alzaba para que todos pudieran comprobar que estaba vigilado—. Almirante, me haré cargo de vuestro obsequio mientras vos nos instruís sobre vuestra travesía.

Se había levantado de prisa al ver saltar aquella criatura salvaje por el recinto. Los ojos negros del animal, rodeados de largo y blanco pelo con apariencia de suave pelusa, se clavaron en los de Luisa, como diciéndole: «Haz algo, por favor. Sácame de aquí». Tenía los pies del mismo tamaño que las manos, pequeños pero capaces de prender con ellos todo tipo de objetos. Alguien le había colocado una cinta alrededor del cuello para tenerlo dominado y, pese a ello, la bestezuela parecía ignorarla. Levantaba sus bracitos y agarraba la nuca de la niña para que ella lo sostuviera como a un bebé.

—Pobre criatura indefensa, ¿de dónde sales? —le dijo, en un intento absurdo de comunicarse con la diminuta bestia, recién llegada de allende los mares y las tempestades.

—¡Alejaos de ese monstruo! Dios sabe qué horribles intenciones nublan su instinto animal. Luisa, ¡he dicho que os apartéis! ¡¿Cómo tengo que decíroslo?! —Catalina gesticulaba impaciente, en un intento de desviar la atención de los curiosos que se arrimaban a aquel rincón de la sala. Su hermana parecía orgullosa de hacer algo que, de nuevo, la convertía en el centro de atención.

Luisa lo miraba y el animalito no se movía. Desoyó las órdenes de su hermana mayor, lo agarró como una madre que tomara a su hijo en brazos y regresó a su escabel con él en el regazo.

—Dejad a la pequeña que se divierta. Es completamente inofensivo, aunque corra como alma que lleva el diablo. En las Indias vimos miles saltando de árbol en árbol desde la salida del sol hasta bien entrada la madrugada. Pensad mejor en prenderlo con la cuerda y no lo perdáis de vista: vuestros esfuerzos por domar y confinar a esta especie de criaturas serán en vano, creedme.

Mis padres se volvieron hasta dar con Luisa en la esquina del salón donde estaba sentada, ahora con un pequeño mono, agotado y desubicado, que descansaba manso sobre su falda.

—Esta Luisa, siempre en medio de donde no debe... ¿Es que el animal no podía haber huido por la ventana? —Mi hermana Catalina susurraba con desprecio. No tenía buena opinión de Luisa. Tenían casi la misma edad, pero Medrano destacaba ante los maestros.

—No seáis cruel. No es más que una insignificante bestia atemorizada y Luisa es incapaz de quedarse quieta, a no ser que se le ponga un libro entre las manos.

Catalina comenzó a reírse. Yo la seguí a carcajadas y, a continuación, se sumaron el resto de mis hermanos. No podíamos parar. Era cierto que aquella niña era puro nervio y sólo encontraba sosiego si leía. En ese caso se evadía del mundo y nada la perturbaba, de modo que no podía haberla descrito mejor.

Nos llevó cierto tiempo recuperar la compostura. Cuando por fin encontramos la manera de calmar nuestra risa descontrolada, Luisa y el mono ya habían abandonado el salón. Así pudo dar comienzo la ceremonia de recepción de Cristóbal Colón.

3

Los días normales, aquéllos en los que no se recibía en palacio ninguna embajada o expedición, despertábamos alrededor de las seis de la mañana, en cuanto la primera luz del alba se colaba por la rendija de la puerta. Acudíamos a misa antes del desayuno, porque a Dios había que reservarle el primer pensamiento y la primera palabra, siempre con el hambre arañando desde dentro. Eso nos decían y eso hacíamos, obedientes.

A los niños de la nobleza que vivían en la corte se les formaba en las artes de cetrería y equitación; en cambio, mi hermano Juan tenía un maestro particular para cada una de las disciplinas. Era importante que supieran montar a caballo y también que se manejaran debidamente en la defensa y el ataque para la batalla. Los futuros caballeros debían saber cómo enfrentar la muerte. En cuanto a las niñas, querían que alcanzásemos conocimientos en la ejecución de danzas, canto y bordado. Las damas de la corte eran preparadas para destacar en actividades relacionadas todas ellas con la estética, la elegancia y la elevación; nosotras no íbamos a defender ni asediar al enemigo, no tendríamos que encarar a la muerte ni tener siquiera conciencia de las artes de la guerra. Así debía ser.

Muchas veces dejaban que se sumaran las hijas de los integrantes del séquito regio a los llamados «cuartos de oficio».

Cada jornada, tras la primera comida, Luisa se reunía con nosotras. No era habitual que los nobles compartieran el mismo espacio cotidiano que los miembros de la realeza, pero mi madre sentía especial predilección por la muchacha y le permitía que se dedicase a sus quehaceres junto a nosotras.

Así, mientras María y yo ocupábamos la mañana en rematar con bordados de hilo de oro entrefino y plata las siluetas dibujadas en un bastidor, Catalina aprendía a manejarse con la rueca y Luisa leía en voz alta algún pasaje de aventuras o romances, tan del gusto de mi madre. Parecía que a la niña le agradara la sensación de ser escuchada por un auditorio, aunque sólo lo formásemos las mujeres allí presentes.

Aprendíamos a comportarnos en la mesa, juegos y justas, maneras de vestir y

el beneficio de la «mesura en la gesticulación». Sabíamos que el movimiento debía hacerse armonioso y el tono de voz, jamás elevado ni estridente, por no incomodar a quien escucha. Sólo cuando se leía para los demás, estaba permitido modular y hasta lanzar alguna que otra palabra en gritos secos y dramáticos. De cualquier otro modo, una novela de caballerías se convertía en un auténtico aburrimiento. O eso nos parecía.

Catalina miraba con recelo su desenvoltura, intrigada también por el empeño de nuestra madre en protegerla. Bien es verdad que Luisa se esforzaba en los ejercicios, leía con ritmo frenético y parecía emocionarse con el descubrimiento de cada nuevo concepto. Yo notaba que Catalina envidiaba con disimulo su facilidad para aprender, su disposición a ser aleccionada por los maestros y que habitualmente éstos acabaran sorprendidos por sus elocuentes indagaciones.

—No debéis molestaros porque a veces sepa más que vos. Luisa jamás reinará como nosotras. —Yo quería sosegarla porque, a menudo, mi hermana parecía perder el control y lloraba de rabia al ver cómo Luisa recitaba sin tropiezos largas listas de declinaciones o poemas en latín que ella no lograba igualar.

—Pero, Juana, ¿entonces por qué se aprende todas esas cosas? Si nunca va a gobernar, tampoco necesitará saberlas.

Miré a Catalina y se me escapó un mohín de duda que creo que percibió como un «Te doy la razón», aunque no lo pretendía. Yo tenía por entonces catorce años y se barajaban varias propuestas matrimoniales destinadas a forjar alianzas entre reinos que pronto, muy pronto, me separarían de ella y del resto de la familia.

A veces pensaba que la vida de Luisa tal vez fuera mejor que la nuestra. Pese a haber quedado huérfana de padre tan pronto y encontrarse separada del resto de sus hermanos, ella parecía disfrutar con su vida, tan cercana a la nuestra pero, sin embargo, tan diferente.

Para mí se decidía qué esposo me emparentaría con qué reino y conmigo a España entera, como ya había sucedido con mi hermana Isabel. Luisa no vivía con esa aterradora certeza, ella aprendía y estudiaba con un ahínco que desconcertaba a todos.

Cuando yo quería paz, me retiraba a un cuarto que había frente a la sala de labor y tocaba la vihuela. Escogía el atardecer, cuando la luz cae antes de que el cielo se oscurezca y dé paso a la bruma nocturna, la mejor hora para escuchar ciertas melodías. Muchas veces, venía Luisa y se sentaba a mi lado para oírme tocar.

Entre las dos y de manera natural había un pacto de respeto por el cual ninguna molestaba a la otra si compartíamos ese espacio y ese tiempo. Tenerla

cerca, mientras leía me ayudaba a pensar únicamente en la música. Suponía que a ella le sucedía lo mismo: ambas nos quedábamos muy quietas, cada una sumida en su pensamiento o en su quehacer. Podían transcurrir horas sin que hablásemos hasta caer rendidas de sueño.

Aquella tarde, la hermana de Luisa entró en la sala en su busca. Como tantas otras veces, la reclamaba para que fuera a merendar con los otros niños de la corte. A fuerza de asistir a una escena tantas veces repetida, me acabó por resultar graciosa: la pequeña «escapaba» de la hermana mayor para esconderse entre los libros y la otra, que acudía tras ella por orden de su madre, fingía que se trataba de una niña como las demás.

Fue entonces cuando oí a la joven afirmar:

—Sois la imagen misma de la perfección, alteza. Viéndoos así, con el rostro apenas perfilado por las velas y tañendo tan hermosa pieza, cualquier príncipe quedaría prendado al instante.

Aquellas frases me sonaban artificiosas. Miré a Catalina y sonreí. Asentir era el modo de aprobar los cumplidos de los sirvientes y yo me había acostumbrado a hacerlo sin pensar siquiera, cuando en realidad lo que deseaba decirle a aquella doncella era que se marchara y nos dejase tranquilas a Luisa y a mí.

—Catalina, aunque agradezco vuestras palabras, debéis saber que detesto las interrupciones cuando toco. —Tal vez mi respuesta sonara brusca, pero no lo lamenté—. ¿Buscabais algo?

—Señora, ruego me perdonéis la importunación. En ningún momento quise perturbar vuestros ejercicios musicales. Vengo a por mi hermana, que seguro os turba con su presencia... ¡Luisa! —Se acercó al sillón donde la pequeña se hallaba rodeada de varios tomos abiertos y desplegados a su alrededor—. ¿Qué haces con todos esos libros? ¿Es que no te vale pedir uno y retirarte a leerlo a tu cuarto? Recógelos de inmediato y ven conmigo. Madre nos está esperando para merendar.

Luisa se abrazó al libro más grueso que sostenía en el regazo y exclamó retadora:

—¡Necesito comparar! ¿A que no sospechas que existen diferentes versiones de un mismo mito?

Me reí con la respuesta de la niña, que sin duda estaba hambrienta por conocer más sobre griegos y romanos, y sobre todo aquello que agujoneara su curiosidad.

—Vuestra hermana jamás supone una molestia para mí, Catalina. Si ella así lo desea, tiene mi permiso para dejar los libros que esté consultando encima de la

mesa y poder continuar leyéndolos en otro momento.

Se despidieron con sendas reverencias y alcanzaron la puerta sin darme la espalda, como era tradición.

Ya casi se había hecho de noche.

En aquellas fechas se copiaban y guarnecían códices y manuscritos y mi madre, poco a poco, empezaba a manifestar un interés cada vez mayor por los libros impresos. En su colección no quería que faltasen los flamantes ejemplares que se estaban trabajando en la imprenta de Fadrique de Basilea en Burgos.

Fue precisamente un año antes de que abandonáramos Barcelona, cuando el impresor Fadrique, a quien apodaban el Alemán, empezó a dejarse ver en la corte acompañado por una niña de corta edad, como nuestra Luisa.

Venido de los cantones suizos, Fadrique había calado hondo en el espíritu de mi madre desde el momento en que aceptó el encargo de imprimir la *Gramática castellana* de Antonio de Nebrija. Con tal fin y animado por el enorme interés que iba despertando en maestros y cortesanos, nos visitaba con frecuencia y no venía solo: su hija lo seguía a todas partes.

Él era alto, delgado como una lanza y con una larga barba gris que le cubría medio cuello. Se movía con una extraña coordinación, como si alguien ajeno gobernase sus hilos tal como si de una marioneta se tratara. Me daba por pensar que tal vez su origen, en tierras lejanas y envueltas por frías brumas, le hubiera proporcionado aquel aspecto de espíritu burlón. Además de su físico, también era peculiar su entonación, porque Fadrique, pese a defenderse a través de un castellano muy correcto, pronunciaba con un acento difícil de comprender a menos que uno se detuviera a leer sus labios.

—A partir de ahora, Isabel podrá sumarse cuando nos visitéis a los juegos de los niños de la corte, si así lo consideráis. Hallo que tantos viajes os pueden dejar agotado y esto es aún más grave en el caso de la pequeña... ¿Cuántos años tenéis, chiquilla? —Mi madre se dirigió a la niña, que, sin soltarse de la mano de su padre, la miraba temerosa—. ¿No os asustaréis, acaso, de una señora tan ataviada, con el mundo que lleváis visto?

—Me llamo Isabel, majestad. —La niña inclinó su delicado cuerpecito para reverenciar a su reina—. Y tengo nueve años.

Yo los observaba desde el cuarto contiguo, una estancia separada por arcos

italianos y un pesado cortinaje que favorecía la práctica de «observar sin ser visto», en la que era experta. Me deleitaba con saber quién entraba y quién salía del salón del trono y no siempre se nos tenía en cuenta a los infantes para las recepciones regias.

—Alteza... ¿Qué hacéis ahí escondida?

Luisa me acababa de descubrir. Sentí cómo me sonrojaba y con una seña la animé a que se uniera a mi puesto de observación.

—¡Shhhh! Venid... Si prometéis no hacer ruido, podéis quedaros aquí conmigo. Es mi madre, que recibe al impresor Fadrique de Basilea. Ha venido con su hija.

La niña se acercó de puntillas para amortiguar el cascabeleo de sus chapines.

—¿Un impresor de Basilea? —Apoyada en mi falda, Luisa se arrimó al hueco de la cortina que yo había abierto con discreción—. ¿Y decís que esa niña es su hija? ¿Creéis que se quedará aquí algún tiempo? ¿Le gustará leer?

Pobre niña solitaria, devoradora de páginas en la biblioteca real. Aquel comentario me dio mucha pena. Posé mis labios sobre su pelo y le di un beso al tiempo que acariciaba su suave cabecita. Con diez años, Luisa no tenía un solo amigo en la corte. Pronto, también yo iba a faltarle.

—¿Por qué no vamos a preguntárselo? —la animé—. ¿Sabéis? Ya me fatiga estar aquí escondida espiando. Seguidme, Luisa, vamos a conocer al impresor y a su niña, a ver si acabáis siendo amigas.

Me levanté de mi escondite y la niña me siguió. Daba tímidos saltitos a mi lado y yo caminaba firme, con zancadas largas: no permanecería mucho tiempo más entre los míos y me preocupaba que Luisa no encontrara otra compañía para sus aficiones. Haría todo lo posible por proporcionarle una acompañante de lecturas, juegos y hallazgos.

Entramos en la sala de recepción y mi madre se sorprendió al verme con Luisa.

—¿Qué hacéis aquí, Juana? ¿No deberíais estar estudiando? —Su tono apenas ocultaba el fastidio. Reconocía a la perfección cuándo alguien la importunaba en sus obligaciones—. Esperad a que termine esta reunión con don Fadrique de Basilea y podré atenderos. Hace días que me preocupáis... —Enmudeció de repente. Mantenía la discreción ante los desconocidos.

—Ya he terminado mis tareas, madre, y me acercaba para que el impresor nos presente a su hija, en especial a Luisa, dadas sus edades. Si va a permanecer en palacio unas jornadas, tal vez sea oportuno que se una al grupo de juegos de los niños, ¿no os parece, madre?

Me miraron como si acabara de decir la mayor de las barbaridades. Por dudosos motivos, a muchas personas les extrañaba mi proceder, cuando sólo seguía mis impulsos, que no menoscababan a nadie.

—Su majestad, yo... Yo no quería obligar a nadie y menos sin vuestro consentimiento. —Luisa agachó la cabeza para, a continuación, soltarse de mi mano—. Si me disculpáis, creo que debo retirarme a ayudar a mi hermana con la labor.

—¡No! Luisa, deteneos. Quedaos aquí conmigo. Haréis lo que yo os diga, que para eso soy una infanta. —No había terminado de hablar cuando sentí suspirar a su majestad, visiblemente contrariada. Me pareció que lo mejor sería que yo también me retirara.

Isabel, sentada junto a uno de los pajes que guardaban la estancia, nos observaba divertida. A ella también le llamaba la atención Luisa. Físicamente, tenían una proporción similar. Llevaba un vestido modesto y de tonos claros, acorde con su estamento, que destacaba por su sencillez. El cabello era castaño y se lo recogía en una trenza que le caía por el hombro derecho; la luz de la ventana reflejaba en él brillos rojizos y Luisa no pudo evitar compararse con aquella muchacha:

—Mis cabellos siempre son igual de rubios, alteza. ¿Habéis visto qué amplia gama de colores cuando impacta la luz en los suyos? —susurró para no hacerse notar por ninguno de los que estaban en la sala, salvo por mí. Luisa necesitaba rodearse de otros niños—. ¿Imagináis que algún día yo tenga ese aspecto?

—Luisa, el color de vuestro cabello es perfecto tal y como es. Sois rubia como la reina y como yo también. ¿Es que eso no os parece suficiente? No os comparéis con las que son de un rango y condición inferiores al vuestro. Hacedme caso y no lo hagáis jamás.

¿Cómo podía yo hacer entender a aquella niña que cuando se es superior, cabe la posibilidad de caer en desgracia, pero que cuando uno se siente como tal, lo es para siempre? Sus dulces observaciones distaban mucho de lo que yo había aprendido sobre la vida de infanta que me correspondía y, aunque noble, Luisa se regía por otros principios más mundanos. Era inherente a su carácter.

La niña dio unos pasos hacia el corredor y allí se detuvo, esperando nuevas indicaciones por parte de la reina. Fue entonces cuando Fadrique cortó el silencio de la sala con su acento germánico.

—Majestad, si así lo disponéis, podemos marchar ya para que podáis atender a vuestra hija.

—No, Fadrique, no os alarméis. Aún nos queda por considerar la calidad del

papel que emplearéis. No os permitiré que abandonéis el palacio hasta que este asunto quede zanjado. —Cuando mi madre se interesaba por algo, no cejaba hasta agotar la materia—. Juana, llevaos, por favor, a las niñas al cuarto de labor.

Hice una reverencia a su majestad y a don Fadrique de Basilea. No parecía un hombre joven, muy ágil, y ver que procedía a hincar sus rodillas en el suelo me provocó un hondo malestar.

—Esperamos volver a veros por aquí, don Fadrique. Y ¡no os molestéis! No ha lugar para tanta reverencia. —Le ofrecí mi mano y la besó con cuidado.

Luego acompañé a las pequeñas, que, risueñas, fueron haciendo buenas migas por el pasillo. Parecían amigas ya, dos nuevas amigas en la corte.

Regresamos a Medina con el otoño de 1495. El largo periplo desde el extremo catalán de la península duró varias jornadas, con numerosas paradas y descansos que se nos hacían breves. Mis padres ocupaban un coche con Catalina, que, por ser la menor, conservaba el privilegio de viajar con ellos. Juan iba con un lacayo y tres pajes que lo atendían y otro coche lo ocupábamos mi hermana María y yo. Era costumbre que a nuestro lado se sentaran siempre una o dos doncellas, pero yo prefería escoger a quien nos acompañaría en las extensas travesías.

—Luisa irá con nosotras en este viaje, madre. Sus historias son mucho más entretenidas que las de cualquier labor que nos ocupe.

—Como preferáis. Recordad que en Ávila haremos un cambio y que si María no quiere que permanezca con vosotras, tendrá que regresar al coche que ocupa su madre.

—Lo sé, madre. Suele ser así cuando viajamos.

Siempre era yo quien la acompañaba a Arévalo a ver a mi abuela. Me conmovía aquella mujer a quien, sin embargo, yo tan poco conocía. Era difícil saber quién era realmente, porque el nudo de dolor y sufrimiento que se había adueñado de ella ocultaba su verdadero carácter y ya sólo gritaba sus angustias a todas horas. Mi madre aprovechaba cada viaje para visitarla, abrazarla, consolarla... Le hablaba de temas mundanos y me llevaba a mí para reconfortarla con mi presencia. Nunca acerté a adivinar por qué yo de entre sus cinco hijos.

—¿Os desviáis en Ávila, alteza? —preguntó Luisa con afectada curiosidad. Era incapaz de ocultar que la idea de separarse de mí la tomaba como un agravio. Podía afirmarse que éramos amigas, que nos era grata la compañía que nos hacíamos y que, acaso, se sentía agradecida por mi gesto con Isabel de Basilea.

—Se trata de una de las visitas usuales al castillo de Arévalo, Luisa. Estaremos de regreso en la corte dentro de pocos días.

Era cierto, no acostubrábamos a pasar allí más de tres jornadas seguidas. La

compañía de mi abuela nos volvía pesaroso el ánimo y a mí llegaba a inquietarme, lo que preocupaba a su majestad. Su cabello mustio y ralo, la piel ajada y los ojos dementes mientras se frotaba continuamente las manos conferían a la mujer un aspecto casi fantasmal que me llenaba de temor. No podía negar que mi propia abuela me asustaba; aun así, tomaba aquellas visitas como una obligación más dentro de mis responsabilidades como infanta. Yo era la escogida para ese desempeño y estar allí era lo que debía hacer.

—Tendré tiempo de leer ese libro del que me hablasteis.

En realidad, Luisa me había recomendado muchos, diferentes libros. Le había hecho el comentario por cumplir con su empeño, pero era poco probable que fuera a leer durante esos días. Debía acompañar a mi madre. Bregar con la abuela le afectaba al ánimo demasiado.

Empleamos lo que quedaba de trayecto en dormir. Las postas escaseaban y era aconsejable aprovechar el traqueteo de los carros. Ignorábamos cuándo haríamos el próximo alto en el camino.

Una pregunta me sacó de mi letargo:

—¿Vos creéis que las musas viajaban a caballo cuando las requerían los artistas o que iban andando?

Haciendo caso omiso, María fingió estar profundamente dormida y me correspondió a mí dar respuesta a su cuestión:

—Las musas no eran exactamente reales, Luisa —suspiré como «sabia maestra» para proseguir—: Eran una forma de nombrar la inspiración en la belleza de los creadores al componer sus obras. No las imaginéis como mujeres de carne y hueso.

—Pero entonces era su hermosura la que les daba ideas para escribir o pintar, ¿no? Ellos no debían de ser apuestos, pero sí sabían rodearse de bellas mujeres... ¿Qué tiene que ver eso con componer un poema?

¿De dónde sacaba esta jovencita iluminación para tales cuestiones? Muy probablemente había oído que las musas inspiraban a los artistas a la hora de componer. Se las imaginaría tal y como el maestro Pedro Mártir nos las describía en clase: pálidas con vestidos de seda y flotando sobre la ladera del Parnaso, sin tocarse acaso, sin llegar a formar un auténtico conjunto, cada una respondiendo a su genio particular. Todas de camino al magín del pintor, del escultor. Luisa pensaría que las musas eran damas de pie junto a los artistas imbuidos en su trabajo, pero que, lejos de «soplar» inspiración e iluminar el ingenio con su radiante presencia, directamente hacían ese trabajo en su lugar y los ayudaban a salir adelante. Ya podía el maestro empeñarse en hacerle entender otra cosa,

porque estaba convencida. Así eran las clases de Pedro Mártir y así las interpretaciones de la joven Medrano. Bien lo sabía yo.

—Tal vez si os asalta de nuevo una duda así, Luisa, lo mejor sea que acudáis directamente a Beatriz Galindo. Ella podrá ofreceros su aguda visión sobre lo que la inspiración y las musas son para el artista.

La niña volvió la cabeza hacia el hueco de la cortina. Acaso especulara sobre el arte de componer poemas, pintar hermosos lienzos que luego lucieran en los muros de un castillo... No, seguro que no era eso lo que Luisa imaginaba para la vida que la había de esperar cuando creciese.

—Oíd, alteza, mi primer maestro, don Pedro de la Rhúa, me alentaba a seguir aprendiendo siempre, me decía: «Pase lo que pase, no dejéis de preguntaros cosas y jamás os quedéis con dudas. Buscad respuestas, Luisa». Y yo siento que, por mucho que quiera saber, siempre hay algo que me falta, algo que me limita... ¿No os sucede a vos?

¿Cómo podía yo responder a tan insaciable ansia de conocimiento? A mí me instruían para convertirme en una digna integrante de una familia de reyes. Para agradar al heredero que fuera a desposarme y forjar con él una alianza imperial. ¡Cuán diferente era nuestro destino!

La caravana continuó su camino y con el traqueteo volví a dormirme.

6

Isabel y Luisa se imaginaban estudiando en aulas gigantescas repletas de jóvenes estudiantes, ataviados de negro y con bonete. Era su juego particular y así había transcurrido gran parte de su infancia. Les costaba verse a sí mismas con tocado tan poco favorecedor, pero tampoco iba a ser el atuendo la mayor preocupación para aquellas mentes infatigables.

El padre de Isabel había iniciado una nueva etapa en su imprenta; nuevos proyectos lo tenían extremadamente atareado. El éxito de *De las cosas memorables de España* había colocado a Lucio Marineo Sículo a la cabeza de los cronistas. Por su parte, mi madre seguía encantada con la primera *Gramática* escrita en castellano y en ella se apoyaba para traducir los textos que Beatriz Galindo le ofrecía durante sus lecciones de latín. La fama de Fadrique de Basilea se extendió muy rápido. Se habían multiplicado los encargos y, de acuerdo con lo que pude indagar entre la servidumbre, había contratado a dos ayudantes para aliviar los trabajos en el taller. Sus viajes a la corte se multiplicaban y siempre lo acompañaba la pequeña Isabel.

Yo notaba que en el castillo, con independencia de festejos y pompas varias, a Luisa le resultaba difícil hacer amigas y su trato con nosotras, las infantas, era espinoso. A mí me admiraba por mi dedicación al estudio y mis dotes musicales y sospechaba que me trataba como le hubiera gustado tratar a su hermana mayor. Sucedió también que ya no tenía ocasión de pasar tiempo con ella, con Catalina, desde que ésta había sido prometida a un noble cortesano, en un matrimonio amañado por mi madre. En el fondo, la vida era eso: crecer y casarse. Formar una familia y dejar que se apague el interés por todo lo demás. A menudo en la corte, cuando las damas no eran capaces por sí solas de encontrar un noble que las hiciera sus esposas, la reina intervenía y se encargaba de ello personalmente; además, las agasajaba con reliquias, armiños, hermosos brocados y sedas de la más exquisita calidad para engordar sus baúles antes de la partida. Era uno de sus entretenimientos preferidos. Gustaba de ver a sus damas «bien casadas».

Yo tenía mis dudas de que pudiera llegar a poner en práctica esa costumbre

con la joven Luisa cuando llegara el momento. En una ocasión, la niña me comentó que nuestras tardes en compañía de la música y de los libros le traían a la memoria los descansos tras las clases de Pedro de la Rhúa. Luisa se preguntaba qué habría sido de su antiguo mentor, qué opinión tendría del futuro que ella misma imaginaba para sí, a la vista de lo que nos sucedía a las damas que tenía más cerca.

—¿Vos creéis que Pedro de la Rhúa también se habrá casado? —me preguntó con la esperanza de que yo, haciendo caso omiso del linaje y de los compromisos reales que me aguardaban, pudiera procurarle una respuesta.

Trataba de componer en mi cabeza una imagen de aquel Pedro al cual tanto se refería la pequeña Medrano; ella me hablaba siempre de un hombre delgado, no muy alto y de barba espesa, dotado de un encanto especial para las damas que se cruzaban en su camino. Hacía yo mis cálculos de la edad que el maestro tendría por la época en la cual impartía sus lecciones a los hermanos en San Gregorio y las cuentas no me cuadraban: Luisa lo recordaba como un hombre, pero a decir verdad no debía de ser mucho mayor de lo que era yo por aquel entonces. ¿Quince? ¿Dieciséis años a lo sumo? Los ojos de una chiquilla confunden la madurez física de una persona a la que admira, supongo.

En la corte no podría concebirse jamás que las enseñanzas corrieran a cargo de un muchacho tan joven, pero, fuera del castillo, a mi madre sí le parecía que el tal Pedro de la Rhúa iba a ser el preceptor ideal de los Medrano. Los relatos de Luisa acabaron por forjar en mi imaginación un retrato perfecto de Pedro, sin haberlo llegado a conocer. Un muchacho resuelto y sabio, con una sonrisa escondida entre las barbas y unos ojos vivos que alentaban a hacerse preguntas.

En algunos momentos, llegué a creer que me había enamorado de ese recuerdo de la niña y sentí vergüenza. En cualquier caso, yo también tenía derecho a dejarme arrastrar por ensoñaciones, aunque las reservara para mi intimidad.

No era el caso de Luisa e Isabel.

Fue durante una de aquellas tardes de juegos en algún estrado de la corte asentada en Burgos, cuando Isabel, por echar en falta la participación de más niños en los juegos con su amiga, preguntó:

—A lo mejor Catalina quiere unirse a nuestra «clase magistral», ¿por qué no la invitamos?

Podría parecerle que mi hermana no era muy diferente de ellas y tal vez pensara que animarla a participar no tenía por qué resultar extravagante. Pero lo era. Yo me reía para mis adentros y asistía discretamente a la conversación, junto

a la puerta de la biblioteca.

—Catalina nunca se solazará con nuestras «clases magistrales» —aseguró Luisa con rotundidad—. Ella gusta más de cobijarse en la cámara de su majestad y mantener las distancias. Además, creo que le desagrada incluso vernos en compañía.

—Pues a lo mejor es que le damos envidia. Acaso también quiera rodearse de personas distintas de las que componen el séquito de su madre.

La hija del impresor se compadecía de la suerte de mi hermana y estaba lejos de alcanzar a entender la actitud recelosa de su amiga. Comprendí que con ese comentario asumía que éramos nosotras, las infantas, quienes salíamos perdiendo en el desarrollo de nuestros respectivos reinados y sentí una punzada de amargor.

Luisa se arrebujó en su posición, para aprovechar mejor el calor procedente de la gloria bajo la tarima, y se quedó callada, acaso sumida en lo que su amiga acababa de decirle.

A nuestro alrededor, el gobierno del mundo se decidía mediante «transacciones matrimoniales» y aunque eran pocos los ratos de ocio entre las clases con Pedro Mártir, los pasaban fantaseando sobre el destino que les aguardaba. Allí, sentadas en la cálida madera, se abstraían de ese mundo: de rivalidades por el poder que tan lejos quedaba de sus más íntimos anhelos.

—No entiendo por qué habría de sentir envidia, aunque su vida es muy distinta de la nuestra. Catalina tiene un servicio de vasallos a su disposición. Y en algún momento marchará para casarse con su prometido, el príncipe inglés. Lo que desee le será concedido.

Se habían acostumbrado a pasar mucho tiempo a solas y no había ningún otro participante en sus juegos. Luisa, además, maliciaba que si quien se sumaba a la «clase magistral» era Catalina, el recreo se tornaría en pesadilla. Nunca había habido apego entre ambas.

—Cuando no tienes hermanos, no puedes escoger estar sola, Luisa.

La visión del teatro del mundo que tenían era bien distinta de la nuestra y su candor me provocaba un nudo en la garganta.

De pronto, se oyeron unos pasos que se acercaban por el pasillo. Se miraron extrañadas. Cuando se abrió la puerta, enmudecieron las dos.

—A vuestra edad no me permitían hacer tanto ruido y dedicarme a holgazanear entre clase y clase.

Mi madre, la reina Isabel, entró pomposa al cuarto de juegos. Era la primera vez que la veía hacerlo. De un salto y al mismo tiempo, las niñas se levantaron

del suelo y le dedicaron una reverencia. Pese al aparente tono sobrio de sus palabras, mi madre sonrió.

—No os levantéis y quedaos tranquilas, no quisiera interrumpir vuestro solaz. Sé de buena fuente que sois buenas estudiantes y es justo que disfrutéis también de unos minutos de ocio entre sesiones, es necesario descansar. Pero decidme, niñas, ¿el maestro don Pedro os ha hablado ya de *El jardín de las nobles doncellas*?

Luisa estaba más o menos acostumbrada a «convivir» (aunque sin coincidir en exceso) entre las mismas paredes con la reina. Una mujer adusta pero ecuánime, que respetaba los esforzados trabajos de sus damas de cámara. No en vano, la dueña principal era la propia madre de la niña y ya hacía ocho años que ocupaba el cargo en la corte. Hablar con ella en persona no tenía por qué suponer mayor incomodidad que pelar una naranja con un cuchillo poco afilado, la verdad.

Isabel veía las cosas de otro modo. Sabía que el tiempo que pasaba entre juegos con Luisa en el castillo era un privilegio para ella, que no tenía linaje aristocrático y, aunque su padre se relacionaba con los nobles al servicio de los reyes, lo cierto era que no tenía familia en la corte y tampoco recibía clases de los maestros que allí ejercían. Nunca hubiera imaginado que la misma reina de Castilla la iba a llegar a confundir con una cortesana más ni que pudiera tener el menor interés en indagar sobre qué tipo de libros leía.

—Señora, yo..., nosotras no conocemos esa obra que mencionáis.

Luisa se adelantó a la respuesta de su amiga cuando vio cómo aquélla se sonrojaba. Conocía *El jardín de las nobles doncellas*, pero no quería incomodar a Isabel. Resultaba indudable su gesto. Meses atrás, en uno de sus paseos por la biblioteca real se había topado con las pastas color nácar de un diminuto libro que apenas rebasaba la palma de su mano y había venido a mostrármelo. Firmado por un tal fray Martín de Córdoba, a simple vista se trataba de un manual para la educación de una joven noble, mas resultó que con él se había educado a mi propia madre, en cuanto se supo que ella ocuparía el trono.

A Luisa le sorprendió la baja calidad de impresión del libro y la pobreza de miniaturas y decorados en las letras capitulares. No obstante, no pudo evitar leer varios pasajes y asombrarse por los consejos que contenía:

Han pues las mujeres esta buena condición: que son vergonzosas. Y en tanto es vergüenza a la mujer natural que no sólo en la vida más aun muerta guarda vergüenza. Dicen que cuando varones y mujeres se ahogan en el agua, y desde que muertos suben encima del agua, los varones salen la cara arriba y

las mujeres boca abajo, así queriendo decir que, aun muertas, desean cubrir sus vergüenzas...

A partir de estas palabras, Luisa recreaba para sí la estampa nítida de una mujer que, para poner fin a su vida, se dejaba caer en las aguas turbulentas de un río y que, pese a sus esfuerzos por desaparecer, no hacía otra cosa que preocuparse por cubrir «sus vergüenzas». Lo que resultaba todo un desatino. Tan absurdo que no podía creerse que su majestad hubiese sido aleccionada con semejantes falacias para el ejercicio de su reinado.

Luisa sonrió ante su reina, le regaló una inclinación de cabeza y dijo:

—Mi señora, el día en que nuestro maestro nos deleite con ese ejemplar que vos decís para incluirlo en la selección de nuestras lecturas recomendadas, os lo haremos saber. Nos agrada compartir e intercambiar opiniones al respecto.

Ante lo que mi madre, sin abandonar la sonrisa de su rostro, afirmó:

—Así lo espero, pequeña.

Y con el mismo paso ágil y discreto con que había llegado, abandonó la biblioteca. Yo esperé hasta asegurarme de que las niñas también abandonaban la sala y salí de mi escondite.

Me aguardaban ocho meses de espera para mi partida hacia Flandes. El invierno se había escurrido desde los meses de otoño hasta una primavera tímida que asomaba en el mes de marzo con cautela, sin aspavientos. Yo me preparaba, sin saber exactamente para qué ni para quién. Sus majestades habían solicitado insistentemente un retrato de mi futuro esposo que nunca llegó, que tal vez se perdió en el largo recorrido hasta Castilla. No sabía apenas nada de mi prometido y tenía muchísimo miedo.

Exprimía mis días en el castillo junto a mis hermanos, consciente de que no volvería a compartir morada con ellos.

—Cuando tú partas, enviarán a Margarita. Los dos seremos desposados casi al mismo tiempo. —Juan hacía sus cálculos y fantaseaba con la idea de una vida dichosa junto a su prometida Margarita de Austria.

Pero qué diferente era a cómo me figuraba yo mi vida de casada. Comencé a reparar en Luisa y a suponer que su compañía me quitaría pesares.

Lejos de mi madre, en ese trance de incertidumbres, no tendría en derredor mujeres de confianza. Mi abuela había empeorado y a ella dedicaba la reina los pocos días que le quedaban libres de la carga de responsabilidad de un período, por otra parte, cargado de conflictos con Francia. La presencia de Luisa y sus juegos junto a Isabel, la hija del impresor, me animaban y alejaban de mí los pensamientos más hostiles que aquejaban mis jornadas.

De cuando en cuando, pasábamos temporadas en los alcázares de Toledo o Segovia, cuando no recorriendo la excelsa residencia cercana al monasterio abulense de Santo Tomás, y en aquellas ocasiones a Luisa no le había quedado más remedio que aprender a disfrutar de su soledad. Llegué a tomarla como ejemplo. Refugiada entre los libros, Tito Livio, Boccaccio, Séneca y San Agustín se habían convertido en los mejores acompañantes a través de la lectura para la joven Medrano.

Pienso que prefería aquello a participar en las tediosas ceremonias propias de los hijos de los reyes y que, por mi voluntad, me convertí en su aliada cuando el

impresor y su hija no frecuentaban el palacio.

Pronto nos despedimos de mi hermano, que se marchaba para disfrutar de una nueva residencia en Almazán. La enseñanza aparte que había recibido lo había alejado de nosotras, las infantas, y también de Luisa. A mí se me hacía extraño que nos abandonara, para irse a una pequeña corte en Soria. Iba a extrañarlo muchísimo.

—En Soria es donde yo nací, alteza. Vuestro hermano será feliz en esas tierras, debéis creerme —me consolaba sin empacho. Sabía que la pequeña notaba mi tristeza y conocía mis miedos porque yo iba a ser la siguiente—. Será un monarca y estará muy a gusto en el palacio de los Mendoza. Seguro que para gobernar un reino hay que ser muy sabio y estudiará mejor en aquellas soledades. Yo también estudio mejor cuando nadie me molesta, pero a veces extraño la compañía.

Tal vez para eso se crearan los templos de estudio e intercambio de saber «universal» y Luisa no hiciera otra cosa que añorar, todavía sin saberlo, la vida universitaria. Me conmovía.

Una de aquellas mañanas en las que noté que me aquejaba la incertidumbre y el miedo a lo desconocido, le ocurrió algo natural e igualmente aterrador a la joven Luisa.

Acababa de vestirme. Una doncella me cepillaba la abundante melena y la otra me terminaba de anudar la camisa bajo el tabardo. Me permitían llevar el pelo suelto porque aún no era casada y yo lo quería resplandeciente, por eso se esmeraban en pasarme el peine de plata hasta ciento veinte veces al alba. Lo notaba rozándome la espalda y cerraba los ojos satisfecha. Era muy agradable.

Entonces entró Luisa nerviosa en el cuarto contiguo; buscaba a su madre y le temblaba la voz.

—¿Alguien ha visto a mi madre? ¿Sabéis dónde está mi hermana?

Parecía muy asustada y temí que le hubiera sucedido algo malo. Pedí a las camareras que la trajeran y nos dejaran solas en mi cámara. Un manto le cubría los hombros, tenía la tez pálida y los ojos sin brillo.

—Magdalena está con mi madre, Luisa, ¿qué sucede? ¿Ha ocurrido algo?

—Alteza, he de hablar con mi madre. Si Catalina tampoco está aquí, iré a buscarla. En algún rincón del castillo la encontraré, no os preocupéis. —Se inclinó contra el muro con las manos sobre su vientre. Apretaba la tela de su vestido sin duda para mitigar su dolor.

—Siéntate, Luisa. —Arrastré una butaca junto a ella y le tendí un par de almohadones de funda de seda—. Buscaremos a tu madre, pero debes decirme

qué te sucede. Parece que hayas tragado la pócima de una bruja o que un espíritu te haya arrebatado el alma.

Luisa se acercó con manifiesta incomodidad.

—Señora, son asuntos que debo hablar con mi madre en privado. Agradezco vuestra preocupación. —Vi que se inclinaba en una ridícula reverencia. Tuve que tomarla del brazo y ordenarle que se sentara.

—¿Qué os duele, Luisa? ¿Os sentís mal?

Las lágrimas brotaron sin concierto de sus ojos y recorrieron sus mejillas hasta empapar la gorguera de su escote. No quería aclararme el asunto, aunque su turbación no dejaba lugar a dudas.

—¿Es que os ha venido la sangre? ¿Es eso, Luisa?

Hundió la cabeza en un almohadón y, sin poder reprimir el llanto, se deshizo sobre la seda en un desconsuelo que me hizo enmudecer. Entendía la rabia de la pobre niña que había dejado de serlo.

—Señora, he leído que por ser mujer sufriré este tormento cada mes y que es mi natural disposición hacerlo porque no soy fuerte como lo es un hombre. Ahora ya no he de crecer, porque perderé mi sangre.

Se la veía hecha un manojito de confusión y padecimiento.

—¿De dónde habéis sacado eso, Luisa? A veces la sabiduría no se guarda en los anaqueles de las bibliotecas... —Me dio la risa, pero, al ver que no se hacía eco, preferí sentarme a su lado y explicarle qué le sucedía.

—Me duele, alteza... Siento agujijones en el bajo vientre. —Señalaba el nudo de tela con el que se había envuelto la cadera. Noté que bajo él, atrapado en un gurrño de tejido, Luisa había escondido un libro y le pedí que me mostrara el texto al cual se había referido. Me tendió el ejemplar—. La página está marcada, alteza.

Tomé aquel pesado volumen y lo abrí por donde indicaba la cinta:

Si alguna evacuación de sangre puede en el cuerpo humano llamarse natural y muy conforme a la salud y conservación de él es la llamada menstrea o menstrual, por cuanto le sucede a la mujer, como no sea niña o vieja, o esté preñada, puntualmente de mes a mes y esto con tanta utilidad y provecho de su salud que el venirles con concierto le libra y repara de millones de enfermedades, causando gracioso color en el rostro, fuerzas en los miembros, apetito de sanos y loables mantenimientos, siendo tan al contrario en faltándole, que de la tal falta o retención le suceden infinitos males...

—De acuerdo con lo que aquí se dispone, Luisa, no debéis preocuparos porque es algo bueno.

—¡Pero terriblemente punzante, señora!

—Es la señal de que ya podéis engendrar y parir a una criatura, no lo olvidéis.

Amainaron un poco los sollozos aunque tuve la certeza de que mis palabras no la convencieron. Parecía terriblemente disgustada.

Se levantó despacio y le devolví el libro, porque seguro que prefería leer a atender a mis razones. En el fondo, su pesadumbre me recordaba que también yo engendraría a mis propios hijos, más pronto que tarde. Quedaban pocos meses para mi partida hacia Flandes. Allí iba a conocer por fin a mi esposo.

Fue durante los últimos meses en palacio cuando tomé plena consciencia de las rivalidades entre mi hermana Catalina y Luisa Medrano. Si bien Luisa no destacaba por alzar la voz en discusiones ni se enfrentaba, por lo general, a otros nobles y gente de su entorno, en Catalina lograba avivar el fuego de la envidia y eso desembocaba casi siempre en terribles enfrentamientos y riñas entre las dos.

Una tarde, tras el almuerzo, no tuve más alternativa que hacerme notar ante ellas y cortar con aquella escandalera, que ya se oía en la planta superior y atravesaba muros y cortinajes. La pataleta de mi hermana alarmó a los vasallos, que, presurosos, vinieron a asegurarse de que estaba todo en orden. Al no hallarla conmigo esa tarde, yo misma me dirigí al cuarto de estudio.

Las vi discutir y no tuve más remedio que arrastrar a Catalina por el brazo y llevarla a un lindero del jardín, para que el revuelo no llegase a oídos de mis padres. Estaba convencida de que había sido mi hermana la causante del litigio. Era una experta en irritar a los demás y Luisa también... Luisa podía sacar de quicio a cualquiera.

—¡Dejadme, Juana! —Sus ojos brillaban como dos piedras que hubieran sido lanzadas al fondo de un lago. Estaba a punto de echarse a llorar, pero se reprimía orgullosa—. ¡Me ha quitado mi cuaderno! ¡Otra vez!

—He sido yo quien le ha dado permiso, Catalina, y no os lo ha quitado. Es de todas, un cuaderno para compartir.

Yo había dispuesto así el diálogo con los maestros. Creía que si todas escribíamos las dudas que nos asaltaban tras las lecciones y compartíamos un mismo espacio para hacerlo, la manera de resolverlas podría ser más provechosa. A veces la vergüenza por mostrar nuestras dificultades ante las demás impedía disipar nuestra ignorancia. Con unos diez pliegos doblados por la mitad, yo misma había armado un cuaderno donde escribir las consultas. Mi hermana y yo nos desenvolvíamos bien en francés; nos gustaba para abordar asuntos personales y que quedaran en privado, incluso en presencia de otros. Lo considerábamos refinado y nos hacía descollar ante los demás. Luisa, en cambio,

prefería el latín y, aunque yo me reía con sus ocurrencias, aquella actitud podía llegar a desesperar a mi hermana.

—¡Decídselo que me explique por qué se lo ha llevado a su alcoba sin mi permiso!

—Decídselo vos. ¿Es que no habláis con ella?

—¡Se ha puesto a parlotear en latines y no la entiendo! Lo hace a propósito, Juana. Lo sé.

Mientras yo trataba de apaciguar a mi desbocada hermana, Luisa permanecía silenciosa y paciente en un rincón de la sala, dando muestras de una calma que contrastaba con la energía incontrolable de mi hermana, sin apenas levantar la vista del cuaderno que tenía sobre su regazo.

Me propuse resolver aquel entuerto de una vez por todas; lo último que quería ver antes de abandonar para siempre a mi familia como archiduquesa de Borgoña eran reyertas y gritería, así que me acerqué a ella:

—Luisa, ¿por qué os empeñáis en irritar a mi hermana? Sabéis que es celosa de sus deslices y que le cuesta compartirlos con el resto. El cuaderno tiene esa finalidad, que sólo lo sepan nuestros maestros y nos respondan por escrito. No debéis leerlo vos. Únicamente recurriréis a él si queréis hacerles llegar alguna cuestión.

Luisa no se movió apenas. Lanzó un suspiro antes de dirigirse a mí.

—Alteza, yo necesito conocer las dudas de las demás para fortalecer mis argumentos. —No levantaba la vista del suelo, como si buscara algo entre los dibujos de la alfombra—. ¿Cómo voy a ser capaz de cautivar a un auditorio, si antes no sé cómo debo expresarme para hacerme entender correctamente?

—Si queréis que os entendamos correctamente, entonces no nos habléis en latín, ¿no os parece algo lógico?

Entonces fue cuando volvió a mirarme. Tenía el cabello suelto y le caía delante de los ojos rubio y brillante, casi níveo. Luisa parecía una estatua parlante. Estaba muy seria. Era impresionante oírle hablar y supe que jamás estaría preparada para sus excentricidades.

—A veces prefiero que determinadas personas no me entiendan. Vuestra hermana tiene miedo. Me teme a mí y me hostiga con sus comentarios. Y yo respondo con el arma que esgrimo mejor: la palabra, y me dirijo a ella con una lengua que no domina, para lograr acallarla.

—¡Pero sólo consigues crisparla más todavía, Luisa! —Comprendía a la perfección su artimaña, ya que yo recurría al francés por motivos similares—. Devolvedle el cuaderno y dejemos que esta dinámica de compartir las dudas

prosiga como inicialmente fue dispuesta. Que nadie se lleve los comentarios de los demás a su estancia, ésa es una norma fundamental y no debe dejar de cumplirse.

La niña se dirigió con lentitud hacia mi hermana y, a regañadientes, le alcanzó el dichoso cuaderno. Catalina, desafiante, aguardaba con los brazos cruzados y aires de princesa atormentada; aunque apenas pasara de los diez años, le sobraba altivez.

—Ruego que me perdonéis, alteza. No volveré a llevármelo sin vuestro consentimiento.

Catalina recogió el cuaderno y se dirigió a la mesa en donde yo lo había dejado la primera vez. Se sentó y comenzó a escribir.

Luisa pidió permiso para retirarse de inmediato y yo esperé a que mi hermana terminara para marcharnos juntas. En las semanas siguientes, siempre encontraba allí el cuaderno, intacto y cerrado, como si nadie se hubiera molestado en abrirlo y leer el contenido.

Hasta hoy, no había vuelto a recordar aquellas circunstancias tan propias de nuestra arrinconada mocedad. Mi vida ahora es muy diferente y ojalá tuviera unas hojas donde volcar por escrito toda la incertidumbre que me embarga, aunque tuviera que exponerme a cambio ante la mirada de otras mujeres dudosas como yo. Ahora soy la única que pregunta y eso es aterrador.

—Imagino que tendréis que ir. Mayores ocupaciones os reclaman en la corte, madre. No perdáis el tiempo... No lo perdáis por mí.

En realidad, quería que se quedase conmigo. Muy a pesar de la dureza de mis palabras, deseaba que me acompañase en aquella espera, pero le pedí que se marchase y me dejara sola. Aquel gigantesco barco crujía como mil brujas enojadas y olía a humedad y a podredumbre. Caminaba por sus diferentes estancias y camarotes y me invadía una sensación de frío que nada tenía que ver con el mes de agosto en el que nos hallábamos. Tenía muchísimo miedo.

—Juana, hija, dejad de decirme lo que debo o no debo hacer. No preciso que mi hija a punto de desposarse me indique cómo he de comportarme. Quiero estar aquí y no os dejaré hasta que la flota parta hacia su destino.

Los vientos se habían confabulado en contra de mi partida y no podíamos levantar las velas hacia Flandes, de modo que allí aguardamos, en el puerto de Laredo, por tres días y tres noches, hasta que el tiempo por fin se volvió propicio y me permitió alejarme de España para siempre.

Mi familia había venido a despedirme, mas no al completo: estaban mis hermanos Juan, Catalina y María, pero no mi padre. Él me había besado en la frente antes de verme marchar hacia el norte del reino y me había deseado suerte. Simplemente suerte, nada más.

¿Era suerte lo que necesitaba para convertirme en otra persona? Al parecer, a mi padre le importaban más las consecuencias que tendría para la hacienda del reino mi enlace con Felipe de Borgoña que las dificultades que su hija tuviera que sufrir a cambio. Imaginé que no tuvo voluntad ni valor para estar allí conmigo en el día de mi despedida. En ninguno de los tres días que ésta duró.

—¿Os acompaña vuestra dueña Magdalena, madre? —le pregunté con casi total certeza de recibir una respuesta negativa. Para los grandes desplazamientos, sabía que prefería viajar con Beatriz Galindo antes que con su séquito completo de doncellas y camareras—. Me gustaría verla y despedirme. También de Luisa.

—Ni Luisa ni su madre han venido, Juana, lo lamento... ¿Es que no tuvisteis

ocasión de despediros antes de dejar la corte? Pensé que os habríais reunido con todo el servicio. Debisteis hacerlo, hija. —Se reprimió de añadir que a muchos, con toda probabilidad, no volvería a verlos nunca—. De todos modos, parece que no os lo han tenido en cuenta.

No entendí bien sus palabras y quedé a la espera de una mejor explicación, pero entonces vi que abría uno de los baúles colocados bajo la claraboya. De dentro, bajo lo que me parecieron docenas de capas de telas y vestidos, extraje un cuaderno. Me lo dio mientras contaba:

—Hace unos días, la hija de Magdalena me hizo llegar estos pliegos por mediación de su madre. Por lo visto, se trata de una recopilación de comentarios que Catalina y vos reunisteis junto a ella a lo largo de vuestras jornadas de estudio. Desea que lo tengáis y que os acompañe siempre en el nuevo reino, así que os ruego que lo guardéis con el cariño que merece.

Nuestras dudas. Mi cuaderno. Aquellos pliegos que yo misma había cosido con mis manos iban a viajar junto a mí hacia el reino de mi futuro esposo. ¿Qué sentido tenía conservarlo entre mis pertenencias? No me sorprendía una extravagancia tal procedente de Luisa.

—Esa chiquilla no tiene parangón, madre. Ya me diréis por qué supone que el cuaderno va a serme de utilidad en mi nueva vida.

Lo abrí al azar por donde la abertura natural me invitó a leerlo. Allí reconocí la letra redondeada de mi hermana y los afilados rasgos que, por el contrario, caracterizaban la caligrafía de Luisa. Párrafos agrupados en espacios azarosos dentro de cada página daban cuenta de una sucesión de días y horas de estudio; de vez en cuando se escapaba alguna frase mía, alguna pregunta que me devolvía una sonrisa, porque traía con nitidez algún recuerdo. En el fondo, no parecía un regalo tan extraño y creí comenzar a darle sentido al gesto de Luisa... pero entonces alcancé las páginas finales.

—Magdalena me ha pedido que leyerais con detenimiento el último tramo del cuaderno, deduzco que contiene algún mensaje especial de Luisa.

Tras un par de páginas en blanco, se iniciaba un texto copiado con minuciosidad, al trazo de una pluma que sabía paciente. Se trataba de un pasaje de Cicerón:

... Neque porro quisquam est, qui dolorem ipsum quia dolor sit amet, consectetur, adipisci velit, sed quia non numquam eius modi tempora incidunt ut labore et dolore magnam aliquam quaerat voluptatem. Ut enim ad minima veniam, quis nostrum exercitationem ullam corporis suscipit laboriosam, nisi

ut aliquid ex ea commodi consequatur? Quis autem vel eum iure reprehenderit qui in ea voluptate velit esse quam nihil molestiae consequatur, vel illum qui dolorem eum fugiat quo voluptas nulla pariat?

¿Qué trataba de decirme Luisa con aquello? Leí aquel párrafo y lo traduje en mi cabeza, con la soltura que el hábito de años me había proporcionado.

... tampoco hay nadie que ame o persiga, o desee obtener el dolor en sí mismo por ser dolor, pero a veces se da la circunstancia de que, con esfuerzo y dolor, uno puede procurarse un cierto placer. Por tomar un ejemplo sencillo. ¿Cuántos de nosotros hemos dejado de realizar un trabajo extenuante si no es para tomar alguna ventaja de él? ¿Acaso hay alguien que se crea con derecho de culpar a un hombre que escoge disfrutar de aquel placer que no tiene consecuencias molestas, o que rechaza todo dolor que no tiene como resultado el placer?

Su majestad aguardaba junto al baúl y me observaba confundida.

—¿Son buenas noticias, hija? Luisa es una niña impredecible. Supongo que una simple misiva no sería suficiente para ella, ¿me equivoco?

—No, madre, no os equivocáis. Me envía un mensaje a través de una sentencia de Cicerón. —Bien sabía yo que estaba entre sus pensadores de cabecera—. Con ella me anima a resistir este trance con la certeza de que luego vendrán tiempos mejores y que seré feliz.

Cerré los ojos cuando me envolvió el abrazo de mi madre. Ojalá aquella niña no se equivocase.

Almarza, Soria
(Reino de Castilla)
1527

—¿Os acordáis, madre, de la primera vez que Isabel vino a clase de gramática?

Magdalena se había rendido al sueño ligero y la pregunta de su hija la sobresalta. La madre se afana por discernir a quién se refiere su hija porque no recuerda a ninguna Isabel, además de la ilustre reina de Castilla. Le preocupa que Luisa esté delirando por las fiebres.

—Deberíais descansar, Luisa. No os fatiguéis. De todos modos, no sé de quién habláis.

La doliente vuelve a cerrar sus ojos. Tal vez su madre esté en lo cierto y esforzarse por revivir episodios del pasado sea un terrible error. La vida se le está yendo... ¿Y quién era Isabel para ella? ¿Tan importante fue? Nadie alcanzaría a vislumbrar hasta qué punto las vidas de ambas mujeres se habían entrelazado.

Ellas lo habían llamado su «imposible secreto».

—Tenéis razón, madre. Debo de haberla imaginado.

BURGOS
(REINO DE CASTILLA)
1500

1

De niña envidiaba a las familias en cuyas casas no se trabajaba, en donde sólo se vivía o se descansaba; familias que a mí me parecían «normales» o, al menos, más normales que la mía, compuestas por varios miembros que podían disponer a sus anchas del espacio que habitaban, sin depender de la ventilación, los ruidos o cualquier otro inconveniente derivado de un espacio de trabajo.

Algunas veces también anhelaba vivir en un castillo como Luisa, pero luego recordaba las molestias que ella siempre mencionaba acerca de la convivencia con la familia real y regresaba al punto de partida: aquel que formábamos mi padre y yo.

Para mi padre, lo más importante siempre era que ventanas y puertas estuvieran abiertas porque si no el olor podría llegar a ahogarnos. Por eso, al alborar el día, lo primero que hacía era asegurarme de que el taller estuviera bien ventilado.

Pocas cosas hieden más que la resina quemada, pero el negro resultante no tiene comparación con el de la pez, mucho más acuosa. Desde que ganaron reputación las miniaturas, cada vez se demandaba más el color rojo y a mi padre le costaba conseguir sulfuro de mercurio. Se quejaba cuando se veía en la necesidad de acudir a la judería para adquirir, de manera clandestina, una buena reducción de polvo bermellón. Reunirse con los pocos judíos que se escondían por la ciudad era arriesgado, pero la calidad del género que manejaban no podía negarse que fuese siempre la mejor.

Me acostumbré a espiarlo mientras trabajaba. No siempre seguía durmiendo cuando él comenzaba la jornada fabricando tinta y así, de madrugada en madrugada, es como aprendí algunas de las técnicas y trucos de lo que mejor sé hacer hoy: imprimir libros. Durante las noches de desvelo, me asomaba con disimulo para verlo remover aceites y resinas, rodeado de cacerolas humeantes. Lo observaba mientras se movía por la mesa y arrastraba su pierna izquierda con su peculiar cojera; una coz propinada por una yegua en una granja de Suiza, cuando tenía apenas tres años, lo había malogrado. Por entonces me hacía pensar

en alguna de las brujas de los cuentos que me contaba. Imaginaba que, entre todos aquellos productos que iba introduciendo en el puchero, de vez en cuando se colaba un sapo, una cola de ratón o un par de dientes de rata de río.

Otras veces, junto al barniz, veía un mendrugo o incluso una hogaza entera. De sobra conocía los beneficios de la miga de pan en la mezcolanza de resinas: absorbía la grasa que sobrara. Más adelante yo misma le recordaría tras las cenas que guardara el pan sobrante, porque, a veces, mi padre se olvidaba.

Y aquel olor. Olor a trementina y pigmento cocido lentamente, poco a poco. Un aroma que se impregnaba al techo y se echaba como un manto sobre los bártulos. Vivíamos con ese olor y, aunque viajábamos muy de vez en cuando, llevábamos esa particular fragancia a todas partes.

Pasado el tiempo, aumentaron los encargos y fueron mudando nuestros hábitos. Se multiplicaba el trabajo en la imprenta y también los viajes con mi padre a palacio. Las circunstancias lo obligaron a contratar a varios aprendices que se hacían cargo del taller cuando nos ausentábamos. Por ello fue posible que Luisa y yo coincidiéramos tantas veces y nos hiciéramos amigas.

La archiduquesa fue la mediadora entre ambas, pero no le debemos a ella nuestro apego. No quiero decir que no nos ayudara a que platicásemos al principio, pero si seguimos juntas fue porque teníamos afinidades comunes, especialmente con los libros.

Me adelanto en aclarar este punto, porque con los años noté ciertas reticencias por parte de su majestad, la reina. Sé que no le agradaba, pero ¿quién puede ser afable si acaba de ver morir a su hijo, y heredero de su reino, y sufre a continuación la pérdida de su primogénita? El carácter se le había agriado, naturalmente.

En cambio, nunca olvidaré la ternura que la infanta Juana profesó por nosotras. Al poco de marchar a Flandes, dejamos de tener noticias suyas, pero se murmuraba que era feliz tras el nacimiento de su pequeña Leonor.

Cuando la corte se hallaba en Burgos, a la reina no le gustaba que yo pasara tanto tiempo en las estancias reales. No por menos evidente, dejé de darme cuenta de que me rechazaba, que bien sabía diferenciar entre el dolor del duelo y el resquemor de la antipatía. Ella ya no aprobaba que la infanta Juana y la hija de su dama Magdalena anduvieran en tan buenos tratos: la vida de una princesa tiene un camino trazado y se sabía que, tarde o temprano, iban a ser separadas. En ese sentido, me constaba que volvía a estar tranquila. Luisa no acusó la nostalgia mucho tiempo. No obstante, como heredera de un simple impresor, acostumbraba a moverme con soltura por palacio y su majestad no parecía estar

conforme.

En esos días turbulentos, el hecho de merodear por la corte me ponía los pelos de punta. Tras el fallecimiento de don Juan, acaso su majestad temía que las infantas Catalina o María fuesen a dejarse influir por una burguesa como yo... ¡Qué poco me conocía! Por nada del mundo querría yo mezclarme con aristocracia alguna y menos con esas dos. Eran aburridas e insulsas; además, Catalina tenía envidia de Luisa. Eso se notaba.

Más de una vez sorprendí a la infanta agazapada tras una columna o envuelta por una cortina mientras mi amiga y yo escudriñábamos los libros de su madre. Siempre tuve la sensación de que nos espiaba; quería saber siempre qué hacíamos sin unirse a nuestra actividad. Hubo incluso una ocasión en la cual la propia Isabel de Castilla vino a preguntarnos por no sé qué lectura de un ejemplar que ella había estudiado cuando tenía nuestra edad. Luisa le había hablado en esos elocuentes términos que ella sabe y que a mí me van grandes; le explicó varias cosas y pareció dejar contenta a su majestad, pero, mientras esto hacía, yo observaba un par de zapatos pintados que se escurrían tras la puerta de la estancia. Los vi claramente y puedo decir que eran de Catalina. Estaba segura.

Había sucedido muchas veces y, por discreción, nunca quise comentarle nada a mi amiga. Asumíamos nuestra diferencia respecto a las princesas y no nos mezclábamos con ellas si podíamos evitarlo.

Pero todo eso ya ha pasado. Niñerías que se han dado por concluidas. No nos preocupábamos tanto de nuestros juegos por entre cámaras y pasillos reales, ni rebuscábamos ideas extrañas en los libros acumulados por la reina en sus salones. Luisa todavía sentía un deleite especial al hallarse a solas con algún texto clásico y no se lo reprochaba, me consta que era diferente. Luisa seguía obcecada en su afán de dedicarse a la enseñanza.

Yo prefería pensar en otros asuntos. Me interesaban más las pruebas de impresión y esas conversaciones que mi padre mantenía sobre el arte de los libros con aquellos que reclamaban sus servicios. Parecía que jamás se iban a poner de acuerdo en cómo debería quedar la obra una vez acabada y, sin embargo, al final, todo encajaba al gusto de ambas partes.

El proceso de nacimiento de un ejemplar impreso era fascinante, casi tanto como el repentino cosquilleo del amor en las tripas. Comencé entonces a darme cuenta.

2

La tarde que lo conocí había preferido quedarme en el taller y ayudar a mi padre, que parecía saturado de trabajo. Me sentía mejor si le echaba una mano, pese a que Luisa me había propuesto que asistiéramos juntas a las diferentes ceremonias de recitado de poesía que se iban a suceder en palacio hasta después del crepúsculo. No tenía valor de decírselo, pero esos actos me aburrían enormemente. Ella me invitaba entusiasmada y creía que me halagaba integrarme en las actividades de la corte, entrar y salir de allí con total libertad como si fuera miembro del séquito real. Por ser amiga suya, tenía autorización para sumarme al auditorio de las declamaciones de las infantas, pero me resultaba insoportable. Una vez tuve que fingir que me sentía indispuesta para abandonar aquella sala. María lanzaba trinos al techo y su hermana Juana, que por entonces aún vivía en la corte, la acompañaba en el clave. Llevaban el ritmo, eso nadie podía negarlo, pero la voz de la infanta... esa voz todavía gorjea en mi cabeza y juro que hay noches que su recuerdo me impide dormir...

De modo que le dije a Luisa que me quedaba en el taller y allí estaba, entre chibaletes, tipos, caballetes y cepillos. Mis dedos pringosos de tinta recién hidratada trataban de calzar la prensa sin la ayuda de los dos aprendices que habitualmente estaban allí. Eran más fuertes que yo, pero mis manos menudas ayudaban en la composición de las plantillas de cada página, piezas pequeñas que debían encajar en cada línea, y estos hombres no sólo eran más torpes, sino que no dominaban aún la técnica de composición.

Recuerdo que mientras mi padre sostenía el peso de la frasqueta con las dos manos, yo volcaba la bala en el tintero. Era un cuerpo pesado y voluminoso que obligaba a dos personas a ejecutar esa labor al mismo tiempo para hacerlo funcionar. La frasqueta se plegaba sobre el tímpano y ambos luego sobre el cofre, como en una caja perfectamente acoplada en donde descansaba la página que se iba a imprimir: una sucesión de cientos de tipos que en el futuro alguien leería como frases de corrido sobre el papel.

—Ya os dije, padre, que debíais llamar a uno de los muchachos para que os

ayudara... Yo no tengo la suficiente fuerza y vos os vais a dañar la espalda.

Pero pasado el mediodía era siempre la peor hora para pedir a los ayudantes que vinieran al taller. Mi padre prefería afanarse él mismo en los trabajos de tirador y batidor, con mi frágil auxilio. Un esfuerzo notable a cambio de las monedas que se ahorraba.

Llamaron al portón cuando comenzábamos a colocar la segunda hoja en el tablón.

—¡Abro yo! —Me limpié las manos en el mandil y salté ligera hacia la entrada del taller—. Tened cuidado con la primera página. Me temo que habrá que repetirla.

Me había acostumbrado a dar indicaciones a los aprendices y a veces se me olvidaba que me estaba dirigiendo a mi padre. Estaba segura de ser versada en las artes de imprimir, como si ya fuera mayor. Me constaba que algún día, en el futuro reservado para mi edad adulta, este negocio sería mío. Dirigiría el taller e impondría mis propias normas e invenciones. Luisa siempre repetía que me convertiría en una gran impresora porque me fijaba tanto en los grandes detalles que adornaban los libros como en aquellos que eran imperceptibles, que no se veían si uno no se detenía en ellos. No todo son letras capitulares y pulcras cubiertas, una encuadernación cosida con esmero y buen gusto... no. Era importante la manera como las diminutas piezas de plomo se disponían en la galera, se lo decía a menudo y ella siempre se reía.

Supongo que Luisa y yo apreciábamos aspectos diferentes del mismo arte que rodeaba al libro. En cualquier caso, quien heredaría el taller de Fadrique de Basilea sería yo.

Volvieron a llamar a la puerta y el golpe retumbó con insistencia en mis oídos en el momento justo en que me dirigía hacia ella. No se abrió en un parpadeo ese oxidado portón. Había que tirar de él con ímpetu dada su envergadura.

La luz que se arrojó sobre la estancia al lograr mover la puerta me deslumbró por unos instantes. Tuve que frotarme los ojos como si me desperezara de un extraño letargo y, entonces, logré fijar la vista y contemplar al visitante: su estampa me dejó sin respiración.

3

—Buenas tardes. Vengo de Toledo y busco a Fadrique de Basilea, al que dicen el Alemán. Hasta ahora ha sido mi criado el encargado de comunicarse con vos, pero, notando la tardanza en las últimas encomiendas, me ha parecido oportuno venir yo personalmente, para agilizar el proceso. Me urge hablar con el impresor, ¿sabéis si se encuentra aquí su taller?

Hablaba y me miraba a los ojos sin recato. Me fascina que haya gente capaz de hacerlo porque cuando yo lo intento, no lo consigo y acabo saltando de un ojo al otro sin parar, hasta que me canso y acabo por inclinar la frente. Él me hablaba con calma, mucha calma, y con la mirada igual de serena que su voz. Me observaba y su manera de hacerlo me turbaba.

Era apuesto. No demasiado alto, tal vez me superase en dos o tres palmos. Sus cabellos azabaches se revolvían en unos rizos rebeldes, que asomaban en mitad de su frente y por detrás de sus orejas. Por unos instantes, olvidé qué me estaba preguntando y me ruboricé. Se sonrió de inmediato y entonces fue peor. Me ardían las mejillas. Deseé huir: que se abriera un foso justo bajo mis pies y poder colarme dentro para desaparecer de su vista.

Aquel apuesto caballero tenía los ojos pequeños pero vivaces. Tuve la certeza de que podría convertirme en piedra con esa mirada si así lo hubiese deseado. Varios lunares salpicaban sus mejillas y la punta de su nariz: una nariz algo respingona, menuda, que le confería un aspecto infantil y encantador.

Haciendo acopio de voluntad, me atreví a responderle:

—Sí, aquí es. Yo soy su hija Isabel. Os ruego que disculpéis los retrasos... Últimamente se acumulan los encargos. —Me acaricié la trenza; amasé el cabello anudado como si se tratara de una pieza de plata a la que sacarle brillo. Me temblaban las manos—. Pasad, por favor. Mi padre se encuentra al otro lado del patio, os guiaré hasta allí.

Me volví con la escasa gracia que mi mandil de faenas me permitía y avancé delante de él. ¿Se fijaría en mí o preferiría contemplar nuestra vivienda? ¿Me estaría echando una ojeada? El recorrido en silencio se me estaba haciendo muy

largo y me atreví a hacerle una pregunta:

—Sois hombre de letras, ¿verdad? Creo que conozco a vuestro criado, alguna vez lo he atendido. Nosotros no solemos atender a autores, directamente, me refiero. —Aproveché el final de mi frase para volverme y comprobar si estaba atento al movimiento de mi cuerpo mientras le hablaba. Nuestras miradas se encontraron y me sobresalté.

—Sí, soy escritor, aunque sólo en mis temporadas de descanso. Tengo otras ocupaciones, estudios y tareas que me dejan un par de meses libres al año. ¿Vos atendíais a Gaspar entonces? Vaya, ahora entiendo por qué no tenía nunca inconveniente en venir aquí siempre que se lo pedía...

Aquellos ojos almendrados tenían el color de las hojas secas en otoño. Al sonreír, casi se cerraban bajo sus pestañas en un gesto burlón que logró aplacar mis nervios y me provocó una sonrisa.

—Me sorprende vuestra presencia, señor. Os hacía encerrado junto a una lámpara amarrado a vuestra pluma y surcando países lejanos con la prodigiosa imaginación que caracteriza a los escritores.

Me giré y le sostuve la mirada. ¿Qué me sucedía? Quería resultarle bella, encantadora, que le pluguiera hablar conmigo. Que cayera a mis pies como presa de un hechizo. Había escuchado a la hija del panadero afirmar que, para llamar la atención de un caballero, no había nada mejor que los polvos de almizcle: con ellos se enjugaban los pies antes de colocarlos en los chapines; de este modo, cuando se estuviera ante el galán en cuestión y en un aparente descuido, podría una descalzarse de una sutil patada y permitir que él la ayudara a cubrirlos de nuevo. Embelesarlo con la fragancia ante la vista de los pies.

Pero yo no tenía almizcle a mano y ya casi habíamos llegado a la sala principal. Mucho me temía que mi padre iba a querer que los dejara a solas.

—No, no suelo viajar mucho en mis escritos. Esa mente que mencionáis no es en absoluto prodigiosa y se aferra a los aspectos más comunes que a todos nos atañen. Yo compongo sobre hechos conocidos de este mundo que es el mío y también el vuestro, por cierto.

De nuevo la sonrisa... ¡Qué bien se expresaba! Me adelanté para avisar a mi padre. Me siguió a pocos pasos.

—Padre, os buscan.

Estaba inclinado sobre la mesa de trabajo y, sin levantar la cabeza, profirió una retahíla de improperios:

—¡Malditas sean tus prisas, Gaspar! Ve y dile al impertinente de tu señor que ser autor anónimo no lo faculta para meterme prontitudes con el bendito nuevo

estilo de letra. ¡Tengo demasiados encargos y apenas nada de plazos! Se lo dices de mi parte y si no lo entiende —se giró para poner fin a su desbocada locuacidad—, que venga, que gustosamente lo atenderé en persona.

El taller se quedó sumido en un profundo e inquietante silencio en cuanto mi padre dejó de vociferar. Estábamos inmóviles frente a su mesa. Claramente mi padre se había confundido y parecía tarde para rectificar. Se había quedado de una pieza al reconocer a uno de sus clientes en persona.

—Ruego me disculpéis, señor. Pensé que erais un mandadero con sus reclamos... No tengo el gusto de...

—Fernando de Rojas. El gusto es mío, don Fadrique. —El hombre de letras se inclinó como si nada hubiera oído—. Le pedí a Gaspar que no viniera en esta ocasión porque quería atestiguar en persona que el encargo estaba en camino y era comprendido. Lamentablemente, sospecho que no. Asimismo deduzco que no me esperabais y os pido disculpas por la intrusión. Vuestra hija ha sido muy cordial en atenderme, pero, si estáis atareado, quizás pueda volver en otro momento que no os incomode, para poder parlamentar sobre la composición de mi libro.

Me entró la risa y me cubrí la boca con el dorso de mi mano. No quería que ninguno de los dos notase que me estaba divirtiendo con la escena. Aquello parecía un acto bufo: mi padre llevaba semanas de acuerdos y desacuerdos con el mencionado Gaspar, que ahora reconocía como el criado de Fernando de Rojas. Se trataba de un joven inquieto y pertinaz que iba y venía portando el manuscrito de su amo, repitiendo como un loro sus indicaciones y volviendo loco al pobre de mi padre con las manías de aquél. Ahora, por fin se habían encontrado, pero en el horizonte no asomaban trazas de acuerdo alguno.

—¡No es molestia, don Fernando! Espero que podáis disculpar el malentendido, motivado por todo el trabajo que últimamente nos compromete. Confío en que comprendáis que en otra ocasión podré sin duda atenderos con la gentileza y atenciones que os merecéis.

—Desde luego, don Fadrique, así lo haré. Sabed que estoy ansioso por echar un vistazo a las pruebas de impresión con los cambios acordados. Puedo venir en otro momento, pero no pospongamos en demasía el encuentro: en un par de días he de regresar a Salamanca.

—Oh, si es así, podéis venir mañana si no os contraría, señor. Al ocaso estaría bien. Tendré las copias dispuestas para vos y hablaremos de la impresión con tranquilidad.

Fernando de Rojas hizo un gesto de despedida y se volvió hacia mí.

—¿Serías tan amable, señora, de devolverme a la puerta por donde me habéis visto entrar?

Y así lo hice, aunque contra mi voluntad. Bien podría haber esperado un millón de años a que abandonara nuestra casa, con tal de seguir observándolo.

4

A la mañana siguiente desperté con el batir de las contraventanas en el muro. Yo dormía en una de las alcobas que daban a una transitada callejuela y era frecuente que me desvelasen los ruidos de la ciudad al desperezarse. Las casas comunes solían abrigar en su interior cuartos para el descanso porque no tenían ventanucos ni luz, pero la nuestra era diferente. El taller se disponía alrededor de un patio y el resto de las estancias (donde hacíamos la vida de diario) se correspondían con los espacios más soleados. Todo giraba alrededor del taller y la luz natural que nos proporcionaba el patio era nuestra dicha.

Llovía copiosamente, como si se hubiera desatado la rabia del cielo, el agua lo inundaba y lo ensuciaba todo y cubría de barro la calzada. El pozo devolvía con el eco un borboteo remoto desde sus profundidades. Me levanté y me vestí con las prendas del día anterior y, sin pasar por el taller a ver si ya estaba mi padre metido en faena, salí a la calle en dirección al palacio. Debía hablar con Luisa.

Casi no había logrado pegar ojo; en mis pensamientos únicamente había cabida para Fernando de Rojas, que me había mirado insistentemente y me había robado una sonrisa. Luisa no se iba a creer la trifulca que se había montado en el taller, el ridículo de mi padre y su cara de sorpresa al encontrarse frente a frente con el escritor en el momento justo en que maldecía su insistencia. Había sido una enorme torpeza, pero Luisa se reiría conmigo al oír mi relato. A última hora de la tarde, Fernando de Rojas regresaría a mi casa y tal vez lograra persuadir a mi amiga para que viniera conmigo y conociera al apuesto autor. Me hacía feliz la idea de compartir con ella mi emoción.

Al franquear la puerta, me percaté de que seguía diluviando. El otoño muda del sol a la tormenta sin darnos mucho respiro. Pese a que las nubes grises y plomizas se esmeraban por dar a la mañana un fingido aspecto nocturno, a lo lejos pude distinguir la piedra clara y brillante de la torre catedralicia. Era el aspecto más destacado del templo y siempre me hacía volver la vista. Un magnífico torreón coronado por ocho chapiteles que, por causa de brujería, quién sabe, a mí me parecía que oscilaban al ritmo de las fuertes ventiscas. Había oído

decir a algunos viajeros que asomaban por la zona que cuando uno se colocaba bajo el crucero y permanecía en absoluto silencio (algo habitual al tratarse de un espacio de recogimiento y oración a Nuestro Señor), podía sentir el crujir de la piedra sobre sus hombros. Yo lo creía, tal vez el ánimo fantasioso que mi amiga Luisa me contagiaba con sus lecturas diera pábulo a la ensoñación de tales leyendas, pero creía firmemente en la malograda estructura de aquel inmenso cuerpo de columnas.

Con la perspectiva de los años, ahora comprendo que mis intuiciones eran acertadas y que mejor hubiera sido (aunque sólo fuera por una vez) confiar un poco más en las leyendas y menos en el crédito incondicional de un arquitecto con exceso de ambición. La noche de un 3 de marzo, casi cuarenta años después de aquel momento en que yo la veía a lo lejos bajo la lluvia, el torreón del cimborrio se derrumbaría como madera carcomida durante un intenso vendaval. Afortunadamente, nadie iba a morir en el accidente por ser horas bien avanzadas de la noche, pero a mí todavía me provoca un escalofrío el recuerdo de ese chirriar y la certeza de no haber podido hacer nada por evitar que el cimborrio se viniera abajo.

De todas formas, esa mañana, sólo me paré a observar la torre desde la perspectiva que ofrecía la puerta de nuestro taller. Caminaría en esa dirección y encontraría la mejor manera de alcanzar el palacio sin mojarme demasiado.

—Disculpad... ¡Señor! ¿Seríais tan amable de llevarme? —Vi que un carromato bien cubierto se acercaba pesadamente por el medio de la travesía—. ¿Acaso vais rumbo al castillo?

—A la misma corte me dirijo, jovencita, y si no os dais prisa, temo que os arrastre la corriente que baja desde la iglesia... ¡Sooooo! —Había refrenado a sus caballos mientras una auténtica riada se echaba sobre nosotros; las pobres bestias tuvieron que retroceder, al notar que a duras penas se sostenían en pie entre el aluvión de sedimentos, restos de comida y hasta algún animal muerto que venía hacia nosotros—. ¡Qué barbaridad! Subid conmigo. No quiero ser responsable de vuestra desdicha si se os lleva la corriente. —Y me guiñó un ojo con una fingida simpatía que me hizo sospechar. Aun así, opté por saltar al interior del carro.

—¡Gracias, señor mayoral!

Le tomé la mano que me había tendido y me apoyé en el escalón del carro para impulsarme y alcanzar el asiento. ¿No era fantástico poder disponer de un carromato como si de un auriga mitológico se tratara cuando era menester?

—¿Puedo saber por qué una doncella como vos va buscando quien la lleve al

castillo en una mañana tan desapacible?

—He de reunirme con una amiga que vive entre los cortesanos. Normalmente voy andando, señor, pero con esta tormenta sería un desatino intentarlo. ¿Sabéis cuánto pueden llegar a pesar estos vestidos cuando se empapan?

—Puedo imaginarlo, muchacha. Mi esposa los lava concienzudamente y no deja de sorprenderme cuánto tiempo pasan tendidos de la cuerda hasta secarse.

La conversación avanzaba a trompicones; el hombre sorteaba como podía los estorbos en su camino, fueran viandantes, mulas u otros carros. Gracias a dichos obstáculos y la concentración que le requerían para manejarse con sus caballos, el conductor me dejó a salvo de sus preguntas enseguida.

Atravesábamos la plaza del mercado, que se disponía a iniciar la jornada. No había aguacero ni solana que impidiera el ajetreo de los vendedores y su mercadería.

—Lo único que me preocupa con estas tormentas es la crecida del río. El agua se vuelve loca y arrasa con todo lo que se cruza en su camino. —Se veía que sabía de qué hablaba—. Casi es lo menos importante que se echen a perder las cosechas, pero el río... al río no lo podemos controlar.

—Pero si dejara de llover, entonces nos aquejarían otros males, ¿no creéis? El agua es vida, señor. Pensadlo así. Tengo una amiga que se alegra siempre que llueve, porque así puede pasar más tiempo dentro de casa.

—Pues vuestra amiga ha de tener aficiones muy diferentes a las vuestras, pequeña: no os he visto temer a la riada para ir al castillo cuando me habéis gritado para subiros en mi coche. —El hombre se rio a mandíbula batiente y un hedor repugnante cayó sobre mi rostro. Tuve que cubrirme para contener las arcadas.

—No soy medrosa, señor. Me gusta catar la lluvia y chapotear en las charcas cuando vuelve a salir el sol a los caminos, pero también me gusta estar en casa. Especialmente pasar los rigores del invierno junto al fuego, ¡es tan agradable!

Preferí interrumpir la conversación. No quería que me llegara otra vez aquel tufo si volvía a abrir la boca.

Ya casi alcanzábamos las caballerizas del castillo y aproveché para indicarle que aquél era buen sitio para apearme.

—Os agradezco mucho vuestra ayuda, señor. A pie hubiera tardado toda la mañana en llegar hasta aquí.

—Sí, claro, la lluvia inclemente y el peso de las faldas. Entiendo. No ha sido ninguna molestia, joven. Si alguna otra vez os encontráis en un aprieto semejante, recordad que yo me encargo de aprovisionar las despensas de quienes

viven aquí dentro... ¡Me ven hacer este recorrido casi a diario!

Me despedí del cochero y, levantando las enaguas, corrí hacia los jardines; no pude evitar salpicarme de barro. Los pastos y la hojarasca caída se me pegaban a las suelas y casi caigo en un par de ocasiones al resbalar. Por fin vi a Luisa en la entrada trasera, apoyada en el muro; estaba acariciando un gatito a sus pies. El pobrecillo debía de buscar refugio bajo los faldones de mi amiga. Luisa estaba en el punto de la entrada al castillo en donde siempre nos encontrábamos. Le grité al verla desde lejos.

—¡Aquí, Luisa! ¡Hola!

Cogió al gatito en su regazo y me buscó con la mirada.

—Pero ¿cómo has salido de casa con semejante aguacero? —La tormenta nos había concedido una tregua, pero los senderos estaban enfangados y llenos de charcos—. Espera, te traeré unas galochas. Vas a enfermarte si te quedas con esos pies mojados.

—He venido antes, me trajeron en un carro. Tenía que verte, Luisa, ¡debo contarte algo! No lo vas a creer...

—Pero ¿qué pasa? Espera, no me expliques nada aún. Primero me ocuparé de tus pies y luego me cuentas... ¡Será algo bueno, imagino!

Luisa dejó al minino en el suelo y fue a buscar otro calzado para mí.

Con el frío, la humedad me calaba los huesos y comprendí la queja del felino cuando tocó de nuevo los hostiles baldosines.

—Sí, creo que es bueno. Insólito pero bueno, supongo.

Aunque hayan pasado muchos años desde que lo vi por vez primera apoyado en el quicio de la puerta del taller, y a pesar de haber alcanzado tanto renombre, todavía siento cosquilleos extraños si tengo noticia de Fernando. Sin embargo, esa comedia suya ha cambiado mi manera de apreciarlo, he de confesar: tanta expresión inconveniente, tan sombríos los sentimientos de los protagonistas... No parecía que hubiera acuerdo entre su obra y la imagen de dulzura y bondad que tuve de él a primera vista. Pero, con el transcurso del tiempo, llegué a verlo con claridad. ¿Fernando de Rojas?, un embustero. Siempre lo fue y siempre lo sería. La diferencia era que por entonces, cuando lo conocí siendo una doncella aún, su Calisto y su Melibea no habían asomado a la luz. Ésa es la diferencia. Sé bien que la gente de letras se desdobra en mil estados de ánimo y personalidades, incluso contradictorias, cuando se entregan a su pluma; diríase que sin el menor esfuerzo son capaces de ponerse en la piel de un mendigo, una anciana bruja, un caballero en plena batalla o incluso un animal que parlotee y piense con sensatez humana. Pero con eso y con todo, no soy capaz de explicarme cómo pude llegar a ser tan necia, ¡cómo pude creerme las zalamerías de Fernando!

Aunque si he de ser justa con mi memoria, aquella mañana de la tormenta, quien tuvo un comportamiento inesperado no fui yo, sino Luisa. Recuerdo que en cuanto regresó con un par de zapatos para mí, le noté una rara expresión en el semblante. Estaba muy seria, no sabía qué podía haberle sucedido en mi ausencia.

—A ver, cuéntame, Isabel, ¿qué es lo que con tanta urgencia te trae por la corte en un día como éste?

Fingí naturalidad, pero estaba tan sorprendida como ella.

—A ti también te ocurre algo, Luisa... ¿Qué ha pasado? No tienes buen aspecto, ¿has dormido bien?

Tenía las mejillas pálidas y sus ojos verdes, que siempre irradiaban curiosidad, estaban apagados. Bajó la cabeza y me pasó uno de sus brazos por el hombro.

—Entremos, mejor. Yo también tengo una historia que compartir contigo.

Iba a ser una larga jornada en la corte burgalesa. Una de aquéllas en las que el mal tiempo forzaba a los cortesanos a devanarse los sesos para entretener a sus majestades con juegos, danzas y otros esparcimientos sin necesidad de llevarse a cabo al aire libre. Los bufones se dejaban caer por las distintas estancias con su jarana y sus bromas, que a mí llegaban a asustarme; incluso algunos nobles aprovechaban para dar recitales y ofrecernos el tañido de sus destemplados instrumentos. También era ocasión para que las infantas declamaran versos y deleitaran al improvisado auditorio con su donaire y dulzura «natural».

Luisa y yo nos refugiamos del jolgorio palaciego en la sala de lectura, para evitar que nadie nos importunara en la que iba a convertirse en una jornada de mutuas confesiones. Dejé que empezara ella a contarme lo que le había sucedido.

—Estoy azorada aún... Se trata de mi madre. No sé qué pensar.

—¿Tu madre? Pero ¿le ha pasado algo?

Me sobresalté al conocer que se trataba de Magdalena, su madre y dama al servicio de su majestad, pero también fue un alivio saber que a Luisa no le había ocurrido nada de lo que me tuviera que preocupar.

—Antes de contarte, tienes que saber algo que pasó hace mucho tiempo en San Gregorio. Yo era una chiquilla muy pequeña, pero todavía me acuerdo. Fue antes de que viniera Pedro de la Rhúa a darnos clase.

—No entiendo por qué tienes que remontarte al principio de los tiempos, Luisa...

—Es preciso, ¡claro que sí! Mis hermanos detestaban al maestro porque vaticinaban que sería tan infame como su predecesor. Le hacían la vida imposible, Isabel. No imaginas lo que sufrió hasta que yo logré convencerlos de que se trataba de una buena persona.

—¿Tú hiciste eso? ¿Y tan pequeña? Se ve que ya tenías arte para la oratoria...

—Puede ser, Isabel. Creo que nací «elocuente». —Luisa bajó la mirada. Había un dejo de tristeza en su ironía—. Al menos, con los míos. Lo cierto es que maliciaban que Pedro intentaría seducir a mi madre, recién enviudada para más, como había hecho el profesor anterior.

Me cubrí la cara con las manos. No podía creer lo que mi amiga me contaba. En demasiadas ocasiones nos confiamos ante los demás y creemos saber quiénes son, cuando en realidad ignoramos la profundidad de sus secretos, lo que esconden. Mi mejor amiga había silenciado aquel recuerdo y, ahora que salía a la luz y lo compartía conmigo, me costaba encajar sus palabras. Luisa debió de percibir mi rostro lívido y avergonzado; hubiera deseado saber qué decirle para

apoyarla en aquella difícil situación, pero no fue así. Tan sólo logré expresarme con torpeza y brusquedad.

—¿Quieres decir que tu madre fue seducida por un maestro? ¿Y en tu propio hogar?

Luisa movió la cabeza afirmativamente, al tiempo que me miraba y completaba su expresión, diciendo:

—Hoy la he sorprendido de nuevo con un hombre, en una de las cámaras de la zona de los sirvientes... ¡Esta misma mañana! ¿Puedes creerlo? Poco antes de que llegaras.

La manera que tuvo de pronunciar aquel «un hombre» me dio a entender que conocía claramente de quién se trataba.

—¿Quién era él, Luisa? ¿Lo viste bien?

Lo afirmó con un movimiento de su cabeza y, acto seguido, se echó a llorar de pura vergüenza o de humillación.

Le di un abrazo para consolarla. En el fondo, su madre era una mujer que atraía por su belleza y desparpajo. En la corte se había ganado fama de zalamera y acaso de indiscreta. Ese carácter de Magdalena la había puesto en evidencia en más de una ocasión, al tratarse de una de las dueñas: damas por lo general que ostentaban un comportamiento ejemplar para el resto de doncellas y sirvientas de la señora. Su ligereza había despertado chismorreos entre las más envidiosas del cuerpo de servicio, desde el principio, aunque yo jamás confié tales rumores a mi amiga.

Me consideré un poco necia de querer contarle mi encuentro con Fernando de Rojas, una nimiedad. Mejor sería dejarlo para otra ocasión.

—Bueno, piensa que, gracias a esta lluvia imparable, tenemos todo el día para cobijarnos de las miradas extrañas. Podemos hacer muchas cosas. Incluso, si prefieres estar con gente, podemos ir a oír a las infantas. —Lo cierto era que pocas cosas me apetecían menos que sentarme a escuchar los trinos desafinados de aquellas malcriadas, pero de algún modo debía animar a mi amiga—. ¿Quieres que hagamos eso?

Luisa se levantó y recogió un volumen que había apartado sobre la mesa. Lo abrazó y caminó hacia la lumbre para detenerse delante de ella y perder su mirada entre las llamas. Desde mi asiento, pude ver su silueta recortada por el titilar del fuego; le daba el aspecto de un espíritu que hubiese llegado desde el otro mundo en aquel instante para reconocermme un secreto importante.

—Era «él», Isabel... El propio Fernando, nuestro rey.

6

Dejamos transcurrir la mayor parte del día huyendo del aburrimiento. Las gentes ociosas de palacio a punto estuvieron de contagiarnos un sentimiento melancólico que nada tenía que ver con la alegría que yo había llevado de mi casa esa mañana. ¿Íbamos a permitir que una simple lluvia nos amargara el espíritu? Yo no estaba dispuesta. Quería contarle a Luisa todo lo que tenía que ver con Fernando de Rojas, porque no era capaz de pensar en otra cosa. A veces los nobles se dejaban afectar demasiado por las inclemencias del tiempo: que si salía el sol, se maravillaban, y si las nubes lo oscurecían todo, tocaba estar triste; ellas a bordar o a cantar y ellos a discutir vaguedades junto al fuego. Esa actitud nos parecía aburridísima.

Ni siquiera los enanos y bufones, que siempre danzaban alrededor de sus majestades entre risas y chanzas, parecían alegres aquella tarde.

Nosotras nos escondimos en nuestro rincón preferido y yo le revelé a mi amiga mi dulce descubrimiento.

—Pero ¿cómo puedes estar segura de una cosa así, Isabel? Sólo lo has visto una vez. ¿Con eso ya crees estar enamorada? No seas como las damas de los cuentos. ¡Esos comportamientos sabes que no son reales! Lo habrás encontrado apuesto, pero nada más. —Se había subido a un escabel cercano a la estantería y, desde lo alto, me daba lecciones sobre cómo había que comportarse ante la llegada del amor a la vida de una. Parecía una maestra. Se sentía sabia en una materia que, sin embargo, no podía conocer menos—. Dime, ¿qué va a ser lo próximo? ¿Llorarás en el claro del bosque si él no te corresponde?

Me eché a reír. Luisa era muy graciosa en su discurso resistente a la tentación amorosa.

—Veremos cuando te suceda a ti. Entonces seré yo quien haga burlas y tú, quien sufra por el desprecio de ese adorado caballero que llegue para hacerte enloquecer.

Era ridículo imaginarla en aquellas pieles: jamás cedería a la seducción de un hombre. Pocas cosas estaban más claras que la determinación de mi amiga.

Especialmente antes de aquella noche.

La convencí para que viniera conmigo a conocer a Fernando, pero tuve que esforzarme.

—¡No me apetece, Isabel! Prefiero no alejarme mucho del palacio, que ya ha oscurecido. Sé que mi madre se preocupa y, además, ¡seguro que lloverá de nuevo!

—Pues si es así, te quedas a pasar la noche en casa y mañana buscamos a ese cochero tan amable para que te traiga de vuelta a la corte... ¡quiero que lo conozcas, Luisa, por favor!

Insistí a mi amiga, con el total convencimiento de que no era tarea fácil. Cuando Luisa se obcecaba, era testaruda hasta la desesperación.

La tarde se nos había echado encima con el relato de su madre, que eclipsó definitivamente lo que yo le quería contar de mi encuentro con Fernando; me esforcé por describir con pelos y señales la torpeza de mi padre al confundirlo con Gaspar, pero no logré sacarle una sonrisa.

—Tu padre es un poco impulsivo. Lo es siempre.

Tras muchas súplicas y haciendo uso de mi pesadumbre y tenacidad, acabé por convencerla. Conseguí que le solicitara a su madre permiso para pasar la noche fuera.

—Se me hace incómodo hablar con ella. —Luisa mordisqueaba la uña de su dedo pulgar. Estaba nerviosa. Percibí un comportamiento en ella que no era el habitual: su seguridad se había diluido por la impresión de lo visto en aquella cámara—. No imaginas lo extraño que es mirar el rostro de tu madre tras haberla descubierto en tesitura semejante con un hombre ¡con *él*, Isabel!

—¿Es que acaso te vio ella a ti?

—No, no lo creo.

Haciendo acopio de voluntad, Luisa se llegó hasta la estancia de Magdalena y al rato salió para decirme que tenía autorización y que venía al taller. El cambio la ayudaría a pensar en otra cosa.

Era casi de noche cuando abandonamos el castillo en dirección a mi casa. Íbamos cogidas del brazo y tratábamos de llevar el mismo paso. Si hacía falta, cambiábamos de pie con un salto en cuanto una se confundía de ritmo. Era nuestra tradición y lo había sido siempre: las dos como una sola.

—¿Y crees que él querrá verte también? —Me lanzó la pregunta con una entonación un tanto aguda que enseguida identifiqué con su ironía de siempre—. A lo mejor, ya ha terminado de hablar con tu padre y sigue allí, esperándote.

—¡Luisa! No te rías de mí. —Le gustaba burlarse de mi espíritu soñador—.

¿Es que crees que a ti nunca va a sucederte algo parecido?

—No será ahora, de eso puedes estar segura.

Se puso muy seria de repente y me preocupó. Tuve que pararme al ver que volvía a deshacerse en llanto.

—Luisa, otra vez, no, de verdad... No merece la pena. —Mi pobre amiga hacía el esfuerzo de bromear con aquello que realmente la envenenaba.

—Sí, no te preocupes... Vaya, qué tonta soy. Dejémoslo, por ahora podemos olvidarnos de este asunto. —Le costaba articular las palabras—. Es que no creo que yo pueda llegar a amar a alguien... No después de esto. No podría soportar... Bueno, hablaremos de ello en otra ocasión, ¿de acuerdo? Tu padre te espera en casa.

Volvió a desconcertarme. No alcanzaba a imaginar lo que le estaba pasando a Luisa. Hasta entonces, las dos fantaseábamos con las damas y los caballeros de las novelas que gustaba la reina de oír en alto. Cierto que no conocíamos aún nada de aquello, sólo quimeras. Contaba catorce años y yo trece, la vida aún tenía mucho con lo que sorprendernos. Y entonces yo sólo podía preguntarme qué sería lo que había visto mi amiga.

—Lo lamento, Luisa. Entiendo que no quieras venir, pero verás como estar lejos de la corte por una noche hará que te sientas mejor.

Poco a poco se calmó de su disgusto y yo no insistí más en el tema. Ya casi habíamos llegado al taller y reconocimos la luz que titilaba por el hueco de la puerta. La chimenea estaba encendida y había alguien junto al fuego. Me perturbó.

—Entremos. Me va a dar un mal como no pasemos de inmediato. Dime, Luisa, ¿qué aspecto tengo?

Me pellizqué las mejillas y atusé el cabo de mi trenza para darle una graciosa forma de caracolillo. Mi pelo lacio jamás atendía a razones y por eso siempre lo acababa recogiendo.

—Sí, vayamos dentro. Estás muy bonita, no te preocupes. Le agradecerá volver a verte.

Luisa no mostraba ningún entusiasmo. No quería estar allí, pero hizo el esfuerzo de dedicarme una sonrisa y, cogiéndome del brazo, caminamos hasta la puerta. Llamé con dos golpes secos y sentí que mi corazón se atropellaba y subía por mi garganta. Mi padre acudió a abrirnos.

—Ya estás aquí, hija. Me tenías preocupado... Con esta lluvia y, aun así, empeñada en pasar todo el día en la corte, ¿no es día para salir de casa!

Me había olvidado de que había salido de casa por la mañana sin despedirme.

Mi padre estaba acostumbrado a que lo hiciese, pero nunca si se presentaba una mañana tan desapacible.

—Lo siento, padre, debí avisaros. —Me acerqué para besarle en la mejilla, por evitar cualquier atisbo de discusión delante de extraños—. Juro no volver a hacerlo. Le había prometido a Luisa que me reuniría con ella y además había un recital de la infanta Catalina, así que...

Sospeché que mis excusas no resultaban creíbles. Mi padre sabía que los recitales de las princesas eran un suplicio para mí, pero fingió creerme y nos indicó que pasásemos.

—Buenas noches, Fadrique. —Luisa avanzó detrás de mí y le dio un abrazo a mi padre—. Llevo más de una semana sin veros. Hay que ver lo rápido que avanzan los días cuando se está ocupado, ¿verdad? Isabel me contó que estáis embarcado en una importante tarea, ¿cómo vais con esa nueva colección?

Siguieron hablando de tipos y tintas. Yo busqué a mi apuesto escritor con la mirada. Tal como había imaginado, estaba sentado junto al hogar. Acercaba las manos al fuego, tendría el frío de la calle aún en el cuerpo. No se puso de pie, pero, cuando vio que me acercaba, me sonrió. Sí, sus ojos eran exactamente como yo los recordaba y creí observar que se le iluminaba el rostro al verme.

—No esperábamos que viniera el invierno así de pronto, ¿verdad?

Reí nerviosa y no le contesté. En ese momento, se acercó mi padre.

—Don Fernando, podemos pasar al taller si así os place para que pueda mostraros las pruebas que os mencioné. Creo que no habrá ningún problema en acordar con vos lo que más os convenga...

Y mientras se perdía en una serie de explicaciones que no alcanzaba a seguir, noté cómo Fernando asentía y miraba con discreción a Luisa. Sí, lo advertí con claridad. La miraba a ella.

—Por supuesto, Fadrique, vayamos a ver esas pruebas de las que tanto habláis. —Se giró con una reverencia para despedirse—. Ha sido un placer volver a coincidir con vos, Isabel.

Me besó la mano con donaire e inmediatamente se inclinó ante Luisa, que permanecía silenciosa a mi lado.

—Fernando de Rojas para serviros, señora... ¿Sois amiga de Isabel, si me disculpáis el atrevimiento?

—Mi nombre es Luisa, señor. Isabel y yo somos amigas desde hace años, sí.

Tras su breve cortesía, mi amiga me tomó del brazo y abandonamos la sala en dirección al comedor. Temblaba ligeramente y sus ojos ya no estaban enrojecidos, al contrario: brillaban con una belleza que jamás había percibido

antes en ella. De pronto, se hizo desconocida para mí.

Ya había caído la noche sobre el sendero, lo que suponía un serio aprieto para retornar al castillo. Luisa dudaba sobre si regresar o no, a pesar de haber solicitado permiso a su madre para pasar la noche fuera. Parecía incómoda con la situación y dejé que se expresara por miedo a atosigarla con preguntas.

—Lo cierto es que no quiero volver ahora, me da igual lo oscuro que esté el camino. Me avergüenza mirarla a la cara... Es mi madre, ¿comprendes? Aún no puedo creer lo que ha hecho...

—No pienses más en ello, Luisa. No es culpa tuya, no tenías por qué saber que estaban en aquella habitación cuando entraste para buscar los zapatos. ¿Quién iba a sospechar que ocultaban algo?

—¡Pero allí estaban! Y no logro quitarme de la cabeza al rey, sentado en aquella postura, mientras mi madre... Mi madre...

—Por favor, querida, déjalo, no lo pienses más. Mañana será otro día. Después del temporal, todo amaina.

La besé en la frente. ¡Pobrecita! Sin duda había sido testigo de una escena que, de haberla visto yo, me habría provocado pesadillas para el resto de mi vida. Cuando me dio los detalles, realmente me alarmé: un hombre y una mujer haciéndose aquello, ¡qué espanto! ¡Me dieron arcadas con sólo pensarlo! Por algún motivo, a cada pincelada de mi amiga yo recordaba al cochero del alba. Aquel hombretón desaliñado con esa fetidez que manaba de su boca. Hombres así, tan repugnantes que su cercanía perturbaba el ánimo de cualquiera. Preferí dejar de pensar en ello y consolar a mi amiga sin decir nada. En muchas ocasiones, el silencio se convierte en el mejor aliado para afianzar la amistad de dos personas.

Continuamos acurrucadas al calor de la lumbre en la sala principal de mi casa. El tiempo transcurría lentamente, siguiendo el fulgor de los leños. Al fondo del pasillo, en el taller, mi padre discutía con Fernando sobre qué tipografía sería la mejor para su obra. Por entonces, ni se sospechaba que aquella *comedia* fuera a interesar a tanta gente distinguida, pero Fernando de Rojas era muy escrupuloso

en sus ideas.

—Sabes que aquí puedes cenar y dormir en mi cuarto, Luisa. Yo estaría encantada de que te quedaras... Mi padre te quiere como a su propia hija y con tal de que nos levantemos antes de la llegada de los aprendices, no hay inconveniente.

—Gracias, Isabel, pero en cualquier caso tendría que estar en la corte para la clase de gramática, que comienza después de la misa.

A Luisa le importaban poco los santos sacramentos y yo sabía que iba a saltarse la oración de la mañana si era posible. En eso me recordaba a Juana. Más de una vez había llegado hasta mí la noticia de los enfrentamientos entre su alteza, la reina, y la joven, la más rebelde de las infantas, que renunciaba a la misa y la oración en favor de unas horas de tranquilidad, la lectura o la interpretación de una pieza con algún instrumento.

—¡Vayamos a comer algo! ¿No tienes hambre? Seguro que hay sobras del almuerzo. Como yo no estaba...

Correteamos como chiquillas hasta la cocina en busca de una hogaza para acompañar con fiambre y queso. Luisa comía más bien poco, quizá era por haber recibido una educación llena de ceremoniales y recato. Aquella costumbre era más propia de la corte que entre las cuatro paredes que habitábamos mi padre y yo, pero yo la respetaba. Ella era así.

Me estaba sirviendo un poco de agua de la jarra que siempre dejamos cerca de la ventana, cuando oímos voces procedentes del salón. La reunión se había acabado y Fernando se marchaba ya. La ansiedad se adueñó de mí y, abriendo mucho los ojos, agarré a Luisa por los hombros y me quedé clavada frente a ella. ¡Tenía que volver a verlo! Sabía que me comprendería.

—¡Corre, ven conmigo! Si ya no les queda nada en lo que ponerse de acuerdo, Fernando regresará a Salamanca pronto y mis deseos de hablar con él se esfumarán para siempre.

—A no ser que tú y tu padre viajéis allí, Isabel. No sería la primera vez. Recuerda que en la universidad se demandan muchos libros.

Tenía razón, pero yo no quería dejar pasar aquella oportunidad y salí corriendo por el pasillo. Al acercarme a la puerta que comunicaba con el salón, me detuve, respiré para devolver el ritmo natural a mis palpitaciones y me atusé la trenza.

—¿Habéis llegado a un acuerdo finalmente, señor? —Fernando se abrigaba con su capa y tenía en la mano un sombrero. Me miró sonriente y sentí que me echaba a temblar—. Me refiero a si os habéis decidido ya por unos moldes y regresáis a Salamanca o si os retienen otros asuntos en Burgos todavía.

Fue evidente la perplejidad de mi padre ante la inusitada verborrea de su hija, por lo que se dirigió a mí con severidad:

—Isabel, ¡deja al señor Rojas que se prepare para marchar y no le entretengas con tu palabrería! ¿No ves que es ya muy tarde y que le queda un largo trecho por delante?

—No es molestia, Fadrique, de verdad. La venta no está demasiado lejos y, de todos modos, le pedí a mi criado que viniera a recogerme con uno de nuestros caballos en caso de que no estuviera de regreso a la hora de cenar. Si no os importa, me quedaré aquí a esperarlo un rato. Efectivamente, se me ha hecho un poco tarde.

En ese momento, juro que me guiñó un ojo y creí que me desmayaba.

8

Si hubiera de reprocharle algo a Luisa, podría ser quizás su silencio, que entonces tomé por traición a nuestra confianza y que ahora, con el tiempo, he llegado a comprender como su ánimo de ampararme. Ella se quedó prendada de Fernando, como yo, desde la misma noche en que sus miradas se encontraron a la luz de la chimenea en mi casa.

No la culpo. Era ardua tarea no sucumbir bajo los ojos infantiles de Fernando cuando te contemplaban sin rodeos. Tuvo que llover mucho para que Luisa y yo armáramos un largo inventario de conquistas y de asedios amorosos, numerosas damas heridas por los encantos del escritor, como nosotras: jóvenes en su mayoría, aunque también mujeres maduras a quienes embaucaba con caballerosidad y embelesos, promesas de amor que se esfumaban en cuanto una nueva mariposa se posaba en su hombro. La muchacha más agraciada dejaba de serlo en cuanto otra más joven y más bonita todavía aparecía en escena.

Supimos, mucho después, que la hija de un posadero, allá en Salamanca, había quedado encinta a las pocas semanas de ocupar ella el puesto de su padre en el negocio. Se trataba de una chiquilla aún más joven que nosotras, a quien él rondó con insistencia hasta lograr que le entregara su última pizca de inocencia. Hasta nuestros oídos llegó que el padre había reclamado una buena suma de maravedíes, en compensación por el honor mancillado de su niña, y que él había eludido toda responsabilidad, negando lo sucedido.

Como ocurre siempre en estos casos, la noticia se convirtió en rumor y el rumor cedió el paso a la leyenda que acompañaría para siempre a la imagen y el atractivo de Fernando de Rojas. Poco importa a una doncella si su amado es pendenciero o de noble estampa, de ánimo voluble y poco constante en sus seducciones o un alma buena a la que merezca la pena aferrarse; cuando Cupido ataca con sus flechas a una doncella, no hay leyenda ni advertencia que valga. Pero entonces eso nosotras tampoco lo sabíamos.

Fernando disfrutaba del galanteo. Tal vez por la naturaleza de su labor, adoraba ser el centro de todos los halagos y miradas. Siempre tenía una frase

elocuyente con la que provocar las risas y lograba que a su alrededor le siguieran el ritmo de la «canción» que él marcaba. Lo era antes de conocernos a nosotras, lo siguió siendo cuando su *Comedia de Calisto y Melibea* triunfó, aunque en el anonimato: nosotras no tuvimos la sagacidad de ver sus habilidades de cazador en el momento necesario.

Tras aquel primer encuentro, noté a mi amiga más distante. Ciertamente es que el asunto de su madre la había perturbado, pero, por lo que me contaba, no había tenido el arresto para hablar con ella. Se aisló entre los libros, que ya eran parte de su naturaleza.

No obstante, a mí me rondaba la sospecha. Por mi padre supe que Fernando de Rojas había regresado a Salamanca y que todo estaba dispuesto para trabajar con su manuscrito. Pero yo quería saber más cosas.

—Padre, ¿tendréis que ir en breve a Salamanca para hablar sobre la impresión de la *Comedia*?

La bondad de mi padre rayaba en la simpleza. Inocente y confiado, no imaginaba que su pequeña pudiera sentir deseos por un hombre. Me había educado en soledad desde la temprana muerte de mi madre y no era capaz de ver que me estaba alejando de la niñez, indefectiblemente.

—Lo mejor será espaciar esos viajes hasta que nos hayamos quitado de encima el encargo del maestro de la corte, hija... ¿Me acompañarás a Salamanca si vuelvo?

—¡Ya sabéis que sí, padre! Si puedo ayudaros en algo, lo haré.

No sentía que lo engañara, pero el hecho de no ser del todo sincera me confundía un poco. Quería que supiera aquello por lo que yo pasaba, pero, al mismo tiempo, me daba miedo su reacción, y más al tratarse de un cliente fiel de su imprenta.

—Eres la mejor hija que Dios me ha dado... ¡Oh, no! Espera, ¡si sólo tengo una! ¡Ja, ja, ja, ja! —Me abrazó con el cariño de siempre, pero yo comencé a sentirme diferente—. Isabel, desde que contamos con más encargos reales, aquí faltan manos que me ayuden. Los aprendices cumplen bien con su trabajo, pero no puedo dejarlos solos. No hasta que entregue los ejemplares.

Tuve una idea luminosa. Vi la solución en mi mano y le propuse ir yo en su lugar.

—Ya soy mayor como para asumir esa responsabilidad, padre, y Fernando de Rojas es un cliente a quien conozco... ¿No creéis que sería bueno que yo misma me desplazara hasta Salamanca? Me refiero a ir en vuestro lugar.

La ocurrencia debió de sonarle al bueno de mi padre como una pérdida del

juicio súbita de su hija. Su niña quería asumir responsabilidades en la imprenta, ¡y aún no había cumplido ni quince años!

—No creo que sea apropiado ni cabal que una jovencita como tú lleve a cabo esas tareas y viaje sola.

—¿Y si le pidiera a Luisa que me acompañase?

Dije aquello al vuelo, atrapando el pensamiento que surcó mis entendederas. Sin reflexión alguna. Pero mi padre adoraba a Luisa y su actitud siempre recta y responsable respecto a los estudios que cumplía en palacio. No imaginaba mejor compañía.

—¿Y acaso crees que Luisa se prestará a tal aventura? Y además, ¿no se desplazará la corte en los meses venideros hacia Alcalá de Henares?

—Sí, eso creo, y por eso mismo he pensado que tal vez no le importe a su madre que me acompañe unos días cuando vayan a emprender el traslado. Luisa siempre ha querido conocer la Universidad de Salamanca... ¿Qué decís, padre?

Y frotándose la cabeza renuente, allí donde su cabello gris comenzaba a escasear, acabó por asentir y me dijo que podría viajar a Salamanca para llevarle las pruebas a Fernando de Rojas.

Por aquel entonces, ninguno de los dos sabía que Luisa no podría acompañarme y que yo me encontraría con mi querido escritor en la ciudad de los dorados muros.

Ella no había querido decírmelo y conjeturo que fue lo mejor. Habían pasado apenas un par de días desde el encuentro en la imprenta, cuando decidí ir al castillo para contarle a Luisa mis impresiones sobre Fernando y la ocurrencia que había tenido de ir a Salamanca con ella. Contaba con su apoyo. Estaba convencida de que querría acompañarme, ¡allí se encontraba la universidad! Donde se había formado Beatriz Galindo, su maestra, de quien tanto hablaba y a quien tanto admiraba. Pocas cosas tenía yo más claras por entonces que la pasión de Luisa por la vida del estudiante salmantino.

Así que me llegué hasta allí y la busqué en el salón de oficio. Recibía sus clases en aquella habitación junto a las infantas y otras jóvenes de la nobleza. Lo sabía porque acostumbrábamos a evitar entrar allí cuando no se impartían lecciones y las muchachas se dedicaban a bordar; eran momentos íntimos y al resguardo para las hijas de los reyes. En ocasiones, Beatriz Galindo las acompañaba y les leía en voz alta. Luisa entonces salía al jardín y yo iba con ella, jugábamos con otros niños o rebuscábamos en la biblioteca. Pero cuando llegué al salón, lo encontré vacío. Avancé unos pasos y entonces descubrí a la maestra. Descansaba en uno de los dos sillones bajo el tapiz bordado por las infantas.

—Buen día, señora Galindo. No quisiera interrumpiros, que veo que es momento de pausa entre las clases, pero... ¿Habéis visto a Luisa Medrano por aquí?

Aquella a quien conocían como la Latina se incorporó para mirarme; debió de reconocer que yo no era una de sus alumnas y respondió extrañada:

—¿Quién busca a la más aventajada de mis discípulas? —Se había apartado un pañuelo de la cara que sin duda mitigaba el caudal de luz que entraba por el ventanal. La estancia era muy luminosa al mediodía—. Luisa estará con su madre en alguna de las estancias que rodean a la cámara real, ya que su majestad ha venido a buscarla hará cosa de una hora. ¿Queréis que os acompañe?

La cortesía de la célebre profesora me tomó por sorpresa. Nunca antes había

hablado con ella y no la suponía tan servicial. Era verdad que sin guía me perdería por los intrincados pasillos de la corte, así que accedí a su propuesta.

—¡Oh! Si no es molestia para vos... No sé dónde se encuentra la cámara de su majestad. Os lo agradezco, señora.

Así que nos dirigimos juntas rumbo al corazón del castillo. No era fácil para mí desenvolverme entre cortesanos. Desde bien niña, en mis frecuentes visitas a palacio de la mano de mi padre, se me previno de los peligros de perderme entre las estancias reales. Sin ánimo de alarmarme, pero con cautela, me habían dicho que jamás me adentrara sin un acompañante respetado hasta más allá de la sala en donde habitualmente éramos recibidos.

Muchas veces, la curiosidad tentaba a mis impulsos de avanzar por un corredor pobremente iluminado, o empujar una puerta y comprobar qué sucedía al otro lado, pero mi padre me repetía: «Jamás vayas sola, Isabel, podrías no ser capaz de regresar al punto de partida». Entonces aquellas amenazas me intimidaban y alertaban de lo peor, como sólo las graves palabras de un padre son capaces de atemorizar a su chiquilla, pero, con el tiempo, después de conocer a Luisa y comprobar por mí misma que perderse en el castillo no era ninguna broma, reconocí la advertencia y agradecí a mi padre su cuidado en protegerme. Por nada del mundo hubiera querido que me confundieran con una cualquiera, que husmeaba en palacio lo que no encontraba en la calle, y me expulsaran de malas maneras fuera de los muros reales.

Habíamos alcanzado ya el pasillo principal. Recubierto con alfombras y envuelto en densos cortinajes y coloreados tapices, anunciaba ser la antesala de las estancias privadas de sus majestades. Allí mismo me hizo aguardar Beatriz Galindo:

—Esperad aquí y volveré enseguida. Yo misma avisaré a doña Magdalena de que buscan a su hija. ¿Vuestro nombre...?

—Isabel, señora. —Y le dediqué una amplia reverencia en agradecimiento.

Los guardias reales se inclinaron ante la maestra, que, con paso firme, traspasaba el umbral de una de las habitaciones. Yo me quedé al otro lado sin dejar de mirar de reojo a esos dos hombres armados de pies a cabeza que permanecían erguidos y circunspectos hora tras hora a lo largo de cada jornada.

Entonces escuché los gritos. Creí reconocer el llanto de mi amiga. Era Luisa quien lloraba al fondo del pasillo. Quise llegar hasta la habitación en donde se encontraba, quizás un abrazo mío la sosegaría. Al principio pensé que su madre estaría junto a ella, que podría consolarla y darle apoyo, pero de inmediato me puse en alerta: ¿no habría sido su madre la que provocaba su padecimiento?

Magdalena Bravo, de pronto, abandonó una de las salas con paso firme y la cabeza alta. Cuando pasó delante de mí, me incliné para saludarla. Ella me devolvió el saludo. Sus ojos estaban enrojecidos.

—Señora, ¿qué ocurre? Vengo a buscar a Luisa. Quería hablar con ella.

—No sigas, Isabel. —Alzó la mano para interrumpirme—. Luisa permanecerá recluida en su cuarto los próximos días. Te ruego que vuelvas a tu casa. Ya iré a buscarte...

Espadas en mi pecho fueron esas palabras. Enmudecí de pura frustración. ¿Por qué la castigaban tan duramente?

—¿Puedo preguntaros qué ha pasado para que Luisa reciba ese escarmiento, señora?

—No, no puedes, pequeña. Luisa debe estar sola.

—Pero ¿podría hablar un momento con ella antes de marcharme? Quizá tenga que ir de viaje pronto a Salamanca y quería pedirle que viniera conmigo, iríamos a la universidad y...

Los ojos de Magdalena brillaron con el agua que enjuga una mirada a punto de romper en sollozo. Intuí que no se trataba de un castigo: mi amiga jamás había hecho nada por lo que tuviera que ser amonestada y no iba a ser ésta la primera vez. Muy probablemente, encerraban a Luisa para que no hablase. Aquellas lágrimas de su madre señalaban claramente al propio rey.

**Almarza, Soria
(Reino de Castilla)
1527**

La madre se ha quedado dormida sobre los brazos de la silla frailer. Respira con tranquilidad junto al lecho. Luisa abre mucho los ojos para abarcar con ellos todo lo que se ve y lo que no se ve también. Por la puerta entran las últimas horas de su vida.

Luisa aún no ha sido capaz de contar la verdad.

Ojalá todo hubiera sido distinto. Ella pudo haberse comportado de otra forma, pero no podía esperar ayuda de nadie. Especialmente de él.

Lo que daría por contemplar una última vez aquella sonrisa. «Sonreíd siempre —le decía a ella—, porque no sois consciente del efecto que provocáis en los demás cuando sonreís».

Y entonces, creía que con ello el mundo se terminaba y ellos dos podían hacer que volviera a empezar y nada más fuera importante.

Pero las cosas de la vida son otras.

Luisa las había descubierto tiempo después y, a pesar de todo, no había dejado de sonreír.

SALAMANCA
(REINO DE CASTILLA)
1502

1

Reconocí a Luisa Medrano por sus maneras de noble castellana al moverse como una estudiante, aunque con aire desorientado, antes que por su bello rostro. Apenas podía distinguir sus dorados cabellos y menos el verde profundo de sus ojos, que hacían perder la cordura, pero no había dudas: se trataba de ella y estaba en Salamanca.

Desde nuestro último encuentro, hace algo menos de tres años, no he logrado apartarla de mis recuerdos. No es habitual que una mujer de su talento irrumpa en mi vida: Luisa había sido una muchacha excepcional y, a la luz de lo que esta mañana había podido comprobar, se había convertido en una mujer de incomparable belleza.

Suelo caminar hasta las Escuelas por el recorrido más corto. Las mañanas son casi siempre enemigas de mi ritmo perezoso y, como casi nunca me sobra tiempo, acabo dando zancadas por las calles de Salamanca hasta que alcanzo el centro de estudios.

Ahora vivo detrás de la catedral, en una casa rodeada de un precioso jardín, en una zona en donde el terreno se eleva ligeramente y desde el que uno puede asomarse y ver el río Tormes a su paso por el límite de la ciudad. Esta mañana de San Lucas, el inicio del curso para los salmantinos, me dirijo sin mediar pausa hasta San Bartolomé, donde tantos años de escolar he pasado. La añoranza me invade cuando deambulo por esas callejuelas, hasta que tomo la calle Libreros para llegar a mi destino. Cada día el mismo rodeo y hoy me detengo para un encuentro especial. Me reúno en el patio con mis antiguos compañeros de estudio, quienes ahora también son defensores de pleitos y están dedicados a demás asuntos de justicia. Nos gusta departir a esas horas primeras del día en casa de uno de ellos. Siempre nos ofrece un sencillo almuerzo mientras relatamos nuestros avatares jurídicos y nos ponemos al día en asuntos personales.

Hace tiempo que me recibí con el grado de bachiller en leyes y no tengo intención alguna de retomar las clases, aunque mantengo buenas relaciones con

mis viejos compañeros. Prefiero dedicarme por completo a la justicia y dejar en barbecho mi trabajo como escritor, que, de momento, permanece en el limbo del anonimato, aunque con laureles para mi obra.

De modo que esta mañana, con prisas por llegar tarde a la cita con mis amigos, recibo la grata sorpresa de reconocer a lo lejos la silueta de Luisa Medrano.

La mañana clarea con una intensidad molesta, que rebota en la piedra del edificio, y Luisa, vestida de oscuro, destaca pese a la multitud. Afanada en rodear el muro principal, atestado de escolares ataviados con loba y bonete, mira a su alrededor desorientada, sin saber si entrar con fingida decisión o preguntar a alguien. La veo cómo esquivo las miradas de los otros jóvenes, tan inexpertos como ella, noto cómo agacha la cabeza y disimula su arrobo al cubrir parte de su rostro con su cabellera.

Tan bonita y tan infranqueable, la muchacha es para mí una tentación ante la cual sé que no puedo ceder, bajo ningún concepto. La conocí una noche extraña en casa del viejo impresor de Burgos; esa velada íbamos a cerrar el trato y decidir los últimos retoques de mi libro antes de que éste saliera a la luz. Recuerdo que hacía un frío espantoso y cómo, al abrirse la puerta, me había arrimado un poco a la chimenea para calentarme, sin darme cuenta de que en ese momento entraban a la casa la hija de Fadrique con una muchacha, la propia Luisa.

Qué poco sabemos de la importancia que los primeros encuentros con algunas personas tienen para el resto de nuestras vidas. Ignoramos que, en un momento dado, sin previo aviso y sin ir debidamente preparados para enfrentar la ocasión, alguien aparecerá ante nosotros y le dará una vuelta a nuestras creencias y seguridades hasta esa fecha.

Congelada en el recuerdo de esa primera visión, me he dedicado a borrar poco a poco los desencuentros que tuve con la joven durante aquellos años, tras la publicación de la *Comedia*. Si bien a Isabel de Basilea la he tratado con creciente afecto, a ella la vi alejarse por el sendero de la soledad, inexplicablemente, cautivada por su dedicación al estudio. Además, había acaecido el sombrío trance de su madre y, para protegerse de quienes pudieran juzgarla, prefirió aislarse.

En los años que siguieron, mi *Comedia* recibió el aplauso general de los lectores. Orgulloso como un padre, vi cómo mi obra se leía y provocaba reacciones contrapuestas, se representaba por colegiales entre risas y ánimo divertido y arrancaba indignación a partes iguales. Amparado por una autoría

anónima, gocé silenciosamente de esa oculta celebridad y me dediqué con todo ahínco a la jurisdicción.

Esa temporada la compartí, a ratos, con la dadivosa Isabel. Y de manera esporádica, aunque intensa para mí, también con la presencia puntual de su amiga Luisa, que formaba parte de casi todas sus conversaciones.

Juzgaba las atenciones de la hija de Fadrique como fruto del enamoramiento. Isabel se valía de cada viaje del impresor para venir a verme y pasar conmigo todo el tiempo con que yo la obsequiara. Como no es de extrañar (y el hombre que diga lo contrario por seguro ha de tenerse que miente sin piedad), yo me recreaba en aquel cariño: la dulce Isabel me amaba y yo la correspondía con un afecto que dedicaba por igual a todas las mujeres, tanto a las damas de alto linaje como a mis amigas del barrio de Tejares, con la diferencia de que aquél era sin coste alguno para mi bolsillo.

Mantuve este amorío varios meses, sin medir sus consecuencias. Isabel estaba rendida a mis pies y yo no hacía otra cosa que escurrir el bulto de corresponderla en mis sentimientos, mientras esperaba poder volver a ver a su amiga estudiosa.

—Luisa quiere asistir a la Universidad de Salamanca, Fernando. ¿No es lo más desatinado que habéis oído en años?

No lo era. Cualquier otra mujer, sin contar abadesas o religiosas, habría quedado lejos de mis consideraciones como posible miembro del claustro universitario, pero Luisa, ¿cómo no creer en su talento y su avidez por el conocimiento? No habría mejor lugar para ella en el mundo.

—Vos que la conocéis desde la infancia deberíais saber que es ése y no otro su sino.

Isabel se acurrucaba en mi lecho y me acariciaba la espalda mientras dialogábamos. No podía sentirme más incómodo: me hablaba de Luisa al tiempo que perseguía despertar mi deseo confundido.

—Está decidida a venir en cuanto la reina la autorice. Desde luego que la conozco y es la encarnación misma del tesón; siempre ha querido dedicarse al estudio, pero Salamanca... Me cuesta imaginarla entre todos estos colegiales que, en cuanto tienen ocasión, toman al más débil como blanco de mofas, chascos, zumbas y cantaletas.

Y era cierto, todo eso era cierto, pero Luisa no iba a permitir que nadie la agraviara. No podía estar más seguro de aquello.

Por eso, esta mañana cuando la observé mientras caminaba con paso incierto ante la puerta de las Escuelas, pensé que sería una buena idea acercarme a saludarla y, ¿por qué no?, ofrecerle mi ayuda en lo que pudiera ella necesitar

durante los días que le aguardaban en su nueva vida universitaria de Salamanca.

2

La muchedumbre se prestaba a mi discreción a la hora de contemplar a Luisa desde la distancia. Me acerqué hasta donde un grupo de muchachos jugaba a las tabas junto a un árbol y fingí acomodar la capa sobre mis hombros. Allí esperé y observé.

Luisa inició conversación con un hombre junto al portón de entrada, que llamamos puerta del Desafiadero. Se trataba de don Mateo, consiliario del maestrescuela don Sancho, quien la aguardaba con rostro impaciente. Con una sonrisa temerosa, Luisa se aproximó a él.

—Llegáis con retraso, señora Medrano. Espero que cuando os dediquéis a asistir a clase modifiquéis vuestra conducta y no os demoréis en la hora convenida.

—Sí, lo sé y lo siento, don Mateo. Aún no sé estimar el tiempo que me lleva venir desde mi casa. ¡He tenido que renunciar al desayuno! ¿Sabéis?

—Cuanto más ayune nuestro organismo, mejores beneficios en el rendimiento del estudio. Pensad en ello. Ahora entremos.

Tras ellos me dirigí hacia el interior del edificio. Pensé por un momento en mis antiguos compañeros que esperaban por mí en el lugar acordado, pero ¡qué demonios!, ya tendría ocasión de disculparme. Volver a ver a aquella joven prodigiosa era asunto principal.

Luisa siguió a don Mateo por el pasillo que rodeaba el claustro. Tras ellos iba yo, que cubría con prudencia parte de mi rostro. Nada hubiese detestado más en aquel momento que ser descubierto por alguno de los dos.

—Podéis regocijaros, señora, por la fortuna de entrar en este templo del saber. Hasta no hace mucho, se impartían clases en el claustro de la catedral y a los alumnos se los obligaba a ir hasta las mismas casas de algunos maestros para recibir sus lecciones. No era tarea sencilla dar cabida a tantos estudiantes. Bien sabréis que las casas de los maestros no son especialmente espaciosas.

Luisa, que había recibido lecciones en su casa y luego junto a las infantas en la mismísima corte real, no pronunció comentario alguno. Las paredes pulidas y

limpias de decoración mostraban unas marcas y quiso saber su causa.

—¿Sabéis a qué se deben esas rayas grabadas en el muro, don Mateo?

—Sí, señora Luisa. Esas marcas... A vuestra curiosidad no se le habrá escapado el hecho de que no se dispongan de forma ociosa. Cada una de ellas indica un punto en donde habrá de realizarse un derribo.

—¿Un derribo? ¿A qué derribo os referís?

¡Qué sagaz! Siempre atenta a aspectos imperceptibles de las cosas. Mi emoción por hablar con ella se iba acrecentando por momentos.

—Quieren ampliar el claustro y, para ello, hay que unirlo a la estancia de la biblioteca —prosiguió don Sancho—. Os animo a conocerla en cuanto tengáis oportunidad, Luisa. Podréis deleitaros con los frescos de su bóveda, además de con los libros, claro está.

Llegaron hasta el aula donde iba a dar inicio la ceremonia de apertura del curso. Yo iba tras sus pasos, aprovechando las espontáneas agrupaciones de jóvenes y el vuelo de sus lomas para disimular mi presencia. Era ya tarde para la misa solemne, pero estábamos a tiempo de asistir al discurso del rector. Luisa miró a ambos lados para encontrar un sitio donde sentarse. Deduje que su acompañante se quedaría con ella hasta el final del evento, pero, para mi sorpresa, los vi despedirse. La había dejado sola en aquella sala atestada de jovencitos.

—Tomad asiento si lo encontráis, Luisa. Yo os esperaré a la entrada, en aquella puerta que veis al fondo... ¿Creéis que estaréis cómoda?

Pero ¿qué clase de pregunta era aquella? No debía dejar a una joven así de expuesta a la vorágine del estudiantado. La respuesta de Luisa me dejó de una pieza.

—Entiendo que se trata de un discurso inaugural, ¿no es eso? Para escucharlo no os voy a necesitar, don Mateo. Gracias por vuestro ofrecimiento.

¡Vaya con Luisa Medrano! Tenía valor para enfrentarse sola a la aventura que daba comienzo aquel mismo día.

—No hay de qué, Luisa... ¡Oh! Mirad, ya viene el rector. Disfrutad de la ceremonia. Nos encontraremos cuando termine.

Don Mateo se escabulló entre la multitud, mientras Luisa buscaba un banco desde donde seguir el ceremonial.

No puedo negar que ver a Luisa acompañada por el consiliario me había sorprendido: conozco a don Mateo desde mis años de estudiante y me consta que no suele andar en tratos especialmente bondadosos con las mujeres. De carácter huraño y amigo del sarcasmo, la mano derecha del maestra escuela debía de haber

sido obligado a «cuidar» de la joven. Una encomienda que con toda probabilidad lo molestaba.

La media sonrisa dibujada en su rostro lo delataba. Don Mateo acompañaba cada respuesta a las preguntas de Luisa con esa mueca de suficiencia. Se veía a la legua que no estaba de acuerdo con tener a una mujer en la universidad, pero hay órdenes muy superiores que incluso el más reacio de los hombres debe acatar.

Allí dentro olía mal. Aunque los techos del aula eran altos y un par de enormes contrafuertes de piedra sostenían la anchurosa bóveda, la sensación que tenía yo era de ambiente enrarecido, seguro que a ella también le faltaba el aire. Mirara donde mirara, sólo acertaba a ver las caras lampiñas de jóvenes desconocidos: tocados con becas de colores y birretes negros, pretendían hacerse distinguir según el colegio mayor al cual pertenecieran. Recordé la emoción de cuando viví aquella escena por vez primera y cuántas veces me había sentado con mis compañeros en medio de esa feliz algarabía. Algo parecido a la nostalgia me tentó el sentimiento, pero fui fuerte y lo esquivé. Mis años mozos habían quedado atrás. Me sacó de mi ensimismamiento pensar en la novedad que suponía la aparición de Luisa allí, ¡una mujer entre el gentío! ¡Una estudiante! No obstante, también temí por ella y acudí a sentarme lo más cerca que pude para ayudarla si fuera necesario.

Luisa no vestía un atuendo que se pudiera relacionar con alguna institución. Pero llamaba la atención mucho más que si hubiese ido cubierta por las cintas de colores propias de un uniforme.

Era una mujer.

—Si sois religiosa, debéis saber que hasta mañana no se imparten las clases de teología, señora —se dirigió a ella, petulante, uno de los jóvenes que se encontraba a su derecha, ataviado con la capa y el bonete de los *bartolomicos*.

—Muchas gracias, señor. No, no soy religiosa. Concurro igual que vosotros a la apertura del curso. Mañana asistiré a las clases de gramática y retórica.

—En ese caso, perded toda inquietud, señora, parecéis preocupada y estáis en el lugar correcto aunque seáis la única joven. Yo ni siquiera sabía que las mujeres pudieran venir a la universidad. —Con una sonrisa, trató ella de aliviar la tensión que los comentarios del estudiante habían desatado. Dos muchachos sentados delante se volvieron en cuanto oyeron que había una mujer en la sala y, antes de que tuvieran tiempo de asediarla con preguntas incómodas, hablé para que reparara en mi presencia.

—Sentaos aquí y no digáis nada más, señora. No le robéis protagonismo al

rector en esta mañana de apertura del curso.

Le tendí mi mano para ofrecerle un sitio en el que no dudó en acomodarse, discretamente y evitando mirarme a los ojos.

3

Los aplausos que siguieron al discurso del rector eran claramente falsos. La mitad de los estudiantes que se habían reunido aquella mañana en el aula mejor dispuesta de las Escuelas Mayores no habían prestado la menor atención a lo que la máxima autoridad académica había dicho para anunciar el comienzo del curso. Se alegraban, eso sí estaba claro, de que por fin hubiera terminado y pudieran volver a sus divertimentos por la ciudad de Salamanca.

Divertirse. Noté cómo Luisa se apresuraba en abandonar la sala. Había permanecido silenciosa e inmóvil durante toda la ceremonia, pero aprecié que también me miraba de soslayo. Me recordaba perfectamente.

Yo respeté su discreción y no me dirigí a ella durante el tiempo que duró la ceremonia. Cuál no fue mi sorpresa cuando vi su ánimo de huir a toda prisa de aquel recinto en cuanto hubo finalizado. La seguí y observé cómo esquivaba a los estudiantes demorados por el pasillo.

—¿Es que no os han enseñado a moveros en el convento? ¡Dejadla pasar! ¡Abrid paso a la priora! —se carcajaban entre chanzas viéndola avanzar raudamente.

Más le valía acostumbrarse a que, de primeras, la confundieran con una religiosa de muros para adentro de la universidad. No replicó a las jocosidades escolares.

Luisa quiso huir y se apreciaba que tenía cierta ansiedad por encontrar la puerta cuanto antes. Estaba dispuesta a dejarse arrastrar por la marea de jóvenes de uniforme, alejarse de mí. ¿Acaso intuía ella mis sentimientos y no quería traicionar a su amiga?

Dio unos pasos, algo más tardones, y de repente se volvió hacia donde yo estaba, a poca distancia. Me preguntó amablemente:

—¿Vais a estar ocupado en las próximas horas, señor Rojas? Os ruego me perdonéis el atrevimiento, pero si os digo que la alternativa de verme sola en esta ciudad todavía me incomoda, ¿me creeríais?

Su mirada languidecía entre suaves parpadeos que me llenaron de confusión.

Luisa me estaba reclamando. ¡Deseaba contar con mi presencia! ¡Que fuera yo su acompañante en su nueva ciudad! Contuve como pude mi entusiasmo y me dirigí a ella en términos orgullosos y distantes. No quería que creyese que iba a ser tan fácil conquistarme como amigo, cuando lo que yo más deseaba era atraerla a mis brazos en otros términos.

—¡Vaya, señora! No me habéis dirigido la palabra en todo el tiempo que ha durado el discurso y ahora me pedís que os acompañe. Me desconcertáis, Luisa, ¿puedo llamaros por vuestro nombre? Sería pertinente, puesto que, como decís, vamos a recorrer juntos las calles de Salamanca.

—Os ofrezco mis disculpas, han sido unas horas presurosas para mí y apenas miré a mi alrededor, sumida en la novedad... Está bien, por supuesto que podéis tratarme por mi nombre, ya que me conocéis de sobra, don Fernando. Sólo os pido que me aguardéis un momento en el patio: un consiliario llamado Mateo quedó en esperarme a la entrada y tengo que despedirme de él.

Le respondí que no era molestia ninguna y la seguí desde lejos hasta que se acercó a don Mateo. Él se apoyaba en el muro de entrada, parecía cansado y, a todas luces, se veía que obedecía unos mandatos con los que no estaba de acuerdo. Luisa se apresuró en declinar el ofrecimiento que él le había hecho a primera hora de la mañana y noté por el modo de fruncir el entrecejo de él que iba a verme en la obligación de tenderle una mano a mi «amiga», si quería que nos dejasen a solas.

—Pues tendréis que solicitárselo al maestrescuela, señora Luisa. A mí me han dado órdenes de que permanezca junto a vos y no puedo dejaros sola, ¡acabáis de llegar a la universidad! ¿No os dais cuenta de los peligros que acechan en las calles de tan gran ciudad a una joven como vos?

Pensé que al tratarse de una alumna, protegida por sus majestades, era lógico que estuviera escoltada. Decidí intervenir:

—Yo mismo acompañaré a doña Luisa por las calles de Salamanca, don Mateo, y no dejaré que se extravíe. Si ella no tiene inconveniente, seré su guía y escudero: bien sabéis que conozco la ciudad como la palma de mi mano.

—¡Don Fernando de Rojas! ¿Qué hacéis vos aquí en medio de esta jauría de novatos? Ya os quedan lejos las ceremonias académicas, ¿no? ¿Y acaso conocéis a Luisa Medrano?

—He tenido el gusto de que me presentara a esta dama el afamado impresor Fadrique de Basilea, encontrándome yo de visita en su taller. Conocerla o no es otro asunto, dependerá de la señora.

Luisa torció el gesto ante mi errado chascarrillo. Su presencia no me dejaba

razonar con lucidez. Menos mal que don Mateo me tendió la mano, incluso hizo un amago de abrazo envuelto con su sonora carcajada, y así, alardeando de la alegría del encuentro, superé ese primer tropiezo con la dama.

A continuación, con gesto más serio y acariciándose el prominente mentón, don Mateo se volvió hacia la nueva alumna para indicarle:

—Mucho me temo que aún debéis presentaros ante las autoridades para inscribir la matrícula y efectuar el pago, señora. —Al viejo truhan todo comentario relacionado con las arcas de la universidad debía de sonarle a música celestial—. Si me acompañáis, podemos ir ahora mismo a que os tomen juramento.

Cierto, aquel incómodo ceremonial ante el cancelario y el juez del estudio, ¡cómo olvidarlo! Me volví para dar un par de consejos al respecto a la joven Medrano, pero no paraban de salir jóvenes uniformados, estudiantes que gritaban, reían, se saludaban. Hacía muchos años que no veía al consiliario y debo reconocer que perdí la noción del tiempo en cuanto me puse a recordar viejas anécdotas de nuestra amistad en las Escuelas. Tanto que cuando quisimos darnos cuenta, Luisa se había esfumado.

La encontré parada en mitad de la calle y observando con atención la fachada de una casa. Al volver la vista, me reconoció y dejó escapar una sonrisa tímida que acompañó con un repentino rubor de sus mejillas.

—Así que finalmente aceptáis mi compañía en vez de la del amable y curtido don Mateo. ¿Puedo saber a qué se debe el honor? Parecíais grandes amigos hace un rato. Si he de ser sincera, me apenó pensar en separaros.

Yo entrecerré los ojos y ladeé la cabeza; era mi forma de indicar que acusaba la «embestida». Luisa era, sin duda, la joven más sarcástica que jamás había conocido y su humor era una gema más entre sus encantos.

—No me habléis de comportamientos equívocos, Luisa, que no hace ni una hora que me ninguneabais por completo en el Aula Magna. Permitidme que os cuente: trabajé junto a Mateo en cuanto acabé mi titulación en leyes. Él me brindó la oportunidad de defender un difícil caso de hurto en la vivienda del corregidor y, puesto que todo se resolvió en beneficio de mi cliente, puede decirse que desde entonces me gané su absoluta confianza. La amistad vino después. —Como no quería provocar más turbación, cambié de tema—: Me ha dicho Mateo que venís a cursar estudios de gramática y retórica, pero que vuestra matrícula en las Escuelas todavía no ha sido confirmada. Sin duda sois una joven decidida y con las ideas claras. Que el Señor os las conserve por muchos años...

—¿Por qué decís eso? Estoy convencida de muchas cosas. Estudiar y convertirme en profesora es sólo una de ellas. No entiendo por qué es algo que sorprende a tanta gente. O el mundo es un lugar hostil, o desde luego que en la corte he llevado una vida de quimeras y prodigios.

—¿Acaso ser hija de la dueña de la reina y disfrutar de los lujos de una educación refinada dentro de la corte es irrisorio para vos?

—Me refiero a la ignorancia de la gente en general, señor Rojas. Jamás menospreciaría la educación que he tenido el privilegio de recibir, pero sí juzgo que he estado aislada y que, de no ser por mi impertinente insistencia, el

siguiente eslabón sería vivir de puertas adentro en un convento hasta el día de mi muerte.

No me quedó otra alternativa que asentir. El mundo era un lugar colmado de posibilidades pero no para todos, y menos para todas. No se trataba ni de riqueza ni de abolengo.

Nos detuvimos junto a una casa en plena construcción. Los canteros trabajaban con esmero en la colocación y desbaste de enormes trozos de piedra. Con mazas y picos, aquellos hombres golpeaban las piezas y se hacía difícil imaginar que semejante desbarajuste de ruidos y molicie pudiera acabar tomando la forma de una vivienda. Fue entonces cuando reconocí de qué edificio se trataba.

—Los propósitos de esta construcción no podrían ser más funestos, Luisa: aquí van a ser reclusos aquellos estudiantes a los que se les vaya la mano en sus bellaquerías.

—¿Que se les vaya la mano? ¡Pero si gracias al aforo todos cuentan con la protección magnánima del maestrescuela! No os creo.

—Creedme, Luisa, así es. Don Sancho dispone para los estudiantes cómo y cuándo ha de cumplirse la ley y, si bien es cierto que se los protege demasiado, también debéis saber que cuando alguno osa abusar en sus pillerías, cae sobre él un severo castigo.

—Estoy asombrada...

—¿Del ejercicio de la ley? Sí, a mí también me sorprende a veces.

—No, Fernando, de lo mucho que sabéis.

Envalentonado por su lisonja, me animé a proseguir.

—Esta vivienda además abriga un secreto. Un secreto que hasta yo mismo ignoro.

A Luisa le brillaba la mirada de pura curiosidad.

—Quien ordenó la construcción pertenece a la Orden de los Caballeros de Santiago y, por honrar al santo, cuentan que ha mandado esconder varias onzas de auténtico oro en algún hueco entre pieza y pieza. Pero nadie sabe cuál, por supuesto.

—Por supuesto. No será don Fernando de Rojas quien se atreva a descubrir el tesoro, ¿a que no?

La osadía verbal de la cual hacía gala contrastaba con su tímido semblante. Sin duda, Luisa tenía el don de la elocuencia. Casi podía asegurar que su futuro en las Escuelas no iba a llevarla por un camino sencillo, que tendría a casi todos en su contra y que no le iban a faltar obstáculos para llegar a donde ella quería,

pero las palabras... El buen uso que hacía de ellas sería un arma en sus manos.

Caí en lo tarde que se me había hecho y en que debía regresar a mi casa para ayudar a Gaspar a ordenar los libros que habíamos traído de nuestro último viaje. Quería saber más de su nueva vida en Salamanca y me atreví a preguntarle.

—Sois casi un prodigio de la naturaleza, Luisa, por vuestro talento y vuestra voluntad. Ojalá podamos hablar de ello, de gramática y retórica, y también de las leyendas y la historia de la ciudad de Salamanca. Y si lo estimáis oportuno, tal vez queráis que os acompañe pronto a la inscripción de matrícula. No os vayáis a olvidar de la sotana y el manteo. Disculpad el atrevimiento, pero, decidme, ¿dónde os alojáis?

—Vivo en casa de mi tío, no lejos de aquí. Sabré llegar. Lo cierto es que exageran cuando quieren que vaya siempre escoltada por la ciudad. No creo necesitarlo. Con la ayuda de mi aya será más que suficiente.

Refutando la firmeza de su parlamento, su tez se volvió del color de un melocotón maduro. De nuevo alzó la vista con aquellos ojos enigmáticos y la oí agregar en un susurro:

—En todo caso, será un honor para mí si queréis ser vos quien me acompañe alguna vez, don Fernando, por supuesto.

Regreso a casa con una sonrisa dibujada en el rostro y la conciencia tranquila, pese al desplante matutino a mis colegas y el probable del que será víctima Isabel, mi fiel enamorada en la distancia.

En mi fuero interno, acabo de poner en marcha la conquista de Luisa y bien merezco un aplauso por tamaña empresa conseguida. La joven no es fácil de persuadir; es muy probable que llegar a doblegar su corazón vaya a ser ardua tarea, pero no puedo quejarme: los éxitos de la mañana han sido rotundos.

Quizá estar bajo el signo de Cupido también traiga los vientos de la Fortuna en mi favor, acaso sea tiempo de embarcarme en la segunda edición de mi *Comedia*. Me cautiva la emoción y casi no alcanzo a seguir el hilo de mi pensamiento.

Lo más importante ha sido elaborar el prólogo. Empecé con las menciones de Heráclito y Petrarca para ganarme el favor de los entendidos. Espero haberlo hecho con mesura y que a nadie importunen mis palabras. Cada vez tengo más claro que las personas menos sospechosas se ofenden sin embargo con una pasmosa facilidad y cualquiera se da por aludido, incluso agraviado, al menor intento de llamar un poco la atención. No es mi cometido referirme a nadie pero sí a mí mismo y no debo ser discreto en eso. Quiero que por fin se sepa, y sin dejar lugar a desatinos, quién ha escrito la *Comedia de Calisto y Melibea*. Lo que comenzó como un simple pasatiempo parece que ha mudado y ha tomado la forma de una obra, dicen que entretenida. Confío en el justo veredicto de los lectores. Esos pliegos han llenado mis estaciones, mi tiempo libre entre curso y curso. Ojalá el fruto de tanta labor merezca expresiones de encomio.

Desde el primer manojito de hojas que le entregué al impresor Fadrique de Basilea y hasta esta jornada cuando mando a Sevilla mis pliegos recompuestos al polaco Estanislao, no dejo de pensar en que se trata de un libro inconcluso y puede que algo equívoco, pero, por algún motivo, ha saciado el gusto de muchos. Lo que yo daría por verla en escena..., aunque me conformo con la celebridad que gana de día en día. Fadrique me recomendó publicarla de

incógnito: «Todos esos personajes irreflexivos, pasto de las pasiones y de la tentación pernicioso, Fernando, no os van a traer nada bueno. Manteneos al abrigo del anonimato, hacedme caso. Tendréis porvenir de sobra para encontrar la gloria con otros libros de vuestra autoría. Seguro que llegaréis a escribir obras de arte que no atraigan la atención de la censura. Hacedme caso. No reveléis vuestro nombre aún».

Ese viejo cojo, qué poco sabía él de las intrigas y los favores que se cuecen en el universo de las letras. Han pasado tres años, pero parece que el prestigio vale su peso en oro. Cierto es que entonces no podía estimar el eco que tendría un libro de la naturaleza de la *Comedia*, pero ¿por qué seguir publicando nuevas copias si no puedo decir que soy yo el responsable último de esa invención? No me avergüenzo de ello, es más, me enorgullece. Que sepan que de mis entendederas han brotado locos enamorados, alcahuetas y malos y lisonjeros sirvientes, más el escarnio hacia ricos y pobres, honrados y embusteros, inocentes y embaucadores, manipuladores, egoístas. Yo no creo en la sincera virtud de ninguno y así los pinto. Todos aspiran a sacar tajada, a medrar y a aprovecharse sin asomo de la bondad del prójimo.

Tendrán tiempo de juzgar en la balanza de las cualidades y quebrantos la valía de mi obra. Tengo la certeza de sus bondades y que muchos no las alcanzarán.

A pocos mortales obsequio mi confianza en los días en los que nos ha tocado vivir. A muy pocos. Sin duda alguna, puedo aseverar que mi criado Gaspar es uno de ellos. Mi fiel servidor se ha ganado mi crédito y mi franqueza a partes iguales, tras años de servicio.

Lo encuentro azorado en mitad de la descarga de los libros que me traje del último viaje a Burgos. Al entrar en casa, me saluda con una simple inclinación de cabeza y no interrumpe su tarea. Me enorgullezco de su obediencia.

—Mi señor, es la tercera caja que dejo en el suelo y ya no encuentro más espacio. Aún nos quedan dos, por lo menos, ¿queréis que piense en cambiar de sitio los ejemplares que ya ocupan esa estantería?

Sirviéndose de su buen talante y su actitud comedida, Gaspar me ayuda a descargar los bártulos en mi nueva morada, en un barrio aledaño a la universidad. Es una casa modesta de una sola planta y sin jardín. No quiero estar rodeado de campo, tan sólo cuenta con un minúsculo patio que comparto con otras dos familias y que nos servirá para echarnos al sol en el riguroso invierno o disfrutar de las frescas noches de estío. El resto del tiempo prefiero la tenue claridad de mi alcoba, a la luz de la lámpara, el espacio recogido de mi escribanía y la chimenea crepitando cerca. Nada más.

—Algún rato encontraré para disponerlo yo mismo, Gaspar. No os preocupéis. Con que vayáis colocando las cajas a lo largo del pasillo será más que suficiente.

Una fila de bultos termina por cubrir la totalidad del corredor de mi casa. En su mayoría, arcas de madera repletas de libros y hatillos de cartapacios, entre cuadernos.

—Sí, señor. Haré lo que mejor os convenga, pero no negaré que son pesados estos bultos. —Gaspar se rasca la cabeza sudorosa y mira al suelo con modestia antes de proseguir en sus comentarios—. Sé que os irritan los consejos que no pedís, pero ¿creéis forzoso desplazaros siempre con tantos manuales y compendios? Me sorprende que halléis tiempo para dedicaros a su lectura, la verdad.

—Pues no, Gaspar, efectivamente no sois quién para amonestarme en forma alguna con respecto a mis quehaceres. Se trata de libros de leyes imprescindibles. Aprovecho cualquier momento libre para abundar en los códigos y que no se me olvide ordenanza alguna... ¿También vais a comentar algo sobre ello?

A mi deslenguado criado le gusta hablar en especial de lo que no le incumbe, pero aun así merece mi afecto.

Tendría que preparar la jornada de mañana, cuajada de pleitos y litigios, pero la mudanza y en particular el encuentro con cierta dama me han dejado la cabeza llena de pájaros. Puede también que sea por el comienzo del otoño, ese cambio del tiempo que nos abrumba tanto a los espíritus sensibles... Pero creo que lo más recomendable será dormir. Reponer fuerzas a través del sueño siempre ha sido la mejor manera de aclarar mis ideas.

—¡Señor!

El pobre diablo se abre paso en mi alcoba aferrado a un enorme palo que no logro adivinar de dónde ha sacado. Parece asustado, podría decirse que ha visto a una bruja robándole su propia alma desde la ventana de la cocina.

—¿Y ahora qué sucede, Gaspar? Iba a echarme un rato en el almadrague, ¿es que todavía no lo habéis cubierto? —Intento tener la máxima paciencia con el pobre Gaspar. Su simpleza me conmueve hasta el punto de pasarle por alto ciertos detalles que a otro tipo de señores de mi posición, sin duda, les haría estallar de rabia—. ¿Qué alboroto hacéis con esa cosa? ¿Qué mala nueva traéis? ¿No veis que trato de dormir? Y, aprovechando que estáis aquí, ¿por qué no habéis forrado aún la cama con los lienzos que trajimos en el equipaje que habéis desembalado?

—Señor, ¡hay ratas, ratas del tamaño de las comadreja! ¡He visto una que

hociqueaba dentro de uno de vuestros baúles! Traté de darle caza con este palo, pero se me ha escurrido entre los libros.

De un salto me pego la pared. No puedo evitar el pavor, siento que únicamente el muro sólido podría protegerme de los roedores, ¡me aterran! Al oír a Gaspar, un calambre atraviesa mi espina dorsal. Ratas en mi casa, en mi nueva casa.

—¿Estáis seguro? Nos aseguraron que no había ninguna, que estaba bien fregada la casa... ¡Vamos, Gaspar! Decidme que es un espejismo fruto del esfuerzo por cargar tantos arcones y bártulos. No podemos sufrir esta condena otra vez, por favor, ¡decidme que no!

Pero sí las hay. Salamanca está infestada de ratas y es harto difícil expulsarlas de los hogares y las calles de la ciudad. Me ofusca especialmente porque huyendo de ellas vinimos a parar a esta barriada. Confiaba en que las calles lindantes con la universidad fueran menos proclives a roedores y alimañas, que estuvieran más limpias, pero me equivocaba. Aunque en estos días de comienzo del nuevo curso universitario el ajeteo es incesante a todas horas, han debido de ser los restos de los festejos de la pasada madrugada los que dejaron a ratas, ratones y cucarachas merodeando por entre las sobras de comida. Catedreros y cuadrilleros se han dedicado a vociferar toda la noche; no hay más que ver cómo han dejado las paredes llenas de churretones rojizos para imaginarse lo que apurarían las botas de vino antes de salir a retular.

Sí, es muy posible que haya alguna rata en esta casa y debí de haberlo considerado antes de aceptar el alquiler. Tiempos mejores eran cuando, en condición de estudiante, me encomendaba a los criterios de los tasadores. Pese a lo mucho que engrosaban los precios, lo cierto era que las casas inspiraban mayor confianza y los dueños no se atrevían a mentirle al mismísimo rector y al consiliario. Desde que he de buscarme la vivienda por mi cuenta y sin el amparo de la universidad, he ido cayendo de cuchitril en cuchitril. Nada como la vida de estudiante, incluso para esto. ¡Cómo añoro aquella época! Y qué poco la valora uno cuando está inmerso en ella y sufriendo por nimiedades propias de la inexperiencia de la vida.

Respiro profundo para dominar el pánico y, sin que mis espaldas abandonen las frías paredes de mi cuarto, le ruego a Gaspar a media voz:

—Está bien, pero dejad, por favor, de zarandear esa cosa delante de mí porque vais a hacerme perder los nervios.

—¿Estáis inquieto, señor? Lo siento mucho. Daré con ellas y así podréis descansar. Perded cuidado, señor.

¿Todos estos años a mi lado y este bellaco aún no me conoce? ¿De cuánta

paciencia debo hacer gala todavía para tolerarlo?

Mi fiel Gaspar... Ojalá fuese él el único a quien mi genuina personalidad causa desconcierto. Ahora que lo pienso, con las damas me sucede cosa semejante, a veces, lamentablemente, las vuelvo un poco locas.

6

Gaspar llegó a mí con la excusa de un pupilaje. El muy majadero se creía capaz de estudiar y con tal fin vino a Salamanca. Quedó al abrigo de mi casa, pero por mucho que se afanaran sus familiares, lo cierto es que no servía para las letras, ni para memorizar, y mucho menos alcanzaba a razonar mediante la oratoria y la escritura. Huérfano de padre y madre desde crío y al cuidado de una tía tosca que tampoco albergaba muchas luces, se había llegado hasta la ciudad universitaria con el firme propósito de encontrar una vida mejor. Consideró que estar al servicio de un bachiller iba a ser lo más acertado para su formación académica, ya que no tenía dinero con qué pagar alojamiento y manutención. Sin embargo, al primer vistazo que le eché al venir a mi puerta, vi su simpleza y las dificultades insalvables para él en la academia, pero le puse bajo mi protección a cambio de que me sirviera en mi casa. Tan ilusionado estaba el pobre infeliz que nadie se hubiera atrevido a negarle la oportunidad.

Por las mañanas acostumbraba a saludar el día desde hora bien temprana. Las más de las veces incluso antes que yo, que tenía que officiar a modo de tutor de su jornada.

Gaspar marchaba pronto a las Escuelas y allí transcurría su día. Yo ignoraba en qué empleaba las horas, pero llegaba a casa sosegado, sin rastros de lectura en sus ojos y con hambre. Cada noche le entregaba yo una vela y al amanecer me la devolvía, apenas consumida. Ese detalle, del que me percaté muy pronto, me hizo sospechar que el gañán mucho no estudiaba.

De todos los capigorriones que merodeaban por la universidad, creo que no podría encontrarse ninguno como mi buen Gaspar, que gastaba más tiempo entre juegos de cartas que recibiendo lecciones. No lo hacía por picardía u holgazanería. Creo que se entregaba con arrojo a esos pasatiempos porque no entendía un ápice de lo que se pronunciaba en las aulas.

—Ya estáis otra vez perdiendo el tiempo, Gaspar... ¿Por qué no pedís a algún alumno aventajado que os explique los conceptos que más se os resisten de lo que lleváis de clase?

Así le preguntaban a menudo algunos de los habituales por los pasillos de las Escuelas Mayores, bedeles que se sorprendían de verlo holgazaneando entre malas compañías siendo él una persona agradable, ajeno a disputas y a la picaresca que cundía por allí. En la universidad el juego estaba totalmente prohibido, y causaba, cuando menos, desconcierto ver a Gaspar entre truhanes y gente de malvivir.

—Pero si yo dudas no tengo, señor. Yo lo que tengo es una enorme confusión por haberme venido a Salamanca a estudiar y no dar un palo al agua. No son dudas, es que estoy perdido. Yo creo que renuncio al estudio y me voy a quedar con el señor Rojas. Él cuida de que no pase ni más frío ni más hambre de los que ya pasaba en casa con mi tía.

Así fue como acabó por arrimarse a mí. Yo lo agradecí, porque no habían sido ni dos ni tres las veces en las que me habían llegado notificaciones del rector por no asistir nunca a las clases y matar el rato entre juerguistas y tunantes, sin tocar un libro.

—No son siempre los naipes o los dados los que mantienen al muchacho lejos de las aulas. Lo mismo porta los libros de un colegial mayor o se ofrece a limpiar los pupitres cuando las clases se terminan. No es mal personaje vuestro pupilo, Fernando, pero quizás sea más provechoso para él y para vos dedicarlo a otros menesteres que a cultivarse. No fructificará el saber en su cabeza, y bien que lo siento.

Suponía una verdad meridiana el juicio del rector, por lo que decidí contratarlo para que me sirviera a tiempo completo, sin darle ni darme más preocupaciones académicas.

Y hará tres años que lo puse en conocimiento de los más reputados impresores del reino, para que fuera él quien les llevara las copias de mi manuscrito y discutiera la mejor opción de escritura y formato antes de que salieran las publicaciones. Con él, viajé hasta Burgos para conocer a Fadrique de Basilea. Gaspar, debidamente informado por sus periplos continuos y por el gusto que le daba la conversación, me había hablado de la valía de sus tintas y papeles, así como de la pulcritud de su impresión. No obstante, hasta que no lo calé en persona, no quise confiarle mi obra.

Luego, por azares del destino y quizá también por la larga y venturosa mano de la Providencia, conocí además a su hermosa hija Isabel, y así, me decidí finalmente a publicar mi *Comedia* en su imprenta.

No voy a negarlo: Fadrique tiene una hija cuya hermosura anima a tomar decisiones. Por volver a ver aquella trenza cobriza con la que recogía sus

cabellos la muchacha, confié en el despliegue de argumentos que me dio el impresor germano para que se encargase él finalmente de publicar mi obra. Fueron meses fastidiosos, viajes de Burgos a Salamanca, agotadoras travesías de ida y vuelta y sabiendo que esperaban más y más encargos solapados en el taller. Mi paciencia se acomodó poco a poco al ritmo pausado del viejo impresor, una cadencia de trabajo que, al igual que su cojera, iba y venía sin prisa pero sin pausa.

Me inquietaba que fuera a retrasarse demasiado la publicación. Mi libro debía ver la luz antes del cambio de siglo, era un presentimiento que me escocía el alma. El ánimo de censura y crítica de los vicios humanos que despliego en mi *Comedia* debían conocerse cuanto antes, pero Fadrique, el viejo y cojo Fadrique, no alteraba su ritmo por ello.

Afortunadamente, el libro apareció en 1499 y yo, escondido tras los velos del anonimato, me dediqué a prestar oídos a los comentarios que suscitó y a saborear en silencio las mieles de la fama.

Ahora, pasados tres años y más firme como escritor, es cuando considero que ha llegado el momento de revelar mi identidad.

Luisa no podía haber aparecido en mejor ocasión.

Había prometido acompañarla para llevar a cabo la matrícula en la universidad. Por mediación de Gaspar, siempre dispuesto a echarme una mano, nos hemos estado intercambiando mensajes. Por mi parte, reconozco que estoy entregado claramente al cortejo de una dama en sazón, difícil de domeñar; por la suya, no me cabe duda de que juega al despiste, pero en el fondo, sus sentimientos la delatan.

—Aquí tenéis la tercera, señor, aunque en mi opinión no estoy seguro de que la familia de la muchacha apruebe este juegucito que os traéis entre manos...

Gaspar regresa con la frente perlada de sudor. De tan prudente como es, sé que a veces le cuesta entender los comportamientos habituales entre las familias ilustres y en ocasiones interpreta como rechazo cualquier gesto distinguido. Son matices que intento explicarle.

—Nada de eso, Gaspar. Traed aquí la nota. ¿Es que acaso en su casa os han preguntado por mí? —Me tiende la mano para entregarme el precioso papel enrollado con un lazo púrpura—. Más pronto que tarde se me reconocerá como autor antes que como bachiller y eso me volverá más atrayente para las casas nobles con mozas casaderas.

—Desde luego, señor, pero el aya no quería abrirme la puerta. En las dos primeras ocasiones, aunque parca, atendió a mis súplicas, pero esta tercera me ha mirado con desdén desde la ventana mientras me hacía gestos perentorios con su mano para que me alejase de la finca. Señor, no sé si querrán verme por allí en un cuarto viaje...

¡Las bobadas que tengo que oír! Ordeno a mi criado que se retire y me dispongo a leer a la dulce Luisa:

Estimado señor:

No hace ni dos horas que vuestro criado Gaspar ha llamado a mi puerta para hacerme entrega de la cuartilla con vuestro mensaje. Sois muy amable al ofrecerme a estar a mi lado durante la ceremonia, pero, como ya os dije ayer y

en el primero de mis mensajes de esta mañana, no será necesario que vengáis porque tengo un aya que me cuida y me acompaña.

Os deseo la mejor de las jornadas.

Un saludo afectuoso,

Luisa M.

Clarísimamente la muchacha quiere hacerse notar como mujer que conoce su valía. No servirán conmigo esos fingidos afeites de indiferencia. Noto hasta en su puntuación y en el frágil ritmo que confieren sus breves frases que acaricia la idea de que me halle cerca cuando pronuncie su juramento ante las autoridades. Claro como el agua.

Esa ceremonia tan señalada ante el rector de la Universidad de Salamanca no se olvida jamás. Acaso para esta joven el aplomo que me distingue le dé sosiego en ese momento tan particular. Podría acusar durante el ceremonial académico la ausencia de un padre más que nunca. Es por esto por lo que me animo a responder a su caprichosa nota, para que Gaspar se la haga llegar antes de que termine el día.

Estimada señora:

Entiendo vuestro arrobo y no os juzgaré por ello. Recuerdo cuando yo mismo me encontraba en la tesitura de prepararme para esas circunstancias de demostrar sumisión y acato ante el rector, y todavía me estremezco.

De modo que, siendo claros y confiando en que sea éste el inicio de una relación duradera y digna de la mayor de las confianzas mutuas, os prometo que mañana a primerísima hora me tendréis ante vuestra puerta. Esperaré allí para acompañaros a las Escuelas Mayores.

Os recuerdo que no debéis olvidar el manteo ni la sotana, o no seréis tenida en consideración para la matrícula.

Que vos también disfrutéis de una espléndida jornada.

Un saludo,

F. R.

Disponer saludos afectuosos podría derivar en desconcierto y confusión. He de dominar el interés que prácticamente todas las mujeres me despiertan y esos detalles, a la larga, son los más valiosos. Es innegable que ella, inexperta en las lides de la seducción, se ha dejado llevar por el entusiasmo.

—¡Gaspar! Disponed de nuevo la cabalgadura. Debéis trasladaros nuevamente

a casa de doña Luisa y habéis de regresar de allí con la confirmación que estoy esperando. Prometo que después no os obligaré a ir más veces, por el momento, y podréis quedaros en casa y dedicaros a las tareas pendientes.

Mi buen Gaspar regresa arrastrando los pies.

—Como ordenéis, señor, aunque los gritos del aya dejaron bastante claro que si me veía de nuevo rondando la verja de su jardín, ordenaría que un mozo a su servicio la emprendiera a empellones contra mí.

—¡Hay que ver cómo se las gastan los preceptores hoy en día! Si dijo aquello fue sin duda por incitación de la muchacha, que quiere que me lo cuentes para azuzar mi interés. Artimañas mujeriles... ¿Es que acaso os va a dar miedo que una cuidadora de doncellas os muestre las uñas, amigo?

Gaspar agacha la cabeza y se envuelve de nuevo con la capa, presto a cumplir mis órdenes. Apocado, abandona la habitación y me deja a la espera de las noticias.

Un gusanillo de agitación se mueve en el fondo de mis tripas. Parece mentira, a mi edad y con la alegría de un chiquillo que comienza sus estudios... ¡No me reconozco!

¿Será Luisa la mujer señalada para sosegar estos ánimos tan excitados, con el cariño y el afecto que sin duda me reserva, o su misma presencia hará de mí un manojo de las perplejidades típicas del amor? No me gustaría emplear esa palabra y, pese a ello, no puedo dejar de hacerlo. No hay otra que exprese mejor el estado apremiante en que me debato.

Fugaces pensamientos llegan a mí para recordarme a Isabel. La hija del impresor Fadrique es una buena muchacha, pero me tiene ahíto y desearía verla lejos, pronto. Su inclinación por mí, cual una marea de requiebros, me ahoga. No lo resisto. Quizás debería hablar con ella francamente, decirle que nuestros senderos deben separarse, pero me causa zozobra imaginar esa conversación.

No, mejor me mantendré en silencio y aprovecharé la invitación de Estanislao Polonio, gran impresor polaco afincado en Sevilla, para poner tierra de por medio; si ya no ando en negocios con su padre, tampoco debo verme forzado a mantener mis amoríos con ella. La distancia hará el trabajo por mí.

—Lo siento mucho, señor, ¡no era mi intención despertaros, os lo aseguro!

Me acababa de quedar dormido pergeñando mi huida de la mimosa Isabel, cuando irrumpe Gaspar. Siento la escandalera de sus pasos al entrar en la sala y me percato de su aspecto extraño. Ambas circunstancias me devuelven raudamente a la vigilia.

—Pero ¿se puede saber qué ha sucedido? ¿Por qué venís hecho una fregona,

Gaspar? ¡Apartaos de la alfombra! Estáis encharcando el suelo.

Ante mí, mi fiel criado aparece completamente empapado. Y no, no llueve. Fuera luce un resplandeciente sol.

—Os dije que no me dejarían cruzar la verja, señor, así que guie mis pasos hasta más allá del sendero de las caballerizas. Pensé que tal vez si, en lugar de hablar con el aya, podía dirigirme a alguno de los siervos, tendría la posibilidad de que le hicieran llegar vuestro mensaje a la señora Luisa.

Perspícaz, muy perspícaz en sus estratagemas. No perdía las esperanzas con respecto a la agudeza de mi recadero.

—Magnífico, Gaspar, y ¿qué ha pasado, entonces? ¿Por qué estáis calado hasta los huesos? —El agua no cesa de gotear desde sus mangas.

—¡Me lanzaron al río, señor! En cuanto me acerqué al establo, uno de los muchachos vino hacia mí con un perro que no cesaba de ladrar, ¡y qué dientes tenía, señor! Eran colmillos afilados llenos de babas sanguinolentas.

—Gaspar, no exageréis. No creo que un perro que sangra por la boca pertenezca a estas gentes de bien... En cualquier caso, ¿os lanzaron u os tirasteis vos?

Sujeto la risa que me provoca la escena en cuanto recuerdo que si mi criado acabó en el agua, muy probablemente con él flotaría también el pergamino en que anoté mis palabras para Luisa.

—Lo lamento muchísimo, señor. Tuve que hacerlo. Estaba claro que no querían que me acercara de nuevo a la señora.

El repicar de las campanas de la iglesia de San Marcos anuncia un nuevo amanecer. Abro los ojos y no reconozco mi propia sonrisa. Como un chiquillo en días de celebración, despierto hoy con buen ánimo. El ambiente de mi cuarto es oscuro y húmedo, no quiero ni pensar en el agotamiento de las «inquilinas» de la casa, que, de tanto subir y bajar por tabiques y contrafuertes durante toda la noche, sin duda ahora descansan y duermen mientras esperan el calor del sol. Malditas ratas... Aunque tal vez exagere un poco; no ha sido tan molesto. La alegría por la certeza de reencontrarme con Luisa dentro de unas horas me ha ayudado a conciliar el sueño pese a mis melindres y temores.

—¡Gaspar! ¿Por qué no estáis dispuesto con mi camisa y el jubón?

Me sorprende que, siendo ya hora amanecida, el bueno de Gaspar no haya acudido a mi llamada con las prendas para vestirme. Me siento al borde del camastro y compongo en mi mente el bello rostro de Luisa; la imagino con el traje negro para tomar el juramento y no puedo contener mi emoción: ¡jamás he visto a una mujer ataviada con el uniforme! Se me ocurre que si tan excepcional es su admisión en las Escuelas y ello procede de la voluntad de la reina, tampoco habría de ser extraño que la joven Medrano llegara con un vestido especial y confeccionado a la sazón. Yo le insistí en la importancia de llevar manteo y sotana, porque he visto casos de estudiantes a quienes les rechazaban la matrícula por no ir debidamente vestidos, o no ir *arreglados en el traje*, como se escribe tradicionalmente en la papeleta de admisión.

Quién sabe, las circunstancias son nuevas para todos.

—¡Gaspar!

Me cubro los hombros con una manta, para engañar las bajas temperaturas que ya se sufren a mediados del mes de octubre. Mi criado no está en la cocina y tampoco lo encuentro ocupado ordenando los estantes como pactamos ayer. No alcanzo a vislumbrar qué sucede. Miro a mi alrededor y descubro las prendas que Gaspar vestía anoche. Están empapadas y reblandecen su suciedad en el fondo de un lebrillo que descansa sobre la mesa de la cocina. Empiezo a encajar

las circunstancias. Me dirijo entonces al cuarto de Gaspar y, al abrir la puerta, un hedor a podredumbre y fermentos se adueña de mis sentidos.

—¡Dios Santo, Gaspar! ¿Qué comisteis anoche? ¿Y qué hacéis que no estáis levantado y entregado a vuestro trabajo?

Sobre el almadrague, una montaña de prendas se sacude de forma inquietante. La oscuridad no me deja ver bien, pero distingo, bajo no menos de cinco mantas, al pobre muchacho que tiembla de fiebres.

—Se... se... señor, no, no, nooo... No sé qué sucede. No me encuentro bien. Algo me ha robado el brío y la fuerza. Cosa de brujas o de la Gran Bestia que me ha querido maldecir, señor...

La peste es insoportable. Dejo la puerta abierta de par en par para que se mueva el aire corrompido. El cuchitril de mi criado no tiene ventanas y está junto a la cocina. Al acercarme, noto su rostro bañado en sudor y un cerco enorme que sus molestias han dejado sobre el suelo debajo de las mantas.

—Habéis debido de tragar aguas malas, Gaspar. Ayer, cuando os caísteis al río. Ya conocéis las recomendaciones para que no bebamos de allí, porque puede caernos mal en el estómago.

Es cosa sabida por los habitantes de Salamanca que se debe evitar beber las aguas que provienen del Tormes, porque es infecta y perniciosa. A los obispillos en los colegios les toca siempre, como bienvenida, la chanza de beber al menos dos vasos de agua para que los más veteranos se mofen luego de las consecuencias que sufran los pobrecillos.

Pese a que lo lamento, no puedo hacer nada por ayudarlo y, dada la hora que es, me marchó en busca de Luisa. No querría llegar tarde a la ceremonia, sobre todo si no ha recibido el mensaje en donde confirmaba que iba a acompañarla.

—Ppperded cuidadddo, señor... Yo me apañaré bien aquí solo. Un poco de descanso es lo que mi cuerpo necesita, nada mmásss...

El pobrecillo, a pesar de su manifiesta flaqueza, me anima a cumplir con mis compromisos.

Voy con alas en los pies hasta el edificio de la universidad y, de camino, me percató de que llevo la camisa algo suelta en la espalda. Al no contar con la ayuda de mi sirviente para vestirme, he tenido que anudar yo solo cada cordel, lo que resulta tarea enojosa para cualquier caballero de mi condición. Con disimulo, paso la capa sobre la abertura del cuello y prosigo como si nada hubiera sucedido.

En la puerta del Desafiadero hay decenas de estudiantes aguardando la ceremonia. El nerviosismo se masca en la distancia. Por más que busco, no veo a

mi dama por ninguna parte: no hay más que mocerío ataviado con prendas negras y becas de color, pero la hermosa Luisa no está allí.

Sin embargo, debe estar.

—Disculpad una pregunta, joven, ¿sabéis si ha empezado ya la jura ante el rector?

He tomado al primer chiquillo que se ha cruzado por delante, quien llevaba la beca de los *bartolomicos*; la nostalgia por tan alegre época ya pasada me ha robado una sonrisa de complicidad con el estudiante.

—Sí, señor, llevan ya unas veinte matrículas y sin ninguna incidencia de momento.

—¿Nada extraño hasta ahora, decís? ¿No ha ocurrido nada destacable, algo digno de mención? —insisto, porque no alcanzo a imaginar noticia más jugosa para el trasiego de chismes entre estudiantes que la aparición de una mujer en las aulas. Imagino corrillos de curiosos agolpados en la entrada del General o subiendo y bajando las escaleras, desde el momento mismo en que aparezca Luisa con su uniforme y haga su juramento a los altos cargos.

—No, señor, nada especial. De momento, sólo se han oficiado morosamente las inscripciones de las autoridades, los licenciados y los doctores. Acababa de iniciarse las de los estudiantes, pero han hecho una pausa. Parece que nos demoraremos más aún.

De mi época recordaba la llegada de los extravagantes como la más divertida; se trataba casi siempre de juerguistas y borrachines que habían olvidado la obligación de asistir a la ceremonia académica y, llegada la hora, acudían tarde, deprisa y corriendo. Pero era temprano aún para ese tipo de anécdotas.

Agradecido por la información, me hago un hueco entre la multitud y me encamino a las Escuelas Mayores. De pronto oigo que por los pasillos gritan mi nombre.

—¡Señor Rojas!

El bramido proviene de más allá de las columnas que enmarcan el patio. Se trata de una voz chillona, agitada, nerviosa. Por mucho que me esfuerzo en distinguir su procedencia, no reconozco a nadie entre el gentío, salvo a una mujerona de gesto huraño que camina, o más bien se precipita, hacia mí hecha un basilisco.

—¡Señor Rojas! Por muy digno que parezcáis, no tenéis vergüenza. A mí no me engañáis con vuestro distinguido porte y maneras caballerescas. A mí no. Haced el favor de no volver a importunar a mi señora con vuestros estúpidos mensajes.

¡El aya de Luisa! Mis dudas se despejan en cuanto tengo ante mí a la arpía que había intimidado al pobre Gaspar, la misma que lo llevó a huir y sumergirse en el río. Ahora comprendo. Ni una manada de lobos podría aterrar más a un hombre desarmado que aquella rústica fuera de sí. La gresca provoca que gran parte de los asistentes se vuelvan a mirarnos, intrigados y solazados. Me aproximo a ella y la tomo por el brazo con discreción para virar sus pasos hacia una zona más recogida. La mujer está tensa y evita el contacto físico, pero ¡menudo escándalo está provocando! Al final vamos a ser nosotros y no la novedad de una mujer en las aulas quienes animemos la jornada con estos gritos.

—Os ruego que os soseguéis, señora. No entiendo a qué se debe esta algazara. Por favor, que nos está mirando todo el mundo. —Con fingido disimulo, sonrío a la concurrencia y me acerco a ella un poco más—. Venid, señora. Quizás podáis explicarme con calma qué sucede sin curiosos de por medio.

El aya de Luisa accede de mala manera. Salimos del claustro y encontramos un aula libre, lejos del General, dispuesta para la ceremonia.

—No puedo dedicaros apenas tiempo, señor Rojas. Decid lo que tengáis que decir y que sea pronto. Tengo a mi señora sola y esperando para tomar juramento y proceder con la matrícula.

—Lo único que puedo deciros es que no considero que falte al decoro mi

ambición de conocer a Luisa y disfrutar de su compañía. La timidez me ha movido a hacerlo por escrito, pero en ningún caso podría haber pensado en ofenderla con mis notas. Más bien, al contrario.

—¿Timidez vos? ¿Es que acaso me tomáis por necia, señor Rojas? Mi señora viene de la corte y ha nacido en Atienza. Poco sabe ella de las gentes de Salamanca; pero yo he vivido siempre en estas calles y sé perfectamente quién sois vos y la fama que os precede. Tened cuidado, señor Rojas, y manteneos alejado. Luisa Medrano es protegida de su majestad y el único motivo que la trae a Salamanca es el estudio, exclusivamente.

No diré que me agravian sus insultos, porque a la mujer no le falta razón en lo que dice. En mi fuero interno lo confirmo, a mucha honra. Hace años que en la ciudad son conocidas mis buenas artes de seductor. Me enorgullezco de ello y celebro que el eco de mis conquistas haya alcanzado a esta señora. Muy probablemente haya sido mi desdén por Marcela, la hija del posadero de la rúa Mayor, el que provocara los rumores en mi contra. ¡Qué puedo hacer yo! Los chismorreos enardecen la imaginación y agigantan los pecados. En terreno de amoríos, no siento que deba disculparme por nada.

En ningún momento anuncié que me haría cargo del hijo de Marcela. La imaginación calenturienta de esta moza le hizo abrigar falsas esperanzas y recibió mi rechazo como una afrenta. Cosas de mujeres, que todo lo enredan y creen que el mundo gira a su alrededor.

A pesar de todo, me sorprendía que Isabel, aun conociendo la preñez de la chica de la posada, hubiera caído rendida de amor por mí. Y en tanto que la amiga no encuentra impedimentos, ¿por qué se alarma el aya de Luisa? ¿Será que Isabel las ha alertado de alguna manera?

—Estáis en lo cierto respecto a mis conquistas, mujer. No os lo negaré. Pero que en el pasado haya querido divertirme no implica fatalmente que quiera seguir con el mismo juego en el presente. No sé si me explico. Luisa es mujer que no tiene parangón con ninguna otra y requiere mi honestidad como caballero.

—¡Por supuesto que no lo tiene! Eso faltaría, que plantearais una duda semejante. Por eso mismo y porque debo acatar el mandato de su majestad, la reina, la protegeré y prevendré de todo peligro que amenace su completa dedicación al estudio. Señor Rojas, sois suficientemente avisado como para comprender de qué os hablo, no me forcéis a explicaros más. Alejaos de ella y buscaos otro recreo. Estáis en terreno vedado.

Tras decir esto, la guardiana del tesoro me aparta con su brazo y se abre

camino de regreso al aula General. La sigo con la mirada y allí, en mitad de la sala y como si emanara de ella una luz natural, a pesar del espantoso hábito de monja con que la han ataviado, reconozco a Luisa Medrano.

El halo de perfección y hondo saber ha seguido brillando alrededor de la figura de Luisa durante todos estos meses. Al menos así lo percibo cada vez que se cruzan nuestras miradas en alguna calle de la ciudad.

Ya no la persigo. He seguido sus pasos más de una vez, porque coinciden sus horarios con los míos, cuando regreso a casa tras las últimas tareas del día, pero no la sigo tan de cerca como al principio. Durante semanas, me obsesioné por saber que estaba «prohibida» para mí. Cuando ponen obstáculos a nuestro deseo, más fervientemente nos afanamos en realizarlo. Así estuve yo durante varias semanas, en pos de la fruta que me habían negado del árbol.

Luego, mis ansias decayeron. Recibía noticias de Isabel, a veces escondidas en los ejemplares sueltos de libros que tomaba prestados a mi librero de confianza, quien gusta de trabajar con el impresor Fadrique. Con cada libelo que yo le encargaba a su padre, me solía llegar un mensaje cuajado de devoción y afecto que yo declinaba responder. Este silencio forzado enmarañaba la tarea de conquistar a Luisa, porque me constaba que las dos amigas mantenían una fluida conversación y se confiaban detalles de su vida y sentimientos.

Cuanto más deseaba yo embelesar a una, más se empeñaba la otra en cautivarme, y entonces más la evitaba yo. Vi que aquello no podía terminar bien y opté por ignorarlas a ambas.

No obstante, por azar, obtuve lo que yo pretendía. Los caminos de la Providencia son ignotos.

Casi un año después de su admisión en el curso de licenciatura, la joven continúa inmersa en el estudio y su cancerbera no admite que nadie la entretenga con otros menesteres ajenos a los libros: horas en la biblioteca entreveradas con asistencia a misa, recato en el paseo de vuelta a su casa y fin de la jornada.

Dejé que pasara el tiempo y que fuera ella quien viniera a mí con naturalidad; sabía que la concurrencia en horarios, callejas e inquietudes terminaría por hacer que nuestros pasos coincidieran. Así fue. Una tarde, de camino al encuentro con unos juristas en una taberna, Luisa se acercó para inquirir:

—¡Señor Rojas! ¿Tendréis un momento para hablar conmigo?

Abrazaba contra sí un hatillo del cual sobresalían cartapacios y pergaminos. Me fijé en que eran copias buenas, libros de los de pastas de piel y encuadernación prensada. Luisa gozaba de un buen pasar y eso se reflejaba en el material de estudio a su disposición.

—Hola, Luisa. Os veo cargada. Ese material pesa lo suyo, ¿queréis que os ayude? —Me acerqué para tomar el hatillo, que me cedió agradecida—. En mis tiempos de estudiante, yo me manejaba con copias y las más de las veces eran de pergamino cosido con cordel. Duran menos, pero son más livianas.

Los dos nos reímos por el comentario. A veces cuanta más riqueza tiene uno, menos diestro se vuelve.

—Perdón si os entretengo. No querría molestaros... ¿Ibais a algún sitio? ¿Puedo acompañaros? Llevo todo el día recluida en la biblioteca y necesito un poco de aire fresco antes de volver a enfrascarme en mis quehaceres.

—Quizás no deberíais leer tanto... ¿O es que os referís a los exámenes?

—Sí, exactamente, señor. La semana próxima comienzan y estoy intranquila.

De poco tenía que preocuparse aquella joven metódica y constante. Superaría las pruebas sin inconvenientes, estaba seguro, pero accedí a que me narrara las inquietudes que la aquejaban. Mis colegas esperaban cerca, sentados a la mesa de la taberna favorita de los juristas, y ya iba con retraso, de modo que le pedí que me esperara mientras acudía a avisarlos. Luego podría acompañarla hasta donde ella quisiera y hacerme partícipe de sus cuitas sin interrupciones.

—Os aguardaré sentada aquí, en este banco, no os preocupéis. Hoy he pedido a mi aya que se quede en casa porque iba a pasar más horas en la biblioteca; quería repasar mis apuntes. Nadie me vigila, señor.

Para mi sorpresa, Luisa Medrano había urdido una estrategia para encontrarse conmigo en aquel preciso momento. Como por arte de birlibirloque, en un instante, olvidé las semanas de acecharla en vano y retornó a mí mi habitual ánimo de arrojo.

Me dirigí a la taberna, disimulando mi contento, y les puse como excusa hallarme mal del estómago, por lo que marcharía a casa a acostarme pronto. Ignoro si mis cofrades creyeron la patraña que acababa de inventar. No pude adivinarlo en sus facciones. Y tampoco esperé sus comentarios, ya que ella me esperaba a la vuelta de la taberna y ya empezaba a atardecer. No quería dejarla sola.

Cuando me acerqué, vi que Luisa se había echado el chal sobre la cabeza y envolvía con él también sus brazos. Parecía un espíritu que hubiera surgido de

las sombras. Cualquiera se habría asustado al verla antes que atreverse a molestarla.

—Si os invito a mi casa a tomar un refrigerio, ¿os vais a sentir ofendida? Está muy cerca de aquí. No querría que vuestra aya mañana se lance contra mí como un perro rabioso. Está nada más girar aquella esquina, en la tercera puerta a la derecha. Entiendo que algo queréis contarme y no se me ocurre lugar más tranquilo para tal ocasión.

La estudiante levantó el chal y descubrió su rostro. Sus ojos verdes y abiertos se clavaron en los míos, al tiempo que se ruborizaba. Entendí que la apremiaba la necesidad de hablar conmigo.

—Ayer encontré un cartel que anunciaba vuestra *Tragicomedia de Calisto y Melibea* en el muro de entrada de las Escuelas Mayores. «Vaya, por fin ha reconocido su autoría», pensé e inmediatamente vino a mí el recuerdo de aquella primera noche en el taller de Fadrique y el cariño que Isabel os ha dedicado. — Luisa se expresa con mesura a pesar del arrebató que la mueve. Habla por boca de su amiga—. Hace tiempo que no la veo, pero nos escribimos con frecuencia y me ha puesto al tanto del desprecio que le hacéis. No me parece que Isabel merezca tal desaire, aunque tampoco seré yo quien os juzgue ni os condene.

He de confesar que era un tema peliagudo, en especial para recomenzar nuestro trato. La inexperiencia de Luisa le fuerza a colocar a su amiga como excusa para establecer un hilo de conversación conmigo. La dejo hacer. Ojalá hablar de Isabel le hubiera servido de excusa para comunicarse conmigo y no a la inversa.

—Os agradezco vuestro interés por mi obra, señora. Sí, efectivamente, hace unos meses que se ha publicado una segunda edición. La han realizado en Sevilla, en los talleres de Estanislao Polonio. Decidí que ya era ocasión para revelar mi nombre, por lo que añadí al texto original unos cuantos versos dispuestos en acróstico, ¿lo habéis leído? Espero no haberos arruinado la sorpresa, Luisa, no todos lo ven en una primera lectura. —Ella niega con la cabeza sin interrumpir mi discurso—. Ya sabéis que la fachada de la universidad sirve para dar a conocer las novedades en materia de libros. ¡Tenía que estar yo también allí!

Era cierto que la entrada a las Escuelas solía ser lugar de encuentro de autores y vendedores que se enzarzaban en mil disputas por promocionar o hundir ciertos libros recién publicados. Mi *Tragicomedia* estaba allí y podía comprarse. No se habían cumplido ni tres meses desde la publicación de la segunda edición y, de momento, tan sólo un libelo, que me aseguré de arrancar del muro rápidamente, había sido escrito contra mí. También un par de religiosos exaltados habían expuesto sus recelos al considerarla «lectura pecaminosa»

debido a que los personajes, ajenos a cualquier tipo de heroicidad, muestran un «terrible ejemplo de conducta». Aquello no me alarma. Las ventas no cesan y desde el taller de Estanislao me llegan noticias de múltiples encargos; puedo vanagloriarme de las decenas de representaciones que se han llevado a cabo desde la primera publicación, no sólo en el patio del Colegio Trilingüe de Salamanca, sino también en otras universidades del reino. Es claro que el éxito procede del retrato que hago de estudiantes, doncellas, amos y criados, trotaconventos y putas viejas, pajes, soldados y demás gentes del pueblo, que se ven retratados con crudeza y sarcasmo en un mundo «donde todo es contienda».

Ensimismado por estos pensamientos, pierdo el hilo de la conversación un momento. Al volver a atender a Luisa, noto que ilumina su semblante una pícaro media sonrisa. Abochornado, intento llenar pronto el silencio para no sofocarme.

—¿Y habláis mucho con Isabel, decís?

—No menos de tres veces al mes, señor. Su padre se encuentra cada vez más impedido para las largas travesías y ha delegado en ella la mayor parte de entregas y reuniones con los clientes de la imprenta. Así que, si no viene ella, llegan sus mensajes. Vos deberíais saber que escribir es un quehacer que practica con frecuencia.

¡Oh, divina mordacidad! Las mujeres no dan puntada verbal que no se acompañe con hilo. ¿Concluiría Luisa que era con ella y no con su devota amiga con quien yo ansiaba intercambiar mensajes escritos? ¿Se hacía cargo del desasosiego que ella misma me había causado al ignorarme? ¿Que eran esas mismas tribulaciones las que yo sufría respecto a su persona?

Continuamos paseando en silencio. Gaspar nos esperaba en casa con todo listo para compartir nuestra cena con una invitada de excepción: una libra de carnero con cardo.

—¿No os preocupa que en vuestra casa echen en falta vuestra presencia, señora? Gaspar no podía encubrir su sorpresa al ver a la mismísima Luisa Medrano a nuestra mesa. Pocas veces cedía yo a las visitas de mujeres y casi nunca las invitaba a una comida. Además, tenía grabado a fuego el mal trago de meses atrás y quizás temiera la reacción del aya al saber que su pupila se encontraba entre nosotros, presta a compartir nuestras viandas. Como si nada ocurriera.

—Estamos a la puerta de la temporada de exámenes y he pedido permiso para aprovechar más horas de biblioteca. No temáis por mí.

Hablamos de sus vivencias estudiantiles, de lo mucho que deseaba ingresar en un colegio mayor, aun con la renuencia de su familia. Consideraban que ya era

excepción suficiente permitirle acceder a la universidad, pero que convivir con cientos de muchachos tarambanas y pendencieros resultaba del todo inapropiado.

—En casa de mi tío me encuentro más custodiada de lo que jamás estuve dentro de la corte. Cada paso que doy se vigila, por miedo a que eche por tierra la confianza de doña Isabel de Castilla, que es quien me ha permitido venir aquí.

—Sus ojos se sumergen en aguas oscuras—. Me consuela ahorrarme las novatadas que hay que pasar para congraciarse con los colegiales veteranos.

—No creo que a vos, de haber sido admitida en San Bartolomé u otro colegio, os obligaran a sobrellevar semejante afrenta, señora.

—¿Por ser la única mujer, señor Rojas?

Yo la escucho embelesado. Sin duda, Luisa está decidida a llegar hasta donde ninguna otra mujer ha podido, aunque el poder de las familias y la fuerza de las costumbres se opongan.

—¿Y las clases son de vuestro agrado?

—¡Oh, por supuesto! El *Arte* de Antonio de Nebrija es el libro más maravillosamente escrito con que yo haya topado. Me alegro de que lo usemos como base de nuestro estudio. Además, examinamos en profundidad los textos de Trapezuncio y Cicerón, incluso qué usos gramaticales reflejan.

—En mis tiempos ya se usaban las ideas de Jorge de Trebisonda para las clases de retórica. Eso me comentaban mis conocidos. El grado de leyes es harto distinto, como sabéis. Por cierto, ¿tenéis costumbre de asistir al poste?

Formulo mi pregunta con el convencimiento de que le va a agradar pronunciarse al respecto. Me consta por mis informantes que Luisa acude con asiduidad a los encuentros con el catedrático para aclarar dudas al final de la clase, esas reuniones que se realizan «junto al poste», en las cuales los alumnos más aventajados «roban» cierto tiempo extraordinario al preceptor. Todo ello me lo narra con sumo detalle. Además, la joven me regala sonrisas mientras alegra el buche con traguitos de vino. Gaspar, por su parte, ameniza la velada con los ronquidos propios de quien no está hecho a la vida de estudiante, ni conoce las bondades de compartir experiencias vividas en la universidad.

Casi sin darnos cuenta, oímos los ocho tañidos del campanario de la iglesia de Santiago y, con ellos, ha llegado el momento de que nuestra invitada regrese a su hogar. Pese al ofrecimiento adormilado de mi buen Gaspar, decido acompañar yo mismo a Luisa hasta su casa.

Ya ha caído la noche. Cuando es de día, la piedra dorada de Salamanca huele a barro reseco por el calor del sol, pero se vuelve del color de las antorchas en la oscuridad y no huele a nada. Luisa camina a mi lado, callada y con pasos leves

que me confunden, es su aroma de inocencia el que percibo con cada uno de sus movimientos: juventud y candidez. Debería ser reconfortante para ella regresar a su hogar, caminar conmigo. Mas, por el contrario, Luisa tiene una desapacible sensación sobre los hombros, la percibo: una sensación que no le permite disfrutar de las promesas del retorno y las ilusiones ante su futuro. ¿Acaso la acucia el temor de lo que le deparará el porvenir?

Almarza, Soria
(Reino de Castilla)
1527

—*Habladme de ellos, madre, de cuando os fuisteis a la corte y nosotros permanecemos en San Gregorio. Contadme cómo fueron esos años lejos de vuestros hijos. Yo era aún muy joven para recordarlo.*

Luisa se incorpora con dificultad en el lecho. Parece que la fiebre le ha concedido una tregua y retorna la viveza a sus sentidos, también el ánimo de conversar. Se dirige a su anciana madre con determinación.

Dicen que, cuando una persona ve acercarse la hora de su muerte, ante sus ojos pasa el discurrir de su vida. También afirman que, con los años, a los mayores les cuesta más recordar los acontecimientos recientes y se aferran a los recuerdos de su niñez.

No es el caso de Luisa. Ella ve aproximarse el adiós definitivo, pero ha olvidado esos pasajes primeros de su existencia, como nubes que se desvanecen en cuanto el viento las impulsa. Necesita rememorar y el recuerdo desaparecerá con ella.

—*Pero ¿por qué queréis que hablemos de ello, Luisa? Hace mucho tiempo y las circunstancias eran bien diferentes. Yo no tuve elección: vosotros os habíais quedado sin padre y sin abuelo en una misma tarde y los reyes me habían brindado su protección. Tuve que hacerlo.*

Luisa tose y, con el esfuerzo, siente que se debilita aún más.

Entiende a su madre, pero calla. Le deja que cuente su historia, que se justifique por alejarse sin remedio de ocho de sus hijos. Sabe que en la vida a veces hay que hacer lo inadmisibles y que no hay disyuntiva alguna.

SALAMANCA
(REINO DE CASTILLA)
1506

Pes (supuestamente «tempestad» o «tormenta») *te* («tiempo») y *lencia* («claridad», «luz»). La *pestilencia* era el tiempo de la tempestad que venía de la claridad, es decir, de las estrellas.

ISIDORO DE SEVILLA

1

Sólo moscas por la casa. Por más que me ocupe de cerrar las puertas y echar todos los cortinajes, este calor sofocante atrae a los insectos. De niña pasé largas temporadas en viviendas mucho menos historiadas y abarrotadas de objetos, y no sufríamos este asedio de bichejos voladores.

Puede que se trate de las altas temperaturas. En esta casa tan grande y tan bonita no hay demasiada suciedad, o no más de la que suele haber en una casa, quiero decir. Aquí el servicio se encarga de tener los bártulos ordenados y, además de recoger los desperdicios, también los arrojan lejos o por la ventana, que es lo más práctico, pero no los dejan dentro para evitar el hedor. La familia de los señores puede permitírselo, son gentes acomodadas, una de «los Doce» nada menos. He sido bien afortunada de que me encomendaran el cuidado de la joven. No puedo quejarme ni lo hago, pero me sorprende el mal olor que cunde por toda la morada...

Cierto que es verano y los veranos en Salamanca siempre han sido rigurosísimos, casi insoportables. Siente una que el ingobernable sudor que empapa briales y camisas no alcanza brisa que logre secarlo o al menos refrescar la piel. De niña, mis hermanas y yo jugábamos a corretear por el patio trasero, porque así el viento nos enfriaba las prendas húmedas; era una sensación muy placentera.

No imagino a doña Luisa haciendo corros en ningún patio a la edad a la que yo saltaba por los charcos o me rebozaba en la hierba. Ésta fue de las de entretenimiento refinado, ¡en la corte de los reyes, nada menos! Así ha salido de estirada y seca, que no despega las narices de sus libros ni para aliviarse el vientre y limpiarse luego. Yo creo que ni siquiera lo hace, porque tampoco la veo que se alimente mucho. Esas cosas van unidas.

Mi señora se despierta bien temprano y yo la ayudo con las ropas en absoluta mudez; sé que repasa alguna de sus lecciones de latines y en no pocas ocasiones me ha dicho que, si le comento cualquier cosa, eso la despista, se distrae y echa a perder el resto de la mañana, así que debo callar. Le anudo la camisa y abrocho

bien el tabardo, no sea que tropiece de camino a las Escuelas y llame la atención de los escolares. Eso no ha de suceder.

Pero aparte de atarle los nudos de sus prendas, yo cuido de que no haya hombre que la persiga y moleste, especialmente el mujeriego de don Fernando el bachiller, que todo lo sabe y que tantos sofocones me ha provocado ya. Entre el calor, los moscones y su presencia día sí y día también por los alrededores de la muchacha, cualquier madrugada me encuentran muerta, extenuada con este sinvivir.

Al principio, ni dos semanas después de haberse acomodado en la casa de su tío cuando Luisa y yo nos acabábamos de conocer y empezábamos a compartir la jornada, era el recadero de don Fernando quien no nos dejaba ni a sol ni a sombra. A diario aparecía el zoquete de Gaspar suplicando que le dejara entregar las notitas indecentes de su amo, ¡y ni cuatro visitas le bastaron para acabar boqueando en el Tormes! De un empujón, el bueno de Matías, que en ese momento limpiaba el estiércol del establo, dio con él en el río y le acalló las ganas de volver por aquí.

Más adelante fue el propio Fernando quien nos visitó, muy cortés y comedido, aunque yo siempre he sospechado de sus intenciones. Por ello y porque se trata de una estudiante doncella al fin, jamás los dejo solos en esas audiencias.

—¡Dorotea! Nos hemos quedado sin velas y esta noche debo estudiar.

—¿Esta noche, decís? Pero si no hay cera suficiente en los panales para las horas que invertís en el estudio, señora. Normal que se hayan agotado, ¿queréis que os traiga una lámpara de sebo?

Luisa viene a mí apurada, como una niña. Me mira fijamente y pone pucheros. Su boca tiembla porque no puede estudiar esta noche. Lo que tiene un aya que aguantar...

—¡Ay, es que ese olor a grasa quemada me da mucho asco, Dorotea! Mejor buscaré en el establo. Quizás alguna antorcha pueda servirme.

No puedo creerme la obstinación de esta muchacha.

—Pero ¿vais a meter una antorcha en vuestra cámara, señora? ¿Es que os habéis vuelto loca? Prenderéis fuego a toda la casa, ¡nada de eso! En un momento salgo y voy a buscar alguna a casa de los González, que han de sobrarles.

Salgo a la calle arrepentida por haber cedido a los antojos de esta desquiciada. ¡Si descansara más durante la noche, seguro que el seso le aprovecharía mejor y se comportaría de una manera más sensata! Pero me corresponde callar y atender a sus caprichos sin juzgar. Bien pronto me advirtieron que sería una moza

especial y ni en mis peores fantasías hubiera pensado hasta qué punto lo es. Que no sólo no come y apenas pega ojo por las noches, pues bien que lo sé por las idas y venidas que se da a lo largo de su cámara, que es contigua a la mía; se conoce que memoriza mejor mientras pasea y debe de recorrer leguas desde que se pone el sol hasta que casi alborea. Yo oigo sus pasos sobre la madera como los de un peregrino que no alcanza el lugar sagrado de su destino y, al parecer, sólo estudia. Toda la noche de recorrido por su habitación.

Sin embargo, lo más raro para mí es que la señora no hace caso de los muchachos. A mí me cuesta creer que con veintidós años no sienta cierto hervor en la sangre que la haga mirar para otro lado cuando llega a sus clases y se ve rodeada por ellos; bien es cierto que mi misión aquí es evitar que lo haga, pero, salvo el caso evidente e insistente de Fernando de Rojas, la muchacha no me ha dado motivos de preocupación.

En ésta y otras cavilaciones me encuentro cuando salgo fuera de la casa y me dirijo a la de los vecinos. El caserón de los González tiene más o menos el doble de tamaño de la vivienda de los Medrano. Son gente también estirada y poco afable; menos mal que me llevo a las mil maravillas con la cocinera. Le puedo pedir un par de velas y me las da sin problema. No es la primera vez que nos encontramos en el sendero que une ambas residencias y aprovechamos para conversar un poco.

Al abrir la puerta del servicio, la de la cocina que da al jardín, advierto ese olor pestilente que parece que viene del Tormes. Me tengo que cubrir la cara para no caer mareada al atravesar los cincuenta o sesenta pasos que separan ambas casas. Para cuando alcanzo el portón de las caballerizas, me parece escuchar un ruido y vuelvo la vista para comprobar que mis sospechas eran ciertas. Alguien llega a la casa de los Medrano, justo cuando yo me alejo de allí.

Oigo el trotar de su caballo y, a pesar de la distancia, de lejos distingo perfectamente la cabalgadura de Fernando de Rojas.

2

—¿Pero es que aún no os habéis dado cuenta de lo que está pasando, Dorotea? Mis señores ya están organizando la huida al campo y mucho me temo que deberíais hacer lo mismo porque, de aquí a unas semanas, la ciudad se volverá inhabitable. —Mi amiga Eloísa, la cocinera de los González, me recibe con la cabeza envuelta en un trapo húmedo y entiendo que está ayudando en las tareas de lavado de prendas de sus amos—. Hoy no hemos tenido ni respiro con el trajín de hervir los ropajes y las mudas de todos. Las lavanderas no daban abasto y he tenido que sumarme a la faena. No sé qué se proponen los señores, pero aquí no se van a quedar para ver cómo caen todos enfermos de uno en uno... o muertos.

«Muertos», vaya, esa palabra me encoge el estómago. De inmediato veo con nitidez que los aires pestilentes de los últimos días se pueden corresponder con una epidemia y me asusta imaginar que algo pueda sucederme a mí y también a mi señora, que es, en definitiva, de mi incumbencia.

—He sabido de algún que otro enfermo, pero ignoraba que se tratara de apestados, y menos en Salamanca... ¿Vosotros os marcháis, Eloísa?

—En cuanto acabemos con la limpieza de todos los atuendos de la casa, imagino que saldremos de aquí, sí. Nos van a alojar en un pueblo hacia el norte, bien alejado de cualquier ciudad. Dicen que hay varias granjas que aún pueden albergar a familias poco numerosas. Por vuestro bien os recomiendo que os pongáis a salvo cuanto antes, ya que, pronto, los traslados con enseres serán cada vez más dificultosos.

La información y el susto me zarandean los pensamientos y debo hacer un alto para respirar y pensar en qué hacer: iba a pedirle un par de velas a los vecinos, pero entonces van y me llenan de alarma por las pestes que, parece ser, cunden por la ciudad... Además, regreso sin las velas, ya no tienen ninguna importancia. Se lo explicaré a la señora Luisa. Seguro que lo comprenderá, porque, aunque terca como una mula en cuanto a los estudios, es una joven cabal y práctica con las contrariedades.

Y la última cuestión es... ¡Don Fernando! ¡Santo cielo! Lo he visto de refilón montado galantemente en su corcel y, aun así, he seguido hablando con la vecina como si nada. Este trabajo no va a durarme... Ay, Señor... Tengo que regresar y poner orden en todo este revuelo. ¿Qué querría el bachiller que no se rinde?

Regreso sin velas y sin sosiego. Desde el cercado me alarman más si cabe unos gritos que reconozco como de mi señora.

—Pero ¡no puede ser! Debéis estar equivocado. Ha de tratarse de un error, don Fernando... ¿Qué haremos? ¿Qué haré yo?

—Luisa, no debéis porfiar... Vuestra obstinación no puede llevaros a nada bueno. La situación es realmente terrible, ¡está muriendo mucha gente! Y además, se hace insoportable permanecer aquí con esa pestilencia permanente...

—Son mis últimos exámenes. No puedo abandonar ahora que ya he pasado todos los cursos. Habría sido un esfuerzo inútil.

Abrazada por el desfachatado del escritor, Luisa lloriquea y oculta su rostro, que se ha puesto rojo como una granada. Están arrimados al fuego. Él le acaricia la cabeza, Luisa ni tan siquiera se ha molestado en recoger sus cabellos con cofia alguna... ¡Cuándo aprenderá esta muchacha que la cabeza ha de ir cubierta! ¡Más en presencia de un caballero!

—¿Qué diantres pasa aquí? Espero que haya alguna razón para este desaguisado y que no tenga que enfadarme por cómo os hallo... Señor Rojas, ¿podéis darme una explicación?

En cuanto me aproximo, se apartan. Luisa corre a cubrirse con un manto, para ocultar hasta qué punto está desencajada delante de un extraño.

—Disculpad la irrupción en vuestra morada, Dorotea, pero esta vez vengo a rogaros que os vayáis, que nos vayamos todos. Es preciso abandonar Salamanca. Sé que no os fiáis de mí, pero tenía que anunciaros sin demora que se ha desatado una epidemia de pestes y la universidad ha cerrado sus puertas hasta nuevo aviso. He venido a advertiros y, si lo estimáis conveniente, a ofrecer os una modesta vivienda en San Pedro de Rozados, durante las semanas que haya peligro de contagio. Hay sitio para unas diez personas más, así que podréis venir con el servicio y uniros a mi fiel criado y a mí. Debemos marcharnos con premura, Dorotea, es cuestión de vida o muerte: escuchadme esta vez.

¡Malditas sean las artes persuasorias del bachiller y todas las plagas que caigan sobre Salamanca! Fernando de Rojas me mira de una forma que no hace sino transmitir serenidad y cordura, pero siento que me inunda la desazón. Mi señora no deja de llorar, parece que el mundo se acabe en esas clases interrumpidas. En buena estampa nos vemos ahora todos si, por culpa de la

plaga, mi señora tiene que dejar de ir a clase. ¡Ni la peor de las enfermedades acabaría antes con ella! Como doña Luisa no pueda estudiar, no resiste ni el canto de dos gallos. Lo veo venir. La sesera la tiene seca ya de tanto libro y cualquiera podría pensar que un descanso le vendría bien, mas yo sé que no: la muchacha precisa de las lecturas como el resto de mortales del aire que respiramos.

—Espantoso, Dorotea, ¡es el fin!

Haciendo caso omiso de mi reprobación, contemplo atónita cómo Luisa se echa nuevamente en brazos de Fernando, que le acaricia la nuca, donde nacen los cabellos, procurando serenarla. Él me mira sin percatarse de mi incomodidad, sumido en el afán de convencerme.

—Lo que vengo a ofreceros no es mucho, pero será mejor que arriesgarse a seguir aquí. La casa en la que podemos alojarnos está alejada del río, allí podremos vivir y alimentarnos de legumbres y encurtidos que han almacenado para nosotros. En la ciudad, es cada vez más complicado encontrar un trozo de hogaza que llevarse a la boca sin temer por la salud. Las gentes están huyendo y no es momento de jugar a hacernos los valientes. Podríamos caer como moscas en cuestión de un parpadeo, si soplan aires ponzoñosos. Debéis saberlo, señora.

Las moscas: esos bichejos son los que mejor llevan el espanto de una plaga como ésta. Lo sabía al dedillo. Aunque no es mi cometido abastecer de provisiones la casa, por Eloísa conozco de la escasez reciente en las ferias y mercados, la gente por temor deja de comprar frutas y verduras que, además, apenas se encuentran. Tampoco se consigue pienso para el ganado y los animales mueren enfermos o de pura debilidad. Se vuelve urgente salir de aquí. No me convencen las mañas del bachiller, pero no tenemos un lugar mejor adonde ir. Hay que huir de Salamanca cuanto antes.

3

Encontré la carta plegada en cuatro al fondo de una alacena colmada con pucheros y loza, en la cocina de la casa que nos albergaba. A pesar de que sobrevivimos cocinando masas hechas de legumbre seca y triturada, la granja tiene una cocina enorme bien abastecida de utensilios. Se rumorea que el trigo transmite enfermedades, que el agua no puede beberse y que la cercanía de animales contagiados puede acabar con la vida de las personas. Llevamos dos meses en San Pedro de Rozados; vinimos huyendo de la peste y ahora nos escondemos de la parca.

Nos resignamos a la incomodidad de un hogar improvisado, desprovisto del lujo al que acostumbra mi señora. Además, aquí compartimos el poco espacio con los sirvientes, pero eso no es todo: con nosotros viven también Fernando de Rojas y Gaspar, su recadero.

En las últimas semanas he hecho la vista gorda cuando noto que mi señora, en compañía del bachiller, se aparta del resto para leer y conversar en privado. Lo he permitido porque estoy convencida de que nada ni nadie va a alejar a Luisa Medrano del camino universitario trazado por su majestad, la reina Isabel, que Dios la acoja en su gloria. Ella la alentó desde el momento en que se percató del talento de mi señora. Y por mucho que un galán como Fernando se pegue a sus faldas con insistencia, seguirá en sus trece. Los estudios dan sentido a su vida.

Por eso, al descubrir aquel arrugado papel bajo el botijo que reposaba en el estante, corrí a preguntarle a Gaspar por lo que allí se había escrito.

—Dejadlo donde lo habéis encontrado, Dorotea, que lo que aquí se dice no nos incumbe ni a vos ni a mí.

Gaspar es un hombre de pocas palabras y, aunque disfruta con el juego y las tabernas, sé que lo llevó a Salamanca el ánimo de estudiar, cosa que no llegó a hacer. No sé por qué motivo. Pero sabe leer y yo no.

—Si eso consideráis, es porque algo importante cuenta. Gaspar, por favor, con los enojos que me habéis hecho pasar antaño... Os estoy brindando mi confianza y os pido que me digáis a quién pertenece esta cuartilla. ¿Es que acaso vuestro

señor oculta algún secreto? ¿Y por qué se escondía entre la loza de la cocina?

—Mucho me temo, señora, que las palabras que aquí se han escrito no son cosa de mi amo.

Tras decir esto, el engreído correveidile parece haberse ablandado en su orgullo y acaba por leer:

Hoy no sabríais quién soy, padre. Me dejasteis en Soria, jugando con las flores y las hojas caídas en el suelo del jardín de San Gregorio. Yo contaba tres años. Os marchasteis para no regresar nunca, os fuisteis a ese lugar donde el abuelo también quiso acompañaros. Defendisteis a la Corona y perdisteis una familia. Os habéis perdido más de veinte años de cambio, de guerra y expulsiones. Padre, ha muerto también la reina Isabel, pero se ha descubierto un mundo nuevo más allá del mar del puerto de Palos. Aquel venturoso Cristóbal Colón hoy es el almirante que regresó por Barcelona con naves cargadas de una tierra desconocida. Y vos no lo habéis visto.

Padre, ahora estudio en la universidad. ¡No imaginaríais la dicha que me embarga cada amanecer cuando me preparo para acudir a mis clases! Me instruyen los mejores maestros y catedráticos de Europa, los más sabios a quienes escucho, por asegurarme de no perder un solo detalle de lo que dicen. Nos hablan de Aristóteles, padre, y cada día yo quiero saber más y más. Cuando me asaltan las dudas o no entiendo algún texto, acudo a los maestros y me sacan de mi confusión. Vos nunca me veréis, pero algún día... algún día, padre, os prometo que voy a ser yo quien imparta esas clases.

Era una carta de mi señora Luisa ¡a su padre muerto!, desaparecido hacía dos décadas. No sólo le contaba qué había pasado en el reino y en el mundo, sino de sí y sus sueños académicos, pero sin siquiera mencionar a Fernando una vez.

—Pero, entonces, ¿queréis decir que esto lo ha escrito mi señora? ¿Estáis seguro de lo que pone?

Lo miro con incredulidad y Gaspar, por toda respuesta, se encoge de hombros.

—Es lo que yo leo, aquí lo pone y no voy a pronunciar ningún juicio al respecto, no me corresponde. Creo que a vos tampoco. Si no os importa, regreso junto a mi amo, que seguro me echa en falta. —El muy truhan pendenciero se ha pasado la jornada de parranda junto a otros escuderos. Por su parte, su amo, que sólo tiene ojos para mi señora, dudo mucho que se preocupe de lo que hace este malandrín. Aun así, se atreve a darme órdenes—: Y devolved esa carta a su sitio, si no queréis sembrar la discordia, Dorotea.

—¡De ningún modo, insensato! Dame aquí esa nota, que ya me encargaré yo de cotejarla con su autora.

Con cuidado pongo la carta en el hueco de mi gorguera y enfilo mis pasos hacia la estancia que compartimos mi señora y yo. Como cada mañana, lee y relee los pasajes preferidos de sus libros en la mesa improvisada, junto al depósito de grano (hemos apartado los fardos para colocar un par de colchones de lana y aquello ha acabado convertido en una alcoba). La señora aprovecha allí la mayor parte del tiempo. Al estar en la parte superior de la granja, apenas hay ruido y la luz que entra directamente por un ventanuco es más que suficiente. Doña Luisa no necesita más.

Pero para cuando llego a la habitación, me encuentro la puerta cerrada. Tengo terminantemente prohibido permitir que la señora se encierre en ninguna de las estancias. No podíamos hacerlo en Salamanca y tampoco ahora, ¡con muchísimo más motivo! De modo que golpeo con suavidad para que se percate de mi presencia:

—¿Estáis ahí, señora? ¿Os encontráis bien? Ya conocéis las normas, así que abridme, por favor.

Escucho pasos y un rumor como de risas al otro lado de la puerta. Temo por la honestidad de la joven y paso de los golpes suaves al aporreo manifiesto.

—¡Señora! Abrid ahora mismo. ¡No hagáis que me enfade!

Mis sospechas se confirman en cuanto Luisa asoma con el rostro encendido y semblante guasón. Sin duda alguien la ha hecho reír sin comedimiento y pongo en duda que se trate de algo relacionado con sus materias de estudio.

—Dejadme entrar y no digáis una palabra. Si en la corte supieran de vuestras licencias, os condenarían a vos y a mí me dejarían sin labor con la que comprar las lentejas. Dios no quiera que quede sin jornal por vuestra culpa, señora. Decidme, ¿qué escondéis ahí?

—Dejad ya de preocuparos por mí, Dorotea. Le comentaba a don Fernando algunos pasajes de su *Tragicomedia*. Es un libro sin parangón. No había tenido ocasión de leerlo hasta ahora y estoy impresionada. ¡Podríamos dedicar algún día a su lectura en voz alta! Así vos también podréis disfrutarlo, ¿qué os parece?

Lo que esta chiquilla erige con su talento para los estudios lo desmorona con su cándida inocencia respecto de los hombres. ¿He de creerme que comentaban un libro a puerta cerrada? Capaz es de creerse sus propias majaderías. Sobre todo si la anima el pícaro del bachiller.

—¡Por favor, señora! No pequéis de necia, que sois brillante y destacada dama para lo que os interesa. ¿Vais a confiar en todo lo que os diga este taimado

caballero?

Sentado sobre dos fardos de grano, Fernando de Rojas asiste atónito a este rosario de insultos. No me importa. Ciertamente que si debemos convivir entre estas cuatro paredes, tenemos que llevarnos lo mejor posible. He de reconocer que me he esmerado con su ayudante Gaspar, que conseguí hasta que me leyera ese papel oculto de mi ama, aunque no creo que deje de maliciar del señor bachiller.

—¡Por favor, Dorotea, mostrad más respeto a vuestra señora! Desde luego que sois un hueso duro de roer. Vuestra testarudez me admira y me conmueve a partes iguales... ¡Ojalá yo tuviera tanta fuerza física como vos porfía! Ya me marcho. Y os dejo con la dama a vuestros cuidados. No os molestaré más. — Camina hacia mi señora y se inclina cortésmente para besarle la mano—. Estaré encantado de retomar nuestra lectura cuando os plazca. Tomaos un respiro de vez en cuando entre tanto estudio y venid a verme.

No pude resistir la cólera que me oprimía el gástrico. Me llevaban los demonios:

—¡Espero que lo hagáis tras haberlo consultado conmigo, mi señora!

Pero ¿qué demonios sucede en esta casa? A veces me cuesta distinguir si la podredumbre está fuera o ha invadido ya el interior de nuestra vivienda.

Prefería nuestra vida en Salamanca. Ya sé que no tiene mucho sentido que yo lo diga, porque no soy más que una servidora, pero me notaba con mejores ánimos allí. Es mi ciudad y donde me encuentro más cómoda. Ignoro cuánto tiempo tendremos que permanecer aquí aún, pero tengo claro que la vida campestre no es para mí.

Luisa y yo salimos a refrescarnos con un paseo, como solemos cada tarde. Hoy me siento especialmente enfadada al llevarme la mano al escote para recolocar la tela que asoma por entre mis pechos y recordar que ahí oculto su carta. Debo decirle que la he encontrado debajo de un botijo en la alacena; ser sincera y permitir que confíe en mí para contarme sus cuitas. El caso es que yo debería saber más de ella, aunque la tenga atada en corto, pero se trata de un tema delicado. Si hace un rato, en su cuarto, hablé sin cortapisas delante del sinvergüenza de Fernando, ahora deberíamos amigarnos, apaciguar ambas el enojo... Pero me reconcome una pregunta, ¿por qué hace estas cosas y no me las cuenta?

—Señora, ¿estáis bien? ¿Queréis que sigamos hasta más allá del sembrado o damos media vuelta? —Me vuelvo hacia ella, que camina asiendo los bordes de su vestido y con la mirada fija en el suelo, aunque no hay nada que hallar entre la maleza y la grava del camino—. Pronto se hará de noche y no debemos pasar tanto tiempo fuera. Dicen que es peligroso por el contacto con el aire y todo eso. Ya sabéis, los malos vientos que traen enfermedades. Retirémonos ya, señora Luisa. Hacedme caso.

Entonces mi señora, como una persona enajenada de las que habla en sueños sin abrir los ojos siquiera, comienza a contarme de asuntos pasados que no atino a comprender. Temo por su cordura, pero le dejo que se explique.

—Cuando era niña, tuve un maestro que le daba mucho valor a sus zapatos, ¿sabéis? —continúa sin mirarme, con la cabeza gacha. No entiendo qué me quiere decir con ello y me estremece su tono ausente—. Él no tenía dinero cuando empezó a darnos clase y recuerdo que lo primero que hizo fue pedir un

calzado nuevo. No había visto a nadie tan feliz como a él luciendo sus pantuflas el primer día. Era una buena persona, pero en mi casa siempre desconfiaban de él.

—Señora, no entiendo adónde queréis llegar con esto ni sé de quién habláis. ¿A un maestro os referís? Si os daba clases, sería una persona de humilde posición, quién sabe... Yo tampoco pude lucir calzado de forro ni pagar a un chapinero hasta bien avanzada mi relación con vuestro tío, para quien trabajé meses y meses con la mayor devoción, ya lo sabéis. Los zapatos son un bienpreciado, señora. —Finjo seguirle el hilo alocado de sus frases, pero sé que no me atiende. Comienzo a temer por nuestra lejanía de la zona segura y le insisto —: Es hora de regresar, ¿no os parece? La luz es muy débil y debe alcanzarnos para el camino de vuelta. No nos entretengamos más.

Pero ella sigue, insiste en lo suyo, como si no me oyera.

—Hablo de Pedro de la Rhúa, un buen hombre a quien defendí para que no expulsaran, porque, sin conocerle siquiera, mi familia estaba convencida de sus malas intenciones. Os cuento esto, Dorotea, porque siento que pecáis de lo mismo con respecto a don Fernando.

Ahora sí que mi señora estaba perdiendo el seso, ¿sería a causa de la infección que flotaba en el ambiente?

—Señora Luisa, ¿qué tiene que ver eso con el peligro de que seáis seducida por Fernando de Rojas? Creedme que no he sido informada respecto a ninguno de los maestros que hayáis podido tener durante vuestra infancia, pero la fama que precede a Fernando de embaucador es sobradamente conocida en toda Salamanca. Yo nada sé de ese tal Pedro, pero me pagan por cuidaros y por evitar que os alejen de vuestras lecciones y la preparación de vuestros exámenes. Eso es todo lo que debería interesaros, y ese escritor es una amenaza permanente.

—Pues vivimos bajo el mismo techo, Dorotea, así que más vale que os acostumbréis a vernos juntos. Conversamos a gusto y es de los pocos que entiende mi gusto por la lectura, algo que, en cambio, con vos está claro que no puedo compartir, y bien que lo lamento.

Luisa levanta su vestido por encima de las rodillas para salir corriendo de regreso a la granja. Su sermón ha acabado con mi poca paciencia y, aunque sé que me arrepentiré, le grito:

—¡De acuerdo, señora! Salid corriendo... ¡Id a buscar a vuestro bachiller! ¡Pedidle que os abra su corazón y os cuente mil patrañas sobre vuestra belleza sin igual! Pero luego tened la decencia de contárselo a vuestro padre igual que hacéis con los mensajes que perdéis por las alacenas. —Saco la carta de mi

escote y la alzo sobre mi cabeza con aires triunfales.

Ella se detiene y se vuelve atónita para cerciorarse de lo que digo. Mi señora se echa a llorar desconsoladamente mientras corre hacia mí.

—¿De dónde la habéis sacado? Esa carta es mía y no debe leerla nadie... ¿Quién os ha ayudado, rastrera? ¿A quién habéis pagado para que os la lea?

Pero ¿qué se habrá creído esta mala pécora insolente?

—¿Acaso insinuáis que he tenido que pagar con favores deshonestos a alguien para que me cuente lo que había escrito? Os equivocáis. Tengo amigos prestos a ayudarme cuando lo necesito, ¡y sin ningún pago o favores de por medio! Tal vez vos deberíais conocer a gente de otra casta. Sólo tratáis con ese galán de poca monta y os está espesando las entendederas. ¿Tanto os preocupan los prejuicios de los demás hacia vuestro Fernando? ¿Tanto os molesta que yo lo considere una mala influencia? Pues sabed que es verdad conocida por toda la ciudad. Si tuvieseis la humildad de escuchar opiniones de otros, quizás me daríais la razón, aunque para eso debáis descender de vuestro trono de sabihonda y erudita y rebajaros a una conversación con la baja estofa.

Luisa me alcanza y se lanza sobre mí para arrebatarme el papel, que ya se ha convertido en una bola aplastada entre mis manos sudorosas.

—¡Devolvédmelo y callad de una maldita vez! ¡Haré que os expulsen de esta casa por entrometida! Podréis regresar al arroyo de donde os trajeron. —Me agarra del pelo y tira con fuerza, a lo que yo contesto con un bramido—. ¡He dicho que me devolváis mi papel!

De una patada logro quitármela de encima. Le lanzo lo que queda de la carta y me recompongo con parsimonia el peinado, la cofia y el escote.

Mi señora presenta un aspecto lamentable, tirada en el suelo y llorando a mares. En otras circunstancias habría sido la primera en tenderle la mano para ayudarla a levantarse, pero ¿qué demonios? Me acaba de insultar y de acusarme de prostituirme para leer esa estúpida cuartilla. Para mi sorpresa, se incorpora ella sola y la oigo disculparse.

—Lamento lo ocurrido, Dorotea. No sé por qué he dicho eso, pero espero que podáis perdonarme. He estado fuera de mí. —Se sacude la saya, en un inútil intento de limpiar el barro y el verdín adheridos al tejido—. Es una carta privada que no quiero que nadie conozca. Debí perderla en un descuido y no sé cómo fue a parar a vuestras manos, pero ni vos ni nadie debía haberla descubierto. Es una forma de explicarme ante mi padre muerto... A veces escribo este tipo de notas, pongo todos los medios para que no se pierdan y acabo quemándolas antes de que alguien las descubra. Claramente, me he equivocado esta vez. Confío en que

me digáis quién más la ha leído. Ojalá volvamos a entendernos; os prometo que por este asunto tan enojoso no perderéis vuestro empleo, Dorotea.

Imagino que tiene razón. Aunque soy orgullosa y muy digna, no querría yo perder mi trabajo. Además, me despierta compasión verla tan maltrecha y sofocada. Decido ceder a sus súplicas.

—Gaspar ha sido, señora.

—¿El criado de don Fernando? Al menos es alguien discreto y sé que no va a dejar escapar el chismorreo entre otros sirvientes.

—No lo hará, señora. —Mi enfado va cediendo, dejando lugar a mi placidez natural—. Me lo prometió. Y yo también os pido disculpas por mi comportamiento. Sabed que quiero lo mejor para vos y vuestra reputación. No voy a importunaros más con don Fernando, pero tened cuidado.

—Lo tengo, Dorotea, os lo aseguro. Y no os dejéis llevar por la inquina y la maledicencia; hasta ahora sólo ha hecho cosas buenas por nosotros. ¡Y de hecho estamos en la granja gracias a él! ¡Y a salvo de las pestes!

Todo eso era cierto. Nos fundimos en un abrazo y después regresamos a casa hechas una calamidad.

—No son buenas nuevas. Mi hermano es un gran apoyo para mí, ¡por supuesto que me alegro! Pero es difícil seguir adelante con esta situación que tanto nos condiciona. Aún no hay fecha de reapertura de la universidad, ¿verdad? ¿Habéis sabido algo?

Regresamos a la granja y mi señora, incapaz de contener sus pasiones y manejarse con discreción, se había acercado casi trotando hasta Fernando en cuanto vio que él llegaba de una de las viviendas vecinas con noticias frescas. Al parecer, Luis, el hermano menor de Luisa, se uniría a nosotros para cursar sus estudios en la universidad a partir del otoño, si la situación mejoraba y se nos permitía volver a vivir en la ciudad. A mí todo aquello me parecía absurdo, ¿hacer planes? ¿Es que no atendían a las noticias sobre los muertos en Salamanca y sobre el aire podrido que aún atravesaba sus calles? Los nobles eran así de caprichosos, todo giraba alrededor de su ombligo. Sí, nos podíamos morir en cualquier momento, pero la rancia de mi señora no hacía más que pensar en sus exámenes.

Fernando le respondió algo azorado. Intentaba calmarla y la tomaba por los hombros como quien quiere amansar a un potro.

—Sólo he llegado hasta el granero que hay al otro lado del peñasco, Luisa. Tampoco se sabe mucho, y de lo que se cuenta hay que desconfiar, ya que la mayoría son habladurías falsas que se inventan y difunden por aburrimiento. Si he sabido de vuestro hermano es porque mi buen Gaspar tiene familia en esa casa y ellos se han hecho eco de la noticia por vuestro tío.

—¿Mi tío? Pero si mi tío hace años que no se desplaza hasta Salamanca. ¡Por eso vivimos en su casa!

Efectivamente, ese tío suyo, uno de los hermanos de la madre de Luisa, había dejado su caserón en Salamanca; fueron por lo menos ocho años los que yo estuve a su servicio y lo había visto regresar a San Gregorio en busca de una vida más sosegada, cerca de su hermana. Para aprovechar las circunstancias, se había decidido que la niña viviera allí durante el tiempo que fuera a pasar como

estudiante. Imagino que cualquier otro miembro de su familia correría la voz de que su hermano ingresaba en la universidad. ¡Son tantos hermanos que no me extraña! El caso es que están convencidos de que vamos a regresar a Salamanca y yo les sigo el hilo y creo lo mismo que ellos... ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Señora, debéis ser paciente. Todavía no es seguro el regreso. Han pasado dos meses apenas, hay que ver cómo van las cosas allí, nos estamos adaptando a estas nuevas circunstancias. Pensad que tenéis más tiempo para leer y estudiar. —Yo la tomaba de una mano y con la otra le frotaba la espalda para que se serenara, pero, por toda respuesta, Luisa me miraba incrédula.

—Imagino que estas cosas no las entendéis los que os habéis criado fuera de la corte, Dorotea. Necesito mi espacio, mis estantes con mis libros y mi escribanía realmente. ¡Esto no deja de ser una vulgar granja! Por favor, estudio junto a dos fardos llenos de grano y como asiento utilizo una banqueta de madera que he aprovechado del establo, porque ya no hay vacas que puedan ser ordeñadas. ¿Creéis que es el ambiente idóneo para una estudiante?

No puede haber más majadería en una cabeza, no. No se puede. En momentos así extraño a Eloísa. ¿Dónde estará la casa en la que se recluyen ella y sus señores? Con ella me desahogo sobre las tonterías de los nobles. Ella me comprende.

—Opino como Luisa. Una dama no ha nacido para vivir de este modo. Los hombres nos hacemos más fuertes en situaciones aguerridas, pero la mujer es frágil, más si cabe cuando procede de una familia noble y de posición.

Claramente, al bachiller también le escocía la rutina campestre y soñaba con regresar a su casa con jardín y a su butaca de lectura, pero lo disimulaba una hipócrita defensa de los intereses de Luisa. Menudo cretino.

Según él, las ayas no somos damas. Las que no hemos venido al mundo entre terciopelos e hilos de oro estamos felices viviendo en una granja a la espera de que el viento no sople demasiado fuerte y arrastre consigo la peste que pueda acabar con nosotros. ¡Ay, si pudiera decirle yo a este Fernando todo lo que pienso! Pero callaré por mi señora, que ya bastante disgusto he tenido por su culpa últimamente.

—Dentro de poco volveréis a vuestras clases y estaréis junto a vuestro hermano... ¿Eso no os ilusiona?

Luisa me sonrío y regresa inmediatamente a los brazos de Fernando, que inclina la cabeza hacia mí en señal de aprobación. Imagino que agradece mi cambio de actitud y mi renovado voto de confianza ante sus supuestas buenas intenciones; yo simplemente hago lo correcto, porque proteger a la señora y

asegurarme de que esté bien es mi cometido.

Había dado con el tema perfecto para levantarle los ánimos a Luisa. Sí, su hermano, que durante los últimos años había continuado sus estudios en San Gregorio, en breve iba a unirse a ella ante los retos de la vida universitaria. Sería un apoyo, un hombre de su familia en quien confiar cuando las cosas se complican dentro y fuera de las clases. Me estaba yo recreando en este pensamiento de calma, cuando la señora me viene a decir que desea acostarse ya y que no va a querer cenar. Yo debo acompañarla y ayudarla a desvestirse, así que nos dirigimos a la escalera, pero, entonces, la voz de un muchacho nos hace frenar en seco y mirar alrededor; no reconocemos la figura de un joven, que entra en la sala agitado y nervioso.

—¿Vive aquí la señora Luisa Medrano? Busco a la dama que cursa estudios en la Universidad de Salamanca. Traigo noticias de casa de los señores De Roxas.

Vaya, esto sí que promete ser interesante: los señores De Roxas son un linaje adinerado de Alcalá de Henares y, por lo que yo sabía, uno de los hijos trabajaba como mayordomo del rey Fernando. ¿Qué noticias traerá? Mi señora le responde mientras se acerca a él desde el otro lado de la habitación.

—Sí, aquí es. Yo misma soy Luisa Medrano. Decidme, ¿qué os trae hasta estas tierras con tanto peligro y desde tan lejos...? ¿Qué tan importante nueva venís a comunicarme?

—Con todos mis respetos, señora, buenas noches, y permitidme que me siente pues estoy agotado tras el viaje. Vengo con noticias de casa de su hermana, Catalina.

—¿Mi hermana Catalina? ¿Qué me decís con eso? ¿Cómo que desde su casa? De la corte, os referís, ¿no?

Pues hasta donde yo alcanzaba, Catalina y su madre servían a su majestad la reina Isabel y, desde la muerte de ésta, habían tenido que adaptarse a las nuevas exigencias de su sucesora, Germana de Foix. Empieza a ser todo un tanto confuso, así que afino vista y oído para enterarme yo también de las noticias con detalle.

—Señora, tengo el honor de comunicaros que vuestra hermana y el menor de los hermanos De Roxas van a unirse en sagrado matrimonio y que desean que vos estéis presente en la ceremonia que tendrá lugar en las próximas dos semanas.

Mi señora no podía expresar menos júbilo tras oír el mensaje. Por lo visto, algo no encajaba en su cabecita.

—Pero ¿desde cuándo mi hermana ha decidido que abandona la corte? ¿Es que no va a seguir sirviendo a doña Germana de Foix?

Estaba perdiendo la compostura y me tuve que acercar a sosegarla.

—Señora, no... No nos corresponde a nosotros hacer conjeturas, quizás se trate de una ceremonia, pero no abandonen la corte.

—¿Y cómo lo sabéis, Dorotea? ¿Eh? Decidme, ¿cómo sabéis que mi hermana no va a renunciar al cargo que lleva desempeñando desde que dejó su casa... ¡nuestra casa!, en San Gregorio para irse a vivir como señora de una hacienda particular?

Tuve que callar, porque sabía que, si mi señora comenzaba a enojarse, nada podría hacer para serenarla.

Además, entendía perfectamente que su preocupación mayor iba más allá del desconcierto por el cambio de actitud de su hermana. Por lo que Luisa temía era por el destino de su madre, quien, una vez muerta nuestra reina, ya nada tenía que hacer en la corte de los reyes de Castilla.

6

Me enorgullezco de ser persona discreta y nada dada al chismorreo sobre los demás. Así me he mostrado siempre con mi señora y antes igual con la señora De Mendoza, a quien serví durante los tres años que precedieron al cuidado de Luisa Medrano. Es un hecho sabido que nada me aportan ni el regodeo ante las malas experiencias de los otros, ni la envidia hacia sus logros. Nada en absoluto. Así se lo he comentado siempre a Eloísa. ¡Y cómo la extraño! ¿Cuándo regresaremos a nuestra casa en Salamanca? ¿Es que todavía muere gente por la peste?

Pero desde hace unos días me ronda el pensamiento una pregunta que quiero hacerle a mi señora y no estoy segura de que ella quiera contestarme. Me intriga que escriba cartas a su padre muerto, pero aún más me desconcierta que, siguiendo su madre viva, no haga esfuerzos por verla o por siquiera escribirle algo. Se conoce que lo de darle a la pluma no es tarea que le cueste, no ha de ser ése el motivo.

Me habían contado que cuando aún vivía en palacio, la relación entre ambas no era del todo cordial. Yo es que me imagino siempre a los nobles fríos y distantes en su trato con los de su sangre; no sólo me lo imagino, sino que he sido testigo de ello largas temporadas a su cuidado, pero el caso de Luisa me parece distinto y creo que algo tiene que ver con lo de los oscuros problemas de su madre Magdalena con el rey... Eloísa algo me había comentado.

—Que sí, que la Magdalena Bravo es una fresca, dicen. Que en realidad doña Isabel la tenía enfilada, pero seguía en la corte por el propio interés de don Fernando, que frecuentaba su alcoba día sí y día también.

—De los devaneos mujeriles de su majestad ya se sabe... Que lo mismo le da la criada que la primera doncella de su señora. ¿Pero por eso la niña evita a su madre tanto tiempo?

Pensaba que por ser tantos hermanos, algo que no alcanzo a imaginar porque en mi familia éramos sólo tres (y que Dios tenga en su gloria a mis dos hermanos pequeños), a Luisa no debería de preocuparle más que a cualquiera de los otros

el talante casquivano de su madre, menos si se trataba de una relación con el rey de Castilla, ¡y todavía con menor cuidado si se tiene en cuenta que, por entonces, la mujer llevaba viuda más de diez años!

Pero quizás las largas horas en este paraje desolador, el aburrimiento o la pura necesidad de relacionarme con los otros me empujan a conversar con la señora. La busco en su cuarto y, para mi sorpresa, allí no está.

Desde el ventanuco veo a Gaspar, que juega a los dados con un par de aldeanos en el patio trasero. Él podrá decirme dónde está su amo y así descarto que anden juntos de nuevo.

—¡Gaspar! ¡Aquí arriba! —Hago gestos con las manos y pego un par de gritos para llamar su atención hasta que se vuelve y me atiende—. ¿Habéis visto a vuestro señor?

—Haced el favor de dejar de gritar así, Dorotea, u os confundirán con una vulgar criada. —Él y los otros se carcajean a gusto—. Venid hasta aquí si queréis que os escuche. Aunque caballero, no me gusta malgastar el chorro de mi voz.

Este hombre nunca dejará de provocarme con su lengua envenenada. Parecía que iba a poder confiar en él al ser discreto con lo de la carta, pero ¡no hace más que ponerme en ridículo ante los demás! Todavía me guarda rencor por lo sucedido en los comienzos de nuestra «relación», sin duda. Lanzarlo al río quizás fue algo desmesurado y deba pagar por ello, aunque haya pasado el tiempo. En cualquier caso, bajo a ver si me aclara qué sucede.

—Está bien, Gaspar, aquí me tenéis. Ahora responded a mi pregunta, ¿sabéis dónde puedo encontrar a don Fernando?

El criado se levanta del suelo y aparta de una patada una bota de vino vacía. Se acerca a mí y me lleva aparte para comentar, comedido. Noto el olor del vino en su aliento.

—Mi señor y vuestra señora se han ido a recoger moras, Dorotea. No sé si os queda muy claro lo que os quiero decir. —Me guiña un ojo con descaro al tiempo que esboza una sonrisa cómplice esperando que yo se la devuelva. Mi semblante permanece seco como la mojama. ¡A este pieza voy yo a darle confianzas de más! Que soy cuidadora, mas no casquivana—. Debemos ser discretos y no inmiscuirnos en sus asuntos.

—Oléis a vino, Gaspar... No os acerquéis tanto, os lo ruego.

—¿A qué vienen esos remilgos? ¿Es que nunca habéis hablado en voz baja para no llamar la atención? Y sí, se trata de un buen caldo que han rescatado de unas bodegas cercanas. Os recomiendo que lo probéis. No es fácil dar con una joya así teniendo en cuenta las circunstancias. Os aliviaría la rutina de estos días

que adivino ociosa y sin demasiada ocupación, ¿o no, señora?

No doy crédito a lo que este mentecato intenta decirme. Me reservo unos instantes para ver con claridad qué está pasando. ¿Por «ir a coger moras» debo entender algo que no es exactamente acercarse a un arbusto a recoger frutos?

—Gaspar, olvidáis que soy una dama, a pesar de que vuestro amo e incluso mi señora puedan confundiros con sus humillaciones. Me ofende que habléis así y, si es cierto lo que decís, estoy tardando en dar con ellos y obligarlos a regresar. ¡No entiendo por qué no hacéis lo mismo! Tanto vino exquisito y tanto juego acabarán con vos.

—Dorotea, a mí poco me preocupa en qué pase el tiempo mi señor, si con ello está feliz, tranquilo y me permite seguir viviendo y disfrutando de su protección. ¿Por qué no os relajáis y probáis un poco de este vino? Dejad a estos dos que disfruten de la vida mientras les quede juventud... ¡Disfrutad un poco!

—¡No quiero! La señora tiene que estudiar y mantener su honor a salvo.

En cuanto digo esto, Gaspar me propina una palmada en la espalda y regresa junto a sus compañeros de juego. Me quedo sola y oteo el horizonte hasta más allá del granero. Si nadie se ofrece a acompañarme, iré yo misma en su busca.

Si mi señora cedió al pecado con Fernando de Rojas o si no se dejó tentar por sus burdas estrategias de seducción es algo que finalmente no logré comprobar ya que esa misma tarde, de camino al granero, tuve la mala fortuna de tropezar en suelo viscoso y caer de medio lado. Magullé mi costado y calculo que se rompieron varios de mis huesos por el horrible dolor que sentí. Grité yo desesperada, pensando que nadie vendría en mi socorro porque ya me había alejado unos buenos pasos de la granja. Seguía sin tener noticia de mi señora ni de Fernando, pero me entregué al llanto más escandaloso. ¡No podía moverme!

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Que alguien me ayude! ¡Socorro! ¿Hay gente cerca? —Me palpaba el costillar y apenas si lograba respirar sin ver las estrellas y el firmamento entero de puro sufrimiento—. Soy Dorotea, trabajo para los Medrano Bravo, familia de nobles de la ciudad de Soria... ¿Es que no hay un alma que se apiade de esta pobre mujer?

Temí que se hiciera de noche y la oscuridad me encontrara allí perdida, sola y helada. Quién sabe qué criaturas de las que habitan en el bosque podrían acechar y devorarme, ¡brujas y demonios que me llevarían consigo a las puertas del infierno si no conseguía yo moverme!

Cuando empezaba a considerar que mis días terminaban allí entre el lodo, como una cerda recién parida y sin dignidad, noté que algo se movía entre los matojos que había enfrente, no a mucha distancia de donde yo me encontraba.

—¿Quién anda ahí? ¡Ayuda, por favor! ¡Aquí abajo!

De entre el espesor de un arbusto reseco, vi salir a mi señora, ¡a la mismísima Luisa Medrano! Con el cabello revuelto y varias hojas enredadas en su trenza. Nada más verme y saber que era yo quien gritaba y bramaba como una burra agonizante, se echó las manos a la boca y corrió hacia mí para ayudarme a levantarme, pero tal era el dolor que invadía todo mi cuerpo que, en cuanto me puso las manos encima, grité, la horroricé más y, de un salto, volvió a alejarse.

—Pero ¿qué hacéis aquí de esta guisa, Dorotea? ¿No deberíais esperar en la granja? No es seguro que caminéis sola por estos parajes sin que os acompañen.

—¡Ay, Dios Nuestro Señor! ¡Voy a morir aquí mismo! —Deseaba decirle demasiadas cosas, pero mi cuerpo no me respondía—. Andad y ayudadme a regresar, avisad a alguien que venga con una carretilla a recogerme, ¡no logro moverme!

Y del mismo arbusto de donde la vi salir a ella poco antes, aparecía ahora Fernando. Se sacudía el sayo como si se hubiera dedicado a recoger pequeños frutos oscuros de los más escondidos de aquella planta, desde luego. Puede que Gaspar no me mintiera y estos dos se hubieran pasado las últimas horas buscando moras. ¿Por qué no?

Me daba cuenta de que no tenían ninguno de los dos un cesto con ningún tipo de fruto recolectado, pero era un sufrimiento tan grande el mío que no quise contrastar la realidad con mi imaginación. ¡Sólo deseaba que alguien me sacase de allí!

—Debéis quedaros muy quieta, Dorotea. Voy a alzaros yo mismo, pero no quiero terminar de romper nada que en vuestro cuerpo esté casi fracturado. — Fernando estaba a dos palmos de distancia de mí; noté cómo sus manos se escurrían por el barro bajo mi cintura y me agarraban con firmeza—. Si notáis dolor, decídmelo, ¿de acuerdo? Es natural que os duela, pero no quiero forzar nada.

La extraña sensación de dejarme levantar del suelo por un hombre del porte y corpulencia de Fernando fue algo nuevo para mí. En mi cabeza se agolpaban pensamientos enfrentados: «Te está ayudando, en el fondo es un hombre bondadoso», y por otra parte: «No permitas que se propase en sus toqueteos. Recuerda que eres una dama y que tu señora te observa».

—Os encontraremos una buena cama en donde podréis recuperaros, Dorotea. En cuanto durmáis un poco, lo veréis todo de otro color. Yo mismo iré a buscar a un médico, que eso no os preocupe, dejaos descansar.

Fernando caminó conmigo en brazos durante más de una hora, hasta que alcanzamos la granja. Luisa iba a nuestro lado y me sostenía la mano en silencio, un silencio que yo no supe interpretar. Por momentos sentí que perdía el conocimiento, o me dormía de puro mareo por el dolor. Todo el trayecto lo recuerdo como en un sueño extraño, una visión de nosotros tres fuera de donde las circunstancias aceptables debían colocarnos: Luisa se había alejado de la granja con un hombre y yo no había ido con ella; el hombre era Fernando de Rojas, su más persistente pretendiente desde el primer año de residencia en Salamanca. Yo, fuera de mí, había abandonado también la casa en donde el resto de los campesinos velaban por nuestra seguridad y había salido en su busca.

Supuse que aquel desastroso final me lo tenía merecido.

8

Nos deben de quedar pocos días aquí encerrados. Es una sensación que percibo en el ritmo de las personas al entrar y salir de la casa a lo largo del día. Es como si todos, menos yo, que no me puedo mover de este camastro, supieran que ya el aire está renovado y no hay peligro. Están contentos. Tal vez sea simplemente que les envidio porque pueden moverse con libertad, sin tener que pedir ayuda a alguien en todo momento. Puede ser.

Han pasado semanas, no sabría decir cuántas porque los primeros días creí morir de dolor. Efectivamente, Fernando encontró a un estudiante de medicina entre los residentes de una de las granjas de la zona. ¡El pobre estaba exhausto de tanto socorrer a los enfermos! Hubo una mujer que incluso parió durante aquel tiempo y fue preciso que él mismo la ayudara en los trabajos. Por fortuna, no contamos ningún muerto por fiebres de peste, sino por mala alimentación y agotamiento. Ha disminuido la presencia de pulgas y pulgones; llevábamos mucho cuidado en hervir las prendas y darnos baños para eliminar toda suciedad, que ahora, además, podía venir cargada de humores contagiosos.

Y en medio de todo aquel ajetreo, estaba yo con un par de costillas rotas y mi pierna derecha hecha añicos. Bueno, quizás no fuese para tanto: la pierna está entera pero cubierta de pústulas sangrantes tras la caída, que no terminan de cicatrizar. No puedo describir la zozobra de pensar que podía perderla, que me la arrancaban, que toda sangría y todo unguento no servían de nada.

—El emplasto sólo vale si se renueva dos o tres veces al día, señora. Debéis hacerme caso y no moveros.

—¿Vos me pedís que no me mueva? ¿Tenéis idea del esfuerzo titánico que supone para mí girarme a un lado para aliviar mis necesidades fuera de esta cama y con ayuda?

Era un muchacho joven, más zagal que mi señora desde luego. Debía de estar comenzando sus estudios y, aunque se le notaba entusiasmado por poner en práctica lo poco que sabía, no me daba demasiada confianza. Yo me dejaba curar de todas formas. Cualquiera cosa era mejor que ver a mi pobre pierna lejos de mí.

Mi señora me ha acompañado durante largos días y estoy en deuda con ella. A partir de este momento, entre ella y yo se ha forjado una nueva alianza que nada ni nadie va a romper. Aquellas dudas, aquellas sospechas absurdas que yo tenía respecto a su relación con su madre, doña Magdalena, han perdido todo interés para mí. No necesito saber más: Luisa Medrano se ha preocupado por cuidarme cuando no tenía por qué hacerlo y eso merece mis respetos.

¿O tal vez sí tenía un motivo para estar a buenas conmigo?

A veces se me ocurre, cuando me dejan sola y no tengo otro entretenimiento que mirar al techo, que mi señora se arrepiente de haber llevado una conducta poco decente en sus relaciones con el bachiller y que, por eso, al saberse descubierta por mí aquella tarde, trata de comprar mi silencio con cuidados. Pero está errada. De cabo a rabo. En realidad, la tarde de mi accidente yo no vi nada; podrían hacerse mil conjeturas pero ver, ver... lo que se dice «ser testigo», yo no lo fui.

El caso es que ella no lo sabe.

La techumbre de la habitación es de color oscuro. Las vigas parecen una cuadrícula de madera que a veces me recuerdan el propio suelo de la casa. Sé que puedo quedarme dormida mientras observo las líneas oscuras; veo en él el espacio que ocupan los enseres de la habitación, los muebles, la vida... pero vacío. Es una curiosa manera de observar la realidad, invirtiéndola. Muchas veces he oído a Luisa contar las historias de su infancia en San Gregorio y de todo el tiempo que había pasado en el prado que la rodeaba. Allí, en la hierba, se tumbaba junto a su hermano Luis y juntos miraban, sin otro motivo más que imaginar, las nubes que pasaban por el cielo. A esas nubes les atribuían formas animadas como de héroes fabulosos y así se pasaban las horas, a veces.

Me doy cuenta de lo diferente que es mi señora cuando habla de esos recuerdos. ¿Es que mirar al cielo durante horas es un entretenimiento normal para un chiquillo? Yo me aburro increíblemente aquí encerrada y no puedo hacer otra cosa, pero un niño... un niño es diferente. Imagino que ella y yo no tenemos nada en común y que, por mucho que me empeñe, no lograré entenderla. Tampoco quiero hacerlo. Debo limitarme a estar a su lado, y punto.

Quizás con la llegada de su hermano se le apacigüe el carácter y quiera conocer gente, hacer más vida con otras personas y no sólo sus libros y Fernando.

La grave voz del señor, desde la cocina en la planta baja, me saca de mi ensimismamiento.

—¿Es eso cierto? ¿Se ha levantado la veda para regresar a Salamanca? No veo

la hora de tomar de nuevo nuestra casa con nuestras pertenencias.

Si es que tengo una intuición que bien me valdría el oro de varios reinos. No me equivocaba: regresamos a mi añorada ciudad. La señora debe de andar loca preparándolo todo. En cuanto los escucho, me sumo al revuelo y grito para que alguien suba a informarme:

—¡Hola! ¡Aquí! ¿Puede alguien subir a traerme noticias de lo que está pasando?

No bien acabo de lanzar mi llamamiento, se abre la puerta y entra Gaspar con una amplia sonrisa dibujada en el rostro. Despliega los brazos a ambos lados de su cuerpo y me anuncia que volvemos a casa.

—¡Por fin, Dorotea! Las aguas vuelven a su cauce y nos ponemos en marcha para recuperar nuestros hogares en las próximas horas, ¿no estáis entusiasmada?

Desde mi cama, envuelta en los lienzos de una moribunda y sin poder mover apenas la pierna derecha, le digo que sí, que me alegro, naturalmente, pero que no veo fácil mi traslado hasta la casa de los Medrano dadas mis circunstancias.

—¡Eso no será un problema, Dorotea querida! No os ahoguéis en una copa de agua. Os alzaremos en brazos, como solemos, y os colocaremos en una litera para que uno de los carros os conduzca a vos y a vuestra señora a nuestro destino. —Gaspar se expresa con guasona zalamería. ¿«Os alzaremos en brazos como solemos», ha dicho? No puedo creerme que me hable de ese modo—. Tan simple como eso. Estar cómodos de nuevo entre nuestros enseres. Lo imagino y un escalofrío de satisfacción me recorre el espinazo. La vida agreste acaba con mi paciencia.

Alguien trota escaleras arriba hasta alcanzar la puerta de mi cuarto y entra en él de sopetón. Es Luisa, que, igual que una niña en mitad de su fiesta, no para de dar saltitos y palmadas de pura emoción. Tras ella llegan Fernando y un mozo que reconozco como el menor de los dueños de la granja y que se dirige al bachiller en estos términos:

—Vengo de allí, señor. He sabido por un amigo que sirve a un estudiante del colegio que las clases en la universidad van a reanudarse pronto. —El muchacho lanza a gritos la información. Quiere que toda la granja se haga eco del suceso porque en el fondo, al ser propiedad de su familia, ya están todos un poco hartos de la situación.

—¿Habéis oído, Dorotea? En casa terminaréis de recuperaros. —Me toma una mano y la besa. Luego se gira para dirigirse de nuevo al mensajero—: Pero ¿creéis que podremos volver sin riesgo a las aulas? ¿Os han dicho cuándo exactamente?

Luisa no puede contener el entusiasmo de saberse de vuelta en las Escuelas. Está a un paso de licenciarse y la tregua obligada de la peste no ha hecho más que multiplicar sus ansias.

—Me dice mi amigo que Antonio de Nebrija lleva unas semanas recorriendo los pasillos del centro y que, con total seguridad, se podrá regresar a las clases la próxima semana, señora. Nebrija ha sido llamado por Cisneros a su fundación en Alcalá de Henares y, como va a quedarse su cátedra desocupada, se habla de una nueva convocatoria para cubrirla.

Fernando y ella se miran en cuanto el mozo termina de pronunciar sus noticias. Es todo demasiado bueno para ser cierto. Parece que se abre de nuevo el cielo de Salamanca y que hay oportunidad de regresar por el camino que mi señora había tomado cinco años antes.

Es hora de recoger nuestros bártulos y ponerse en marcha.

Hemos vuelto a la ciudad. Me decido a echar cuentas y finalmente nuestra estancia en San Pedro de Rozados ha durado casi un año. Hemos pasado las cuatro estaciones allí, con alegrías y dificultades. Mi salud es frágil ahora. Puedo mover el tronco y los brazos casi sin dificultad, pero las piernas me atormentan y la que tengo magullada aún sigue con un par de heridas abiertas y bastantes costras.

El viaje fue tedioso y las incomodidades de estar casi rígida en una litera hicieron aún más embarazosa la situación para mí, pero acepté resignada las circunstancias. Fernando y Gaspar me ayudaron a situarme al fondo del carruaje, ocupando mi señora y nuestros objetos personales (en su mayor parte, libros envueltos en varios fardos extremadamente pesados) el espacio restante, que no era mucho.

—Aquí estaréis bien, Dorotea. Debemos amarraros a la camilla porque, de lo contrario, el traqueteo podría dar con vuestros huesos en el suelo y las consecuencias serían fatales. —Gaspar me pasaba unas cintas por la cadera con sumo cuidado. Temía dañarme y esperaba no tocar allí donde no era discreto hacerlo—. Avisad de cualquier cosa que os haga falta, ¿de acuerdo? Nuestro carro seguirá al paso al vuestro y podemos detenernos si es necesario, no hay prisas.

Yo aproveché el viaje para conversar con mi señora, que, a ratos, me miraba y dejaba de contemplar el paisaje, sumida en el monótono traqueteo.

—No tengo palabras de agradecimiento por el cuidado que habéis tenido conmigo, señora. Ha habido momentos en los que he llegado a sentir que invertíais los papeles en nuestra relación de ama y criada, y eso resulta algo inaudito, desconocido para mí.

Le hago saber que tengo un conocimiento cabal de los esfuerzos a los que se enfrentó durante la cuarentena en la granja. Ella bien sabe a cambio de qué me ha ofrecido esos cuidados y que somos por tanto amigas y aliadas.

Con ésas ya vemos Salamanca en el horizonte, lo que nos arrebató el corazón.

Sin embargo, el espectáculo con que topamos al cruzar el puente romano me eriza la piel. Pese a encontrarme al fondo de nuestro habitáculo, un ventanuco en la lona que cubre el coche me deja entrever las vistas que se despliegan al otro lado. La ciudad se hunde en un silencio devastador, que sólo se ve quebrado por el chasquido de las ruedas al abrirse paso hacia las calles principales. Los carruajes sortean los trazados sobre la piedra y los caballos, hambrientos y agotados, parece que desfallezcan al cruzar de losa en losa.

Volver a la casa es algo extraño también. Habíamos dejado todo cubierto con telas, porque no sabíamos cuánto tiempo iba a durar nuestro retiro y, aun así, tras un año ausentes, la suciedad todo lo ha invadido.

—Espero que el servicio se organice cuanto antes para que todo esté listo antes de la llegada de Luis... ¡No puede encontrarse con este desastre! Regresaría a San Gregorio sin mediar palabra. Le conozco y es muy quisquilloso.

—Tratad de mantener la calma, señora. Todavía tenemos que recuperarnos nosotros antes de volver a la faena. No podéis exigir a los criados que se pongan a trabajar inmediatamente. Además, ¿vuestro hermano no llega para el comienzo del nuevo curso? Pues aún estamos en agosto y hasta San Lucas no hay urgencia.

La noto más nerviosa, más pendiente de que todo esté en orden y bien dispuesto que de retomar sus hábitos de estudio. Resulta desconcertante. Si en la granja no hacía más que lamentarse de la falta de un espacio para sus libros, sus apuntes y sus decenas de útiles de escritura, ahora que hemos vuelto no la reconozco; la muchacha está dispersa. Como que su pensamiento se entretiene en otros asuntos alejados de la universidad...

Una semana después de nuestra llegada ya soy capaz de levantarme y caminar con el apoyo de dos muletas. ¡Todo un logro del que presumo en cuanto hay oportunidad!

—Y si hago un poco más de esfuerzo en la pierna sana, hasta puedo moverme usando sólo la muleta derecha, ¿habéis visto? ¿No os parece increíble que ya camine? Señora, esto es como volver a nacer y dar mis primeros pasos de nuevo.

Voy hasta su cuarto de estudio y regreso a la cámara principal, en una práctica de ejercicio que me desentumece los miembros y me da vitalidad. Ella casi no me mira. Sonríe con desgana en cuanto reconoce que su aya vuelve a manejarse por sí misma, pero ni de lejos está todo lo contenta que yo hubiera imaginado.

—No voy a insistiros en esto, señora, pero debéis subir esos ánimos o decirme a qué se debe vuestra languidez. ¿Es que no somos amigas acaso? ¿Ya no confiáis en mí para revelarme vuestros secretos?

—Sí que confío, Dorotea. La misma duda me hiere. Es sólo que necesito recuperar todo el tiempo que se malgastó con la cuarentena. Estoy a punto de finalizar mi titulación y, con mi hermano cerca, tal vez sea todo distinto y yo pierda el buen ritmo que he llevado hasta ahora.

Desde luego que mi señora tiene un don especial para encontrar preocupaciones donde no las hay: ella las inventa, las vuelve reales y deja que la perjudiquen con total genialidad.

El asunto es que así se pasan los días y, en una jornada de las que me veo lista para salir a la calle, me encuentro con el coche de Luis Medrano y su séquito al completo, que llegan para instalarse en casa. Desde la verja veo acercarse por la estrecha y empinada calle lo que más se parece a una comitiva real que a un carruaje propio de un estudiante. Los caballos se detienen y, por la portezuela, asoma la figura menuda y algo encorvada de un sonriente joven.

—¿Dorotea? ¡Oh, sin duda sois vos! Me han dicho que os encontraría ya casi recuperada y caminando a vuestras anchas. ¿Cómo os encontráis? ¿Está mi hermana dentro?

Me llama la atención su desparpajo al saberse reconocido, pese a que era la primera vez que lo veía en la vida.

—Sois Luis Medrano, ¿verdad? Dorotea Martínez, para servirle, señor. —La reverencia con una pierna que casi no podía doblar me queda un poco confusa, pero es más de lo que ese engreído se merece, en todo caso—. La señora está en su alcoba, señor. Podéis pasar, os recibirá encantada, ¡no sabíamos que llegaríais tan temprano! —Luis cruza por delante de mí y atraviesa el umbral sin mediar palabra. Tengo que gritarle desde lejos—: ¡Y, señor, en esta casa tenemos un servicio de criados muy diligente! ¡No era necesario que os trajerais a todo el cuerpo de sirvientes de San Gregorio!

Enseguida la casa se convierte en un completo caos de risas, gritos y palmadas. Los dos hermanos, sin duda los más unidos de la familia durante la infancia, han permanecido absolutamente ignorantes el uno del otro durante un tiempo demasiado largo. Luisa cuenta los días para el inicio del curso y su hermano llega para ayudarle a acortar esa espera. Deben de tener muchas cosas que contarse y, de momento, diríase que no hacen más que explicárselas a voces, a juzgar por la escandalera que arman.

Prosigo mi paseo y aprovecho para observar de cerca su nutrido grupo de sirvientes. Entre todos no me llegan los dedos de ambas manos y calculo que alguno se ha escapado a mi recuento. Es un alivio ser capaz de alcanzar la puerta de los vecinos, por fin. Eloísa me espera al otro lado y estoy deseando compartir

con ella todo lo que ha sucedido últimamente.

Eloísa me comprende y sabe que no soy nada dada a las habladurías.

Almarza, Soria
(Reino de Castilla)
1527

—Hija mía, han pasado demasiadas cosas desde que dejé de servir a sus majestades. El tiempo que dediqué a cuidar de la señora fue una etapa maravillosa en la que aprendí mucho. Cuando vuestra hermana se casó con Fernando de Roxas... Bueno, aquello lo cambió todo, claramente, pero yo fui muy feliz al irme a vivir con ellos.

Magdalena remueve las aguas de un pasado que todavía no se ha asentado en la mente de Luisa. Sin embargo, es ella quien le pregunta, quien quiere saber más de por qué lo hizo y qué razones tenía para «huir» de la corte, si es que podía emplear ese término para expresar lo que hizo al marchar de allí.

—No os gustaba la sucesora de doña Isabel, ¿verdad? ¿Es eso?

—Germana de Foix no le hacía ninguna sombra a su majestad doña Isabel de Castilla, y eso es algo en lo que muchos podían darme la razón. Para servir como dueña una debe apreciar a su superior porque a ella se consagran sus días y sus noches. Si no podéis respetarla, lo más prudente es abandonar.

Luisa calla, y esta vez no es porque le falte la voz, o porque el aire le lastime al llenar sus pulmones; no quiere enfrentarse a su madre, aunque sabe que le está mintiendo. No le está contando toda la verdad, y eso le duele más que todas las enfermedades de este mundo.

SALAMANCA
(REINO DE CASTILLA)
1508

1

Luisa, mi hermana Luisa, llega a los veinticuatro años como licenciada en gramática y retórica, dos disciplinas que se ejercen más por vocación por parte del profesor, que por lucro, hijas de la pasión por la lectura. Se siente plena, colmada tras un camino de esfuerzo y sacrificio del cual se vanagloria; lo ha logrado. Pese a las dificultades, Luisa se ha presentado a todas las pruebas para la obtención de su título. Debo sentirme orgulloso. Es mi obligación como hermano.

Pero a pesar de todo, no lo estoy.

Mentiría si dijese que me hace feliz verla laureada por sus éxitos académicos: siento una inconfesable envidia que me corroee y me destruye por dentro, ésa es la verdad. Quisiera yo lograr los éxitos que ella celebra, pero de otro modo y con mayor ambición, que mi hermana, en el fondo, se conforma con impartir clases y yo, sin embargo, ambiciono la máxima autoridad académica. Cuando éramos niños, resultaba todo más sencillo, nuestra relación se diluía entre las clases con Pedro y los juegos en el jardín. Luisa y yo hemos sido nuestra propia sombra hasta el día en que ella se unió a la corte de sus majestades. En ese momento, todo cambió, pero ella parece no haberse dado cuenta de lo pequeño que me hace sentir su actitud teñida de superioridad intelectual. Luisa, en realidad, no hace sino ocultar mis logros y disminuir mis esfuerzos.

He proseguido con el estudio y el trabajo. Las palabras de Pedro de la Rhúa no sólo iluminaron el camino de Luisa, sino también el mío.

—Pensad que estáis más que preparado para incorporaros al curso que de verdad os interese. No os dejéis influir por vuestra hermana, porque ella es de otra pasta y lo ha sido desde niña. Luisa, además, está a punto de terminar un recorrido que vos vais a comenzar ahora, y ya no partís del mismo sitio. Sabedlo y asumidlo.

Eso me contaba mi maestro, el bueno de Pedro, que tuvo el buen tino de saber exprimir todas mis capacidades en los años en los que nos quedamos solos, sin ella, años en los que yo acudía a su casa a que me impartiera sus lecciones en

lugar de contarse él entre los trabajadores de San Gregorio. Mi abuela no lo habría tolerado ni un día más entre nosotros.

El pobre Pedro. ¿Quién sabe qué alocado ritmo de vida llevará y con qué turbias compañías se dejará ver en las calles de Soria? Desde la muerte de su madre, me constaba que yo le imponía cierto orden y sana rutina a sus días, pero ahora que está otra vez sin ocupación, dudo mucho que haya encontrado otro pupilo que lo enderece.

Y ya se sabe (porque en los pueblos se acaba sabiendo todo) que no es al trabajo a lo que se consagra Pedro de la Rhúa cuando tiene monedas en el bolsillo y sangre caliente fluyendo por sus venas.

Así que, con éstas, me he venido hasta la ciudad dorada, intimidado por la universidad y por moverme en un terreno ignoto para mí. Menos mal que para asuntos de la rutina me acompañan mis criados de confianza y, poco a poco, encuentro acomodo en esta que ya puedo denominar «mi plaza».

Tomo ejemplo de mi hermana, aunque sólo la calco en la conducta que considero más interesante y descarto sus extravagancias y manías. En los últimos meses las aulas han estado cuajadas de una enorme tensión entre alumnos y profesores. Debido a la interrupción de las clases por la cuarentena, y lo que se ha tardado en retomar el ritmo habitual, la mayoría de los matriculados recibieron los exámenes con ansiedad, los sentían precipitados. Muchos suspendieron por falta de preparación. Obviamente, Luisa no ha estado entre ellos.

Antes de ese momento mágico en que se ha consagrado con su título, cada mañana, desde recién comenzado el período de exámenes, ha acudido al aula en donde se dan cita los alumnos de su curso que optan a las pruebas, como si de una religiosa en pos de la oración más ferviente se tratase. Luisa y yo despertábamos poco antes del amanecer y tomábamos un desayuno ligero, un vaso de leche y un poco de pan; repasábamos declinaciones y verbos de camino a las Escuelas, pasábamos entre las aulas todo el día y parábamos durante una hora, más o menos, para comer algo a media tarde. La nueva distribución de los espacios en las Escuelas Mayores ha complicado nuestra rutina de estudio en la biblioteca, pero aun así Luisa encontró acomodo en los bancos del pasillo, en las aulas que se vaciaban en cuanto el último estudiante las abandonaba. Cualquier rincón ha sido más que suficiente. Ella ha luchado por alcanzar una meta en la que no necesita del apoyo de nadie, tampoco el mío.

—Limítate a asistir a las clases y verás lo poco que te cunde el estudio, Luis. Debes hacer horas extraordinarias, acostumbrarte a buscar tiempo para repasar y

fijar conceptos día sí y día también. —Así me aleccionaba como estudiante aventajada—. Mira lo bien que aprovecho yo mis jornadas.

—Luisa, tus jornadas no son más que puro sacrificio. No hablas con nadie ni te veo disfrutar de ningún otro divertimento. Ahora que eres joven es cuando más deberías aprovechar.

—Pero ¿cómo voy a hacerlo si los exámenes están al caer? ¿Tienes idea de lo que se exige de un estudiante para recibir su título con honores? Esto no son las clases de Pedro de la Rhúa, Luis, esto es la Universidad de Salamanca, y más vale que te apliques o durarás poco entre sus pasillos.

Me hablaba con dureza y podía entender hasta cierto punto su profunda inquietud. Era muy difícil el trance por el que pasaba mi hermana, pero, al fin y al cabo, era el que siempre había deseado: estaba a punto de conseguir su sueño.

Opté por dejarla a su aire la mayor parte del tiempo y así es como ha llegado a sus exámenes y como los ha aprobado todos con el reconocimiento merecido. No obstante, sospechaba que algo me ocultaba y no he tardado mucho en averiguarlo.

Mi hermana tiene un amante y me ha llevado apenas un mes saber que se trata del bachiller Fernando de Rojas. Lo he intuido al percatarme de cómo se escabulle a última hora de la tarde, antes de que yo salga de las Escuelas, y regresa a casa a tiempo de que yo la encuentre allí al volver. El día en que, por sentirme algo indispuerto, llegué antes y descubrí su ausencia, no dudé en preguntarle al aya Dorotea.

—¿No ha llegado mi hermana todavía? Pensé que ya estaría en casa a esas horas. Estaba convencido de que era al caer la noche, cuando mejor se concentraba. ¿Sabéis dónde se encuentra, Dorotea? —Debí de poner en un brete a su fiel sirvienta, porque no acertó a responder con naturalidad y comenzó a dar pasos rápidos por la habitación, demasiado rápidos para una pierna enclenque tras el fatal accidente en San Pedro de Rozados—. ¿Pasa algo? Por el amor de Dios, ¡calmaos y dejad de dar vueltas como un chucho, Dorotea!

—No, señor... No es eso. Que me siento mejor si camino y muevo mis maltratados huesos. No os preocupéis. El caso es que vuestra hermana ha tenido que salir y no me ha dicho adónde... ¿Vos os encontráis bien? Estáis un poco pálido, señor. De haber sabido que veníais tan temprano, os tendría algún refrigerio dispuesto.

Estaba claro que trataba de cambiar de tema. Sus mejillas se ruborizaban de puro sofoco.

—Dorotea, no hace falta que me mintáis. Sé que Luisa disimula, que me

oculta algo. Se comporta de un modo que no reconozco y ya no son suficiente excusa las pruebas finales. —Hablé sin ambigüedades, con autoridad—. Os exijo que me digáis dónde está mi hermana o tendréis que ateneros a las consecuencias.

Ante aquella amenaza, el aya se amedrentó y hubo de confesar lo que sabía, que se remontaba a la estancia en la granja durante la cuarentena. No podía estar más sorprendido y decepcionado respecto a Luisa. Me di cuenta entonces de que descubrir sus ocultos amores abría en mí una mecha de ávida curiosidad, así que, entre lo que urdí junto a Dorotea y mi propia pericia, me esforcé por saber más.

Al parecer, desde que habían regresado de la granja, en donde ambos amantes se habían entregado al fornicio sin comedimiento, Luisa encontraba a Fernando distante. Evitaba reunirse con ella con la frecuencia que solía hacerlo al principio. Lo buscaba en su casa al caer el sol, cuando la noche llama a los amantes clandestinos y a los amigos a contarse confidencias, y sólo en contadas ocasiones podía disfrutar de una velada juntos. Solía encontrarse con su criado, que le abría la puerta y la invitaba a protegerse del frío y la oscuridad que asolaban las calles vacías.

—Fernando no se encuentra en casa, señora. Siento decirlo que hoy llegaré tarde, ¿puedo ofreceros algo de comer o de beber? No son horas para que una dama vague por la ciudad. Es peligroso... ¿Queréis que os acompañe de regreso?

Pero Luisa siempre rechazaba educadamente su ofrecimiento. Buscaba a su caballero y constataba que aquél la evitaba de continuo.

—Gracias, Gaspar, pero no es necesario. Estas calles ya no son amenazantes para quien las ha recorrido tantas veces. ¿Le diréis a vuestro amo que he venido?

—Sin duda, señora. Como queráis.

El bachiller había querido volver a escribir y se entregaba a ello prácticamente todas las noches. Sólo unas pocas se las reservaba a Luisa y, por más que revolviere ella en una u otra justificación, lo cierto era que no hallaba excusa para sus desprecios. Su amado la rechazaba, ya no existía ese deseo descontrolado que arrastraba a los dos durante los inicios de la relación, al menos no brotaba de la misma forma por ambas partes y mi hermana lo sufría.

—La señora se lamenta cada noche por no poder verlo. —Dorotea despliega ante mí la punzante verdad—. Se siente muy sola, don Luis, y no halla consuelo ni siquiera en el estudio.

Pero ¿cómo podía yo ayudarla? ¿Especialmente si no me confiaba sus cuitas? Luisa se siente sola, pero ha decidido que yo no debo saber qué le preocupa.

2

Tras las confidencias del aya, me propongo hablar claro con Luisa. Descubrir su comportamiento disoluto, sus hábitos pecaminosos y clandestinos, me ha dejado tan estupefacto, tan indignado que no logro concentrar mis esfuerzos en las clases. Pienso que animarla a sincerarse conmigo e intentar disuadirla de su idea de continuar en la universidad puede ser una buena idea: alejarla de aquí, separarla de la presencia nociva de Fernando de Rojas, e intentar que se case con un caballero y tenga su propia familia, como Catalina. Nuestra hermana mayor ha sido siempre ejemplo de unas virtudes que, a medida que pasan los años, parece que Luisa rechace con más intensidad: el trabajo al servicio de los reyes, la entrega a la vida familiar... Nada de eso interesa a mi hermana la estudiante, la testaruda, la ambiciosa, la individual.

La encuentro reclinada sobre un atril en una de las mesas más escondidas de la biblioteca de las Escuelas Mayores; salpicados por la enorme sala, hay estudiantes afanados con diferentes tareas silenciosas. No quiero molestar, pero debo hablar con ella. Me acerco y con un susurro le pido que se tome un descanso y venga a conversar conmigo.

—¿Tiene que ser ahora mismo, Luis? Estoy traduciendo un pasaje muy difícil y temo perder el hilo si lo abandono ahora. —Levanta la cabeza molesta, pero ante mi firmeza cede—. Está bien, espero que no nos lleve mucho tiempo.

Fuera, en un luminoso pasillo, nos sentamos en uno de los bancos y, con la frialdad de la piedra, le digo:

—Deberías plantarte, Luisa. ¿No es suficiente con la titulación que has recibido? ¿Por qué insistes en seguir adelante? ¿Qué pretendes?

—Pero, bueno, qué atrevimiento, Luis. No puedo creer que seas tú precisamente quien me venga con éstas... Sabes de sobra que, desde que tengo uso de razón, la vida me lleva a estudiar como único cometido y que no cesaré hasta alcanzar una plaza en la universidad y ejercer como profesora. Si no eres tú como hermano mío quien mejor lo recuerda y quien me apoye, desde luego que ya no sé en quién puedo confiar.

Oír aquello me hierve la sangre y me enfurece. ¿Cómo puede ser tan hipócrita? Resulta que es ella quien me echa en cara que sea yo indigno de confianza, cuando lleva meses revolcándose en el pecado.

—¿Que en mí no puedes confiar? ¿Y eres tú, Luisa, la que afirma ser honesta conmigo? —La agarro del brazo con una violencia extraña, descontrolada e impropia de mí. De un tirón la zarandeo y la obligo a ponerse de pie. Los pocos que atraviesan el corredor rumbo a la biblioteca nos miran con desconfianza al pasar a nuestro lado; conocen nuestro parentesco—. Luisa, ¡Santo Dios! Has mancillado tu honor con ese bachiller de tres al cuarto, ¡me lo has ocultado durante meses! ¿Cómo quieres que me sienta? ¿Cómo te atreves a acusarme de desconfianza, siendo tú quien me ha traicionado? ¿Es que no te das cuenta? Arrepíentete ahora y encauza tu vida por un camino nuevo, estás a tiempo. —Se me quiebra la voz—. Vales mucho, Luisa. No lo echés a perder, tú no.

La suelto y se deja caer en el asiento, derrotada por mis acusaciones. Luisa no me contesta: se acurruca sobre sus rodillas y emite un grito de dolor que resuena en las paredes del pasillo, en los techos y más allá del patio del claustro. Yo la abrazo y le susurro que se calme, que nada malo le va a pasar, que yo no voy a permitirlo, porque soy su hermano. Llora sobre mi hombro y sus lágrimas se mezclan con las mías.

—Todo se vuelve en mi contra ahora que por fin llego adonde siempre había deseado, Luis. No sé a qué se debe: ha sido un camino largo, espinoso y al final me encuentro agotada, sin ánimo alguno... No puedo más.

—¡No, Luisa! No vuelvas a decir que es el final. Piensa que es el comienzo de una nueva etapa. Tus sueños eran casi imposibles, ¡y lo has logrado!

Se me ocurre que lo mejor para ella puedan ser unas semanas lejos de las aulas. Ahora que las Escuelas se cierran desde la Natividad de Nuestra Señora hasta San Lucas, le propongo que vayamos a casa de Catalina.

—¿Qué te parece si viajamos juntos? Nada nos vendrá mejor para recuperar las fuerzas que pasar unos días con madre. Seguro que recobras tu ímpetu habitual... ¿Y no te intriga saber cómo es la vida de casada de Catalina, en qué dama se ha convertido?

Con el borbotón de mis palabras, que buscan consolarla, también quiero persuadirla de que un futuro familiar también es posible para ella, que pueda olvidar a su esquivo amante y que trate de encontrar a un hombre bueno que la quiera como esposa.

La reacción de Luisa se reduce a un amago de sonrisa y un abrazo con el que quiero comprender que su respuesta es «Sí», que podrá soportar estar lejos de

Salamanca y de él un mes entero. No logro que se quite de encima esa idea de obtener una plaza como profesora. Todas las energías que pueda conseguir de madre y de Catalina siguen siendo pocas para lo que se le viene encima, pero prefiere no dejar más cabos sueltos tras de sí.

La ayudo a recoger sus bártulos en la biblioteca y abandonamos el claustro para regresar a casa.

A la tarde siguiente, en la víspera de nuestro viaje a Alcalá y una vez preparado el equipaje, veo a Luisa dispuesta a salir a la calle.

—¿Vas a la biblioteca?

—Sólo un rato, Luis. Volveré pronto. Creo que me he dejado mi cartapacio sobre la mesa.

Curioso, decido seguirla sin que me vea. Parece que camine a las Escuelas, pero en vez de dirigirse a la biblioteca, vira sus pasos hasta el claustro de profesores. Antes de marcharse un largo mes fuera de Salamanca, intuyo que quiere informarse de ese rumor sobre la nueva plaza para la cátedra del maestro Nebrija.

Probablemente piense en consultarle al consiliario don Mateo. Siempre está al tanto de las últimas noticias especialmente las que afectan a la provisión de cátedras. Si hay efectivamente vacantes, antes de que fueran a publicarse, él tendría que conocerlas de sobra. En varias ocasiones habíamos oído que las lecciones de oposición se asignan siempre con pocos días de antelación, de modo que cuanto antes tenga la certeza de que existe esa plaza, antes podrá disponerse a estudiar en profundidad la posible materia a examen.

En estas reflexiones estoy, mientras la observo a distancia cuando por fin llego al edificio principal de las Escuelas y oigo que alguien la llama por su nombre.

—¡Señora Luisa Medrano! No os imaginaba a estas horas en la facultad. ¡Ha pasado mucho tiempo! Me alegra ver que estáis sana y con el título de licenciada en vuestro haber. Mis más sinceras felicitaciones.

Ante ella, se encuentra un joven de unos veinte años. Es rubio, de una tez tan pálida y tan delicada que recuerda a los germanos. Le dirige con satisfacción palabras de cordialidad. Deben de ser amigos o al menos conocidos de la universidad de los años pasados. No parece que Luisa lo reconozca de inmediato, sumida como estaba en sus pensamientos. Aunque, a renglón seguido, le brilla la mirada:

—¡Alonso! Desde luego que sí, es una alegría veros por aquí. Hemos estado en una granja de San Pedro de Rozados casi un año entero por la peste. Aquí no había nada que hacer.

No menciona a quien le ofreció refugio a ella y a su aya. Está obligada a no hacerlo. El tal Alonso no parece de confianza y si alguna vez había vuelto a ver su figura por los pasillos, me atrevo a suponer que no se hubiera detenido a saludarlo.

—No, claro, se cerró la universidad, lógicamente. Clases suspendidas y pagas suprimidas también. No ha sido fácil salir adelante, pero conservamos la salud, que es lo importante.

De lo que deduzco que se trata de un trabajador de las Escuelas. ¿Un bedel, quizás? ¿Administrador? ¿Contador? ¿Mayordomo? En cualquiera de los casos, casi es un milagro comprobar que aquel joven de aspecto debilucho hubiera sobrevivido a la hambruna de los últimos meses si era cierto que se había quedado en la ciudad. Luisa sonrío y pregunta con cortesía:

—Isabel me habló de vos en una de sus últimas cartas, antes de la peste, sin duda... Seguís en contacto con ella, ¿no es cierto?

¿Isabel? Mi hermana se refiere con total probabilidad a la hija del impresor alemán, Isabel de Basilea, esa amiga a quien estuvo tan unida en la corte. Poco a poco, todo me encaja.

—¡No sólo eso, señora! Isabel y yo mantenemos un fluido intercambio de mensajes en los que nos confiamos nuestro día a día. Pronto me trasladaré a Burgos para ayudar en el taller de su padre. ¿Es que acaso no habéis tenido noticia de ello? Me sorprende. Ella está tan entusiasmada como yo...

Debe de tratarse de una gran noticia. Luisa se alegra por su amiga y también por la fortuna del muchacho, que, además de un afecto más que evidente hacia Isabel, da muestras de un gran interés en el oficio de la imprenta.

—Espero tener ocasión de viajar a Burgos pronto. Os veré por allí, trabajando hombro con hombro con Fadrique. Enhorabuena. —Veo que abraza a Alonso y, sin más dilación, aprovecha el encuentro para preguntarle por el asunto que tanto la preocupa—. A propósito, ¿sabéis dónde puedo informarme sobre la provisión de las próximas cátedras?

El sistema es poco fiable en cuanto a la imparcialidad de los miembros del tribunal evaluador, pero, en cualquier caso, mi hermana quiere cerciorarse de que existe una vacante para la cátedra de su maestro Antonio de Nebrija.

Alonso la toma por el brazo y le indica que se acerque al hueco que queda entre la columna y la puerta que da al patio trasero. Debe hablarle con discreción. Yo me aproximo y me aseguro de que siguen sin verme.

—La hay, señora Medrano. Os confirmo con total seguridad que pronto, lo más tardar para el próximo mes de octubre, se anunciará una plaza para que se

sustituya al maestro. Como ya sabéis, lleva ausente más de cuatro meses y no es de recibo mantener ese puesto desocupado. Volved para entonces a informaros. La convocatoria se hace pública y hay que presentarse cuanto antes. Si estáis en la ciudad, y todavía permanezco aquí, yo mismo me encargaré de avisaros.

—Os lo agradezco muchísimo, Alonso. Recuerdo más o menos el temario del curso, pero imagino que se tratará de un procedimiento algo más complejo. Dos días antes, ¿me equivoco?

—La lección de oposición se asigna un día antes, por eso debéis estar aquí con tiempo suficiente para presentar vuestra candidatura. Normalmente son tres o cuatro textos los que el rector propone y el libro se escoge al azar. De esos temas, el aspirante toma uno y lo prepara durante un día y una noche... tiempo más que suficiente para vos, que seguramente lleváis las lecciones al día.

—¡Nada de eso, Alonso, ojalá! Os equivocáis. La obligada cuarentena terminó por alterar completamente mi rutina diaria y han sido estas últimas semanas las que me han devuelto a los hábitos que solía.

—Sois demasiado modesta, señora. Qué buen ejemplo seríais para tantos estudiantes rezagados que crecen como las setas por aquí.

Tiene que estar feliz Luisa con su averiguación. Ya no le hace falta saber más y así podrá regresar a casa y terminar de aprovisionar el equipaje para nuestro viaje.

—Muchísimas gracias, Alonso. Espero veros pronto y contad conmigo para el mes de octubre. Si aún seguís por aquí, ¡me veréis peleando denodadamente por la cátedra!

Veo que se despiden con afecto. Luisa da media vuelta y no me da tiempo de ocultarme bien. Debo salir de detrás del árbol y hacerme el encontradizo con ella o sospechará de mi presencia allí. Con descuido me giro hacia ella y le regalo la versión más sorprendida de mí mismo en cuanto le oigo decir:

—Al final has venido. Te dije que no iba a tardar mucho.

La noto sorprendentemente aliviada. Las noticias la han llenado de ilusión, como si hubiera recibido un obsequio o fuera fiesta de guardar. Pienso que lo mejor será decirle parte de la verdad.

—Me imaginé que estarías aquí, Luisa. He escuchado parte de tu conversación con ese muchacho, ¿de quién se trata?

—¿Es que me has estado espiando? —Me guiña un ojo mientras me da una palmada nada habitual entre los gestos de mi hermana. ¡Desde luego que la noticia le ha mudado el ánimo!—. Es Alonso de Melgar, un viejo conocido; colabora con el contador en las tareas administrativas y los procesos de

matrícula. Yo creo que pretende a mi amiga Isabel. —Se cubre la boca con la mano para contener una tímida risilla—. En cualquier caso, pronto ella misma será quien descubra si mis intuiciones son ciertas, porque me ha dicho Alonso que Fadrique quiere que trabaje en su taller.

—¡Vaya! Una auténtica novela bizantina de enredos amorosos tenemos aquí, ¿no?

Luisa vuelve a reírse, ahora con una cristalina carcajada. Me gusta verla así. Regresamos juntos a casa y terminamos de preparar el equipaje.

3

Llegamos a Alcalá agotados por un trayecto a pleno sol y los áridos vientos de la Meseta. Los traslados estivales sólo se les deberían permitir a viajeros jóvenes con tanta fortaleza como para afrontar el clima más hostil. Los hermanos Medrano cumplimos con el precepto, aunque Luisa acusa mareos durante todo el trayecto, hasta que bajamos del carruaje y pisamos tierra firme.

La casa de la familia De Roxas, el marido de mi hermana Catalina, es un gigantesco castillo muy similar a San Gregorio. Nada más abrirse el portón, aparece pletórica mi madre, que, entre exclamaciones y aspavientos, nos da la bienvenida.

—¡No volváis a hacer este tipo de locuras un verano tan ardoroso como éste, aunque estemos ya en septiembre! Debéis prometerme que no lo repetiréis, hijos míos. —Me besa como a un chiquillo y me revuelve el cabello, al tiempo que mira a Luisa para lanzarse a sus brazos en cuanto acaba de estrujarme a mí.

—Madre estaba preocupada. —Catalina camina desde la puerta de entrada de la casa, con las manos sobre el regazo y sonrisa de efigie romana—. Ha venido a preguntarme cada hora si sabía algo de vosotros dos, como si fuera posible enviar a un mensajero en mitad de un viaje.

—Como si fuéramos el séquito real. Os habíais acostumbrado a esos detalles dignos de la corte y ahora será extraño no tener esos cuidados, ¿verdad, madre? —Pese a su inocente ironía, Luisa reconoce el linaje noble de Catalina. Sólo tiene que detenerse y mirar a su alrededor para apreciar el amplio espacio del castillo—. Pero qué hermosa hacienda, hermana, es un vergel... ¿Y podremos conocer pronto a vuestro esposo? ¿Está don Fernando en Alcalá?

Catalina me mira y busca luego a madre, antes de dar una respuesta. Sospecho que todavía está ofendida porque Luisa no asistiera al enlace, pero consigue disimular un poco su contrariedad.

—No, mi esposo no está. Llegará de Madrid dentro de unos días. Asuntos de comercio le retienen, pero lo conoceréis, claro que sí. Habrá ocasión y tiempo para ello.

La semana siguiente la pasamos entre dulces charlas y recuerdos de la vida cortesana en incontables paseos. Madre pone especial énfasis en el fallecimiento de la reina. Nos cuenta lo terrible de su agonía, del sufrimiento que se había adueñado de los ánimos de todos en el castillo de la Mota durante los días previos a su muerte.

—Nuestra señora se mantuvo entera hasta el último suspiro. Por decencia, ni dio permiso para que le descubrieran los pies, llegado el momento de recibir los santos sacramentos.

—¿Estabais junto a su lecho cuando expiró? —Igual que de niña, la curiosidad de Luisa no tiene límites, avasalla cualquier forma de discreción.

—Sí, hija mía. No me separé de ella ni un momento. Allí estaba también doña Beatriz Galindo, a quien vi llorar tres días y tres noches consecutivos sin dar tregua a su desazón. Pedro Mártir y, por supuesto, el rey don Fernando. —Madre hace una pausa. El recuerdo de su tan querida reina parece haberla golpeado de nuevo—. Acompañamos a la agonizante y atendimos cada una de sus pocas peticiones con prontitud; nos adelantábamos incluso a los mozos de cámara y reposteros, quienes no se alejaron de su señora en todo el tiempo que duró su despedida. Pocas mujeres habrá con la entereza de doña Isabel. Que Dios la guarde.

Madre se santigua y todos la imitamos con respeto a la reina muerta. Así es como debe hacerse.

Una tarde, llegan con noticias desde Salamanca.

—Luisa, han traído un mensaje para ti.

Me pongo en su pellejo e imagino que se trate de nuevas de la universidad, algo relacionado con su título, con los exámenes... ¿Es posible que se enmiende así un error del tribunal evaluador? ¿Le van a retirar su licenciatura? Me quedo junto a ella mientras lee la nota, por miedo a verla desmayarse si ha de pasar por ese trance.

—¿Noticias de Salamanca?

Sin mirar el remitente, su semblante presagia malas noticias. No puede ocultarlo. Se sienta de nuevo y me lanza una mirada angustiada antes de entregarse a la lectura. Espero que no haya muerto nadie...

Busca sus iniciales y esa letra picuda con inclinación hacia la izquierda que tan bien ha reconocido en otras cartas. No hay duda.

—Se trata de Fernando.

Con los ojos brillantes, lee en voz alta:

Mi querida señora,

Concibo con dificultades una manera apropiada de comunicaros mis respetos y admiraciones; me consta que sois mujer de elevado entendimiento y yo, sin embargo, poco más que un bachiller en leyes que se atreve a transmitir en palabras aquello que el sentimiento le araña por dentro.

Ante vuestro saber he caído rendido, mi señora. Sabed que desde el día en que ambos fuimos presentados, no he hallado acomodo a mi pesar. Tantas y tantas horas que hemos pasado juntos, hemos compartido no sólo el tiempo, sino también la dicha de sabernos prestos a un mismo sentido del humor. Vos y yo, como la sal en el agua que torna líquida pero no desaparece y que vuelve salada a aquella con quien se mezcla y comparte un recipiente, o el océano entero.

Alentado por las noticias que recibo desde Toledo, me animo a contactaros por medio de esta carta, sin otro fin que el de dejar constancia de mi tierno afecto por vos, que tanto habéis significado y a quien prometo que jamás olvidaré.

Mi señora, os ruego que no malinterpretéis estas palabras y las pongáis en boca de un simple enamorado, porque entre vos y yo no es amor lo que brota y no halla freno, sino amistad sincera y eterna.

A vuestros pies, siempre,

F. R.

Luisa oprime el papel contra su pecho. Será que puede sentir todavía el aroma del escritor impregnando el papel, a través de su amada caligrafía, el tacto de su pluma que hiende imaginarios renglones mientras se desliza siguiendo el curso de su pensamiento.

—No tenías por qué leérmela, Luisa. Era un mensaje para ti, sólo para ti. Sabes que yo voy a respetarte sea lo que sea.

—Ahora ya sabes quién es Fernando de Rojas y cómo ha jugado conmigo. Quería que fueras testigo de lo que tuviera que decirme, porque en ti confío, Luis.

Mi hermana me abraza entre sollozos y la pena inmensa nos envuelve. Puede que alcance a imaginarlo haciendo acopio de valor frente a su mesa, con la firme voluntad de dirigirle por escrito esas palabras de despedida, pero cómo le duelen.

Ese maldito truhan se ha aprovechado del candor de Luisa. Quisiera partirle el cuello, cobrarle cada sollozo, cada suspiro de mi hermana, que ahora se aferra a mi camisa y se debate en la desesperación. Yo sé que, aunque permanezca

agarrada a mí como si fuera un pilar, Luisa quisiera atravesar la hacienda de los Roxas, correr hasta Salamanca y confesarle a su amado Fernando que ella tampoco podrá olvidarlo.

Fernando la abandonaba a ella, los tribunales, las tabernas y Salamanca toda. Misteriosos asuntos que lo ligaban a Toledo lo obligaban a marcharse para siempre de la ciudad dorada. Regresaba a la Puebla de Montalbán, seguro. Luisa sabía con certeza que jamás volvería a verlo.

—Luis, necesito que me ayudes.

La voz quebrada de mi hermana me saca de mis pensamientos y me devuelve a su rostro. Intuyo lo peor. Va a querer correr en su busca y que yo la acompañe. ¿Cómo podré yo negarme? Vacilante y atemorizado, le respondo:

—Dime, Luisa. Te escucho.

Mi hermana abre mucho los ojos y me habla con la entereza de una sabia y la determinación de una mujer como ninguna otra. Yo sólo puedo admirar su carácter y celebrar que mis intuiciones fueran equivocadas.

—Necesito que vengas conmigo a buscar a Antonio de Nebrija. Esa cátedra va a ser mía y, esta vez, no voy a permitir que nadie me arrebathe lo que realmente quiero.

Quiero regresar ya a Salamanca, pero me veo envuelto en el absurdo compromiso de ayudar a Luisa en el asunto del catedrático. Estamos en octubre. Yo ya debería estar de vuelta en la universidad para mis clases y no aquí, a la búsqueda de Nebrija. A veces no sé cómo me dejo complicar tanto por ella.

La obsesión de mi hermana acaba con mi paciencia. Por una parte, me alegra ver que las heridas de la pasión y del despecho cicatrizan sin ayuda, pero que lo haga volcándose aún más en su acecho de una cátedra llega a desesperarme. No bien ha superado tan hondo pesar, se obceca en pos de otro objetivo que muy probablemente no vaya a alcanzar. Temo que se estrelle.

Mis calificaciones han sido excelentes y aspiro a que se repitan o mejoren en el nuevo curso. Pienso que puedo llegar a un buen entendimiento con los profesores y ganarme la confianza de mis compañeros. He notado que me aprecian, que querrían verme cosechar laureles académicos, ¿por qué no? ¿Será que el cargo de rector me aguarda? Por qué no..., no lo había acariciado ni en mis mejores sueños. Lástima que mi hermana siga erre que erre; no vaya a entorpecer mi oportunidad.

—Vayamos ahora. Entre el almuerzo y la clase de vísperas es el mejor momento para encontrar a los profesores reunidos. No creo que haya ocasión mejor para verlo y preguntarle si los rumores son ciertos.

—Entonces, si vamos hoy, mañana ya podré marchar a Salamanca, ¿no?

Un alivio. Un auténtico desahogo saber que es así.

En cuanto salimos a la calle, la tarde nos sorprende por la pureza del aire y el silencio que baila con las copas de los árboles. Las cigüeñas comienzan a considerar el inicio de sus vuelos hacia África, pero aún no se han desprendido del calor sofocante del verano. El sol les concede una tregua a los alcaláinos, al menos hasta las doce del mediodía.

El recorrido por las calles de una ciudad de color blanco me sorprende. Estoy más acostumbrado al recogimiento de la piedra salmantina que a esta acumulación de ladrillos y adoquines de Alcalá de Henares. Algún que otro

árbol salpica las esquinas de barriadas, construidas a golpe de soportales. Aquí la sombra es un privilegio y los edificios se disponen persiguiendo el preciado tesoro de la brisa fresca.

—Entonces has oído que el maestro está aquí, ¿no? —inquiero para obtener más pistas acerca de sus intenciones, que aún resultan confusas para mí.

—Sí, y quiero comprobar que se acuerda de mí y de mi desempeño durante los años de estudio. Sabes lo tenaz que soy, Luis. —Lo sé, nada me sorprendería menos—. Y me parece que ésta es una tarde perfecta para seguir investigando todo lo que tenga que ver con esa cátedra vacante en Salamanca. Pensar en esto me mantiene distraída, ya sabes... Además, de paso, podemos conocer el nuevo edificio.

Llegamos a San Ildefonso y un grupo de estudiantes hablan acaloradamente, lo que nos intriga. Entre risas y exclamaciones de júbilo, uno de ellos pronuncia el nombre de Nebrija y, al momento, nos detenemos para ver de qué se trata.

—Lo peor no es eso, lo peor es que dice que sus instituciones sobre la lengua latina están imperfectas y que hay muchas voces que se echan en falta y equivocadas definiciones. A esa edad no se es quién para juzgar a Nebrija...

No sabemos a quién se refieren.

—Con dieciséis años yo no habría tenido valor ni de decirle a un hermano mío que lo que leía no era interesante, ¿cómo se atreve a corregir al catedrático?

La cosa comienza a aclararse y animo a mi hermana a que se acerque y se presente.

—Luisa, diles que has sido alumna suya, ¡que revelen ya el nombre de ese presunto enemigo de Antonio de Nebrija!

—Bueno, bien es cierto que he sido una de las primeras en tratar la afamada *Gramática*... Me resulta inaudito que alguien encuentre allí algún error.

Me aparto y le dejo que actúe con la decisión de la que se siente tan orgullosa; observo la escena desde un ángulo discreto, sin perder detalle.

Los estudiantes se vuelven sorprendidos en cuanto nos oyen hablar a sus espaldas. Uno de ellos le pregunta:

—Perdonad, señora, ¿vos sois alumna de Antonio de Nebrija?

—Lo he sido. A día de hoy he terminado mis estudios de gramática y retórica, pero disfruto igualmente con el repaso de sus lecciones.

Por el gesto confuso que revelan los rostros de los dos conversadores, deduzco que en Alcalá de Henares tampoco están demasiado acostumbrados a contar con mujeres que atiendan a las clases.

—¿Os habéis formado en Salamanca? Porque las noticias que comentábamos

llegan directas desde la Universidad de Valencia. Estaréis de acuerdo con nosotros en que son comentarios procedentes de alguien que jamás ha recibido una lección del maestro. Hablan desde la ignorancia.

—Bueno, vos tampoco habéis sido alumno suyo —interrumpe el otro muchacho— y no se os ocurre añadir o quitar un punto o una coma a su obra. Pienso que es más una cuestión de respeto.

A Luisa parece que la ilusiona comprobar que Nebrija es un hombre tan justipreciado en Alcalá, ciudad con la cual no ha tenido hasta ahora lazos en común.

—¿Vosotros podríais decirme dónde encontrar al catedrático? Tengo entendido que estos días se deja ver por aquí. En Salamanca ya no imparte sus lecciones y necesito hacerle unas consultas.

—Probad suerte en el claustro. No es fácil que atienda a sus alumnos fuera de las horas de clase, pero, quizás, al tratarse de alguien tan excepcional...

Sin darle mayor importancia al sarcástico comentario, mi hermana agradece las indicaciones para adentrarse en el edificio de San Ildefonso y se vuelve a mí.

—¿Quién crees que será el deslenguado censor de las obras de Nebrija? Y además, ¿cómo es posible que esas críticas de la Universidad de Valencia lleguen hasta Alcalá de Henares? —Me sorprende el brío que nos otorga superar conflictos juntos y veo que está tan entusiasmada como yo.

—Bueno, han mencionado la juventud del autor: dieciséis años y ya con el atrevimiento suficiente para juzgar tan magna obra. Por muy joven que sea, está claro que esta persona está dotada de arrestos que traspasan el reino y llegan a alcanzar los oídos de estudiantes de otra universidad... ¿Tú no lo ves extraño?

—Habrá que conocer a este osado y sabidillo estudiante cuanto antes, sí. Una persona peculiar.

Ya nos hemos adentrado en el recinto universitario; dentro se respira un olor a polvo y humedad que debe de proceder de las aulas. Cerradas durante el verano, en septiembre se habían preparado para el nuevo curso y es durante esos primeros días de octubre cuando se ventilan, recogen, limpian y arreglan en espera de la llegada de los estudiantes.

Vemos hombres que trabajan denodadamente, que suben y bajan por las escaleras, cargan cubos rebosantes de agua jabonosa y cepillos de crin para frotar el suelo. Nos miran y a Luisa le dedican gestos de desconfianza. Algo habitual.

—Perdonad, ¿el claustro de profesores queda por aquí?

—Debéis seguir esa puerta que está abierta y atravesar el patio, señora. Puede que haya profesores reunidos, quizás debáis esperar fuera si lo que queréis es

consultar algo. ¿Es que buscáis a alguien? ¿Os esperan aquí dentro?

—No, no me espera nadie, pero prefiero aguardar fuera a que terminen las reuniones para realizar mis consultas, muchas gracias.

Una vez más, nadie reconoce en mi hermana a una estudiante, pero a ella esa actitud hace tiempo que dejó de templarle el ánimo y prosigue en su busca. Luisa avanza con curiosidad.

Caminamos hacia el lugar señalado y nos encontramos con una puerta cerrada. Al otro lado se oyen voces que se distinguen por el enfado y la indignación. Luisa reconoce a su maestro sin necesidad de aguzar el oído. Antonio de Nebrija parece irritado y no se atreve a golpear para que le abran.

—Prefiero esperar a que bajen las aguas ahí dentro.

—Y haces lo correcto. Esperaremos en ese banco. Desde allí vemos si la puerta se abre. ¡No sabemos cuánto tiempo van a seguir discutiendo!

Así que nos sentamos, pero mi hermana no soporta la idea de no saber a qué se debe el enfado del maestro y se levanta para arrimar el oído a la puerta y escuchar con detalle.

—¡No me digáis qué debo hacer ni cómo debo reaccionar! Pocas cosas hay que soporte menos que atender a las opiniones de otros... pero esto acaba con mi paciencia. Primero fueron los comentadores italianos que llegaron a estas tierras cargados de envidia y censura, ¡y ahora también los nacidos aquí vienen a decirme cómo debo escribir!

—Calmaos, Antonio. No ha lugar para esta reacción vuestra. No le deis importancia, no concedáis a un muchachito el privilegio de daros por ofendido. Ignorad sus palabras. Son fruto de la envidia, como bien decís. Los judíos siempre quieren atacar aquello que no tienen y jactarse de lo que les sobra. ¿Acaso pensáis que este niño sabe lo que dice?

—No sé con quién está, pero el odio a los judíos es clarísimo —me dice Luisa en un susurro—. ¿Un religioso? ¿Un sacerdote?

—No lo sé, Luisa, pero ten cuidado, ¡no vaya a abrirse la puerta de golpe y acabes tú en el suelo, pisoteada por la Inquisición!

En estos días no resulta extraño escuchar semejantes comentarios. Vivimos bajo el manto del Santo Oficio.

Tal y como me temía, la puerta se abre repentinamente y mi hermana cae de bruces al suelo por el impacto. Un hombre ataviado con las ropas de la máxima autoridad religiosa se abre paso desde el interior de la sala y lanza a Luisa una mirada de desprecio.

—Deberíais tener más cuidado, señora. Escuchar detrás de las puertas puede

tener consecuencias desagradables.

Rápidamente me levanto para tenderle la mano y ayudarla a recuperar la compostura, pero Luisa ya se ha puesto de pie sola y sacude el polvo de su falda mientras mira indignada al hombre que acaba de amonestarla.

Tengo que cubrirla con mis brazos, obligarla a que se dé la vuelta y reprima el comentario que está a punto de dedicarle.

—Déjalo ir, Luisa, por favor, no lo hagas. Trata de contenerte.

Y me alivia comprobar que por una vez me hace caso y suspira, mientras el hombre se aleja hasta ser engullido por la oscuridad del pasillo.

Ha estado a punto de encararse con el mismísimo cardenal Cisneros.

—Si ahora mismo me encontrase en situación de retomar mis clases en alguna universidad, creedme que escogería la de Valencia, para hacer tragarse sus palabras a cierto alumno con exceso de opinión. Pero no puedo, no encuentro la manera de dividir mis tareas y temo que, a mi edad, lo más pertinente sea que las limite y me dedique a una sola.

—Entonces, ¿no regresáis a Salamanca para el próximo curso?

El catedrático alza su ceja izquierda mientras mira a Luisa con perplejidad. Mi hermana no se anda con rodeos. Tengo que llevarme una mano a la boca para contener un risilla de sorpresa al verla con tanta determinación. A veces me pregunto cómo podemos ser tan distintos y, pese a todo, hermanos.

—Mucho me temo que no. La organización deberá convocar oposiciones y publicar la plaza vacante cuanto antes.

Mi hermana sonrío y se vuelve hacia donde yo me encuentro, apoyado contra una de las estanterías de la sala, esperando paciente a que termine de confirmar las mejores noticias. Después de aquello, sé que nada puede detenerla: regresará a Salamanca y esperará la publicación de la convocatoria.

—Mi hermano Luis y yo regresamos esta misma tarde a Salamanca. El curso ya ha comenzado y pese a ello ya veis que está aquí conmigo, a la búsqueda de noticias frescas. —¿Es un guiño dirigido al catedrático lo que adivino en su cara?—. Habéis sido muy amable, así que os quedo muy agradecida.

—Que tengáis un buen viaje y que la Fortuna os sonrío. —Nebrija se dirige hacia mí, lo que me produce incomodidad—: Cuidad de vuestra hermana, don Luis. Es una estudiosa excepcional y, para muchos, una auténtica amenaza. No lo olvidéis.

De algún modo, el tono de su voz y el significado de sus palabras me sobrecogen. Suenan premonitorias de días contrarios. Luisa ya ha abandonado la habitación y el maestro y yo estamos a solas. Es un hombre mayor, ajado por los años y con mechones grises que caen lánguidamente por sus sienes. Parece un nigromante y siento que debo desconfiar de todo lo que diga. Ese tono de voz tan

grave, tan sombrío...

—En ningún momento he creído lo contrario, señor. Mi hermana siempre ha destacado por su ingenio y tiene claro adónde quiere llegar en la universidad.

Nebrija sonrío y los ojos se le cierran tanto que parece que las arrugas le coman el rostro. Asiente y vuelve a mirarme.

—¿Y vos? ¿Estáis tan seguro como ella de lo que ansiáis y de cómo alcanzarlo?

Cierto es que no lo estoy. Echo una ojeada a la puerta y veo a Luisa, que me hace gestos con la mano para que regrese con ella y nos pongamos en marcha cuanto antes. Este hombre me ha turbado, hasta puedo afirmar que tengo la piel de gallina. ¿Será verdad que estoy demasiado preocupado por lo que hace mi hermana y que olvido cómo llevar a cabo mi ambición?

—Bueno, aspiro a un cargo académico y no creo que mi hermana pueda afectar de algún modo en mis planes. No sé si os comprendo bien, señor. —Luisa parece impacientarse y la veo dirigirse al interior de la sala en mi busca—. Ahora habréis de disculparme porque tenemos que ponernos en marcha. Los Medrano tenemos tendencia a perder los nervios con facilidad —afirmo esto último al tiempo que Luisa me agarra del brazo.

—Con vuestro permiso, maestro, me llevo a Luis. Debemos irnos.

Abandonamos la sala. Luisa no para de repetirme lo que le ha dicho Nebrija y sólo se interpela a sí misma monologando mientras traza un plan. Sobreexcitada, organiza la mejor manera de actuar. La cátedra será suya.

Me giro y veo, lejano, a Antonio de Nebrija, que se ha convertido en una diminuta mancha, difícil de diferenciar desde el fondo del oscuro pasillo. Algo me dice que no sonrío.

Ya en casa, madre nos recibe y Luisa no es capaz de contenerse a la hora de darle la noticia.

—¡Pero si acabáis de llegar, querida! —Se acerca para abrazarla. Diríase que a nuestra madre cualquier reencuentro con sus hijos le parece que pase volando, cuando lo cierto es que ya casi ha transcurrido un mes desde que llegamos—. No sé qué encontráis entre las paredes de esa universidad que el calor de una familia no pueda daros también.

Noto la punzada de crítica en sus palabras. Sé que no está de acuerdo en cómo se comporta Luisa ni en sus desafortunadas ambiciones. Pero ¿quién es ella para dar lecciones de lo que debe ser importante en una familia?

—Debo preparar un examen, madre. El más importante que vaya a tener nunca.

Nuestra madre mira hacia otro lado y suspira con resignación antes de decirle:
—Si estáis decidida, regresad y que tengáis mucha suerte ante este nuevo reto, hija querida. Ha sido agradable teneros aquí estos días.

6

No puedo quitarme a Nebrija de la cabeza. No dejo de recordar esa sonrisa ladina, sus ojos rasgados que parecían querer advertirme de algo, sin decir nada. Mi hermana no ceja en su empeño de sacrificar horas en el estudio, y yo, con el fantasma del catedrático que me persigue, no logro centrarme.

Estoy recostado sobre un diván de la sala principal de nuestra casa. A esa hora del día en que, si uno no está atareado, palpa con nitidez el implacable paso del tiempo y se lamenta por no aprovecharlo. La cocinera canturrea una cancioncilla mientras trocea y adoba la carne, la veo desde mi diván. En cierto modo envidio esa facilidad para ocuparse de su faena y no pensar en nada más; me disperso entre reflexiones y dudas, rápidas ideas que me llegan y que no dejo ir, que me limitan para cualquier actividad mundana. Creo que yo jamás podría ser cocinero, tampoco sabría cortar una pieza de cerdo en trozos iguales. Espero no tener que hacerlo nunca.

En caso de que apruebe, Luisa ocupará una cátedra de sustitución, por un período máximo de cuatro años. Casi un lustro en la universidad... ¿Debe importarme? ¿Cómo ascender y convencer al claustro de que soy el más idóneo para ocupar el cargo de rector? Serlo exige tiempo y dedicación y yo estoy decidido a entregarme a ello, pero aún tengo mucho que demostrarles. Además, mi familia es lo suficientemente reconocida como para darles prestigio en la universidad. Sin embargo, me inquieta que entre las funciones del rector se cuente la de tomar la última decisión en la provisión de cátedras con el consejo del claustro. Me preocupa porque, para entonces, mi hermana podría ser catedrática.

—¿Todavía estás ahí? Llevas toda la mañana holgazaneando, Luis. ¿Por qué no vienes a ayudarme? —Luisa entra en la sala envuelta en un suave aroma a flores recién cortadas. Lleva un ramo apoyado en su cadera que deja sobre la mesa en cuanto me ve—. ¡Vamos! Que sea sábado no significa que debas interrumpir los estudios. Mira qué maravilla, ¿no te parece que las flores son lo más hermoso que hay? Un regalo de la naturaleza, ¡huélelas! —Me acerca un par

de pétalos a la nariz e inmediatamente se me escapa un estornudo.

—¡Eugh! Sí, son muy bonitas, Luisa, pero hacen que me pique todo el cuerpo si las toco. No puedo creer que hoy no estudies como cada día.

—¡Claro que sí! He estado desde las seis de la mañana enfrascada en los libros. Salgo al jardín para despejarme, respirar al aire libre, y así después retomo la lección con más ahínco. Por eso insisto, ¡ven a ayudarme y dime dónde colocamos estas preciosas florecillas!

Luisa me toma de la mano, que siento fría. Me intriga saber a qué fuente recurre para tener siempre tanta vitalidad y el ardor que la recorre por dentro.

Entramos en la cocina y tomamos un par de jarras.

—¡Estáis preparando un guiso! Qué suerte contar con una cocinera tan maravillosa. —Se acerca a la mujer y le planta un beso en el moflete—. ¿Os importa que os robemos estas dos jarras para colocar flores en ellas?

El hada de los fogones asiente halagada y prosigue diligente con sus labores. Ha dejado de cantar. Y me fijo en sus manos: están pringosas de grasa, especias de un color oscuro y rojizo, y la sangre del cochino que acaba de trocear para el guiso.

De camino a la sala, disponemos las flores en dos ramos, de los cuales apartamos las hierbas y los tallos maltrechos. La tarea tiene la virtud de apaciguar mi cerebro enfebrecido, mi hermana tiene razón, pero sigo ensimismado y dando vueltas a mis preocupaciones. Me decido a compartirlas con ella.

—Luisa, ¿has sabido por fin cómo se llama el estudiante valenciano que vilipendió al maestro Antonio?

—No. No he vuelto a pensar en ello. ¿Por qué?

Me responde sin mirarme, entregada a acomodar los ramos en los respectivos jarrones.

—No lo sé. Si ha sido tan duro con él... Si es alguien especialmente crítico, bueno, podría intentar aprovecharse de otros que no tengan el prestigio de Nebrija.

—Claro que podría, pero no es el único. —Luisa da en el clavo. Si ella reemplaza al catedrático, se convertirá en blanco del escarnio de los envidiosos—. Ya sé que ambicionar ocupar una cátedra de la universidad es una provocación para gente así, aunque no le ponga nombre ni sepa qué aspecto tiene. Como él hay muchos en todas partes, también en Salamanca. No te preocupes por mí, Luis. Sabré cuidarme.

Aunque no me preocupaba por ella. A decir verdad, por quien temía era por

mí mismo.

Los días previos a la defensa, antes de la fecha asignada para elegir uno de los tres temas propuestos por el rector, Luisa no puede conciliar el sueño.

—¿Estás despierto? —Me apoya la mano en un hombro y susurra—: Luis, no puedo dormir...

A regañadientes, abro los ojos y me incorporo para comprobar que está delante de mí, con sus ojos verdes abiertos como los de un búho. Sostiene un candil y se ha sentado en una banquetta.

—Si no descansas, no podrás discurrir con lucidez, Luisa. Haz el esfuerzo, ¿tomaste la tisana antes de acostarte? —Le había pedido a la cocinera que le preparara una infusión sedante de hierbas de San Juan y valeriana. Pero evidentemente no había tenido el efecto buscado—. A lo mejor tendrías que haber tomado un tazón más, o a lo largo del día... ¡No sé!

—Pero ¿y si me quedo dormida a mitad de mi defensa? ¿O cuando el tribunal me haga los correspondientes comentarios? ¡¿Te imaginas?!
No puedo no echarme a reír.

—Pero ¿qué estupidez es ésa, Luisa? Por favor, qué cosas dices... ¿Cómo vas a dormirte si llevas semanas obsesionada con tu discurso? Haz el favor de sosegarte y descansar.

Ha escogido una lección de Cicerón, porque siempre fue su debilidad desde el comienzo de sus estudios. Las ideas del latino han sido la luz que le marcó el camino en la universidad.

Intento cambiar de tema, pero, sentada delante de mí, me revela que, en cuanto trata de conciliar el sueño, invade su mente el recuerdo de Fernando de Rojas.

—Y no puedo más que lamentarme porque no vaya a estar aquí conmigo en jornada tan señalada.

—Deja de castigarte, Luisa. Ese hombre pertenece ya al pasado y allí debe permanecer.

—Claro que sí, pero no me resulta sencillo olvidarlo. Cada vez que cierro los

ojos, aparece ante mí y me siento desgraciada, débil.

No estoy dispuesto a permitir que se flagele de ese modo. ¡No puede convertirse en una enemiga de sí misma! Luisa necesita que la estimen, que la apoyen y que le den fuerza para la senda académica que se propone iniciar, y entonces tengo una idea:

—Está bien, querida, vamos a hacer una cosa. Vamos a pedir ayuda a quien mejor pueda aconsejarte. Escribiremos a Pedro de la Rhúa para que venga a brindarte su auxilio y consejo. Seguro que su presencia te da confianza, ¿qué te parece?

He oído que desde la muerte de su madre, a Pedro sólo le ha interesado escribir algún que otro relato que ofrece a los vecinos, a cambio de unas monedas. Quizás no fuera tan descabellado invitarlo a nuestro hogar a pasar una temporada y así animara a Luisa en esta crucial circunstancia.

—¡Oh! ¿Crees que podrá venir? Sería magnífico. Escribámosle cuanto antes, ¡voy por papel y pluma!

—Luisa, es más de medianoche, ¿no crees que podemos dejarlo para mañana? Pero ya ha salido de mi cuarto y corre como una gacela pasillo arriba.

Por noticia de terceros sé que, cuando los postulantes hacen su defensa para acceder a una cátedra, los miembros de diferentes colegios de toda la ciudad se dividen en grupos que apoyan a sus candidatos. Son las llamadas «naciones», y mucho me temo que mi hermana va a tener dificultades para contar con apoyos de esta guisa.

Dos días después, Pedro está con nosotros, dispuesto a acompañar a Luisa en lo que sea menester.

Mis mensajes habían llegado correctamente y a tiempo: supe que era a la mancebía a donde debía dirigirlos y no a su antiguo hogar, en donde claramente ya no vivía nuestro primer maestro.

Tal vez la dueña o alguna de las mozas se habría hecho eco de los llamados y no habría sido difícil hacérselos llegar al destinatario. No quise juzgarlo, pero me alegré de haber pensado en su tendencia al vicio, porque acerté y así llegué hasta él.

Su aspecto desmejorado fue lo que mayor impresión nos causó tanto a mí como a mi hermana, aunque a ella sus nervios la ayudaban a no pensar demasiado en lo mucho que Pedro había cambiado. La vida lo había maltratado y él tampoco parecía haberle dedicado muchas atenciones y cuidados. Aun así, aceptó la petición de auxilio y vino en pos de su alumna predilecta, para ocuparse hasta donde su experiencia con los académicos en los años pasados le

permitía hacerlo.

—Veamos, Luisa... No soy yo el más experto en estas materias y sabéis bien que desde hace años estoy algo apartado del claustro universitario. Más me valía encontrar acomodo en un hogar y sentar cabeza en vez de seguir dando tumbos por Soria, pero el caso es que aquí estoy y os ayudaré en lo que pueda.

«Algo apartado»... Quise reírme ante el eufemismo, mas contuve mis ofensivas reacciones, por no incomodar a Luisa. Aquel pobre desgraciado llevaba sin duda meses dando tumbos por las calles de su ciudad, ganando monedas quién sabe cómo y gastándolas luego en mejor no saber qué tipo de actividades. Pero ella debía tener un apoyo firme en quien creer, llegaba la difícil hora de su lectura y su maestro era indispensable.

—Pero, Pedro, con lo que me reconforta teneros aquí, y más en este momento... En tiempos fuisteis amigo de los más reputados pensadores de Guadalajara y Soria, conocéis el ambiente universitario de sobra. Decidme, insisto, ¿es que no hay manera de encontrar una «nación» que me respalde en estos días?

Lo cierto es que no la hay. Miro a Pedro por el rabillo del ojo y una mueca de decepción se perfila en mi cara. Tengo que explicárselo.

—Es que Luisa, en estos años, se ha granjeado más enemigos que afines y si algún compañero de la facultad simpatiza con ella y aprecia su hondo saber, veréis que disimula sus verdaderos sentimientos ante los demás, por no perder el respeto de ciertos miembros de las congregaciones.

Así que consideramos que lo más inteligente es dedicarse en cuerpo y alma a preparar el parlamento de mi hermana, sin conceder importancia a quién vaya a estar allí presente o no. Me tendrá a mí junto a ella, también a su maestro, y estará más que preparada para dar el gran paso.

—Recordad que una correcta declamación tiene efectos seguros en el ánimo del auditorio, querida Luisa. Cuando estéis ahí arriba, en la tarima, y observéis los rostros expectantes de profesores y estudiantes, tenéis que tener presente el poder que emanará de vuestras palabras, si domináis el arte de la oratoria. Y sé que lo domináis.

Pedro anima a su antigua alumna a calzarse las prendas de su superioridad expresiva. Nada puede acercarlos más que el recuerdo de aquellos años, cuando todavía Luisa era una niña y le describía la importancia de hablar en público y mediante la elocuencia, cautivar al auditorio.

Ella, mientras tanto, repasa una y otra vez las expresiones de Cicerón; modula las subidas y bajadas del tono de voz para adecuarlo a cada una de las ideas que

desea transmitir. No obstante, a todas luces se observa que el malestar recorre su vientre, su cabeza...

—Si te encuentras mal, descansa y bebe un poco de agua, Luisa. No vayas a marearte. Te tiene que acompañar la salud para que hagas la mejor defensa.

—Es que me duele el cuerpo. Me mareo con sólo pensar en esta cita ineludible.

Entre vómitos y arcadas, amanece un día más y no tiene más remedio que prepararse para la prueba final.

8

Despierto agitado y nervioso. Siento que el corazón va a salirse del pecho, lo noto empujándome a través de las costillas, agotado. Alguien golpea el portón como si quisiera echarlo abajo.

Al incorporarme, busco a tientas algo que poder echarme sobre los hombros; la mañana está bastante fresca. Por un momento, temo haberme quedado dormido, pero, en cuanto salgo al pasillo aún a oscuras, corroboro que todavía es de noche. La luz de la aurora aún no se ha colado en casa.

Siguen aporreando la puerta. Me cruzo con Dorotea en el rellano.

—He saltado de la cama en cuanto he oído que llamaban. No quería que Luisa se despertara, señor. Hace sólo un par de horas que por fin ha ido a acostarse y debe descansar. —Su aya quiere cumplir bien con sus responsabilidades, pero noto, además, que le da miedo abrir a esas horas tan tempranas—. No deben de ser ni las cuatro de la mañana, señor.

—Lo sé, Dorotea. Yo también estoy desconcertado, pero no temáis. Iré yo mismo a ver de quién se trata.

El servicio al completo ha salido de sus habitaciones y andan todos por la casa como fantasmas despistados. Se me ocurre que tal vez no sea más que un borracho, pero me extraña que no haya gritos y que se limite a dar golpes al portón.

—Agradezco que os hayáis levantado, pero volved a descansar —los conmino a retornar a sus lechos.

Pese a que las rodillas me flojean, trato de disimular mi nerviosismo y con una fingida seguridad doy largas zancadas que me llevan hasta la puerta. Al abrirla, mi sorpresa no puede ser mayor.

—No imaginaba que el mismísimo don Luis Medrano fuera quien me abriese la puerta de su casa tan de mañana, señor. Muy buena jornada tengamos, ¿me permitís la entrada? —La encorvada silueta de Antonio de Nebrija, cubierto desde la cabeza hasta los pies con una capa granate, me contempla con autoridad—. Debo hablar con vos sin demora.

Me hago a un lado para que el catedrático pueda pasar. Él se adentra hasta el salón, donde sirvientes adormilados lo reciben con sus ropajes de cama, los rostros confusos y portando lámparas que dan a la escena un cariz místico. Parece que hubiéramos estado esperando su llegada con una ceremonia, porque todos vestimos de blanco y vamos provistos de temblorosas velas.

—Os debo una disculpa a todos, señores. Sé que no son horas, pero tengo un asunto importante que tratar con Luis Medrano y no podía esperar hasta que clareara. —Antonio de Nebrija se vuelve hacia mí—: Espero no haber importunado el sueño de vuestra hermana. Me preocupaba despertarla a ella también, pero imagino que se ha recogido hace poco... Ella prefiere la noche al día para concentrarse, ¿me equivoco acaso?

El desconcierto no puede ser mayor en la casa. Poco a poco les indico que regresen a sus estancias a retomar el descanso interrumpido y, por fin, nos dejan a solas al maestro y a mí. Mi curiosidad crece por momentos.

Le invito a tomar asiento en uno de los sillones y me apresuro a prender la chimenea, pero el jardinero se me adelanta y, diligente, se agacha para preparar los leños antes de dejarnos solos en la habitación. Se lo agradezco y le pido a la cocinera un poco de caldo caliente que nos acomode el estómago a Nebrija y a mí. Intuyo que va a ser una conversación sobre un asunto espinoso...

—Y bien... Contadme, señor, ¿a qué se debe la urgencia? Por vuestro preámbulo, entiendo que venís a hablarme de Luisa. ¿Qué os preocupa? ¿La provisión de la cátedra?

—No os equivocáis, querido amigo. Si estoy aquí es porque he decidido preveniros antes de que los hechos lleven a la desazón y vuestra hermana se arrepienta por su ingenuidad. El problema es que quizás hubiera sido mejor decirlo cuando vinisteis a verme a San Ildefonso y no ahora, a escasos días de la ceremonia. —Nebrija se aclara la garganta y da un sorbo al humeante pocillo que Dorotea nos acaba de servir—. Excelente caldo, señora. Os felicito.

—Dorotea es el aya de mi hermana, señor. Le transmitiré su deleite a la cocinera. —La mujer se inclina y me pide permiso para regresar a su cuarto—. ¿Podéis asegurarnos de que Luisa no se ha despertado antes de acostaros, por favor?

—Por supuesto, señor. Que tengáis buena noche.

Una vez a solas, el catedrático no se enreda en circunloquios y va directo al grano.

—Debéis saber que yo apoyo incondicionalmente a Luisa en su determinación para alcanzar el grado de catedrática. Es un ejemplo de tesón que deberían imitar

muchos, además de inaudito en el caso de una fémima, que yo sepa.

—Conozco a mi hermana, señor... Pero ¿qué os preocupa tanto? —me perturban su vehemencia e inquietud.

—Me preocupa que vaya a toparse con los mismos problemas que asaltaron a otros antes, Luis.

—¿Os referís al rechazo del que pueda ser objeto por ocupar una cátedra? —Podía entender esa situación, él lo había sufrido en sus propias carnes—. Luisa lleva toda su vida aguardando este momento, no creo que nada, a favor o en contra, pueda tomarla por sorpresa.

—Veréis, Luis, si estoy aquí es porque he venido a deciros que hace unos tres años que fui depuesto de mi cátedra.

Un silencio que ahoga la estancia me arrastra a mí consigo en el momento en que Nebrija se explica. Mis intuiciones no eran erradas y aquel hombre me estaba advirtiendo de algo muy malo, movido por la experiencia de las cosas. Mi hermana estaba expuesta, sí, pero también estaba en peligro.

—Pero ¿cómo es eso posible? Vos habéis sido el maestro de Luisa durante gran parte de su carrera. Hace tres años, ¿no ejercíais? —pregunto consternado.

Me cuesta creerle. Algo en esa frase me desubica, pero dejo que continúe con sus aclaraciones.

—Sí, sí, claro que ejercía, pero la cátedra no era de mi propiedad. —Nebrija toma un último sorbo de caldo y se arrellana en el asiento—. Cuando Cisneros me llamó para colaborar en la coordinación de la Políglota...

—¿Os referís a la Biblia?

—Exacto, a la Políglota Complutense. El asunto es que durante ese tiempo se me permitió diversificar tareas para seguir con ambas ocupaciones, pero el privilegio no duró demasiado.

—¿Y cómo puede ser que ocuparais una cátedra sin ser vuestra cuando erais tan reconocido en la universidad y de mucho tiempo atrás? —Las preguntas se agolpan en mis sienes y a medida que las formulo siento que surgen otras.

—Imagino que por no tener desavenencias con el cardenal. Ya sabéis la importancia que tiene para la Corona. —Abre las manos en un gesto que trata de demostrarme que aquello es una obviedad, que no admite discusión—. El caso es que en 1505 convocaron de nuevo oposiciones a la cátedra y la perdí.

—¿Vos perdisteis una cátedra que habíais ocupado durante años?

—Sí, y la obtuvo un muchacho no mucho mayor que vos, a quien no dejaron tranquilo hasta que acabó renunciando a ella en circunstancias que aún no han sido aclaradas por completo.

El maestro me mira y levanta la ceja izquierda. Reconozco su expresión de nuestro último encuentro en San Ildefonso: todas las advertencias posibles se reúnen en ese gesto tan sencillo.

¿Acaso Antonio de Nebrija me está advirtiendo sobre algo? ¿Debo impedir que Luisa se presente a esa defensa?

La conversación con el maestro no sólo me ha desvelado los problemas en los que se verá envuelta mi hermana si aprueba su defensa, sino que también ha echado más leña al fuego de mis inseguridades: si ella llega adonde quiere, es muy probable que, de acuerdo con la advertencia de Nebrija, no vaya a durar mucho en su cargo y tenga que renunciar. Eso me beneficiaría, porque allanaría mi camino hasta el cargo de rector, pero si Luisa se mantiene firme y nadie logra amedrentarla, es muy probable que el chivo expiatorio vaya a ser yo.

Afortunadamente, en este primer año de carrera no he encontrado rivales dentro de la universidad, pero también es cierto que no he ganado muchos amigos. Al menos de momento. Puede que sea pronto para llegar a ninguna conclusión, pero no logro dejar mi cabeza tranquila.

Mucho menos puedo hacerlo hoy: es 16 de noviembre, el reloj de las Escuelas Mayores señala tímidamente la una de la tarde. Hoy las clases han sido suspendidas porque hay jornada de defensa. Mi hermana está a punto de salir a la tarima a declamar sobre Cicerón.

No he sido capaz de convencerla de lo contrario.

Cuando recibí la intempestiva confidencia del maestro Nebrija en mitad de la noche, éste me recomendó que actuara con precaución; que fuera «muy discreto», antes de asustarla o hablar más de la cuenta.

—Vuestra hermana tiene una inteligencia excepcional y cualquier cosa contraria al apoyo incondicional que espera de vos en tan señalada ocasión va a hacerla sospechar, Luis. Id con cuidado. En este tiempo previo a la defensa es preferible que le habléis de a poco y con claridad, sin dobles sentidos ni ambigüedades.

Me había dicho aquello persuadido de que Luisa iba a permitirme aconsejarla, pero tal no fue el caso. Durante esta última semana mi hermana se ha encerrado a diario desde primera hora de la mañana y sólo permite la entrada de Pedro de la Rhúa cuando ella lo solicita; no ha querido escuchar a nadie.

Apenas ha probado bocado y, cuando lo ha hecho, ha sido porque Dorotea la

ha convencido de que sin alimento su salud no podría afrontar la defensa.

—Señora, aquí os dejo un plato con guisado, no dejéis que se enfríe. —Y su aya le dejaba en el suelo, delante de la puerta de su habitación, una bandeja con la comida que no quería bajar a compartir ni con Pedro ni conmigo—. ¿Me habéis oído, señora? Os puede caer mal y he notado que andáis con el estómago revuelto por los nervios. Cuidaos las digestiones.

Mi hermana no había querido que nadie obstaculizara su estudio y sus prácticas de oratoria. Reunirse conmigo debía de considerarlo arriesgado; debía de pensar que su hermano la alteraba y lo cierto es que no era así, porque mi motivación era aún más nefasta: lo que yo quería era evitar su defensa. Así que, como no me ha dado más opciones, estoy aquí.guardo a la entrada de la sala en donde va a celebrarse la ceremonia y no, no estoy solo.

Con la excepción de los actos de inauguración de curso, nunca antes había visto los pasillos de las Escuelas tan colmados de gente. Es extraño que una defensa de cátedra despierte semejante interés. Éste es, sin duda, un día especial y ya no hay vuelta atrás.

Miro al suelo con nerviosismo: lo que suceda a partir de hoy será determinante tanto para Luisa como para mí, ¡y quién sabe si también para la universidad! Una mujer catedrática, ¿cabría imaginar tal situación? Pase lo que pase, las cosas en Salamanca ya nunca volverán a ser lo mismo.

Se abren las puertas del aula y el repique del atabal nos pone a todos los asistentes alerta ante lo que vamos a presenciar. La multitud comienza a entrar y a ocupar sus asientos en el enorme salón; los más jóvenes corren a ocupar las primeras filas, como si se tratase de un espectáculo de mofa o una farsa callejera. Me incomoda pensar en la posibilidad de que puedan tomar a mi hermana como un pelele o figura grotesca que lleve a las risotadas... «La estudiante», «la catedrática», así la llaman, algo he oído, pero no he querido hacer caso. Trato de aplacar mis nervios y busco un asiento desde donde contemplar su discurso.

El maestro de ceremonias camina con solemnidad hacia la tarima y todos aplauden. Todos menos yo, me paraliza el miedo. Su báculo dorado refleja las luces que se cuelan desde lo alto de las paredes, a través de los ventanucos; brilla también la empuñadura en plata y el sello de armas de la universidad. Es todo tan solemne, tan estricto que estoy aterrado.

La algarada se vuelve ensordecedora. El estudiantado grita, silba y patalea, para manifestarse sin decoro alguno. Me duelen los oídos y es entonces cuando providencialmente el alguacil ordena mantener silencio.

—¡Shhhh! Vamos a dar comienzo a la sesión, señores. Haced el favor de

permanecer en sus asientos y no interrumpir a los opositores.

Poco a poco, la multitud se calma y la paz inunda el aula para recibir a los candidatos. No obstante, alguien taconeá de forma suave y continua el suelo. Es un movimiento rítmico, acompasado con la respiración de quien lo realiza. Por alguna razón, me parece que sólo yo oigo ese repiqueteo y no distingo a la persona. Me pongo de pie y miro alrededor: todos están sentados y, al ver que me levanto, deben de pensar que yo también participaré en la ceremonia. Craso error.

Me parece que ya sé quién es. Desde la penúltima fila del aula, un hombre entrado en carnes y en años parece que tamborilee con sus botas sobre las tablas del suelo.

—Disculpadme —interpelo al estudiante que tengo a mi derecha, en un susurro, por quién es ese hombre y lo señalo con disimulo—: ¿Conocéis a aquel caballero que parece temblar como un junco? Qué fastidioso es.

El joven vuelve la cabeza hacia donde yo le indico para responderme:

—¿Aquel anciano? No, señor, lo siento. No lo había visto nunca.

Mientras me tiran del otro brazo y descubro a quien podría ser profesor de las Escuelas.

—Yo sí que lo conozco, señor. Me dio clases hace tiempo. Es un historiador siciliano asentado en España y asiduo en la corte de los Reyes Católicos. Marineo... Lucio Marineo Sículo. Hacía mucho que no lo veía por Salamanca. Ya no ejerce aquí.

—¡Oh! ¿Asiduo en la corte, decís?

—Sí, se fue a impartir clases hará unos diez años y desde entonces ya os digo que no habíamos notado su presencia en la universidad. —Mi interlocutor me tiende la mano y estrecha la mía con cordialidad—. Disculpadme, soy Martín Guerreros, profesor en las Escuelas. Vuestra cara se me hace conocida.

Vaya, mi asiento es desde luego el mejor situado.

—Soy estudiante de leyes, señor. —Sonrío para agradecerle la información—. Apenas hace un año que vivo aquí. He tenido oportunidad de conocer a poca gente.

La conversación se alarga y el alguacil nos chista para que callemos. Temo que nos expulsen de la sala y me pierda así la defensa de mi hermana, por lo que llevo el dedo índice a mis labios y le indico a Martín Guerreros que prefiero guardar silencio.

—*Satis est.*

El bedel termina de anotar en su libro lo acontecido en la sala y el maestro de ceremonias pone fin al último discurso.

Se ha terminado. Ya ha pasado todo. Han sido casi tres horas de declamaciones: los tres opositores a la cátedra han expuesto su materia lo mejor que han sabido y ahora queda conocer el veredicto del consejo. Los estudiantes votan en secreto, según su criterio de tipo horizontal del ejercicio de la autoridad: cada uno lo suyo, pero yo no participo, no se me permite porque soy hermano de la candidata.

Me falta el aire y cae sobre mí el peso de esas tres horas de desasosiego sobre los hombros, como si fuera una montaña de arena que ahora deja mi cuerpo sedado. Necesito ver a Luisa y felicitarla porque lo que acaba de hacer ha sido prodigioso: siento que soy quien ha estado ante una audiencia de cientos de escépticos, como si yo hubiera demostrado lo mucho que valgo y el tesón que tengo, pero no es así, ha sido mi hermana, mi compañera de juegos, corros y carreras por el patio de San Gregorio. La niña más excepcional de Atienza, que acaba de propinar un bofetón de valentía a todos los que se han reunido hoy para verla desmoronarse. Nada más lejos de la realidad. Aunque contaba con incondicionales:

—Como os decía, un increíble discurso para una muchacha, ¡y tan joven! ¿Habéis visto qué osadía?

—Sí, desde luego. Los textos latinos han sido siempre una elección arriesgada para defender cualquier materia, se puede uno confundir más fácilmente que en castellano y, sin embargo, aquí tenéis a una mujer que se ha atrevido con todo. ¡Estoy admirado!

Llegan a mí comentarios de diferentes corrillos del aula, de caballeros que opinan sobre una dama que ha querido demostrar que puede impartir clases igual que ellos. Trato de cubrir mi rostro ligeramente con la capa ya que no querría que me reconociesen como su hermano tan pronto. Primero he de verla a ella.

Camino hacia la salida. De nuevo hay un runrún molesto y constante de gente con cosas que decir, opiniones y críticas que compartir a gritos. Aunque he perdido de vista al historiador de molesto pie, de nuevo lo sitúo, alzado junto a uno de los sillones que hay dispuestos en las esquinas del aula, al lado de la tarima. Mi nuevo camarada, el profesor Martín Guerreros, habla con él. Podría ser un buen momento para acercarme a saludarlo, pero primero tengo que dar la enhorabuena a mi hermana.

Cuanto más me aproximo a la puerta, la algarabía que procede de la calle Libreros se hace más intensa. Anuncia la celebración anticipada de los triunfos aún no confirmados de los opositores. Los estudiantes, divididos por cuadrillas, ya han comenzado a beber y a festejar; pese a que de momento no son más que risas y jarana lo que escucho desde dentro del edificio, me preocupa qué va a pasar. Es habitual que el grueso de los estudiantes pierda enseguida el control y se acelere; que lo que en un primer momento son bromas y chanzas de una cuadrilla defensora de un opositor contra la que respalda a otro torne en violentas disputas y que se llegue a las armas. Está terminantemente prohibido el uso de espadas, navajas y cuchillos dentro del recinto, pero el jolgorio tiene lugar fuera, en la calle, donde se hace especialmente difícil tomar el control de nada.

Para mi sorpresa, hay un nutrido grupo que apoya a «la Medrano». Se han entusiasmado con la defensa ciceroniana de Luisa, tan magistral. No son ni dos ni tres los que aseguran que «la estudiante» ha conferenciado sobre un texto latino, de enorme dificultad, «con el aplomo de un hombre». Podrían contarse por decenas. Oigo aclamar el nombre de mi hermana y a quienes aplauden y vitorean nuestro apellido que otros corean luego. ¿Sabrá Luisa lo que ahí fuera acontece?

Me dirijo a la crujía de poniente, por donde los candidatos han entrado para hacer su disertación. Por allí también han tenido entonces que regresar a las celdas.

—Perdonadme, caballero, ¿sabéis si los opositores ya han abandonado las Escuelas? Estoy buscando a Luisa Medrano. Ha sido la última en declamar...

El bedel, quien observa con fruición el registro de notas, acaso satisfecho de que todo discurriera ordenadamente en la ceremonia, me mira con asombro.

—Imagino que ya se encuentra celebrando su triunfo, señor. No he visto a nadie cruzar por este pasillo desde hace un buen rato.

No creo que Luisa esté fuera. No imagino a mi hermana dejándose mantear por un puñado de catedreros y caudillos beodos, pese a la felicidad que pueda

embargarla.

—Si no os importa, miraré por aquí. Mi hermana debe de encontrarse en alguna de las aulas.

—Como gustéis, aunque hoy las clases se han interrumpido y el edificio sólo permanecerá abierto hasta que el claustro y el consejo pronuncien su veredicto.

El bedel se da media vuelta y lo veo alejarse como un cuervo enano: su capa se despliega a ambos lados de sus piernas de palillo y, por el lado derecho, deja asomar tímidamente el libro de actas con cubiertas de color rojo. Se cree importante. Se siente respetado.

Continúo por el estrecho camino que comunica el patio central con el pasillo de poniente y es entonces cuando descubro a Luisa. Está sentada en el suelo, frente a lo que en el futuro será el hueco de una escalera, según dicen. Las obras llevan paradas varias semanas y la ceremonia de la provisión de cátedras sin duda ha sido un motivo más que significativo para que nadie trabaje allí ese día.

Me acerco sigiloso. Luisa es celosa de su intimidad, pero la ocasión merece que la rescate de sus reflexiones. Ella se vuelve hacia mí cuando estoy a unos cinco pies de distancia. Me ha sentido llegar y recompone su postura encogida, que parece que abrace sus rodillas por debajo del vestido.

—Pero ¿qué haces ahí echada, Luisa, en vez de estar dando botes? Vas a enfermar sentada ahí, sobre la piedra helada. Ven, levántate y siéntate conmigo en el banco. —Le tiendo la mano para que se incorpore, pero Luisa se vuelve hacia el hueco de piedra. Parece agotada. Tiene el rostro muy pálido, pequeñas venas se le transparentan por encima de sus mejillas junto a los ojos, enormes y enrojecidos.

—Dicen que comunicará dos zonas que de momento están aisladas: el patio central, con un ambiente superior... que el espacio intermedio y común entre las diferentes aulas quedará fácilmente ligado a una nueva biblioteca...

Habla con la mirada perdida en el grano de la piedra que tiene ante sí.

—Luisa, ¿te encuentras bien? ¿De qué estás hablando? —Me acerco y, en cuanto le paso los brazos por la espalda, siento el estremecimiento que recorre su cuerpo, parece que tenga arcadas—. Luisa, la lección que acabas de regalar a esa audiencia de aliados y contrarios es el espectáculo más impresionante al que haya asistido jamás. Estoy convencido de que nadie ha visto antes nada parecido. Tendrías que oír lo que dicen... ¡No creerías las alabanzas en tu nombre que acabo de escuchar! Estoy muy impresionado, hermana. Estoy profundamente orgulloso.

Luisa apenas responde a mi abrazo. Sigue de cara a la pared y me corresponde

pasando su mano por mi hombro. La siento gélida, helada como el pavor que riega la sangre de los cobardes. No logro comprender qué le sucede.

—Luis.

—Dime.

—¿No crees que hay demasiado silencio aquí?

Almarza, Soria
(Reino de Castilla)
1527

El ruido de un carruaje que se aproxima a la casa interrumpe el tranquilo susurro de la respiración de Luisa y despierta a su madre de un sueño ligero.

Alguien llega a San Gregorio cuando está a punto de amanecer.

Magdalena hace años que sólo convive con un reducido cuerpo de sirvientes en el caserón familiar. Todos descansan aún en sus alcobas, pero una de las criadas parece que también se ha percatado de la inesperada visita.

—¿Queréis que despierte a Cristóbal para que vaya él a abrir, señora? —La joven se asoma desde el marco de la puerta del cuarto en donde Magdalena descansa junto al cuerpo doliente de su hija. Todavía lleva el cabello enmarañado y se cubre con una fina manta con más agujeros que nudos de lana—. Podría ser peligroso.

—Tranquila, niña. No creo que nadie en su sano juicio quiera venir a importunarnos a estas horas cuando ni siquiera se ha hecho de día. Si llaman, yo misma me encargaré de saber de quién se trata, perded cuidado. Volved a la cama.

—Como queráis, señora, pero estaremos todos más tranquilos si Cristóbal se encarga de abrir. Puede tratarse de un asaltador, no es seguro que vos... —La joven calla, no quiere dar a entender que la otrora dama de la reina no es hoy más que una endeble anciana—. ¿Cómo se encuentra la señora Luisa? ¿Ha mejorado algo?

Pero Magdalena no le responde. Hay asuntos que es mejor no retirar del silencio en donde se encuentran.

Luisa abre los ojos y llama a su madre.

—Debéis abrirle, madre. Es él. Ha venido a despedirse.

SALAMANCA
(REINO DE CASTILLA)
1511

1

—«*Vulgus sunt, quicumque... inanes rerum imagines pro verissimis rebus admiratur*», o lo que viene siendo lo mismo: «Los que admiran vanas representaciones en vez de aquellas que son verdaderamente importantes son el pueblo llano». Erasmo no se equivoca en sus palabras. No podéis pretender adornar una parte tan transitada de la universidad con simples flores y estrellas que no signifiquen nada. Debéis otorgar una clave de estudio también en la piedra que se esculpe en un pasamanos o en el reborde de una ventana. Estamos en las Escuelas Mayores. ¡Esto no es la plaza del mercado, señor!

Don Antón Ruiz de Segovia, maestrescuela en funciones de la universidad, atiende a las palabras del ingeniero. Cada día cuesta más trabajo llegar de una clase a otra sin sufrir las voces desatadas de estos dos, que más les valdría sacar a la calle sus diferencias y enfrentarlas mediante puños y palos que obligarnos a los que tratamos de estudiar a ser partícipes de sus riñas.

—Y así llevan ya dos meses, creo. —Diego se arrima a mi hombro derecho para soltar el comentario sin que otros puedan oírnos—. El caso es que acabarán la escalera y, cada vez que suban o bajen por ella, seguirán pensando que fue un craso error. Cada uno por lo suyo y ninguno de los dos conforme.

—Así suele ser, Diego, ¡a cosas peores nos hemos acostumbrado en estas Escuelas! ¿O es que sois capaz de afirmar lo contrario?

Nos echamos a reír y continuamos hacia el aula en donde mi paje nos aguarda con dos asientos en la tercera fila y los libros dispuestos sobre la mesa.

—Os he dicho mil veces que es mejor sentarse al fondo, Miguel, ¡es que no aprendéis ni a empellones! —Mi amigo agarra al pobre diablo por una oreja y lo saca del pasillo de malas maneras.

—Lo siento, señor. Hoy no había sitio. Os prometo que llegué antes de que acabara la clase anterior, pero apenas ha habido cambio de asientos y los únicos libres que quedaban eran éstos, ¡por favor, no me castigáis!

—Dejadlo ya, Diego, ya es suficiente. No me gusta que abuséis de los capigorristas que están a mi servicio. Con los vuestros haced lo que queráis, pero

a los míos dejadlos en paz. Si algo tengo que decir o quejarme, lo haré yo. No preciso asistencia en estos asuntos.

Miro a Miguel con lástima y le digo que se marche, pero que no vaya a molestar con sus juegos de tabas a la puerta de las Escuelas, que lo haga más alejado. Al final, el alguacil pierde más tiempo si los manda callar fuera que si cumple con sus funciones por los pasillos. Y bien sabe Dios qué falta hace que haya silencio aquí dentro.

La clase de gramática está a punto de comenzar. Reviso mis cuadernos y el fajo de papeles anudados con apuntes que me ha pasado Diego, pero me falta un libro.

—¿Estáis seguro de que Miguel los ha bajado todos de la biblioteca?

Mi amigo se encoge de hombros. A él parece que no le falte nada.

—Mis pajes nunca se olvidan de ninguno de mis bártulos. Deberíais reconsiderar la idea de haceros con otros ayudantes, Marcelo... no es la primera vez que a ese bigardo se le olvidan las cosas.

No le respondo. Me levanto de la silla y salgo a todo correr de vuelta a la biblioteca. Hay ocasiones en las que Diego tiene razón, pero no en ésta. A Miguel le tengo aprecio, es un zagal bonachón y bien dispuesto; además, desde que trabaja para mí, ha aprendido bastante. Mejor eso que perder sus días con los tragos que les sobran a otros estudiantes en las tabernas y en las posadas.

Los demás estudiantes ya están frotando el suelo con los pies, en señal de protesta porque la clase se retrasa más de la cuenta, así que no tendré problema en recorrer la distancia que hay desde la biblioteca y el aula. Me va a dar tiempo. Necesito ese libro, es fundamental para la sesión de vísperas.

Al pasar por la escalera, voy con cuidado de no tropezar con ninguno de los clavos salientes y maderas cruzadas con las que apuntalan la construcción.

—¡Eh, muchacho! A la biblioteca se llega por el pasillo antiguo... ¿No veis que estamos trabajando?

Uno de los canteros me grita molesto para que no cruce por ahí, que es el camino más corto. Con razón han decidido que sea este hueco el que mejor convenga a la tan discutida escalera que quieren construir.

—Perdonad, señor. Llevo un poco de prisa...

Desde el derribo del muro que separaba la anterior aula de lectura de la capilla, ha sido clara la necesidad de aportar a la universidad una nueva biblioteca. De momento, usamos un aula bastante bien dispuesta para ello, en donde puede que falten libros, pero desde luego sobran mesas para dedicarse a estudiar. Allí es donde suelo ir con Diego y en una de esas mesas es donde

encuentro mi libro de Cicerón. Lo recojo rápidamente y me aseguro de que no le falte ninguna hoja. Es una suerte que siga allí; al ser original y no copiado, cualquiera podría robarlo y hacer de él una petia para prestar y cobrar por horas.

De regreso al aula, opto por el camino recomendado y de nuevo escucho a Pérez de Oliva y al maestrescuela en plena discusión.

—No fue decisión mía, ni tampoco de mi predecesor, la de derribar la anterior estructura de esa parte del edificio, señor Pérez. Si consideráis que, además del mero fin práctico de renovar el espacio y aportar aire a las Escuelas Mayores, dicha escalera debe tener un contenido «aprovechable» para el alumnado... imagino que no os faltará razón. Tenéis más experiencia que yo en menesteres de piedra y cincel. Os haré caso, pero no me pidáis que decida yo qué lecciones deben incluirse en ese pasamanos del cual habláis. Con que sea una escalera y sea transitable, me conformo.

Este ingeniero desde luego que tiene una visión muy sorprendente de lo que él considera beneficioso para el estudiantado. Quiere una escalera claustral que ponga en comunicación las dos galerías del patio en mitad del centro de estudios, pero no debe ser sólo un conjunto de peldaños, sino también una «fuente de conocimiento». Me da la risa. Hernán Pérez de Oliva también ostenta fama de humanista y grandísimo conocedor de la teología (dicen que ha cursado tres años de esta disciplina aquí en Salamanca) y acaba de regresar de París, como quien dice, admirado de la riqueza en cuanto a estilos y diseños arquitectónicos que por allí se gestan. Para él, aunar filosofía y teología es una actividad «de obligado cumplimiento para todo mensaje llamado a perdurar entre los muros de una institución académica como la Universidad de Salamanca».

—No penséis sólo en una escalera, señor, pensad en un legado, un patrimonio para generaciones futuras. Una simple flor o una espada quizás se conserven para siempre como relieves estéticos o formas agradables, pero aquí radica su importancia: aunemos lo práctico con lo ornamental y regalemos una lección que amplíe el conocimiento de los estudiantes futuros.

Me quedaría allí y escucharía a estos dos botarates, porque es francamente divertido ver que se puede discutir por asuntos tan triviales, pero una clase me espera y llego tarde.

Encuentro la puerta cerrada y un escalofrío de duda trepa por mi nuca durante un instante. No se deben interrumpir. Los profesores están en su derecho de no permitir la entrada a cualquier alumno que se retrase. Todo eso es muy cierto, lo tengo en cuenta y, no obstante, empujo con suavidad, aunque no puedo pasar desapercibido.

—Con permiso, ¿me permitís entrar? Había olvidado mi libro en la biblioteca.

Nunca me hubiera atrevido a hacer esto en otra circunstancia, pero es la clase de Luisa Medrano y confío en no perdérmela. La profesora se vuelve hacia mí y meneaba la cabeza con desaprobación.

—Pasad, Marcelo, pero no os acostumbréis... La próxima vez os quedáis fuera y os vais a tirar dardos al patio. —Me invita a pasar con un gesto de la mano y, al cruzarme con ella, lo percibo, es claro: me ha guiñado un ojo.

2

—A mí me parece que está loca, desviada... No me negaréis que una mujer así —Diego arma un gesto con las manos que reproduce la figura femenina— que se mantenga sin esposo, ¿os parece de recibo? Algún problema ha de tener.

—Sois terrible, Diego. De verdad que a veces pienso en qué momento quise yo hacerme amigo vuestro, mal rayo me parta... ¿Vos creéis verdaderamente todo lo que decís o es que lo decís para provocar?

Lo digo entre risas, aunque, en el fondo, su actitud me importuna. Diego procede de una familia de linaje y ha sido criado entre pompas y molicie; una familia como la mía, con la excepción de que sus tres hermanas han sido rigurosamente casadas con tres caballeros de estirpe con heredades en Valladolid y Zamora. Yo, en cambio, soy hijo único.

—¿Por qué os parece tan descabellado mi argumento? Luisa Medrano es una excelente catedrática. Lleva tres años en las Escuelas, quizás algo menos porque le tomó unos meses detentar el puesto. —Diego se detiene sin duda en la temporada que siguió inmediatamente a la defensa, meses en los que, según se rumorea, hubo mucha controversia para decidir si se quedaba o no—. Ciertamente es que nunca nadie ha manifestado una sola queja respecto a sus procedimientos, pero como mujer... Como mujer, Marcelo, no podéis negarme que algo le falta.

—Quizás se trate más bien de algo que le sobra. Tal vez le sobra inteligencia. Alguien así jamás perdería el tiempo en desposarse con un zoquete como vos, ¡eso lo explicaría todo! ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Al final de la clase, vamos juntos a la casa de Diego, a dos calles de las Escuelas. Mi amigo es de los pocos afortunados estudiantes que recibe de sus padres una renta anual de mil quinientos ducados, de los cuales, calculo, una generosa parte va a parar a las meretrices de la calle Serranos. En general, puedo decir que no da valor alguno a las mujeres, apenas a las de su casa, y, aparte de éstas, sólo a aquéllas de las que se beneficia: no estaba en su horizonte una dama de ingenio y conocimiento como la profesora Medrano e imagino que eso le perturba soberanamente.

—Hoy cenaremos pato asado con higos, Marcelo. Os aseguro que no habéis probado manjar semejante en ese colegio donde vivís.

—Vamos, Diego, ¡dejad ya de atosigarme! El colegio de San Bartolomé es excelente y allí comería a diario si no fuera porque... lo que sucede es que no...

—Si no fuera porque vuestro mejor amigo os invita a disfrutar de los buenos pucheros de su cocinera, ¡lo sé! Y me parece la mejor elección.

La mesa está dispuesta en el salón principal. En cuanto llegamos, nos despojamos del manteo y yo lanzo mi beca sobre una silla de la entrada; mi amigo se dedica a «robar» unas uvas del frutero que está sobre el aparador, junto a la chimenea. Es una casa de planta cuadrada y bastante grande para una sola persona, aunque bien necesaria para todos los sirvientes que esa persona «necesita». Más de la mitad lo han acompañado desde Valladolid y el resto del servicio ha sido contratado por su progenitor aquí, en Salamanca. Lo cierto es que no le envidio: residir en un colegio mayor como el de San Bartolomé me provee de chismorreos y noticias frescas, que aquí, aunque sea tan pródiga casa, me perdería.

—No cambio vuestros cojines de terciopelo ni vuestra cama de blancas sábanas almidonadas por la diversión que tengo en mi colegio, amigo; pero este asado de pato... Por esto sí que vendía yo mi alma al Maligno, ¡qué delicia!

—¡Esos rumores llegan hasta las Escuelas, Marcelo! ¿No veis la trifulca que entre el maestrescuela y el ingeniero se ha liado en las últimas semanas?

—Sí, eso sí es fácil conocerlo de puertas adentro, porque gritan habitualmente y es casi como si uno participara en esas disputas; pero yo hablo más bien de otros entresijos, como que nuestra insigne catedrática va a contar con su hermano como candidato al puesto de rector. ¿A que de eso no teníais noticia?

Diego abre los ojos de puro asombro y sus labios perfilan una risilla maliciosa. Me llena la copa con un vino exquisito, que apuro casi de un trago. Me da miedo regresar borracho al colegio y he de pedirle que se detenga cuando ya voy por la tercera.

—¡Pues agua no os daré! Ya sabéis que está contaminada. Decidme entonces, ¿hay posibilidades de que Luis Medrano se convierta en rector? ¿Eso cuentan por San Bartolomé?

—Estoy seguro de que vuestra cocinera, tan diligente siempre, puede prepararme un elixir con esas naranjas y uvas que veo allí. —Le señalo el frutero dispuesto tentador sobre el aparador, que conoce bien—. En resumen, eso es lo que he oído. Se rumorea que, de ser así, ella tendría que renunciar a su cátedra, lo que me parece inaceptable. Luisa Medrano parece que haya nacido para la

educación y la retórica, no la imagino ocupada en otros menesteres, la verdad.

La cocinera llega en cuanto oye que su amo la menciona y la veo retirar la bandeja de la fruta. No sé si envidio o compadezco a mi amigo por tenerlo todo, siempre, en cualquier momento que se le antoje.

—Nuestra grandísima catedrática, ¡qué mujer tan bizarra! No entiendo cómo la apreciáis tanto. Porque lo he notado, Marcelo, salís al poste casi a diario para interpellarla, cuando vos sois de prestas entendederas; no necesitáis que os aclaren dudas de continuo. No mintáis: lo hacéis por tener unos minutos de conversación a solas, ¿o no es así?

Me traen la copa hasta arriba de un brebaje anaranjado, acompañada de una jarra. Sonrío a la sirvienta de puro alivio ante su llegada, que me permite cambiar de tema, mirar hacia otro lado, desviar a mi anfitrión de su insistente rueda de preguntas. Diego quiere sonsacar lo que jamás le confesaré.

—Este zumo es delicioso, amigo. Tal vez me pase más a menudo a cenar con vos. Tenéis razón.

3

Es cierto que salgo al poste casi a diario tras las clases de Luisa Medrano. Me gustan sus explicaciones, no lo voy a negar, pero desde luego que jamás haría partícipe a Diego del interés que, en cierto sentido, me despierta la catedrática de un modo más personal.

No quisiera que la obligaran a abandonar las clases, pero parece que sí, que su hermano va a ser elegido como rector para el próximo curso. Mucho me temo que si uno de los dos ha de verse perjudicado, no vaya a ser él.

Y si don Luis Medrano es designado rector, puesto que es el rector quien nombra a los catedráticos, en mal sitio quedaría su hermana, sobre todo ahora, con el revuelo de los sobornos y la falta de justicia en la provisión de los últimos años. Si me lo preguntaran, yo diría que la Medrano merece esa cátedra, más que muchos que ejercen la docencia desde tiempo atrás, más veteranos que ella; pero nadie va a preguntármelo. Yo quiero que se quede, porque la admiro, por su saber y por su actitud.

Por otra parte, a muchos les beneficiaría que Luis Medrano ascendiera a ese puesto, porque así utilizarían a Luisa como blanco para justificar los sobornos hechos hasta ahora; algo del todo injusto, pero muy probable. Hay una serie de académicos que, desde el comienzo, no soportan la presencia de una mujer en las aulas. Hace tres años, cuentan que Luisa llevó a cabo una de las declamaciones más impresionantes de la historia de esta universidad, pero que hubo de intervenir la mismísima Corona para que le acabaran concediendo la cátedra. Al parecer, los estudiantes la apoyaron, pero el claustro de diputados se negó. Nunca he podido cerciorarme de esta teoría, pero hay quien asegura que Lucio Marineo Sículo quedó tan prendado de su graciosa oratoria que pidió a su majestad el rey Fernando que la apoyara.

Y, sin embargo, algo pasó, algo que yo sigo sin comprender en todo ese asunto y es por qué tardó Luisa tanto tiempo en incorporarse. Cuentan que más de tres meses, y eso es mucho tiempo de debate entre el maestrescuela, el rector y el consejo...

En cualquier caso, eso es parte del pasado y en Salamanca no son muy dados a desenterrar «viejas habladurías». Lo más seguro es que tenga que retirarse y será una pérdida terrible.

Esta misma tarde, Luisa ha traído a colación una anécdota bien curiosa sobre la procedencia de un texto en el que nunca habiéramos reparado. En sus clases destaca esa actitud lúdica y aparentemente improvisada con la cual discurre a lo largo de la hora y media que se toma. Así uno jamás pierde el interés y ella se asegura la atención: por mucho que se opongan a ella, la actitud afanosa de la Medrano es algo que nadie puede negarme.

—«*Nemo enim ipsam voluptatem quia voluptas sit aspernatur aut odit aut fugit, sed quia consequuntur magni dolores eos qui ratione voluptatem sequi nesciunt. Neque porro quisquam est, qui dolorem ipsum quia dolor sit amet, consectetur, adipisci velit, sed quia non numquam eius modi tempora incidunt ut labore et dolore magnam aliquam quaerat voluptatem*». —Con el libro entre las manos, a la altura de su pecho, la catedrática leía y en el aula no se oía ni el vuelo de una mosca—. Pensad en el sentido último de las palabras del maestro latino, antes de aplicar la lección, en la medida de lo posible, a vuestro día a día. ¿Alguien se atreve a traducir este párrafo?

No es habitual (que yo sepa está incluso prohibido) que un profesor use el castellano para impartir sus lecciones, pero a Luisa Medrano eso no le importa. Puede decirse que existe un pacto silencioso con sus alumnos, a cambio de una comprensión profunda de sus enseñanzas y, hasta ahora, nadie la ha traicionado. A todos nos agrada su deferencia y sus cuidados, nos sentimos cómodos con ese método suyo. Así es que ella lee el texto original y luego pide que lo traslademos al castellano, para regresar al latín por contraste y comparación. Lo mejor, siempre, es la selección que hace: jamás es ociosa y, cuando terminamos la clase, siempre queda uno satisfecho, con la sensación de haber ido más allá del escrito, como si el pensamiento de cada cual hubiera llegado a rozar el del propio autor que ha escrito aquello. En este caso, habíamos viajado hasta el 45 antes de Cristo, nada menos.

—No os quedéis con las ideas debajo de los asientos. Venga, ¿alguna sugerencia? Sé que habéis entendido el párrafo, no es tan complicado, y Cicerón, a estas alturas del curso, es ya un viejo conocido.

Del fondo del aula, una mano temblorosa se alzaba para intervenir:

—«Que el placer en sí mismo no es rechazado por nadie de forma voluntaria...».

—¡Excelente! ¿Habéis sido vos, Damián? Habláis tan bajo y os sentáis tan

lejos que no estoy segura de si he soñado vuestras palabras o realmente han llegado a difundirse por el aula. ¡Alzaos, por favor! Y continuad... ¿O hay alguien más que quiera seguir?

—«... Que, al perseguir el placer de manera racional, las condiciones son en extremo dolorosas».

—¿Las «condiciones» o las «consecuencias», Francisco? «*Sed quia consequuntur magni dolores eos*».

Luisa caminaba hacia la segunda fila, en donde Paco Madrigales, mi avisado compañero de banco, de nuevo había abierto la boca antes de pensar. Le había dado un codazo y él se llevaba la mano a los labios, arrepentido, pero sin ocultar una risa espontánea.

—¡Consecuencias, consecuencias! Que no había leído bien esa parte.

Las diez filas nos habíamos carcajeado ante la excusa tan majadera de mi compañero. Y la catedrática pasó a explicar el resto de la carta de Cicerón.

—Está bien que rectificuéis, Francisco, pero no es éste un texto del cual uno deba mofarse. Cicerón nos habla de los extremos que determinan el espacio que ocupa el bien y el mal; no es la primera vez que lo revisamos. Decidme, ¿alguno ha tenido ocasión de ver cómo se trabaja en una imprenta?

Aquel comentario nos había desconcertado a todos. Era una de las prácticas características de la Medrano: si la atención se dispersa, ella contraataca con una historia paralela y no necesariamente relacionada con el tema de la lección.

—¡Claro que sí! Mi padre encarga cada año ejemplares a Guillén de Brocar en Logroño. —Diego no puede contenerse y es el primero en jactarse de la riqueza de su familia, como siempre que encuentra ocasión—. Una vez visité sus talleres... Huelen a unguento de boticario. —Frunce la nariz y nos saca a todos la lengua para mostrar el desagrado que le causa ese recuerdo.

—Bueno, si además de oler también mirabais a vuestro alrededor, sin duda repararíais en las muestras que se usan antes de volcar el texto en los tipos y las matrices, ¿no era siempre el mismo texto, Diego?

Mi amigo piensa por unos segundos antes de responder.

—Eran letras al azar, sí. Recuerdo haber visto un texto extraño, repetido en cada muestra, a colores, tamaños y separaciones diferentes, pero sí, es posible que fuera siempre el mismo.

Luisa había colocado el libro de Cicerón sobre su mesa y, desde la tarima, la veíamos rebuscar en el fondo de una bolsa bastante grande, que traía llena de pliegos y apuntes. De ella acababa de extraer un pergamino doblado en dos y, al desplegarlo ante nosotros, podía leerse un texto. No era latino, pero lo parecía.

—Era este mismo texto, Diego. Y si alguien alguna vez puede darse el lujo de comprobar cómo se prepara un libro en la prensa de una imprenta, verá que vuelve a ser el mismo. —Había colocado el enorme pergamino en un atril—. Los de las últimas filas, ¿podéis pasar de dos en dos y comprobar en qué lengua está escrito?

Los invitaba a acercarse hasta la tarima y leerlo. Para nuestra sorpresa, aquello no había quien lo entendiera.

—Comparad el texto que acabáis de leer con este otro y veréis que se trata del mismo, desprovisto de palabras y carente de sentido. Así nadie intentará leerlo y se fijará sólo en el conjunto del bloque que conforman las letras en el espacio de la página: pensad que es una solución perfecta para trabajar con autores o clientes indecisos: fuera contenido y sólo continente.

Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua. Ut enim ad minim veniam, quis nostrud exercitation ullamco laboris nisi ut aliquip ex ea commodo consequat. Duis aute irure dolor in reprehenderit in voluptate velit esse cillum dolore eu fugiat nulla pariatur. Excepteur sint occaecat cupidatat non proident, sunt in culpa qui officia deserunt mollit anim id est laborum.

Que este sistema vaya a perdurar o no en el tiempo entre los maestros impresores es algo que ignoro, pero que se trate de un pasaje estudiado en clase con Luisa Medrano seguro que jamás lo olvidaré.

Por cosas así, sigo pensando que no deberían destituirla, pero habremos de ver qué sucede.

Llegó por fin la elección del nuevo rector de la Universidad de Salamanca. Desde siempre, es un evento que a los estudiantes nos atrae y nos hastía casi en la misma medida.

—A ver si se relaja el asunto con Luis Medrano y nos permiten respirar un poco entre repetición y repetición. —Para Diego, los actos oficiales en las Escuelas son un suplicio en sí mismos, sea cual sea la ocasión—. Que si visitasiones de cátedra, que si provisiones oficiales... Estoy harto de tanto ceremonial.

—Me temo que poco tendrá que decir el nuevo rector a eso, amigo. Son ceremonias, van a existir siempre.

—Y a cambio de asistir a ellas, ¡otra vez las clases suspendidas! Yo no lo veo tan mal. —Francisco Madrigales da el contrapunto lógico a la cuestión.

El cargo de rector es siempre importante y todos lo asumen. De él se espera el anverso «confiable» del maestrescuela, a quien siempre va a estar subordinado. El primero es la orden indiscutible y el segundo, un soplo de esperanza.

Esta mañana, hemos madrugado para asistir a la investidura de Luis Medrano. Hay una enorme expectación. Por el camino, se escuchan voces de los más rezagados:

—¿Y juntarse ahí dentro con el frío que hace? Prefiero esperar a conocer la resolución mientras le doy unos tragos al vino en la posada, ¡es un día festivo! Habrá que celebrarlo.

Días antes de esta mañana de San Martín, la capilla de San Jerónimo ya se había llenado de curiosos: allí se anunciaba el nombre del nuevo rector. Mis amigos y yo habíamos hecho apuestas, pero en general todos apuntábamos a Luis Medrano como ganador indiscutible.

—Aun así, lamento su situación. De acuerdo que le queda un año para recibirse de doctor, pero llevar las cuentas y gastos, guardar la llave del arca universitaria, vigilar el abastecimiento de la biblioteca... ¿Podéis imaginar todo eso para lo poco que le pagan?

Diego tiene razón, vale más el prestigio del cargo que la remuneración, pero es un noble y no tiene apuros de ese tipo. Sólo los estudiantes más acomodados pueden plantearse ejercer las funciones de rector. El claustro de catedráticos y estudiantes es quien lo asesora en la toma de decisiones y jurisdicción competente (para todo lo demás y siempre en último término, quien obra es el maestrescuela).

—Y si se ofusca con las entradas y salidas de ejemplares en la biblioteca, ¡que le ayude su hermana! —Madrigales, como siempre, volvía a insistir—. Bueno, ¿qué pasa? ¿Acaso soy el único que lo piensa? Además, la nueva sala va a ser más grande y de todas formas habrá que volver a colocar cada ejemplar en sus estantes...

—Y organizarlos, Paco. Tened por seguro que eso no lo harán ni Luis ni su hermana. —Tengo que intervenir en defensa de Luisa, porque, siempre que alguien saca el tema, acabamos en discusión—. En cualquier caso, ni vos ni nadie sabe aún si ella seguirá en las Escuelas después de esto, así que seamos prudentes.

Luis Medrano ve su objetivo cumplido al convertirse en rector. En esta mañana del 10 de noviembre, en el claustro de la catedral vieja, delante de la capilla de Santa Bárbara, el hermano de Luisa jura su nuevo título de rector de la Universidad de Salamanca *in licitis et honestis*.

Yo me pregunto qué pensará ella y, movido por la curiosidad, la busco sin éxito entre el gentío que llena la capilla durante la ceremonia. No se encuentra allí.

Alguien decide que tomar unas barcas para ir hasta Tejares puede ser una idea excelente. Pasar un día sin clases entre los muchachos, comer en el campo y quién sabe si jugar una partida de cartas al caer el sol se convierten de pronto en la alternativa a la soledad que me amenaza a partir de ese momento.

—Oídmeme, ¿os importa si me uno más tarde? Creo que voy a comer en mi casa y luego me echaré un rato.

—¿Estáis cansado, Marcelo? ¿Es que anoche trasnochasteis celebrando el nombramiento de Medrano? —Madrigales quiere hacerse el gracioso con su mente malpensada—. Veníos más tarde si queréis, pero no os garantizo que esta tropa de locos y yo vayamos a estar muy sobrios en las próximas horas, ¡ja, ja, ja, ja!

No espero menos de mi hatajo de amigos. En cuanto el vino comienza a dejarse ver, la gracia, el desparpajo y cualquier bufonada que se transforme en vergüenza a la mañana siguiente parece apoderarse de ellos. Pierden el control y

no los reconozco.

—Como digáis, Paco, yo de momento me retiro. Si más tarde siento ganas de jaleo, os iré a buscar a la calle Zamora.

Poco les importa hacia dónde dirijo mis pasos, si no es para ligarlos a los suyos de posada en taberna hasta el final de la jornada.

Así que decido acercarme hasta la casa de los Medrano. Adivino que si Luisa no se cuenta entre los asistentes a la ceremonia, el mejor sitio en donde puedo encontrarla es en su hogar, alejada del gentío, puesto que la biblioteca está cerrada por la investidura. Camino, pues, rumbo a su casa.

Un robusto manto de enredaderas recubre los barrotes de la verja del caserón. Se guarda así de miradas extrañas la vida cotidiana de los hermanos y, cuando uno pasa por delante, sólo le queda imaginar qué sucederá allí dentro, tras la cortina verde de hojarasca y flores. Muy probablemente Luisa haya estado pendiente del escrutinio hasta el momento en que el nombre de su hermano se anunció como el elegido. Me detengo frente a su puerta y adivino un trajín de sirvientes desplegados por la casa.

—¡Viva! ¡Y por muchos años!

Una terrible algazara se levanta desde la plaza de Anaya y llega a mis oídos, varias calles más abajo en la finca. Entre varios, sacan a hombros al nuevo rector en lo que podría calificarse de «desfile improvisado» por la ciudad, pero es una tradición que se repite con cada nueva asignación al cargo; nada original ni mucho menos espontáneo.

—Si no llama la atención a su manera, no es mi hermano. Siempre con ese afán de hacerse notar ante los demás... como si no lo conociera.

Luisa acaba de abrir la puerta y afina la mirada calle abajo para asegurarse de que el jaleo procede del logro de su hermano pequeño. Me encuentra allí, apoyado en la verja y con la nariz metida entre las hojas como una cabra curiosa que quiere salirse de su redil, o más bien entrar en el de su profesora.

—¿Qué hacéis aquí, Marcelo? Os imaginaba festejando junto a los otros estudiantes. ¿Es que no os gusta el vino y la edificante actividad de no hacer nada? —La catedrática se ríe. Sin duda se ha dado cuenta de que lo que quiero es encontrarme con ella. Se aproxima unos pasos y toma mis cuadernos—. ¿Ibais a algún sitio con estos libros un día como hoy? Las Escuelas cierran, Marcelo, pero si queréis estudiar, aquí tenéis espacio de sobra. ¿Os apetece pasar?

La vergüenza me recorre el cuerpo entero y se detiene en la superficie de mis mejillas, no logro dominar el bochorno.

—No querría interrumpir vuestras actividades, señora. Iba de camino a mi

casa, para almorzar y dormir un poco. La celebración se prolongará hasta el anochecer y tengo tiempo de pensar si quiero sumarme o no.

Luisa continúa con el hatillo de mis cuadernos en las manos. Espera una respuesta que aún no le he concedido.

—¿Y salís a festejar con estos libros?

No me da otra opción, debo explicarle con honestidad.

—No son libros, señora. Son mis cuadernos... Mis diarios. Hago anotaciones sobre mis jornadas y a veces algún garabato que ilustra lo que me sucede.

—¿Sois dibujante, Marcelo? —Luisa sonrío y aplaude como si aquello la ilusionase de algún modo—. Por favor, ahora sí que voy a rogaros que entréis y me mostréis esos «garabatos» que decís.

Accedo a la invitación con cierto recelo. ¿Qué ocurriría si alguien me viese de visita en casa de la catedrática? Por fortuna, hoy nadie va a enterarse de nada.

Según me contó, había pasado la mañana sentada en uno de los bancos de su jardín; luego recogida en la casa para bordar y leer tranquilamente, sin necesidad de hacerse presente ante nadie ni justificar su ausencia en la ceremonia universitaria. Me cuenta que cuando sintió que alguien hurgaba en la enredadera, estaba hablando con el jardinero mientras remataba un pétalo rosa de la flor que había bordado en un trozo de lino viejo. No solía coger las agujas porque le recordaban los años de su infancia en la corte, en donde la costura se consideraba actividad de obligado cumplimiento para las niñas, pero esa mañana, por sentir que de esa forma se rebelaba contra las normas, dedicaba las horas a un bonito ramillete de hilos de seda.

Y entonces me oyó y salió a ver qué sucedía.

—Ya casi han alcanzado la calle Fonseca... Señora, ¿no queréis asomaros para verlo pasar? —El jardinero, un hombre alto y enjuto con las manos sucias, se extraña al vernos entrar a los dos.

—Mi hermano no necesita que yo le felicite por sus victorias, menos por una como ésta. Pocas cosas hay que conozca con más seguridad... —Y regresa a su asiento para seguir dando puntadas en su pieza de tela—. Por favor, Marcelo, sentaos aquí a mi lado y enseñadme esos bocetos.

Unos segundos de duda me refrenan antes de atender a su mandato, pero, finalmente, accedo y me inclino para mostrarle el contenido de mis cuadernos. No hay nada de malo en ello, pienso.

Ni en la mañana siguiente al juramento del nuevo rector, ni en las posteriores a lo largo de varios meses, hubo sospechas de que la catedrática me favoreciera con un trato diferente. De algún modo, hemos forjado una amistad particular, porque es sincera, porque debe mantenerse en silencio.

De momento, no es más que un rumor, pero un rumor con visos de convertirse en realidad; es muy probable que Luisa Medrano sea expulsada. No quisiera yo tener nada que ver con semejante injusticia, pero si alguien se hace eco de nuestra afectuosa relación, las consecuencias podrían ser fatales.

Hará una semana que Luisa me hizo partícipe de sus temores, al confiarme la noticia de la inminente llegada de un visitador a nuestras aulas. De acuerdo con los estatutos, estábamos en una de las salas reservadas al descanso de los profesores, con la excusa de habernos reunido allí para que yo le entregara la resolución de mis compañeros de estudio que, *ad vota audientium*, habíamos votado para decidir el contenido de las clases siguientes. Entonces me lo dijo.

—Es por la infracción descubierta en la concesión de votos. Entre el robo de los anuarios y el favoritismo con gente incompetente, parece que la reina ha querido que un obispo venga a ponernos firmes. Es lo último que necesito.

—¿Y creéis que eso tiene algo que ver con vos? Vuestra cátedra la ocupasteis hace ya cuatro años, señora. ¿Quién puede venir a deciros que hubo amaño alguno?

Yo le decía aquello para tranquilizarla, pero era evidente que la única mujer en el cargo iba a ser la primera cabeza en rodar. No quería mostrar preocupación de ninguna manera.

—Escuchad, Marcelo, mi llegada a estas Escuelas coincidió con la salida del maestro Nebrija, en no muy buenos modos.

—Pero él decidió irse a Sevilla por voluntad propia. Nadie lo depuso de su cargo, ¿no es cierto? —Luisa esquivo mi mirada y no sé si creer que es una información con la que no cuenta o si conoce más de lo que pueda confiarme—. Fuera coincidencia o no, en cualquier caso, el carácter huraño de Nebrija es

conocido por todos. No creo que haya opiniones contrarias a vos, señora. No debéis agobiaros.

Desde entonces, he estado alerta ante esa visita, porque no he querido perderme detalle alguno de lo que suceda cuando el obispo esté entre nosotros.

Hoy ya estoy plenamente informado al respecto.

Mi clase está a punto de comenzar y aprovecho para dar un paseo por el claustro. Mientras escribo estas líneas, me vienen a la memoria dos conversaciones que he tenido la suerte o la desgracia de «agarrar» a tiempo, cuando flotaban por la crujía de levante, cerca de mis oídos.

—Quiero que se estudie bien. Ha de haber una forma femínea, en medio de la vegetación, como si surgiera de entre las zarzas. Algo sinuoso como el tapiz que os digo... ¿Comprendéis adónde quiero llegar con esta escalera, excelencia? Va a ser la más enigmática de Salamanca y me atrevería a decir que de todo el reino de Castilla.

Las voces procedían de una sala que habitualmente se empleaba para visitas de familiares a los estudiantes; estaba provista de varias sillas de caderas y un bargueño para colocar y archivar las notas del alumnado. El fuego crepitaba en la chimenea. En el centro había una mesa de patas largas que permitía discutir cualquier legajo dispuesto sobre ella, sin que uno tuviera que sentarse, y allí los vi a ambos, inclinados sobre un pergamino.

El ingeniero Pérez de Oliva sostenía un plano con el ejemplo de un tapiz, obra de Israel van Meckenem, y se lo mostraba al obispo de Málaga, don Diego Ramírez de Villaescusa. El religioso es el elegido como nuestro visitador oficial por su majestad doña Juana. En aquel momento no parecía tener la menor intención de inmiscuirse en las decisiones sobre diseño, edificación y demás devaneos arquitectónicos del edificio, pero el ingeniero se mostraba pertinaz.

Hernán quería convencerlo de su grandísima idea, de que la autoridad rectoral estaba de acuerdo con él y con sus teorías sobre la necesidad de instruir indirectamente, a través de la presencia de la piedra. Quería ese respaldo porque sabía que si la Iglesia amparaba sus decisiones, todos querrían sumarse a su voluntad y reconocer su genio creativo.

Las miles de discusiones que tuvimos que escuchar meses atrás daban cuenta de la importancia de ese relieve en la escalera de las Escuelas. No podía pasar por alto la oportunidad de escuchar el «desenlace» de aquella historia, así que me senté a seguir su diálogo con cautela y discreción, desde un banco cercano a la puerta de la sala.

—Me parece correcto y he de confesaros que vuestra determinación en el

desempeño de esta balaustrada me deja muy impresionado, pero no he venido a Salamanca para ocuparme de un asunto así. Si me lo permitís, he de regresar junto al rector para tratar con él otro tipo de cuestiones.

Aquellas palabras tuyas se agolparon en mi garganta y sentí un miedo cerval e inmediato por lo que pudiera llegar a suceder en las horas siguientes, tras esa reunión.

Hablaría con las dos máximas autoridades académicas. Pensé que probablemente el maestrescuela lo estaría esperando para una comida ligera al mediodía, en su casa. Discutirían algunos de los altercados recientes, como el del robo de los libros del claustro que me había adelantado Luisa; se desconocían las causas. Todavía se buscaba a algún estudiante no conforme con las multas impuestas, alguien que, movido por despecho, hubiera accedido al arca principal para llevarse aquellos documentos que lo desacreditaban. Pasaba a menudo que a los menos responsables se les imponían penas que les manchaban su expediente de por vida. En esta ocasión, la diferencia venía marcada por el hecho de que no se tratase de un simple hurto, sino de la desaparición de unos libros que eran fundamentales en el registro de actividad de la universidad.

Pero, además, había habido disputas y rumores acerca de la supuesta irregularidad en la provisión de cátedras recientes y eso era lo que me inquietaba. Era lógico que, para ello, el obispo prefiriera hablar en privado y tranquilamente con el actual rector, Luis Medrano, que podría darle una clara visión de los acontecimientos desde su perspectiva, como hermano de Luisa.

Muy a pesar del tiempo transcurrido desde el día de su asignación al cargo y de los magníficos resultados de su actividad docente, Luisa Medrano aún levantaba viejas ampollas y rencores.

Entonces veo al obispo que sale de la sala con paso agitado y cruza por delante de mí. Tal vez se dirija al rectorado en busca de Luis, pienso, y lo sigo sin dudar un instante.

Por el camino, lo intercepta el primicerio, que quiere incluir al rector en la comida que han organizado con el maestrescuela. Está apoyado en el muro que rodea el patio central y observa a los trabajadores de la piedra, que golpean con sus instrumentos el rincón de la futura escalera. En cuanto ve al obispo, corre hacia él. Yo me escondo tras la puerta de un aula en donde aún no ha comenzado ninguna lectura.

—¡Excelencia! Daos prisa porque al maestrescuela no le agrada tener que esperar a nadie a la hora del almuerzo. —Alza la voz para hacerse escuchar por encima del repiqueteo de los canteros, pese a hallarse el obispo a sólo un par de

metros de distancia—. Llevo un buen rato aquí esperando por vos, ¿estáis listo?

—Pues lo cierto es que ahora mismo iba a hablar con el rector, para concertar nuestra reunión cuanto antes. No quería aplazar el encuentro más de la cuenta.

—¡Ah!, pero, entonces, ¿por qué no le decís que venga también a casa del maestrescuela y así podremos discutir todos juntos los asuntos que se estimen oportunos?

—Agradezco mucho su amable ofrecimiento, pero su majestad doña Juana me ha pedido explícitamente que mantenga una conversación privada con Luis Medrano. Que sólo comente con él los asuntos relacionados con su hermana. Al parecer, no confía en quienes la rodean, pero en ella sí lo hace y de un modo particular. Creo que la conoce.

¡Un soplo de esperanza llega de repente hasta mis sentidos con aquella aclaración del obispo! Cada vez más incómodo en mi postura, encogido tras un bolardo no especialmente alto, prosigo atento a lo que hace y dice el visitador.

El primicerio frunce el entrecejo defraudado. Debía de esperar que el obispo no pusiera objeciones a sus propuestas. En general, dado su cargo y responsabilidades, está acostumbrado a que nadie le lleve la contraria. De todos modos, si la reina ha hablado de ese modo, nada tiene que objetar.

—¿En privado con el rector? Vaya, eso sí que es una novedad. No suele ofrecer demasiadas entrevistas con esas condiciones, pero, si su majestad así lo solicita, deberá proceder y punto. En cualquier caso, no se demore y venga pronto. Le estaremos esperando.

El obispo se despide con una leve inclinación de cabeza y sigue su camino en busca de Luis Medrano.

Lo dejo que se aleje y no insisto en mi persecución: ya he escuchado suficiente y tengo una lectura que atender. Algo en aquel ambiente me da que pensar y me hace sentir un intruso en terreno protegido o lo que es peor: un aliado en terreno equivocado.

6

—¡Por fin os dejáis ver el pelo, malandrín! ¿Puede saberse dónde habéis pasado la mañana? Os habéis perdido una hora de discusión agitada entre Eladio y el maestro de hebreo que debería pasar a la historia de este general.

Diego se carcajea de la osadía de algunos estudiantes, que, por llamar la atención ante los maestros, son capaces de contradecir ideas que avalan unánimemente universidades de otros reinos. El empaque de Luis Vives parece que se ha contagiado también entre los salmantinos.

—¿Es que ahora hay que negarlo todo para tener nombre y presencia en las aulas?

—Bueno, al humanista de Valencia parece que le ha ido bien con esas habilidades. Todos hablan de la fuerza de sus argumentos.

—El humanista de Valencia vive en París hace tiempo y desde allí puede decir lo que le plazca. Será razonado su parecer, no lo niego, pero viene de muy lejos.

Enzarmarme en discusiones así a horas tan próximas a la del almuerzo no me anima demasiado, así que dejo a Diego, con sus frases y reproches, sus burlas hacia nuestro compañero Eladio y sus admiraciones hacia Luis Vives, solo en el asiento y me busco otro hueco en el general. Por más que lo intento, no logro apartar de mi cabeza la idea de Luisa lejos de las clases. Imagino al obispo en pleno escrutinio de datos y circunstancias desde que ella ha llegado a ocupar su cargo, la coincidencia de sucesos en su contra, la elección de su hermano para el puesto de rector, el robo de los libros... ¿Es que puede haber alguien empeñado en dirigir las sospechas hacia ella? Pero no quiero obsesionarme. Debo mantener la calma porque, pase lo que pase, no está en mi mano.

Me niego a permanecer allí. Quizás me equivoque y yo mismo pueda cambiar el curso de los acontecimientos, podría hacer algo. Lo mínimo es estar debidamente informado para contarle a Luisa a qué se expone.

Salgo del aula cuando el maestro acaba de cruzar la puerta.

—¿Estáis seguro de querer renunciar a esta hora también, Marcelo? Me han dicho que os habéis saltado la complementaria de hebreo y no creo que estéis en

condiciones de seguir así. Os jugáis el curso.

—Debo ausentarme, señor. Me pondré al día con las notas de algún compañero. —Me inclino para disculparme por abandonar la sala y el maestro niega con la cabeza. Mucho me temo que no comprende nada de lo que hago, pero tampoco pienso perder el tiempo en explicaciones—. Gracias por el consejo, en cualquier caso, señor.

Sé que para otros estudiantes el riesgo de ausentarse y perder el curso es grave, puesto que no son pocos los dineros que cuesta la matrícula de cada año. Imagino que una de las ventajas de ser pudiente es ésta y pienso aprovecharla lo mejor que pueda: en este caso, en ayudar a Luisa Medrano.

La casa del maestrescuela está situada en la misma calle Libreros, a pocos metros de la entrada principal de las Escuelas Mayores. Si mis conjeturas son ciertas, van a reunirse los altos cargos dirigentes de la universidad y es ante una buena mesa con vino y pitanzas como mejor se discute y salen a la luz los temas importantes.

Por el ventanuco exterior de la vivienda apenas distingo el movimiento del servicio, que se muestra atareado disponiendo el almuerzo. Afino la vista a través de los estrechos barrotes y distingo a Miguel, sí, es él, ¡cómo me alegro en este momento de tener un paje tan escurridizo en sus obligaciones!

—¡Chsst! ¡Miguel! ¡Aquí, en la ventana! —Me resulta difícil llamar la atención de mi lacayo y ser discreto en el tono de voz para que no me oiga nadie más—. Venid aquí, muchacho, ¡eh! No voy a castigaros, amigo. Acercaos, que he de pedir os un favor importante.

Miguel empina una bota de vino de la casa que le acaba de entregar una doncella. Me consta que anda en romances con la muchacha y que aprovecha cada clase mía para venirse a rondarla, cuando no pierde sus horas en juegos de jincamorro o sortija. Me ve y por un momento corre a esconderse, pero, en cuanto le aclaro mis intenciones, parece que gana su confianza y camina hacia mí. Me siento como si Miguel fuese un perrillo enjaulado.

—¿A qué os referís, señor? Yo... Yo sólo he venido porque me han invitado a que pruebe el... —Lo mando callar poniendo la mano en sus labios, porque el tiempo apremia y necesito que me escuche—. De acuerdo, señor. Decidme qué favor necesitáis.

—Necesito hacerme pasar por uno de los sirvientes de la casa, Miguel, y vos y tu zagala vais a ayudarme. —El joven se ruboriza en cuanto menciono a la moza, que nos mira de brazos cruzados desde el fondo de la cocina—. Pedidle que venga, por favor, y así os lo explico a ambos.

—Pero, señor, ¡tienen mucho trabajo hoy! Ana podría verse en problemas si llega a saberse que vos...

—Está bien, ¡entonces tomadlo como una orden! Abrid la puerta y cambiémonos de ropa ahora mismo. Durante el tiempo que dure este almuerzo, yo seré vos y vos seréis yo. No hay más que discutir, Miguel.

La carne mechada se ha servido fría de acuerdo con la costumbre castellana. El puchero de legumbres se adereza con unas cuantas copas de hipocrás recién mezclado, que hace las delicias de los comensales. La bebida, caliente y dulce a partes iguales, ayuda a hidratar el bocado, que, por otra parte, aunque sabroso, parece seco y contundente. Se come y se bebe por tanto con el entusiasmo que es de esperar en un mediodía de la estación helada. Con esas viandas y el estómago lleno, se puede comenzar a discutir y dar solución a los problemas que tanto alteran el orden universitario.

Y en esa tarea tan fructífera andan los cuatro dirigentes del estudio esta mañana cuando yo aparezco por la puerta, con las humildes prendas de mi criado.

—No os acerquéis demasiado al salón, señor. Mi amo sabe que a veces Miguel viene a verme, pero jamás cruza las puertas del servicio ni sale más allá de la cocina —me ruega Ana entre susurros y me compadezco de ella—. Por favor, señor, tened mucho cuidado de que no os reconozca.

—No temáis, Ana. Sólo quiero escuchar la conversación. Estaré aquí cerca del cortinaje, pero no me verán.

La joven regresa a sus quehaceres y desde la cocina le lanzo un saludo a Miguel para que se aparte del ventanuco y me espere en una de las posadas cercanas al mercado. Con las monedas que le he dado bien puede perder un poco de su tiempo en seguir empinando el codo con vino peleón.

En la sala cuento a cuatro comensales: el maestrescuela, el obispo, el primicerio y, para mi sorpresa, un joven flaco y de rostro encogido a quien no conozco.

—Disfrutad de las viandas, señor Vives. Imagino que en París no hallaréis ternera de esta calidad ni tan bien aderezada... ¿Nos queda capón de la noche pasada? —El maestrescuela saborea con los dedos pringosos cada trozo de carne que engulle. Busca con la mirada a Ana, encargada de servir la mesa y mantener provista la despensa de su amo—. Anoche me deleité con una auténtica

exquisitez que nunca antes había tenido el gusto de probar, señores. Una masa viscosa de color aguado que se mantenía firme en el plato pero se deshacía en la boca. Debéis probarlo, os lo digo... ¡Ah! ¡Ana!

No puedo creer lo que he oído: ¿ha dicho «señor Vives»? ¿Luis Vives? De modo que ese muchacho es el feroz crítico de Nebrija ¡y está aquí sentado a la mesa del maestrescuela de la Universidad de Salamanca!

—No os molestéis, señor. Vengo con poco apetito por el viaje y tampoco querría importunar a vuestra sirvienta.

—¿Importunar a mi criada? ¡Pero qué es lo que os han enseñado en el extranjero! Esa humildad os servirá de poco en tierras castellanas. Querido Luis, aquello que se os ofrezca, no dudéis en pedirlo, que mi cuerpo de criados os atenderá diligente. Sois mi invitado. ¿De verdad que no queréis probar el delicioso servicio que os comento? ¿Y vosotros, caballeros? ¿Alguno con curiosidad y apetito?

Tanto el primicerio como el obispo se entregan con fruición a la degustación de la comida. Parecen haber olvidado el motivo principal que les ha reunido esa mañana junto a la mesa del maestrescuela y, entre risas y bocados, dejan pasar el rato.

Mientras, yo maldigo mi suerte. Aún no he almorzado y ver a estos cuatro rebozados en tan sabrosos manjares me da dolor de estómago. Rezo para que dejen de comer por un rato y comiencen a hablar de lo que tanto me preocupa.

Pero Luis Vives parece que desconfíe de los excesos. Apenas prueba ninguno de los platos y, en cuanto se anima a interrumpir la charla insustancial de los tres hombres, es para decir:

—Si no os importa, caballeros, necesitaría que me confirmaseis, a la mayor brevedad posible, la permanencia de Luisa Medrano en el cuerpo docente de esta universidad durante los próximos cursos.

Tras oír aquello, los tres hombres cesan en su gula y callan, como si un ángel se hubiera posado en el respaldo de sus sillas y los dejara en completo silencio. Yo creo que voy a desmayarme. Vives habla y agacha la cabeza mientras mira hacia su plato vacío, como quien espera una reprimenda o una bendición por parte de un superior. Parece que sabe lo que quiere y pretende zanjar aquella farsa de frívolo postín cuanto antes.

—Estáis hablando de la hermana del rector, señor. Me intriga saber con qué motivo os afanáis en desplazar a la catedrática de su puesto, si es que me permitís que lo pregunte. —El maestrescuela se limpia los dedos pringosos con el lienzo del mantel, mientras lanza su pregunta al joven Vives. Parece fascinado

por la energía y seguridad que emanan de sus palabras—. Aquí, en Salamanca, no acostumbramos a justificar los puestos asignados en las Escuelas, menos a visitantes extranjeros y aún con mayor reparo si exigen con impertinencia que así se haga nada menos que a sus superiores.

—Pero dejadlo que pregunte, no le interrumpáis... ¿Acaso tenéis información que nosotros aún no conozcamos en relación a Luisa Medrano, señor Vives? ¿Hay algo que se diga de ella en el extranjero que no haya traspasado todavía nuestras fronteras?

Invitado por la complicidad del obispo, Vives se anima a continuar su discurso, pero no a aportar más detalles sobre la catedrática. Todavía no es momento de hacerlo. Aún debe allanar bien el terreno antes de sembrar.

Estoy aterrado.

—Como ya sabéis, mi visita no es fortuita. En breve plazo me dispongo a viajar a Bruselas para continuar con mis estudios y mi práctica de la lengua francesa. No quería hacerlo sin antes tener ocasión de conocer a esta dama que con tanto tesón ha alcanzado uno de los puestos más codiciados de la enseñanza. He investigado sobre ella y, tras haber atado cabos, he descubierto que su vínculo con esta institución trasciende el estrictamente derivado de sus competencias profesionales.

No entiendo a qué se refiere. No logro encajar esa acusación y debo frenarme para no salir de mi escondite y abalanzarme sobre ese engreído.

—Os veo bien avisado, Luis. Imagino que sabéis que uno de los asuntos que me traen aquí es revisar el sistema de provisión de cátedras que se ha aplicado en los últimos años en esta institución. La propia reina me ha asignado esa responsabilidad y corre de mi cuenta que se apliquen las penas y censuras pertinentes al respecto. No deberíais preocuparos ni tomaros la plaza de Luisa Medrano como algo personal... ¿O acaso sí? —El obispo clava la mirada en los menudos ojos de Vives, como escudriñando las verdaderas intenciones del hombrecillo que cada vez me despierta mayor rechazo—. Decidnos, ¿hay algo que queráis compartir con nosotros?

Vives se levanta y da unos pasos alrededor de la habitación. Se frota las manos en un gesto que delata el carácter calculador de cada uno de sus movimientos, la frialdad de su carácter. Se detiene a la cabeza de la mesa y pregunta:

—¿Quién toma las decisiones finales respecto al diseño de esa escalera que construís en las Escuelas, señor?

8

La conversación en casa del maestrescuela me ha dejado tan preocupado que todavía no sé si será mejor avisar a Luisa cuanto antes sobre el peligro al que está expuesta o aguardar hasta tener más información. No me gustaría asustarla y hacer que se preocupe más de lo debido, pero ese Luis Vives me ha dado miedo. Se propone castigarla por ocupar un cargo que él quisiera para sí y, después de esto, no tengo dudas acerca de su influencia en quienes mueven los hilos en la universidad realmente.

Ese Luis Vives... ¿Cómo habría llegado a ganarse la confianza de las personalidades más destacadas del ámbito académico? Tan retraído, tan funesto y, sin embargo, un simple estudiante, ¡pero un estudiante a quien todos hacemos en París! Por algún motivo ha querido mantener su visita a España en secreto. Él parece tan silencioso, tan dado a las preguntas y tan poco dispuesto a aportar respuestas...

Una vez intercambiados nuestros atuendos, me he despedido de Miguel con un pedazo de empanada bajo el brazo.

—Escuchaba vuestras tripas desde el otro lado del horno, señor. Debéis alimentaros.

Agradezco a Ana sus atenciones y salgo a zancadas de vuelta a las Escuelas. Ya que he echado a perder toda una jornada de lecturas, aunque me aseguraré de ver a Luisa y decirle todo lo que acabo de conocer, o quizás una parte.

No sé exactamente qué es lo que trama esta gente, pero sí que es en su contra.

En el patio de las Escuelas se siente el revuelo habitual del final de las clases: estudiantes que salen como rebaños de ovejas con manteo negro y beca de color. Sólo espero que no me reconozca ninguno de mis amigos; no querría tener que justificar lo que hago por la catedrática.

Unos minutos más tarde, cuando la entrada ya se ha despejado, me aproximo hasta el claustro para buscar a Luisa. El suelo de piedra se siente cada vez más frío y resbaladizo bajo mis pies según avanzo hasta la sala en donde habitualmente está ella, abstraída preparando sus clases; algo me hace

desconfiar, una punzada de miedo me prende el centro de la nuca y, cuando alcanzo la sala, la encuentro cerrada.

—No podéis pasar, señor. Hay una reunión.

El alguacil me mira con reprobación desde lo alto. Es un hombre corpulento, a veces pienso si tendrá alguna otra obligación además de la de amedrentar a los colegiales con su sola presencia.

—¿Y sabéis si hace mucho tiempo que ha comenzado esa reunión? —Su mirada fría y ausente debería servirme como respuesta, pero no lo hace e insisto —: ¿Está la catedrática allí también?

El alguacil me mira y me ordena que me calle, así que me siento a esperar con dos certezas: la primera, que en algún momento se abrirá la puerta que tengo delante y, la segunda, que si sigo ausentándome de las clases con tanta frecuencia, no aprobaré ninguna de las materias de este curso.

Pienso si será éste el día oficial de las reuniones cardinales y, antes de que pueda darme cuenta y evitarlo, me quedo dormido en la butaca. Cuando despierto, ya no hay ni rastro del alguacil. Han debido de pasar horas. La luz que entra por el patio es mucho menos intensa y se me ha quedado el costado helado. Por suerte, no me equivocaba en mis predicciones: la puerta de la sala está abierta, así que aprovecho para asomarme.

—¡Al fin os encuentro, señora! —Luisa Medrano lee al otro lado de la mesa. Una pequeña banqueta, arrimada hasta casi tocar las llamas que crepitan en la chimenea, le sirve como asiento. Se encorva en esa postura suya tan habitual, como si quisiera regresar a un caparazón invisible que la haga desaparecer del mundo. Apenas levanta la vista en cuanto me ve entrar—. ¿Os encontráis bien? Vine para deciros algo importante, pero, como me dijeron que aquí había una reunión, acabé dormido como un tronco delante de la puerta.

—Sí, está todo más o menos bien, Marcelo. Mi hermano ha venido a verme. —Cierra su libro, se levanta de la banqueta y me invita a sentarme junto a ella en una de las sillas encajadas bajo la mesa—. Espero que no vengáis a decirme lo mismo que me ha contado él.

Me acerco y arrastro la silla; al agarrarla, noto el cuero blando del respaldo todavía caliente, una sensación que se confirma en cuanto tomo asiento. Luis Medrano no ha debido de irse hace mucho tiempo. Su calor aún está presente en un mueble de la sala.

Luisa no tiene muy buen aspecto, no ha debido de ser una charla agradable. Pese a todo, pienso que para eso he pasado casi un día entero lejos de mis clases y le pregunto:

—¿Es que ya os ha dicho que el obispo quiere someterlo a una serie de investigaciones?

Luisa se ríe. Sus dientes blancos le devuelven a la habitación la belleza que parecía perdida, escondida bajo la pesadez del ambiente. Pero no es alegría lo que me transmite.

—No, Marcelo, aunque os agradezco que hayáis perdido vuestro tiempo en venir aquí para advertírmelo. Me temo que llegáis tarde: el obispo ya se ha entrevistado con mi hermano y creo que tiene la información que necesita para enviarme lejos de esta institución.

—Pero ¿qué os ha dicho? ¿De qué han hablado? ¿Con qué justificación pretende hacer eso? —Aquello era el fin. Ya no dudaba de la resolución de toda aquella polémica con Luisa Medrano y su cátedra de gramática, pero deseaba saber si el auténtico responsable era quien yo me temía.

Luisa me explica que su hermano acababa de irse cuando yo entré en la sala.

—La propia fuerza del aire que levantó al salir habrá sido lo que os haya despertado. Estaba muy agitado. Pocas veces lo he visto tan nervioso. Vino a decirme que no tenía por qué ser él quien cargase con la animadversión del visitador y que hiciese el favor de «dar la cara». Debió de pasar mucha vergüenza durante el escrutinio.

Y entonces, Luisa reproduce para mí la conversación que su hermano el rector ha tenido con el obispo de Málaga esta misma mañana, antes del almuerzo en casa del maestrescuela.

—Por lo visto, le habló a Luis en estos términos y dijo: «No os estoy acusando de nada, rector. Entended mi postura, que yo estoy haciendo lo posible por comprender también la vuestra y no es nada fácil, si tengo en cuenta que estas Escuelas son como un corrillo de correveidiles. De un tiempo a esta parte, la reputación de la universidad de cara a los reinos extranjeros se ha visto mancillada por rumores respecto a la fraudulenta asignación de algunos puestos, entre los que se cuentan las cátedras». —Luisa adopta el tono estridente de su hermano cuando se queja de algo, como un niño caprichoso y, en este caso, ofendido.

—Entiendo que como sois su hermana, siente que le corresponde a él pagar el pato de esas habladurías, ¿no?

—Eso es, Marcelo. Por encima de todo, mi hermano teme perder su cargo, ¡es lo único que le preocupa! ¿Podéis creer que además haya tenido el valor de venir a decírmelo?

Estoy confuso. Ya no sé a quién atribuir la conspiración urdida contra Luisa.

—¿Vuestro hermano ha venido a deciros que le estorbáis?

—Más o menos, sí. Eso es. Le ha preguntado a su excelencia si se cuestiona mi competencia en mi puesto, o acaso la suya. Con esa frialdad. Creo que Luis ha perdido la razón. Su ambición le ha hecho olvidar los lazos de sangre que nos unen.

Observo a la catedrática y una lástima inmensa me invade. Apoya la frente en sus manos, se lamenta del devenir de unos acontecimientos que ella ya no puede controlar.

—No penséis jamás que sois un estorbo para nadie, señora.

—¡Pero lo soy, Marcelo! Deberíais haberlo visto. Luis estaba alterado, ¡de su frente caían enormes gotas de sudor a pesar del frío!

—¡Calmaos, por favor! No os dejéis llevar por un ánimo que es impropio de vos. —Me he tomado la confianza de agarrar una de sus muñecas y siento su pulso acelerado. Luisa está pasándolo muy mal. Después de aquello, comienza a llorar y yo sólo puedo ofrecerle mi hombro como consuelo.

9

El esquilón atraviesa cada hueco escondido de los muros de piedra de mi casa. Suena como una voz maliciosa que me recuerda que debo levantarme ya, vestirme ya, prepararme para acudir a prima ya. He pasado unas noches terribles y cada día me cuesta más salir de la cama para enfrentar la jornada, pero lo de hoy es inhumano.

—¡Señor! Es la hora. Tened aquí vuestra camisa. —Miguel sostiene mi ropa en la entrada de la alcoba, con una sonrisa que espera infundir optimismo en su amo, pero que fracasa en el intento—. No queda apenas nieve en las colinas, señor. Vamos, ¡levantaos y podréis verlo desde el jardín! El invierno ya nos ha dejado.

Sí, era cierto. Salir de entre los lienzos y las mantas había dejado de ser un castigo como durante la estación fría: el invierno se había marchado, igual que Luisa Medrano.

—¿Estáis seguro de eso, Miguel? Porque yo creo que volverá. Regresará a nosotros de nuevo dentro de unos ocho meses. Siempre es así. El invierno es un visitante incómodo y jamás nos abandona del todo.

Mi criado me ajusta las prendas al cuerpo y anuda cada cordel con el cuidado habitual. No es más que otro día en que junto ánimos y fuerzas para acudir a mis clases, pese a saber que no volveré a encontrarme con ella.

Cuentan que a la catedrática la expulsaron de la universidad una mañana de invierno. Había terminado su clase y resuelto las dudas en el poste de sus alumnos más curiosos (en aquella ocasión, no me contaba yo entre ellos); recogía sus cosas y se retiraba, cuando vio que el último de los estudiantes quedaba fuera, entonces caminó también ella hacia la puerta.

De pronto, oyó pasos apresurados y adivinó la silueta de uno de los estudiantes que regresaba a por un libro o alguna de sus prendas olvidada en un banco.

Se equivocaba. Ante ella el primicerio, con expresión contraída y sonrojado por el sofoco de caminar tan rápido, entraba en el aula y cerraba la puerta tras de

sí.

—Señora Medrano, sentaos, por favor. He de comunicaros algo importante.

—¿Tan importante que no puede esperar a que haya abandonado el aula? Hablemos más tranquilamente en la sala del claustro. Llevo aquí toda la mañana.

—No, señora. Lo lamento, pero lo que vengo a deciros debe notificarse con la mayor discreción. Luisa Medrano, a partir de hoy dejaréis de ocupar la cátedra de gramática de esta universidad, por orden de su majestad el rey Carlos I. Queda impuesta como norma y ley inquebrantable que ninguna mujer intervenga en las clases, ni para impartirlas ni para recibirlas, bajo pena de una multa que correrá a cargo de las arcas académicas.

—Exijo hablar con el maestrescuela.

—Eso no va a ser posible, señora. El maestrescuela me ha dado orden clara y estricta de que sea yo quien os lo comunique. Aquí tenéis las disposiciones legales si no confiáis en mi palabra. —El primicerio le había tendido un papel manuscrito y con el escudo de la universidad marcado con tinta roja en sus últimas líneas—. Los renglones aún están frescos, tened cuidado de no mancharos.

Al tomar aquel papel entre sus dedos, Luisa había reconocido la caligrafía enjuta y temblorosa de los documentos expedidos con rapidez. Había visto muchos durante aquellos cursos. Su nombre estaba allí escrito, enmarcado por enunciados absurdos que la descalificaban para el ejercicio de una disciplina que llevaba practicando más de cinco años.

Cuentan que, sin inmutarse, le había devuelto el papel al diligente emisario y había continuado su camino hasta abandonar el aula, que se había manchado los dedos y que la tinta, espesa como sangre fresca, había quedado estampada en los muros de piedra del pasillo. Ella no ha regresado a las Escuelas desde entonces y yo he buscado sin éxito esas marcas de sus dedos por cada rincón del edificio.

Así que esta mañana no representa para mí más que otro nuevo día de igual dureza que el anterior, al cual me enfrento resignado.

—Os encontraré en las filas de asientos, Miguel. Podéis marcharos en paz. Aún tengo algo que repasar en mis libros antes de ir a clase. —Indico así a mi paje que avance él solo hasta las Escuelas y me reserve un buen sitio. No tengo ganas de conversación ni compañía y prefiero caminar a mi ritmo, sin prisas.

—Como queráis, señor, pero recordad que si pasáis de la hora, no os permitirán la entrada.

Lo recuerdo, porque con la catedrática se me permitían los retrasos. Sólo con ella.

Todo lo que sucede en mi día a día desde que ya no está me la trae a la mente, y ahora, cuando llego a mi clase y me detengo ante la enorme escalinata recién construida, vuelvo a imaginarla.

Meses después de aquellas reuniones entre Luis Vives, el obispo y demás autoridades, el edificio de las Escuelas Mayores se había visto colapsado por el caos constructivo. El polvillo blanco procedente de la piedra labrada había inundado paredes, suelos y hasta los uniformes de los estudiantes; muchos nos enfrentamos a esa nueva circunstancia entre estornudos y toses que no nos abandonaban hasta que regresábamos a nuestras casas, residencias y colegios.

Ahora lo sé mejor que nunca: que la verdadera razón de ser de aquel bloque de piedra de tres cuerpos iba un paso por delante de la mera excusa constructiva; que no servía sólo para unir la biblioteca de la planta superior con el patio central. Aquella escalera y el cuerpo de figuras esculpidas que la acompañaba en cada uno de sus tramos eran la advertencia al estudiante sobre los peligros de la tentación femenina, que, en cualquier circunstancia y bajo múltiples formas amenazantes, puede entrometerse en su camino hacia el conocimiento y desviarlo llevándolo directamente a la ruina.

ALMARZA, SORIA
(REINO DE CASTILLA)
1527

«Puesto que la mujer es un ser flaco y no es seguro en su juicio y muy expuesto al engaño, según mostró Eva, madre de los hombres, que por muy poco se dejó embobecer del demonio, no conviene que ella misma enseñe, no sea que se viera a sí misma persuadida de una opinión falsa y con su autoridad de maestra influya en sus oyentes y arrastre fácilmente a los otros a su propio error... Lo que la mujer necesita es probidad y cordura, ni parece mal en la mujer el silencio».

LUIS VIVES, *La formación de la mujer cristiana*, 1523

—Pasad. No os quedéis en la puerta, que la noche está desapacible para permanecer al amparo de una pérgola. ¿Me decís a quién debo anunciar, por favor?

La criada sonrío al extraño visitante, que, guarecido con una capa oscura, se resiste a dejarse ver a la luz del candil que ella porta. Permanece en la penumbra del jardín, más cómodo en las sombras. Más seguro.

—Podéis decir que soy un amigo de la familia. He sabido que la señora Medrano se encontraba muy grave y necesitaba verla, que más acertado sería decir «despedirla», si es cierto lo que se cuenta de ella en la ciudad...

La criada no sabe a qué ciudad se refiere aquel hombre, pero lo anima a entrar y caminar junto a ella hacia la alcoba en donde descansan la madre junto a la hija.

—Esperad aquí un momento, señor. Si no os importa; la señora está en delicadas circunstancias y debo presentaros con cuidado, no sea que se altere demasiado al veros.

El hombre se detiene en mitad del salón de entrada a la fortaleza. Mientras espera a que la criada regrese con una amable invitación a reunirse con las dos mujeres, se fija en cada rincón y cada esquina, como si pudiera reconstruir con realidades un paisaje hasta entonces imaginado.

Le han hablado tantas veces de este salón que le parece increíble que por fin pueda verlo, respirarlo, tocarlo...

—Por favor, venid conmigo. Os esperan en la cámara.

En cuanto oye las palabras de la criada, camina hacia ella y algo en su garganta se atasca y lo hace enmudecer de puro nerviosismo.

Está a punto de conocer a su madre y debe darse prisa. Ha de ser más rápido que la propia muerte.

1

Tal vez así es como castigue el paso del tiempo a las familias: en San Gregorio ya nadie recorre las habitaciones entre risas y juegos. Hace mucho tiempo que no nacen ni crecen niños entre estos muros, que ya sólo me visita Garci con su esposa, o alguno de mis nietos si está de paso, si nuestra casa le cae de camino en algún trayecto que ocupe su jornada.

Imagino que ya nadie se acuerda de la anciana en que me he convertido.

A las familias como la mía, el paso del tiempo las castiga con el silencio. Supongo que así debe ser, que lo tengo merecido.

Hoy de nuevo he despertado antes del amanecer. Me he incorporado y he salido de la cama cuando aún era de noche: me cuesta dormir y mi cuerpo se resiste a quedarse un poco más de tiempo entre las sábanas. No quiere hacerlo, cree que aún es joven y puede pasearse, lucirse ante los demás, pero esa idea desaparece en cuanto apoyo los pies en el suelo y mis huesos se resienten por el padecimiento.

He caminado hasta la cocina envuelta en un mantón fino, por cubrir mis hombros y sentir la falsa sensación de que estoy protegida aunque no haga apenas frío. Es primavera.

—Buenos días, señora. No os he oído. Cada día abrazáis la mañana más temprano. —He sorprendido a la chiquilla del servicio todavía sin asear y ocupada en abrir cada una de las contraventanas de la planta baja de la casa—. ¿Puedo prepararos algo? Intento ventilar antes de que se haga de día. Creo que tenemos un nido de avispas cerca y, con el sol, se ponen imposibles y cuesta mucho evitar que entren.

—¿Un enjambre? Quizás esté cerca de la entrada a la cocina. El calor las atrae. Tened cuidado. Es importante no asustarlas. Cuando se sienten atacadas, se defienden y sus picaduras pueden ser peligrosas.

—¡Ya lo creo, señora! —La muchacha se asoma y rebusca en la parte superior del marco de la ventana, pero no parece que dé con ningún avispero—. A un primo de mi madre le causaron la muerte, ¡vaya si las temo! Desde que me

contaron aquella historia, no estoy tranquila si sé que hay alguna que zumba cerca.

Dejo a la criada con sus tareas. No puedo ayudarla porque requieren de una agilidad para la cual mis miembros ya no responden. Tiene veinte años, quizá menos. Vino conmigo de casa de mi hija Catalina y desde entonces es quien mejor me conoce. Allí ayudaba a la familia, junto con el bien abastecido cuerpo de servicio de los Roxas, pero le pedí que me acompañara; le ofrecí protección y sustento a cambio de los cuidados que sola ya no puedo proporcionarme. En cuanto tuve claro que regresaba a mi casa, quise que viniera conmigo, y no me arrepiento de aquello. No puedo negar que me siento muy bien atendida y que no necesito a veinte personas que limpien esta fortaleza y cuiden de mí. La mitad de las habitaciones se han cerrado porque ya no se utilizan y yo apenas me muevo por la casa. Esto no es la corte y hace mucho tiempo que yo tampoco formo parte de ella.

Creo que yo ya no soy la misma persona. Ha pasado mucho tiempo.

Esta muchacha y un pequeño grupo de sirvientes sostienen con su ocupación el significado de los muros de San Gregorio: una fortaleza que ya no alberga a la gran familia de nobles que antaño la hizo célebre. Los Medrano Bravo de Lagunas y Cienfuegos, un linaje respetado del cual sólo queda un escudo tallado sobre la entrada principal de este castillo. Un pedazo de piedra y yo misma.

La sala de lectura, que en tiempos lucía repleta de ejemplares conservados por mi esposo, sigue intacta. Los muebles han quedado cubiertos por una gruesa capa de polvo. Nadie ha vuelto a consultar los libros y pienso que a este paso acabará por desaparecer. Desde el año en que abandoné mi hogar para unirme al servicio de sus majestades, perdí por completo la noción de lo que aquí sucedía. Algunas tardes vengo hasta esta sala y observo la escribanía y los estantes: los miro como si fueran personas que pudieran hablarme de lo que allí sucedió en mi ausencia, pero no me llegan más que imaginaciones de lo que quizás ocurrió; conjeturas de una vida ausente.

Le doy unos mordiscos a la torta de aceite que me ha traído Antonia.

—Aquí tenéis un poco de leche, para que os acompañe. Estas tortas a veces dan mucha sed, señora, y resecan el gaznate.

Hago caso a lo que dice y trato de comer un poco. Cada vez me alimento peor, se me ha encogido el estómago.

El sol ya asoma por las copas de los árboles al otro lado del muro que demarca nuestra finca. Desde la ventana de la biblioteca veo al jardinero que se encarga de retirar la maleza y preparar la hierba para la nueva estación. Parece que

amenacen lluvias, lo sé porque la brisa es más intensa de lo habitual y llega en ráfagas irregulares. Alzo la vista y descubro un cielo azul salpicado de manchas blancas similar al de un suelo empedrado; decía mi padre que era indicio del «suelo mojado» e, inevitablemente, me alegro por la criada: las avispas aborrecen la lluvia.

2

Llega un poco antes del mediodía. Un viento intenso agita su vestido de camino a la entrada principal. La veo desde los barrotes de la ventana del recibidor. No reconozco su figura y, desde aquí, la luz no me permite ver su rostro. No sé quién es. Llama y golpea la puerta con insistencia.

—¡Antonia, están llamando! ¿Podéis abrir? —Sé que acudirá a recibir a la visitante, pero con mi grito me aseguro de que lo haga cuanto antes. Percibo algo dañino en esta persona y no me atrevo a ser yo quien abra.

Antonia baja las escaleras como si un potro lleno de energía trotara por el prado. Envidio esa vitalidad: pura juventud indomable. Todavía está atareada en anudarse un paño a la cabeza, cuando toma el pomo de la puerta para dejar entrar a la visita.

—Buenos días. Busco a la señora de la casa.

La muchacha la invita a pasar y le pide que aguarde en el recibidor a ser anunciada.

—Podéis esperar aquí dentro. El viento os destrozará los oídos como sigáis así de expuesta a la intemperie. Este aire intenso es molesto, ¿verdad? Seguro que trae lluvias... quedaos cerca de la chimenea, si gustáis. Voy a avisar a la señora... ¿A quién debo anunciar?

Desde mi rincón distingo a una mujer que frisa la cuarentena; se despoja de una capa y se la da a la criada. Tiene el cabello gris y recogido en un moño bajo. Sonríe con timidez y observa a su alrededor cada detalle.

—Soy Isabel de Junta. Necesito hablar urgentemente con la señora.

—Sí, ahora mismo voy a buscarla. Os ruego que esperéis aquí un momento.

La criada se da media vuelta en dirección a mi alcoba. De nuevo vuelve a trotar como un animalillo y desaparece en la oscuridad del pasillo. Entonces interrumpo las figuraciones y pensamientos de esa Isabel de Junta con el golpe rítmico de mi bastón. Camino despacio y, aunque la veo claramente, lo cierto es que no distingo quién es, no la reconozco. ¿Debería hacerlo? Necesito que se explique.

—No creo conocer a ninguna mujer que se llame Isabel de Junta, pero, dado el apremio con el cual parece que os habéis dirigido hasta esta casa, permitidme que pregunte de qué aviso se trata.

Me observa muy quieta. Se fija en cada detalle de mi aspecto. No me gusta que hagan eso; cuando era joven estaba acostumbrada a causar siempre un impacto en los demás. La belleza de la juventud atrae las miradas. Los hombres se rendían embelesados ante mí y las mujeres rabiaban de envidia... Pero eso ya no sucede. Me incomoda, me altera que me observen.

—Soy la hija de Fadrique el Alemán, señora. —Isabel fuerza una sonrisa—. Tal vez me recordéis por el apellido de mi niñez, Isabel de Basilea... Bueno, dos matrimonios, ¿sabéis? El apellido de mi padre hace tiempo que se perdió para siempre. —Se aclara la garganta, no parece muy cómoda en la charla—. Vuestra hija Luisa y yo pasamos juntas la mayor parte de nuestra infancia, entre los libros que la reina Isabel conservaba en sus bibliotecas y las cámaras dispuestas para el estudio dentro de palacio. ¿No me recordáis?

—Fadrique... ¿Fadrique el impresor? —El nombre golpea mis recuerdos. Quiero asociar ese apellido a un rostro, pero no logro dar con uno... Sin embargo, sé quién era, recuerdo que llegaba a palacio con su hija cada cierto tiempo. Aquella época... malos recuerdos quieren salir a la luz, pero los detengo. Puedo frenarlos—. Por supuesto que me acuerdo de vos y de vuestro padre. Pero ¡cómo habéis cambiado!

Otra vez la realidad que se asegura de que no la olvide. «Estoy aquí —me dice—. Soy la juventud fugaz y la belleza caprichosa, soy los años y las experiencias que ajan el ánimo de los que viven. Soy los recuerdos que se desprenden de tu memoria y la muerte que cada vez se aproxima más a ti». Cruel realidad. Aquella trenza brillante de Isabel de Basilea es ahora la canosa melena recogida de la mujer por dos veces casada en quien se ha convertido Isabel de Junta.

Isabel se acerca aún más y me toma de las muñecas para darme un beso en la mejilla.

—Vengo a deciros que vuestra hija se encuentra enferma y muy grave; de momento permanece ingresada en el hospital de estudio y he pedido que la traigan a San Gregorio, pero necesito vuestra autorización.

Escucho lo que dice. Entiendo sus palabras, pero no puedo creer que sean ciertas. Mi hija Luisa, ¿enferma?

—¿Cómo habéis sabido de ella? ¿Quién os ha avisado de su estado? —Tengo que buscar algo a lo que agarrarme porque presiento que me voy a derrumbar en mitad de la habitación. Hace años que no sé nada de Luisa, años en los que he

dado por hecho que me rechazaba y ahora, de pronto, ¿será posible que muera?

—Al parecer, Luisa comenzó a sentir los achaques de las fiebres mientras daba clases y no dudó en ingresar voluntariamente en el centro. No ha dado información alguna a nadie y las religiosas a su cargo sólo tenían mi nombre como única referencia de contacto.

—¿Achaques de fiebres? No sabía que mi hija estuviera enferma.

—Ni vos ni nadie, señora. Luisa se alejó de todos. Vivía entregada a sus lecciones y no necesitaba nada más. —Isabel se interrumpe, calla porque no quiere reconocermé que es ella el único ser al cual Luisa ha recurrido cuando se ha sentido a punto de morir. Ella y no yo—. Recibí una nota... un aviso del hospital en donde especificaban que la enferma me había llamado. Imagino que la fiebre la confundiría.

—No os excuséis, Isabel, entiendo que estáis al corriente de todo, del distanciamiento en mi familia, de que han pasado muchas cosas. —Yo también prefiero callar—. ¿Creéis entonces que es grave? ¿La habéis visto? —Aún no puedo creer que esté preguntando esto.

—Me temo que sí, señora. Por eso he venido, creo que vuestra presencia a su lado es la mejor medicina para alguien en su estado agónico.

—En ese caso debéis ayudarme a traerla de vuelta a Soria. Aquí es donde debe despedirse y donde mejor hallará el sosiego que ha ido a buscar a un sanatorio.

Isabel asiente y se acerca para abrazarme. Estoy a punto de echarme a llorar y ella promete hacer todo lo posible por acercarme a mi hija en el tiempo que a ésta le quede de vida.

3

Quiero imaginar que en el hospital de estudio de la Universidad de Salamanca conocen bien las dificultades que trae consigo el cuidado de un enfermo de peste. Puede que no hayan pasado ni veinte años desde el último brote de la enfermedad, todos recuerdan seguro los trágicos sucesos de la oleada que arrasó con cientos de miles de habitantes en toda la península. Yo imagino a médicos, capellanes y cuidadores libres de sorpresa al ver que ingresaban a un enfermo con síntomas de aquel mal, pero mi hija... ¿mi hija?

Isabel me da los detalles de cómo ha sucedido el ingreso, hasta donde ella alcanza a conocer, que no es mucho ni muy preciso.

Luisa había caído contagiada por las fiebres de repente. Aquejada por espasmos y sudor que se veían acompañados de un persistente dolor en ingles y axilas, dejó de impartir sus lecciones diarias de gramática para alumnos de la universidad y se retiró, por su propia voluntad, al hospital de estudio.

—Pero a mi hija hace años que la expulsaron de las Escuelas Mayores. Eso lo recuerdo... ¿A quién daba clase?

Isabel mueve la cabeza, niega y mira al suelo, me indica que es mucho lo que me he perdido de la vida de Luisa.

—Explicaba las lecciones en su casa, a estudiantes que querían un apoyo extra, o acudía a los conventos para formar a religiosas que no se relacionaban con el ambiente universitario. Ella quería enseñar y a eso ha dedicado todos estos años: puesto que no le permitieron hacerlo dentro de las Escuelas, ella tomó la iniciativa fuera de ellas.

Así es mi hija tal y como yo la recuerdo: tenaz y apasionada.

—Luisa tiene cuarenta y tres años y no ha vuelto a saber nada de sus hermanos. No ha querido buscarlos ni a vos ni a nadie de su familia y desconozco los motivos, pero, sea como fuere, es la última oportunidad que tenéis de despedirla.

—¿Y vos habéis seguido en contacto? —La hija del impresor esquivo mi mirada y vislumbro que no es sincera—. Isabel, por favor, decídmelo, ¿es que

acaso sabéis algo más?

—Señora, no voy a inmiscuirme en los asuntos de vuestra familia más allá de lo que Luisa me ha pedido expresamente. Confío en que os parezca buena idea que proceda con el traslado.

—¡Por supuesto que así lo deseo! Traedme a mi hija, Isabel. Os lo ruego.

Si ésa es la enfermedad que la aqueja, si es la peste, ¡cuánto sufrimiento! ¿Cómo atenuarlo? Pienso que quizás sea tarde, que ya no llegue a tiempo de verla con vida. Dicen que al enfermo de peste se le pudren las sustancias corruptas del cuerpo (el corazón, el cerebro y el pulmón) y que muestra bubones de color oscuro de los cuales brota líquido sanguinolento que emana un fuerte olor a podrido. Ese desconcierto, ese dolor insoportable, que no abandonan al enfermo ni de día ni de noche y que, a medida que empeora el organismo, se vuelven más intensos. Había escuchado casos de apestados que, movidos por el calor de la fiebre en su cerebro, llegaban a un punto tal de no reconocimiento de su entorno que acababan saltando por una ventana en busca de la muerte redentora. Los llamaban locos. ¿Sería Luisa también una loca? Los tomaban por víctimas de una peste que castigaba a pecadores hasta hacerlos perder la razón entre atroces sufrimientos.

Luisa, por lo visto, se había marchado de su casa sin decir nada a nadie.

—¿Es que no vivía nadie con ella? ¿Nadie que si hiciera cargo de los cuidados? —Al decir aquello, siento inmediatamente una conexión profunda con la situación de mi hija y el terror me golpea por sorpresa: Luisa está sola, incluso más sola que yo.

—Cuando recibí la nota, viajé directa a Salamanca y hablé con la hospitalera. —En vano, Isabel intentaba calmar mi ánimo con sus aclaraciones—. En los últimos dos días la habían mantenido con agua y muy poco alimento, además le habían practicado varias sangrías. Está muy débil, de eso no hay duda, y tampoco saben cuántas horas más aguantará. Temen que, si la traigo aquí con vos, su frágil cuerpo no soporte el desplazamiento y la pierda en el camino.

—Debéis traerla, ¡o viajaré yo misma hasta Salamanca!

No me sorprende pensar que la firmeza de Isabel hubiera sorprendido a la religiosa al cargo en el hospital, quien inmediatamente habría consentido en que se preparara el coche que habría de transportar a la enferma hasta Soria.

—Es una situación descabellada, señora, pero no estoy dispuesta a permitir que vivan, el poco tiempo que les queda, separadas la una de la otra.

Mi agradecimiento es sincero y profundo. Estoy sorprendida por la generosidad de esta mujer y la dejo partir en busca de Luisa.

Dos días después, mi hija está aquí, conmigo.

La camilla había sido colocada al fondo del espacio interior del carruaje. Dos tablas de madera sostenían varias capas de lienzo que daban resistencia a la estructura que habría de soportar el cuerpo de la doliente. Luisa ha viajado amarrada, atada por dos correas que la inmovilizaban por la parte inferior de su cuerpo, desde las rodillas.

—El traqueteo del camino ha sido peligroso y en una curva pronunciada, o a causa de un obstáculo que las ruedas tuvieran que sortear, el cuerpo corría el riesgo de caerse. Por fortuna nada malo le ha sucedido en el trayecto

Isabel me habla casi sin aliento. Parece agotada pero no sólo a consecuencia del viaje. Es una mujer suficientemente fuerte. Su dolor tiene otra causa y la enfermedad de Luisa lo vuelve más hondo.

Las escasas dimensiones del coche complicaban la presencia de un viajero más junto a la camilla, pero Isabel quiso sentarse allí. No podía dejar sola a su amiga.

Uno de los mozos que conducirían el carro se había acercado a ella en cuanto vio que se adentraba en la pequeña cabina junto al cuerpo de la enferma. Isabel me lo explica de este modo:

—«Aquí no vais a tener espacio ni para mover una pierna sobre la otra, señora. ¿Estáis segura de querer viajar en este coche? Podemos trasladarnos con dos carros... no es mucho más dinero y estaréis más cómoda», me dijo el mozo, pero le pedí que no demoraran más la salida, que quería vigilar a la enferma y que no me importaba la comodidad. Necesitaba que se dieran prisa y que arrearan cuanto antes a los caballos. «¡Esta mujer está a punto de morir y debe llegar con vida hasta su destino!», les grité.

Al cochero no le debieron de quedar dudas al ver la insistencia de su viajera y, riendas en mano, partieron rumbo a Soria.

Las horas transcurrieron sin que Isabel fuera capaz de dar ni una cabezada. Miraba el cuerpo lánguido y sereno de su amiga y, por momentos, se acercaba para comprobar que su aliento seguía allí, brotando como un hilo de vida. Pese a tratarse de un caso de peste, Luisa estaba casi inconsciente y no tiritaba por las fiebres como sí era habitual en los enfermos de este mal mortal. Sus ojos se cerraban y a su amiga le daba la impresión de que dormía. Quería pensar que así era y le aliviaba comprobar que era posible su descanso. Algo de paz debía de estar sintiendo y, si eso sucedía, había esperanzas de que llegara hasta su destino.

En mitad de la noche, cuando trataba de acurrucar su cuerpo en la incómoda postura que se había visto obligada a adoptar desde que subiera al coche, la

mano de Luisa atravesó las mantas que envolvían a su amiga y le agarró el codo.

Isabel sintió como si una garra afilada y diminuta quisiera clavarse en su piel para llamar su atención. No tenía fuerzas. No tenía casi voz.

—¿Dónde estoy? ¿Acaso he muerto y es esto el camino del infierno?

Aunque seguía sin haber pegado ojo, a Isabel la voz de la enferma la llenó de sobresalto y tuvo que esperar unos segundos hasta poder responderle y comprender que era ella quien preguntaba.

—Por supuesto que no, querida. Vais camino de la fortaleza de San Gregorio, donde nacisteis. Todo está bien, tratad de descansar.

No la había reconocido, pero sabía que era lo normal en esos casos.

Al menos había articulado dos preguntas y ya quedaba poco para llegar a su destino.

4

—Tened cuidado, os lo ruego. Tened mucho cuidado con los desniveles. La enferma está muy débil, procurad no moverla demasiado, ¿han llamado ya a la señora?

El cochero y el jardinero transportan la camilla con el cuerpo inconsciente de Luisa hacia el interior de la casa. Amanece y el rocío cubre con una frágil capa de humedad el camino hacia la entrada principal del castillo. Isabel acaba de abandonar el coche; le cuesta caminar por tener brazos y piernas entumecidos a causa de la postura imposible en la que ha viajado. Va tras ellos, da instrucciones para evitar exponer a su amiga a peligros mayores. Se siente afortunada por haber logrado alcanzar San Gregorio con ella a salvo. Eso es lo único que importa.

—Sí, señora —responde el jardinero—. Doña Magdalena las recibirá en la primera planta. Hemos preparado una habitación para que descansen su hija.

Los veo desde el piso de arriba, atareados en trasladar un cuerpo que es el de mi hija, a quien no reconozco, convertida en un bulto bajo las capas de tela blanca. Estoy nerviosa, aterrada, ¿cómo enfrentar esta situación?

Conducen el cuerpo hasta el cuarto indicado: una de las alcobas principales, un dormitorio espacioso y sin ventanas que no ocupa nadie habitualmente.

En cuanto llegan a la cama, los dos hombres dejan a Luisa con cuidado sobre las telas que recubren un colchón de paja firme y tupido. Varias mantas dispuestas alrededor de su cabeza le permiten adoptar una postura ligeramente incorporada. Le desabrochan las correas y la retiran de la camilla; el lienzo cae hasta sus pies.

—Muchas gracias por haber venido. —Me asomo por el marco de la puerta. Apoyada en el bastón, me acerco para estrechar la mano de los hombres que han subido a mi hija hasta allí—. No tengo forma de agradecerlos todo este esfuerzo. Dejadme que la vea.

Isabel permanece apoyada contra el muro, al lado de un armario a la izquierda de la alcoba, justo a la entrada. Luisa yace casi inmóvil sobre el lecho. Me

acercó y le acarició la cara, apartó con cuidado los mechones sudorosos de su frente.

—¿Podéis dejarnos a solas?

Jamás me prepararon para ver morir a mis hijos. Crecí al lado de mis padres, hasta que tuve edad de que me entregaran a mi esposo y de él también tuve que despedirme antes de tiempo. He librado batallas silenciosas contra la muerte y siempre ha ganado ella: se llevó a mi padre y a Diego, el padre de mis hijos; supe que con ella había partido también mi madre en una época que a mí me encontró lejos, en la corte, al servicio de sus majestades... ahora sus brazos helados jalan el cuerpo de mi hija Luisa y yo ya no tengo fuerzas para impedirselo.

En esta habitación, somos tres las que respiramos y el aire es cada vez más frío y más denso. La muerte se ha convertido en una invitada a la que nadie ha ofrecido asiento. Quiero que se marche, que nos deje solas a Luisa y a mí porque mi hija tiene cosas que contarme, pero se niega a hacerlo. Nos acecha. La muerte dice que de aquí no se irá sola, que quien yace en la cama deberá acompañarla, y yo me pregunto por qué me castiga con tanta ira.

La miro convencida de que la vida abandona poco a poco su rostro demacrado. Hace un rato que el reloj ha golpeado las cuatro campanadas de la madrugada; lo he oído y lo he ignorado.

—Deberías echaros un rato, señora. Descansad, que yo me ocupo de vuestra hija y si algo sucede os aviso...

La más joven de mis criadas se acerca a la alcoba con preocupación. Me trae una bandeja con un cuenco de caldo y me ruega que me retire a descansar, pero no quiero hacerlo. No debo hacerlo. No puedo hacerlo.

—Estoy bien así. Voy a quedarme un poco más hasta que me entre algo de sueño, de momento prefiero seguir a su lado. Os llamo para que me toméis el sitio quizás dentro de una hora, muchas gracias.

En realidad, no quiero que mi criada me reemplace junto al lecho de mi hija, porque ése es mi sitio. Lo ha sido siempre y no siempre lo he ocupado, pero agradezco su apoyo y sus ganas de ayudarme a pasar el trance de esta pérdida. He pedido a todos que se marchen, todos salvo a Isabel, que descansa en la habitación contigua del largo viaje que me la ha traído de vuelta. Doy unos sorbos a la sopa que me ha preparado y el calor me asienta el estómago. Los recuerdos me llegan de uno en uno, al ritmo de la respiración de Luisa.

La escucho desde hace algo más de dos horas. Su respiración ha dado paso a frases en las que trata de explicarme sus últimos veinte años de vida. Yo aguardo

en silencio y escucho.

—Siento sed, madre, mucha sed.

No quiero que se incorpore, que haga el esfuerzo de levantarse, y por eso le sirvo yo misma con la jarra que tengo en el suelo, al lado de mi silla.

—Tomad, bebed despacio, sin atragantaros.

Insiste en que debe contarme algo y no dejo de pensar que se trate de algún delirio por causa de la fiebre. No creo que haya nada realmente importante que deba ser dicho ahora, cuando veo que su vida se escurre entre el sudor de las sábanas de su cama.

Me habla de su vida. Sólo quiere hacerme partícipe de todo lo que me perdí porque todavía nos queda algo de tiempo juntas.

Luisa ha despertado y está consciente. Su pecho sube y baja agitado por la respiración y me mira asustada. No sé si me reconoce. No sé si quiere hacerlo.

—Decidme, hija, ¿qué es lo que tenéis que contarme?

Me alarma su tono de voz, su seriedad. Luisa me mira y en sus ojos veo treinta años de ausencia entre ambas. No me quedan más oportunidades de ser sincera, pero quizás la rabia acabe con ella.

—Madre... Ella... Ella tendría que estar aquí, pero yo no la quise a mi lado. A decir verdad, nunca... Nunca la quise. —Noto cómo intenta en vano alzar su mano derecha, que cae derrotada ante el esfuerzo. Mi hija sufre terriblemente y no logra moverse. Está paralizada, es su cuerpo el que no responde, el que le duele.

—Pero ¿de quién habláis, hija mía? ¿Quién es ella? No... Por favor, os lo ruego, no digáis más ni hagáis más esfuerzos. Debéis descansar, estar tranquila.

Aunque hablar quizás sí que solucione las cosas. Sé que se refiere a Isabel, que es «ella» a quien busca y a quien ha confiado sus temores a lo largo de su vida. No sabe que su amiga está aquí y tampoco voy a despertarla para que venga a demostrarlo. Éste es mi momento; ya me lo han negado incontables veces.

No sé si me escucha cuando le hablo, pero no me voy a detener.

—Teníais ocho años cuando os trajeron a la corte. No teníais la menor idea de dónde iniciabais una nueva vida. Fue Pedro quien insistió en que merecíais una educación superior y no quisimos negárosla: ni vuestra abuela, ni yo, ni los mismísimos reyes. Porque erais una niña excepcional, Luisa. Lo fuisteis siempre.

Mis propias palabras me ayudan a reflexionar. Mi hija vino a formarse al lugar en donde yo me dejaba corromper, lo permití.

—Os expuse al mismo peligro que yo llevaba tiempo soportando y ¿sabéis lo que sucedió? Claro que lo sabéis: que ese peligro a vos no os afectó. Erais una cría, pero no permitíais que nadie os engatusara con falsas promesas en las que vos no creíais. Os enseñaron a confiar en libros e ideas superiores, Luisa. A mí

no.

Luisa me mira con los ojos muy abiertos. Reconozco en ellos la curiosidad de cuando pertenecían al cuerpo inocente de una chiquilla. Lo que le digo la sorprende y aún me queda mucho por contar.

Debo hablarle de la reina, su verdadera protectora, la mujer que quiso proveerla de conocimiento porque supo ver en ella un espíritu brillante que podría dejarse pulir como un zafiro.

—Yo cuidaba de ella y ella se interesaba por vos, la que más. «¿Ya ha terminado la Medrano sus ejercicios?», comentaba cuando se dejaba caer por el cuarto de labor y siempre, cada vez que lo hacía, había alguien más dispuesto que yo a responderle: «Sí, Luisa está jugando con las infantas en el patio» o «Luisa descansa en la sala que hay junto a la capilla, porque quiere rezar tras haber recibido sus lecciones». Y era extraño, hija mía, no os reconocía como fruto de mi vientre. Catalina atendía con esmero las labores propias de las damas que trabajaban para su majestad y vos rebuscabais entre los volúmenes de la biblioteca, ¡yo no podía comprender esa conducta!

—¿Os acordáis, madre, de la primera vez que Isabel vino a clase de gramática?

Me despierta su pregunta. El agotamiento me ha vencido y mi propia retahíla ha logrado adormilarme. Tal vez sea un delirio febril o quizá recupera la cordura.

—Deberíais descansar, Luisa. No os fatiguéis. De todos modos, no sé de quién habláis

—Tenéis razón, madre. Debo de haberla imaginado.

Estoy tentada de decírselo, de llamar a su amiga. Un simple golpe en la pared es aviso más que suficiente para que venga y se reencuentren, pero ¿no han sido demasiados años ganados a mi costa? Ahora me corresponde a mí su atención.

—Eso es, querida, dormid un poco.

6

Al despertar, me asusta la postura de Luisa, que se ha incorporado ligeramente y mira al techo con los ojos muy abiertos. La boca entreabierta, reseca, con los labios cuarteados y de color desvaído, no parece corresponder a un ser vivo, más bien a una efigie de marfil. Tiene un aspecto terrible y me cuesta reconocer en ella a la joven vital que un día fue.

—Luisa, hija, ¿queréis que avise a la criada para que traiga algo? ¿Necesitáis alguna cosa?

—Todo debía haber sido distinto, madre. Tenía que haberlo sido. Yo le quise... Le quise muchísimo, ¿sabéis? Le quise tanto que él no pudo soportarlo.

Pero ¿de quién me habla?

—¿A quién quisisteis, hija? ¿Es eso lo que teméis contarme?

Mi hija quiere hablarme de amor y yo no creo que esté preparada para escucharla. Ignoro quién pudo haber sido esa persona tan importante que no sé por qué la abandonó... ¿Acaso soy yo la más indicada para darle consuelo? Ahora sí. En este momento, desde luego que sí. Estas cuatro paredes no me dejan elección.

—Se llamaba Fernando, madre. —Luisa calla por unos instantes para tomar aire en lo que supone un terrible esfuerzo físico—. Estoy segura de que vos sabéis quién es.

—¿Acaso debería conocerlo?

De nuevo entorna los ojos y se deja caer sobre el bulto de mantas que le hemos colocado bajo la cabeza. El recuerdo debe de ser demasiado para ella.

Una ventana bate con fuerza de repente en la habitación contigua. Pienso en Isabel y me levanto con cuidado para decirle que tal vez sea el momento de que se una a nosotras y escuche el relato que Luisa apenas acaba de iniciar. Me apoyo en el respaldo de la silla y tengo que arrastrar mis pies casi hasta la puerta, entonces la veo.

—¿Cómo está? ¿Sigue dormida? Yo casi no he descansado. Las pesadillas iban y venían y no me han dejado recuperarme del traqueteo del viaje. Creo que

podré sustituiros si queréis echaros un poco.

—No será necesario, prefiero seguir a su lado. Venid y sentaos cerca. Ella querrá saber que estáis aquí. —Le ofrezco una de las sillas e Isabel la arrastra hasta colocarla tras el cabecero, donde Luisa no va a notar su presencia—. ¿Pero estáis segura de querer quedaros ahí?

—Prefiero que sea así. Mejor que hable con vos.

Puede que Isabel tenga razón. Los años que he pasado en San Gregorio, lejos de la gente, de la familia y del bullicio de la vida cortesana, me han servido para reflexionar acerca de cosas que en una vida compartida con otros jamás habría llegado a reconocer. La soledad ayuda a ver con claridad cómo es uno mismo, lo enfrenta a temores y dudas y lo obliga a ponerles solución.

Mi hija está a punto de despedirse de este mundo y quizás sea esa soledad, esa sensación de encuentro consigo misma, la que mejor la ayude para aclararse con lo que me tiene que contar.

—Habladme de ellos, madre, de cuando os fuisteis a la corte y nosotros permanecemos en San Gregorio. Contadme cómo fueron esos años lejos de vuestros hijos. Yo era aún muy joven para recordarlo.

Al decir aquello, Isabel y yo nos miramos y ella hace un gesto con la mano para que yo le responda con naturalidad. Acaso sin cortapisas. También ha de ser importante que me haga preguntas.

—Pero ¿por qué queréis que hablemos de ello, Luisa? Hace mucho tiempo y las circunstancias eran bien diferentes. Yo no tuve elección. Vosotros os habíais quedado sin padre y sin abuelo en una misma tarde y los reyes me habían brindado su protección. Tuve que hacerlo.

—A veces no hay elección, ¿verdad, madre?

Me habla sin mirarme, otra vez alza su cuello al techo y pierde la vista en alguna de las cornisas que hay sobre su cabeza.

¿Acaso tuve forma de elegir entre el abuso de su majestad y mi caída en desgracia? Mi hija tiene razón, más razón que nunca. Ahora se lo diré.

—No, a veces no la hay. En la corte no era libre. —Toso y al aclararme la garganta me fijo en que Isabel se ha vuelto a quedar dormida en la silla, no va a escuchar lo que tengo que contar y eso me alivia—. ¿Recordáis el severo castigo que sufristeis siendo niña, Luisa? Aquel día en que abristeis una puerta que no debíais y nos encontrasteis a don Fernando y a mí... Quisieron silenciaros, porque erais muy niña, pero yo sabía que lo habíais comprendido todo perfectamente. ¡No fue decisión mía, sino de él!

—Lo sé, madre. No teníais otra elección que la de obedecer sus órdenes.

Castigarme a mí para que no hablara más de la cuenta era parte de sus regios mandatos. ¿Es por eso por lo que abandonasteis el servicio real? ¿Por eso volvisteis aquí al morir doña Isabel?

Lo sabía. Todo este tiempo convencida de que mi hija me odiaba por aquella separación impuesta y, ahora, por fin sé que no lo hacía, que no me culpaba.

—Hija mía, han pasado demasiadas cosas desde que dejé de servir a sus majestades. El tiempo que dediqué a cuidar de la señora fue una etapa maravillosa en la que aprendí mucho. Cuando vuestra hermana se casó con Fernando de Roxas... Bueno, aquello lo cambió todo, claramente, pero yo fui muy feliz al irme a vivir con ellos.

—No os gustaba la sucesora de doña Isabel, ¿verdad? ¿Es eso?

—Germana de Foix no le hacía ninguna sombra a su majestad doña Isabel de Castilla y eso es algo en lo que muchos podían darme la razón. Para servir como dueña una debe apreciar a su superior porque a ella se consagran sus días y sus noches. Si no podéis respetarla, lo más prudente es abandonar.

Es cierto, insisto en convencerme de que no estoy mintiendo a mi hija, que los motivos de mi huida de la corte eran la antipatía que me despertó Germana de Foix desde el comienzo, pero sé que ella no me cree. Aunque no me mire. Aunque siga contemplando el techo.

Isabel y yo hemos bajado a la cocina para calentar un poco de leche. La madrugada en vela sorprende al organismo con un cosquilleo en la columna muy similar al del frío, aunque sea primavera y las temperaturas no sean excesivamente bajas.

—Veréis cómo la leche tibia os devuelve el calor al cuerpo. Son muchas horas las que lleváis sin descansar. —Le doy a Isabel la taza en la que el líquido blanquecino humea. Ella aparta la capa de nata que se ha depositado en la superficie y acerca la bebida a los labios—. ¡Tened cuidado y no os queméis!

Temo que mi advertencia llega tarde. La mujer aparta la taza con brusquedad. Ha debido de abrasarse la lengua. No puedo contener la risa.

—Cuatro hijos y soy yo la primera en no saber calcular cuándo una bebida está demasiado caliente para mí. Debería avergonzarme. —Isabel también se ríe.

—¿Tenéis cuatro hijos? Os doy la razón, las lecciones que una trata de inculcar a sus criaturas pocas veces se las aplica a sí misma. Imaginaos yo, con nueve...

Me arrepiento de decir eso. No porque no crea que una madre es efectivamente un ser que comete errores igual que cualquier otra criatura de Dios, sino porque asumo que la educación que yo di a mis nueve hijos no es comparable con la que esta mujer haya podido aportar a los suyos. Estoy convencida.

Ella asiente y vuelve a soplar su bebida para atemperarla. No parece demasiado cómoda. Recuerdo que, al llegar al castillo, hizo mención a los «varios matrimonios» que la obligaron a perder para siempre el apellido de su padre. Tal vez viuda, o dolida, o ambas cosas. No quiero preguntar más de la cuenta.

—Creo que deberíamos regresar a la habitación. Tengo miedo de dejar a Luisa sola demasiado tiempo.

Apuramos los últimos sorbos de nuestras tazas y regresamos a la alcoba. Las escaleras son un auténtico reto para mí y noto que ella da pasos más lentos para

esperarme.

—No os preocupéis, Isabel. Las ancianas caminamos despacio y sin ayuda. Podéis adelantaros. Luisa os espera.

Pero Luisa sigue dormida y, para cuando llego allí y la veo, su aspecto parece más sereno, como si el hecho de hablar conmigo hubiera disipado toda inquietud. Eso me anima a reanudar nuestra conversación. Ahora tengo que hacerlo ante los ojos y los oídos conscientes de su amiga Isabel, que de nuevo se coloca a la cabeza de la cama, como testigo invisible de la escena.

—¿Y vos conocisteis a Fernando?

Mi pregunta no es ociosa. Quiero saber quién es ese hombre que mi hija trae a su memoria en los últimos momentos de su vida. Ha de ser alguien que su mejor amiga por fuerza ha conocido, que seguramente haya tratado con familiaridad. Si no es así, al menos, sabrá decirme por qué es tan importante todavía.

—¿Fernando?

—Sí, Luisa ha mencionado a un hombre llamado Fernando. Ha dicho que lo amó y que el sentimiento fue tan intenso que él no pudo soportarlo. Quiero saber de quién se trata.

Para Isabel no debe de ser una situación cómoda la de abordar un asunto así. Entiendo que se trata de un secreto entre ella y mi hija, pero ¿será el único? No me quiere responder. No quiere ser ella quien revele los entresijos de ese dolor en la historia de la vida de su amiga.

—Madre, dejad de preguntarle. No es ella quien debe responderos, sino yo.

Ha hablado sin llegar a abrir los ojos. No tiene fuerzas tampoco para eso, pero Luisa se ha percatado de la presencia de Isabel en la habitación. La protege todavía.

—Decidme entonces quién es y qué os hizo, si creéis que podéis hacerlo.

En cuanto digo aquello, Isabel se levanta de su asiento y camina rápidamente hasta los pies de la cama, en donde descansan los bártulos de Luisa que ha traído de Salamanca: apenas dos bolsas con alguna prenda de ropa y libros, los que siempre han viajado con ella de su casa a la corte y de allí a la universidad. Veo que rebusca entre ellos y los coloca en el suelo uno al lado de otro.

—¿Qué buscáis? —Me gustaría poder ayudarla, pero, otra vez, mis músculos se agarrotan con la simple idea de pensar en agacharme hasta allí y levantar peso. Son voluminosos—. ¿Puedo pedirle a alguien que venga a echaros una mano?

Isabel no contesta. Se ha parado, parece que ya ha encontrado lo que quería. Toma el ejemplar con las dos manos, lo abre, lo acaricia en sus pastas y se fija en

los detalles de sus cubiertas.

—Es la primera edición. Le falta el prólogo, pero mirad, tiene el sello bien visible y no es el de Polonio. —Se aproxima a Luisa y le pone el libro cerca para que ella también pueda tocarlo.

Luisa lo toma con las dos manos y se lo acerca al pecho, entonces se vuelve a mí con los ojos enrojecidos. Está llorando y tose a la vez.

—Madre, ¿vos habéis leído la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*?

8

Por supuesto que había leído aquella obra. ¡Era prácticamente imposible no estar al corriente del escándalo! Cuando llegó a la corte, hubo comentarios que se prolongaron a lo largo de muchos días. Todos querían saber a qué atribuir tanto alboroto.

—La reina fue la primera a quien yo vi con un ejemplar en la mano.

—¿Ya en la primera edición, os referís? —Los ojos curiosos de Isabel me trasladan al pasado por unos instantes—. Luisa y yo teníamos unos catorce o quince años. Para nosotras fue un auténtico acontecimiento, una experiencia casi clandestina. Yo tomaba partes del manuscrito a escondidas sin que mi padre lo notase y se las pasaba a ella. Fueron meses emocionantes, ¡era un riesgo que compartir!

Podía creerla perfectamente. Me hacía a la idea de esa emoción que una joven que aún no ha enfrentado las desgracias de la edad madura siente ante lo prohibido. Leer la obra de Fernando de Rojas se había convertido en un desafío a la decencia y el pudor.

—Sí, la primera edición. Doña Isabel seguía de cerca las ediciones de vuestro padre, desde la *Gramática* de Nebrija había sentido un especial cariño por todo lo que Fadrique seleccionaba para publicar, y la noticia de la *Tragicomedia* no tardó en llegar a sus oídos. Quiso un ejemplar lo antes posible y vuestro padre se lo proporcionó.

Esa mirada curiosa y expectante era la que yo identificaba en su majestad con cada noticia nueva que llegaba, ajena a sus responsabilidades políticas. La reina Isabel quería saber, sentía una sed constante de conocimiento y los textos que se representaban por los estudiantes en los patios universitarios y de los colegios por supuesto que le interesaban.

—Vaya, no imaginaba a su majestad entregada a una lectura como ésa. Luisa me había hablado de las largas tardes en las que le leía novelas de caballeros y romances imposibles, pero el relato de las pasiones entre Calisto y Melibea es quizás muy mundano y oscuro... ¿No creéis? ¿Llegasteis a saber qué opinión le

merecía el texto?

Había demasiado del carácter de la reina que nadie había llegado a conocer como yo y estoy orgullosa de preservar el secreto. Fui testigo de su verdadera personalidad por más de quince años y tras su muerte no traicionaré esas confidencias a la primera mujer que abra con curiosidad sus ojos ante mí con preguntas.

—Que lo leyó de principio a fin. Nada más revelaré, querida.

Isabel se echa hacia atrás en la silla. Probablemente esté decepcionada con mi hermetismo, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Es la intimidad de la reina. Es lo que más he respetado siempre y no voy a cambiar.

—Sabed, madre, que es Fernando de Rojas a quien me refiero.

Luisa ha hablado con firmeza. La decisión de su frase corta la conversación entre Isabel y yo como un cuchillo afilado. Me ha hecho daño. Siento cómo sangra mi desconcierto.

—¿El autor del libro, hija mía? Pero ¿en qué momento lo llegasteis a conocer? ¿Vos también, Isabel?

Ahora soy yo quien quiere saber. Soy la mujer curiosa que acaba de conocer que su hija vivió enamorada del autor de una obra que es puro escándalo para la moral cristiana.

—Señora, entre Fernando y Luisa hubo siempre muy buen entendimiento, porque ambos se relacionaron con la Universidad de Salamanca, eso ya lo sabréis. —Parece que Isabel quiera disculpar la gravedad de las palabras de su amiga y suavizar la tensión que ha invadido la alcoba—. Pero lo cierto es que fui yo quien los presentó por vez primera en el taller de mi padre. Lo que haya sucedido después, mejor que ella os lo explique, si así lo desea.

Me levanto de mi silla, que comienzo a sentir demasiado pegada a mi cuerpo. Estoy incómoda con ella, con mi entorno, con las noticias que llegan ante la inminente muerte de Luisa. Camino hacia ella y con cuidado me siento al borde de su cama. Ella se vuelve hacia mí: su rostro está desvaído, sudoroso, esos labios cuarteados... Me mira y aproxima su mano. Es la mano de mi hija, que he dejado de sentir por décadas, la que se agarra a mí y suplica afecto, o comprensión o ambas cosas a la vez.

Era una niña de ojos verdes que se escondía tras las columnas para escuchar, para comprender; una joven de nariz siempre erguida y apuntando al conocimiento, ambiciosa. Luisa era una mujer solitaria, silenciosa; era la eterna lectora, la que insistió hasta agotar a los que la autorizaron para seguir un camino de estudio reservado a los hombres. Era ella y ahora se va poco a poco,

pero toma mi mano y habla.

—Todo habría sido distinto si él se hubiera quedado a mi lado, madre, pero las cosas de la vida son otras. Hice lo que debía. Vos os marchasteis y no os dieron elección. Yo tuve un hijo.

Se atraganta con su propia tos e Isabel le acerca el búcaro con agua, pero cae casi toda por las comisuras de su boca.

El cuchillo de sus palabras ha vuelto a cortarme y ahora sé que estoy sangrando y que desconozco quién es Luisa Medrano.

9

Para Isabel había sido lo más natural del mundo acudir a la llamada de su amiga. No hacía ni un mes que había defendido su cátedra y en las Escuelas consideraban si procedía o no concederle el puesto.

—Porque ya sabéis, una mujer impartiendo la enseñanza es algo que trastoca sus ideas. Aun así, Luisa contó con el apoyo del rector y de algún que otro catedrático y eso agilizó el proceso, pero en cuanto tuvo conciencia de su estado, no supo qué hacer y me llamó a mí.

Luisa se ha vuelto a quedar en silencio y con sus ojos entornados. La respiración entrecortada y rápida hace subir y bajar su camisa. Sigue con nosotras, pero deja que sea su amiga quien explique el misterio. Pienso lo peor: que esa criatura hubiera nacido muerta por la agitación y el miedo que debía de azotar a su madre, pero Isabel me tranquiliza al confirmar que nació y que sigue vivo.

—¿Decís entonces que mi hija crio ella sola al vástago de Fernando de Rojas?

No logro figurarme cómo, con las dificultades derivadas de su frágil permanencia en las aulas, había podido salir adelante sin la ayuda de nadie.

Ahora sé que todo fue gracias a Isabel, pero comprender hasta qué punto me hiel la sangre.

—No, señora. Luisa dio a luz a los tres meses de haber sido concedida su cátedra y, para cuando se incorporó, ya nadie sospechaba que hubiera estado encinta.

—¿Y qué sucedió con la criatura?

—Yo me hice cargo de su hijo, señora. He cuidado de Fernando como lo hice de mis propios hijos hasta que ha tenido edad suficiente para irse y dedicarse a ganar un sustento por sí mismo.

—¿Él sabe la verdad? ¿Vuestro esposo aceptó sin problemas la situación? —pregunto alarmada y hago esfuerzos terribles por figurarme la inmensa confianza forjada entre esas dos mujeres.

Imagino a Luisa, a punto de solicitar el que quizás fuera el favor más

importante que podía pedirle a alguien en su vida, ¿habría reunido yo alguna vez valor suficiente para hacer algo comparable?

—Creo que lo que le dio miedo fue tener que cargar con la culpa de un amor traicionado si su hijo no hubiera llegado a nacer. «Quiero que tú tengas a mi hijo. Quiero que sea tuyo y que tú lo críes por mí», me imploró. Yo no podía negarme a ayudarla e hice todo lo que me pidió, mantuve el secreto, fui fiel a la confianza que habíamos construido y mi esposo tuvo que aceptarlo. Alonso de Melgar había conocido a Luisa en la universidad. —Isabel hace una pausa que interpreto como descanso incómodo al referirse a su primer marido—. Tras su muerte, volví a casarme con Juan de Junta y él tomó a Tomás y a Fernando como hermanos de sangre sin hacer más preguntas.

El coraje de estas dos mujeres me deja sin palabras.

De nuevo el silencio nos sorprende a las tres en esta habitación y, con él, el sueño que nos da fuerzas para resistir un poco más la despedida de mi hija. Parece que la muerte ha decidido alejarse durante un rato y nos permite descansar.

El ruido de un carro que se aproxima a la casa interrumpe el tranquilo susurro de la respiración de Luisa y nos despierta de un sueño ligero.

Alguien llega a San Gregorio cuando está a punto de amanecer.

Estoy tumbada junto a Luisa, al lado de su cuerpo húmedo por la fiebre. Isabel se ha acurrucado en la silla y continúa dormida. No voy a despertarla, pero me inquieta saber quién llega a estas horas hasta la fortaleza.

Mi joven criada irrumpe en la entrada de la habitación con un candil en su mano derecha y el rostro hinchado por el mal descanso. Ha sido una noche complicada para todos.

—¿Queréis que despierte a Cristóbal para que vaya él a abrir, señora? Podría ser peligroso.

—Tranquila, niña. No creo que nadie en su sano juicio quiera venir a importunarnos a estas horas cuando ni siquiera se ha hecho de día. Si llaman, yo misma me encargaré de saber de quién se trata, perded cuidado. Volved a la cama.

—Como queráis, señora, pero estaremos todos más tranquilos si Cristóbal se encarga de abrir. Puede tratarse de un asaltador, no es seguro que vos... ¿Cómo se encuentra la señora Luisa? ¿Ha mejorado algo?

Prefiero no responder y, entonces, Luisa abre los ojos. Me llama.

—Debéis abrirle, madre. Es él. Ha venido a despedirse.

EPÍLOGO

Se desconocen las causas de la muerte de Luisa Medrano.

Tal vez la mataron las fiebres de una terrible enfermedad, el envenenamiento provocado por algún enemigo envidioso o las consecuencias naturales de un parto mal asistido de la época. No lo sabemos.

Lo que sí puede afirmarse es que, a la primera mujer que se alzó con un puesto de catedrática en el mundo, la mató el silencio. El silencio derivado de siglos de desconocimiento de los esfuerzos que la llevaron hasta esa plaza, el mismo que aquella noche del año 1527 atravesó los muros de la fortaleza de San Gregorio y se llevó su vida para siempre.

Un silencio que aún retumba en nuestros días.

NOTA DE LA AUTORA

Los acontecimientos y circunstancias desarrollados como argumento para esta novela son pura ficción. Todos los personajes han sido creados a partir de datos contrastados en fuentes históricas, pero con intención final puramente ficticia.

Por todo ello, deberá conocer el lector que Isabel la Católica fue una de las mayores impulsoras de la educación e instrucción cultural de la mujer en España. Su interés personal por los estudios devino en relaciones con dos miembros de la Universidad de Salamanca: Antonio de Nebrija y Beatriz Galindo; al primero le encargó la *Primera gramática castellana* y a la segunda la trasladó a su corte para ejercer como profesora de latín.

Fernando de Rojas, bachiller en leyes, que acabó sus días junto a su esposa y su hijo en Talavera de la Reina, donde llegó a ejercer de alcalde, pasó a la historia como autor de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, conocida en nuestros días como *La Celestina*, una obra inclasificable que sigue planteando controversia a la hora de su representación dramatizada.

Fadrique de Basilea o el Alemán pertenece a la primera generación de impresores instalados en España durante el siglo xv. La primera edición de *La Celestina* se imprimió en su casa-taller, en Burgos. Su hija Isabel heredó el negocio de las publicaciones y contrajo matrimonio dos veces: con el primer oficial de la imprenta, Alonso de Melgar, con quien tuvo dos hijos llamados Tomás y Fernando, y con Juan de Junta, descendiente de una rica familia de impresores italianos, tras la muerte del primero, en 1525.

Del nuevo taller de Isabel de Basilea salieron las primeras copias del *Lazarillo de Tormes*, una novela anónima, que muchos atribuyen a un tal Pedro de la Rhúa, maestro de nobles en las intermediaciones de la ciudad de Soria.

Luis Vives fue el gran renovador del sistema educativo y fundador del denominado método histórico-crítico. Vivió lejos de España, donde fue puesto a salvo por su padre ante el peligro que sus raíces familiares judeoconversas suponía durante la época de la Santa Inquisición. Jamás regresó. Desde el extranjero, sus teorías volcadas en multitud de obras en lengua latina lo alzaron

como principal humanista del Renacimiento. Cuando el cardenal Cisneros lo invitó a Alcalá de Henares para dar clases en la universidad, él rechazó hacerlo alegando *non placet Hispania* («España no me dice nada»). A él se le encargó la formación de María Tudor, hija de Catalina de Aragón y Enrique VIII de Inglaterra. Sus ideas contrarias al desarrollo intelectual de la mujer quedaron plasmadas en diferentes obras.

En el edificio de las Escuelas Mayores de la Universidad de Salamanca, una escalera dividida en tres cuerpos comunica el patio central con el ala superior, en donde aún se conserva (sin acceso al público) la biblioteca original o «segunda biblioteca». Talladas en su piedra, por las caras interior y exterior de su pasamanos, diferentes alegorías representan las fases que todo estudiante debe atravesar hasta poder alcanzar el conocimiento divino. La mujer aparece en todas ellas y su imagen se liga a la amenaza de la carne y la tentación sobre los universitarios, que podrá alejarlos del estudio.

Además, fue en estos años cuando se comenzó a utilizar el texto de Cicerón modificado para diseñar contenidos de libros impresos, el famoso «*Lorem ipsum*» que hoy usamos en páginas web y trabajos de maquetación: seiscientos años y sigue siendo útil.

Ésa es la época en la que Luisa Medrano ocupó su cátedra en la Universidad de Salamanca.

AGRADECIMIENTOS

Porque sin estas personas, la historia de Luisa nunca habría sido la historia que quería contar, agradezco en primer lugar a José Luis López-Linares el haberme presentado al personaje y a Arantxa Aguirre el haber aparecido en mi vida cuando debía, para que todo encajase. A mis compañeros de López-Li Films, que me vieron pelear con Luisa Medrano hasta que nos hicimos amigas. A mis amigos: los que estuvieron desde el comienzo y los que se incorporaron después; los que lo hicieron mejor que yo y en vez de un libro lo que hicieron fue un hijo; los que se fueron a vivir a otros países, pero me siguieron en el proceso gracias a las nuevas tecnologías, con y sin redes sociales, y los que nunca se movieron de allí mientras yo escribía. A los que conocí viajando por Argentina e Israel: de todos aprendí algo que de alguna forma se refleja en algún personaje del libro. A los que compartieron cervezas a cambio de opiniones y los que se ofrecieron a leerme antes siquiera de saber si Luisa iba a gustarles o no; ellos me aguantaron los bloqueos y me animaron todo el rato.

A Laura, que también tecléo su libro a mi lado y me hizo muchísima compañía cada día, durante meses, en la biblioteca María Zambrano de Ciudad Universitaria. Gracias por el apoyo y gracias por todo.

A mi familia, mis primeros lectores, críticos, vendedores y compradores.

A Miryam y Viviana, mis editoras y asesoras: por tantos libros, tantas charlas y tantas libretas.

A ti, lector, que, al fin y al cabo, estás ahí.

Muchas gracias.

La catedrática

María López Villarquide

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño e ilustración de la cubierta: © Agustín Escudero

© María López Villarquide, 2018

© Espasa Libros, S. L. U., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-670-5230-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**



¡Síguenos en redes sociales!

